



1

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA

COLECCION DE LIBROS

LIBRO 1000

AÑO IV

NÚM. XLIV

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
AGOSTO—1892  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

EDUARDO EL GUAPO

A M. CARLOS EDMOND

Mi querido amigo: Esta historia, que tiene la pretensión de ser verdadera, le pertenece á V., puesto que es quien me la ha referido, autorizándome para narrarla á mi vez. — V. C.

I

... Hace algunos años — nos dijo el doctor Mernel — vi aparecer, ó más bien reaparecer, en mi casa dos americanos, dos *yankees*, dos libres ciudadanos de la más libre de las repúblicas. No se conocían entre sí, pero yo los conocía muy bien á ambos. En otro tiempo habíales curado, al uno de una peritonitis aguda, al otro de una laringitis catarral. Se acordaban de ello; y habiéndoles traído nuevamente

sus negocios á Europa, apenas desembarcaron en París vinieron á verme, satisfechos de saber de mí y de probarme que aún estaban vivos. Quiero mucho á los enfermos á quienes he curado; paréceme que han puesto para ello buena voluntad, que han hecho puntillo de honor el acreditar mis prescripciones, y les agradezco esta atención, que, á la verdad, no es común; en una palabra, me parece como que les estoy un poco obligado, y su nombre queda inscrito para siempre en el libro de oro de mi memoria. Tuve sumo gusto en ver otra vez á mis americanos; les encontré fuertes, robustos, prósperos, libres de toda avería, y para darles testimonio de mi satisfacción, con ese motivo me los llevé á comer á un café del boulevard.

Llamábanse el uno Mr. Severn, el otro Mr. Bloomfield; Mr. Bloom-

field era demócrata, Mr. Severn era republicano. Esto equivale á decir que Mr. Severn y Mr. Bloomfield nunca han estado ni estarán de acuerdo, sea en lo que fuere. Tal ocurrió durante la comida; fuera cual fuese el punto de que se tratara, en nada se entendían, salvo acerca de la excelencia de un vino *château-yquem*, que les gustaba infinito. Al principio me abstuve de hablarles de política, por temor de que se tirasen los trastos á la cabeza. No tardé en tranquilizarme; eran más serenos, más sentados, más flemáticos que muchos de sus compatriotas, y hubieran podido disputar durante veinticuatro horas sin entrarles ganas de estrangularse. A los postres ocurriósele á Mr. Severn, no sé con qué motivo, citar con elogios una frase «del malogrado é inolvidable Abraham Lincoln», asesinado pocas semanas antes por John Wilkes Booth. Mr. Bloomfield se estremeció ligeramente, luego se inclinó hacia su copa, la examinó algunos instantes, se la llevó á los labios y la vació de un solo trago. Esta fué toda su contestación.

De todas las malvadas y villanas acciones que nuestro pobre globo terráqueo ha visto realizarse en el transcurso de los siglos, tengo por la más criminal, la más inexcusable, la más insensata, el asesinato

consumado por John Wilkes Booth en la persona del virtuoso presidente Abraham Lincoln. Siempre he sentido las mayores simpatías por aquel á quien los americanos llamaban *the old Abe*, por ese hombre salido de la nada, por ese hijo de sus propias obras, encargado por decretos del destino de gobernar y salvar la república, estrellada en la hora más crítica de su historia.

Al principio pareció inferior á su misión: burlábanse de él y le desafiaban á que llevase hasta el fin su abrumadora carga. El mismo parecía dudar de sus fuerzas, de su juicio y de su buena suerte. El Sur obtuvo ruidosas victorias; la rebelión creíase segura de su triunfo; la Europa, equivocada, creyó que los Estados Unidos habían muerto. Sin embargo, á medida que se acrecentaba el peligro, Abraham Lincoln sentía afirmarse su valor y veía más claro en su espíritu como en el de los demás. No tenía esos repentinos chispazos del genio que abrevian las reflexiones; estaba condenado á meditar mucho y por largo tiempo antes de saber con claridad lo que tenía que hacer; pero una vez que lo sabía, un rayo que cayese delante de él, no le hubiera apartado de su camino. Tenía un alma recta como un junco, la santa tenacidad, el tesón del bien, una virtud llena de seriedad, de reserva, de modes-

tia y de silencio. Apenas hablaba, pero hacía cuanto decía, cuidándose poco de lo que el universo pudiera pensar de él; su gran asunto era agradar á su conciencia, que Lincoln estuviese contento de Lincoln. ¿Qué le importaba ese humo que llaman la gloria? Tenía un deber sagrado que cumplir, llevaba á cabo su temible empeño con una sencillez perfecta, y salvaba á una república sin hacer más ruido ni ademanes que un leñador al atar su haz de leña, ó un zapatero al remendar un zapato que hace agua. Siempre había sido estimado, y acabó por conquistar la admiración.

Tocaba al término de sus esfuerzos; iba á descansar sobre sus laureles; la fortuna había cambiado; el Sur, vencido, rendía las armas; el general Lee acababa de capitular; la ciudad de Washington estaba de fiesta. En la noche del 14 de Abril de 1865, Lincoln va al teatro, donde iba con muy poca frecuencia; quiere tomar parte en el júbilo popular. Escuchaba la pieza sonriéndose, y aplaudía á los actores con la punta de los dedos. De pronto se presenta en su palco un hombre, quien le dispara una pistola; la bala le da detrás de una oreja y penetra en el cerebro. Todo el mundo se levanta, grita, corre hacia él. El asesino consigue escaparse; salta al escenario, lo cruza blandiendo un

cuchillo, y antes de huir exclama con voz trágica: *¡Sic semper tyrannis!* Imaginábase el desdichado que acababa de matar á un tirano. ¿Lo creía así, ó aparentaba creerlo? Hay gentes con un cerebro tal, que creen todo lo que se les antoja.

—Alguno de Vds., señores—pregunté á mis americanos—ha tenido alguna vez ocasión de ver á John Wilkes Booth, y pudiera decirme qué clase de hombre era?

Mr. Bloomfield me respondió:

—No he tenido la suerte de conocer personalmente á John Wilkes Booth; y, para no molestar á nadie me abstendré de juzgar su acción. Además, estoy pronto á convenir en que este respetable caballero, al matar á Lincoln ha hecho una cosa enteramente inútil, y nunca debe hacerse nada enteramente inútil. Este respetable caballero se hacía la ilusión de que la muerte del tirano pondría fin á la tiranía; se ha equivocado, y ha pagado su error con la cabeza; pero confesaréis que su locura no es de una especie vulgar, que no á todo el mundo le es dado equivocarse como Bruto. Lo que está fuera de duda, señor, es que Booth era un alma de temple, guiada (ó, si queréis mejor, extrañada) por una noble pasión. Booth era un héroe, Booth era un patriota. Adoraba á su país, había decidido que la causa de los Estados del

Sur era una causa justa y santa, y que si ésta llegaba á sucumbir, él sería su vengador. Siempre había profesado ardiente admiración á una mujer, á quien uno de vuestros poetas no ha temido llamar el ángel del asesinato, y habíase jurado á sí mismo ser la Carlota Corday de los Estados-Unidos; cumplió su palabra. Vuelvo á decir que no quiero juzgar su acción, pues no me gusta disgustar á nadie; pero me permito afirmar que el día en que la humanidad, gracias al progreso de la razón pública, de la economía política, de las comodidades, de las artes industriales, de las máquinas de vapor, de la filosofía, de la filantropía y de todo lo que gustéis, no produzca ya personas como Carlota Corday y como Booth, valdrá un poco menos aún de lo que vale.

Después de terminar Mr. Bloomfield su profesión de principios, se puso á comer tranquilamente un alón de pavo trufado, sin ocuparse lo más mínimo del prodigioso escándalo que me había causado su arenga. Marat y Lincoln, Booth y Carlota Corday, ese paralelo me parecía tan odioso como ridículo, y me tenía casi sofocado. Mr. Severn aún lo estaba más que yo. Tomó la palabra á su vez, y dijo:

—Deseo no ser desagradable para nadie; pero me ha preguntado V., señor, si había conocido yo á Booth.

Sí, señor, he tenido esa suerte, que es común á un considerable número de compatriotas míos. A la verdad, sólo he visto una vez á ese triste personaje, sin experimentar los más mínimos deseos de volverle á ver: me había costado seis pesos duros, que siento haber empleado tan neciamente. Era una pequeña ciudad del Oeste, donde me habían llamado mis negocios; aquella noche Booth representaba por primera vez el papel de Hamlet, y os ruego que me creáis por mi palabra que en él estuvo mal, muy mal, detestable. El célebre Junio Bruto Wilkes era un cómico muy distinguido, tan recomendable en su vida privada como aplaudido por su talento. John Wilkes Booth fué hijo muy indigno de un padre á quien todo el mundo admiraba y estimaba. A despecho de esta circunstancia, nunca hizo en el teatro sino una ruin figura; había comenzado á representar á la edad de diez y siete años, y al principio hizo concebir algunas esperanzas; pero había nacido medianía y despreciaba el trabajo. Asegúrase que una enfermedad de los bronquios le obligó á tomarse un descanso, y es probable que se disgustara de tal vida; en el fondo, se hacía justicia, sentíase con medianas facultades; pero primero se hubiera dejado matar diez veces que hacerle convenir en ello.

Es una raza muy peligrosa, señor, la de los artistas sin talento; como la tomen contra V., contra mí, tarde ó temprano tendremos que pagárselas. Booth era un verdadero farsante, hasta la medula de los huesos; farsante en todas partes, de día y de noche, en su casa y en sociedad. No abandonaba nunca las tablas, estaba siempre en un tablado; el mundo era para él un salón de espectáculos iluminado por una gran araña central, y á todas horas creía ver á sus piés las humeantes candelas de la batería de un proscenio. El desdichado no tenía bastante alma para comprender á Sakespeare, pero sí la suficiente imaginación para componer dentro de su cabeza escenas de melodrama en que Booth desempeñaba el papel de protagonista, asombrando al público con la audacia de sus actitudes, con el fuego de sus miradas, con la sublime elocuencia de sus gestos. A fuerza de aplicarse á ello, tomó por lo serio su melodrama; llegó el día de representarlo *coram populo*, y al fin ha obtenido ese gran éxito de asombro, de emoción, de lágrimas y de espanto, que había soñado y perseguido en vano durante toda su vida. Para que Booth tuviese el placer de apoderarse del público una vez, de imponerse á su admiración, de hacerle decir: «¡Booth es un gran actor!», era preciso que Booth ma-

tase á Lincoln; y Booth ha matado á Lincoln. Tenga V. la seguridad, señor, de que una vez ejecutado su abominable hecho, ha pensado: «¡Ah! Lo que es ahora, los tengo cogidos, no tienen ojos más que para mí.» Esté V. convencido enteramente de que cuando atravesó la escena cuchillo en mano, feroces los ojos y erizados los cabellos, tuvo tiempo de decirse antes de huir: «¡Dios mío, qué guapo debo de estar, y cuánto daría por verme en un espejo!» Se lo repito á V., señor, todo es poco en punto á desconfiar de los hombres de semitalento, y en general de la raza de los comediantes, los cuales, á decir verdad, no todos están en el teatro. No me gusta ofender á nadie; pero me permito anticipar, afirmar, sostener que el asesino del presidente Lincoln era un cómico de tres al cuarto, que, como Vds. dicen, buscaba su *clavo*, y desgraciadamente acabó por encontrarlo.

A despecho de su flema, mister Bloomfield estaba rojo de indignación y ya no se ocupaba de su plato ni del pavipollo. Con los ojos muy abiertos y el tenedor al aire, meditaba una réplica fulminante. Temí que la conversación se agriase: una discusión parlamentaria y cortés favorece la digestión, una disputa la perturba. Me apresuré á cortar la palabra á Mr. Bloom-

field, y dije á mis dos convidados:

—A mi parecer, señores, los dos tienen Vds. razón y los dos no la tienen. Mi querido Bloomfield, concedo á V. que John Wilkes Booth era un Sudista convencido, fanático y hasta rabioso; pero difícilmente me persuadirá V. de que ese respetable caballero sea una Carlota Corday, ni de que el virtuoso Lincoln fuera un Marat. En cuanto á V., mi querido Severn, que sólo ve V. en él un cómico sin talento, estoy pronto á admitir que estaba execrable en el papel de Hamlet y que le sobra á V. motivo para sentir sus seis pesos duros; pero convendrá V. en que á ese pobre hombre no le faltaba imaginación. Las gentes que la tienen acaban por engañarse á sí propias; para emplear el modismo vulgar; «se arman un lío», figurándose que tal ó cual cosa ha acontecido, que sus pasiones imaginarias y ficticias son verdaderas pasiones, que el fantasma forjado por ellas es un ser de carne y hueso, que Lincoln es un horrible tirano y que Booth ha venido al mundo para matarle. Un día dícese el histrión: «Si yo fuese Bruto y llegara á convencerme de que Abraham Lincoln es César, elegiría con esmero sitio y hora. Quisiera herir á mi víctima ante una muchedumbre congregada, en pleno teatro. Después de

levantarle la tapa de los sesos, me quedaría de pié con una actitud solemne y dramática, conservando mi pistola en una mano y blandiendo con la otra un puñal. Todos los hombres se levantarían sobresaltados para mirarme; las mujeres se desmayarían, y las que no se desmayasen exclamarían: ¡Dios mío, qué guapo es! En verdad que sería una magnífica escena.» Pues bien, á fuerza de pensar en ello el histrión, se empeña en creer en César y detestar sinceramente á Lincoln. Todas las noches alimenta su odio con biberón, antes de dormirse; al despertar, lo encuentra bajo la almohada, y una mañana descubre que tiene garras, verdaderos garfios, muy puntiagudos, muy ganchosos, que le han nacido durante la noche. Quizá en ese momento le da miedo, se arrepiente de haberlo alimentado demasiado bien, y le dice: Tate, querido, no nos enfademos, esto no era más que una broma. Pero no atiende á razones; le atormenta, se apodera de él, no le deja ningún reposo, quiere beber sangre... Pues ¡pardiez!, se la hará beber. ¿Quién podría decir, mi querido Severn, dónde empieza y dónde acaba la sinceridad? Booth era un farsante; pero al matar á Lincoln ha creído seriamente sentir estremecerse dentro de sí el alma de Bruto. Lo que me parece cate-

górico y probado es que estaba enfermo, caso en que se encuentran muchos asesinos. También apostaría á que durante algún tiempo se ha defendido contra la enfermedad y que á la postre ha llegado á amarla. Así sucede con todas las enfermedades del espíritu. De donde deduzco que si en tiempo hábil hubiera encontrado Booth un buen médico, y este médico le hubiese puesto un régimen refrescante, casi exclusivamente vegetal, y en caso necesario le hubiese administrado unas cuantas sangrías ó algunas duchas de agua fría á la cabeza, ó simplemente le hubiese exhortado á viajar, á distraerse, á divertirse, Booth hubiera podido vivir ochenta años sin matar á nadie. ¡Que no haya caído en mis manos! Poco hubiese yo podido, ó le hubiera curado.

A ninguno de mis dos americanos les gustaron mis conclusiones. Estuvieron conformes en contestarme que Booth era un mozo vigoroso, que siempre había disfrutado de una salud admirable y de una perfecta lucidez de espíritu; que había reflexionado con madurez su proyecto y lo había ejecutado con frialdad; que jamás había conocido la vacilación ni el arrepentimiento, ni ningún escrúpulo; que por otra parte, exageraba yo singularmente la eficacia de la medicina, la cual en rigor cura algunas veces la pe-

ritonitis y los catarros, pero á cuyo imperio no se someten las enfermedades del alma, y que no tiene específicos contra la fiebre del asesinato. Así es que se burlaron de mí, é hicieron las paces á expensas mías.

Me separé de ellos para ir á visitar á un enfermo, y no pensé más en John Wilkes Booth. ¡Es tan fácil pensar en otra cosa!

II

Cuando volví á casa hacia media noche—continuó el doctor Mernel—mi criado Juan, que acababa de entrar á mi servicio, y aún confundía los nombres y las caras, me anunció que una Marquesa estaba esperándome desde más de una hora, que tenía que decirme cosas urgentes, y parecía resuelta á no abandonar el sitio antes de haberme visto. Pasé á mi gabinete de consultas y allí encontré, arrellanada en un sillón, á una linda morena que no es marquesa y que se llama la señorita Rosa Perdiz. Con seguridad que la conocerán Vds., puesto que desde hace tres meses trabaja en los Bufos con cierto buen éxito.

Hasta entonces habíase hablado

poco de ella; había vejetado por algún tiempo en no sé qué teatro de obras de gran espectáculo, donde no representaba más que papeles mudos. Se le pedía que enseñara los ojos, los brazos, el escote y las piernas; y enseñaba todo esto concienzudamente y con la mayor gracia del mundo. Pero esta «figuranta» presentía haber nacido para cantar operetas, y esperaba su hora. De pronto se reveló su genio; ha abierto las alas y ha tomado vuelo. ¿Irá muy lejos y subirá mucho? Lo dudo. Tiene muy poquita voz, y más gentileza que talento; pero es tan bonita, que en rigor puede pasarse sin el resto. Tal es su opinión y la mía, y también el parecer del público.

No, yo no creo que sea de la manera de las «estrellas». Los artistas de porvenir, hombres ó mujeres, tienen mal carácter la mayoría, un poco de recóndita ferocidad, ó por lo menos desigualdades de humor, gusto por ahondar en lo tétrico, ruindades que pugnan por salir, una especie de malignidad natural y una inclinación por las picardihuelas. No cabe duda de que esta señorita tiene sus caprichos antojosos, sus fantasías; pero es incapaz de ninguna maldad. Es lo que se llama una buena muchacha; así la juzgan su director y sus camaradas. Tiene igualdad de carácter, no de-

sea mal á nadie, se conforma con todo lo que la sucede, toma las cosas por el lado bueno y vive al día, sin alterarse por nada ni por nadie, poco curiosa por lo que ocurre acá abajo y mucho menos aún, me imagino, por lo que pueda ocurrir allá arriba.

Hace poco tiempo que la conozco; tenía la laringe delicada, como Mr. Severn; me fué dirigida por no sé quién, y quedó satisfecha de mis cuidados. Desde entonces continuamos siendo buenos amigos; como vive en mi vecindad, al pasar por delante de mi puerta se informa acerca de mí; y como está segura de ser bien recibida, viene á verme á menudo, ya para consultarme, ya para echar un párrafo. Siempre me han dicho que tengo una cara oronda y expansiva que inspira confianza; la señorita Perdiz me honra con la suya y se complace en contarme sus anécdotas propias como á su confesor. No me lisonjeo de que me lo diga todo; por buenas muchachas que sean, las mujeres nunca lo dicen todo. Por lo demás, su madeja es fácil de desenredar, y los casos de conciencia de que me habla no son asuntos muy complicados ni que la den mucho que roer. Lo que la atormenta mucho más es su pícara tendencia á engordar, que se pronuncia y va creciendo de año en año; acerca de esto me con-

sulta á menudo. La someto al régimen más severo, lo sigue con exactitud, pero nada la sirve para el caso. Algunas veces la digo:

—Mi querida niña, trate V. de adquirirse algún enemigo ó alguna enemiga, á quien detestar de todo corazón, ó algún cuidado grave, ó una de esas vivas pasiones que corroen y hacen enflaquecer.

Estos medios no están á su alcance; por más que haga esa buena muchacha, morirá sin haber conocido los cuidados, los enemigos y las pasiones vivas. Por eso no enflaquece, y antes de diez años estará redonda como una codorniz. Y será una gran lástima; ¡es tan linda!

Cuando empujé la puerta de mi gabinete, la señorita Rosa Perdiz, que con las piernas replegadas bajo el cuerpo y la cabeza echada atrás, papaba moscas ó contemplaba las molduras del artesonado, salió bruscamente de su meditación. Se puso de pié, vino corriendo hacia mí, y exclamó:

—¡Ya era hora! ¿Por qué se retira V. tan tarde á casa?

La miré con asombro: no tenía la cara de siempre. Nunca la había visto tan animada la tez, tan relucientes los ojos. La di un cachetito en ambas mejillas y noté que sus pómulos quemaban. La tomé el pulso, y lo tenía duro y capricante.

Por vez primera en su vida, la señorita Perdiz tenía fiebre ó algo parecido.

—¿Qué es eso?—la pregunté.—Esta maquineta funcionaba á las mil maravillas. ¿Quién se ha permitido trastornarla?

—¡Ah, mi buen señor, si supiera V. lo que me pasa!

—¡Bah! No será nada. Dos días de descanso, tres tazas de camamilla, y todo eso pasará.

—¡Esto no pasará nunca!—exclamó con tono trágico.

Luego, cogiéndome ambas manos y obligándome á sentarme, siguió:

—No estoy enferma, y no he venido á buscar al doctor, sino al amigo. ¡Acabo de hacer un descubrimiento!... Es una historia que necesito en absoluto referírsela á V.; me moriría si no se la contase á alguien, y justo es que le dé á V. la preferencia. ¡Le quiero á V. mucho, y es V. tan buen oyente! Por eso le adoran á V. todas las mujeres.

Miré á hurtadillas el reloj de sobremesa, que señalaba cerca de las doce y cuarto de la noche, y dije:

—¿Será largo?

La señorita Perdiz me miró indignada:

—¡Quéjese V.! ¡A media noche, y solitos los dos! A fe mía, conoz-

co muchos hombres que le envidiarían á V. tal desventura.

—Soy un ingrato. Vamos, querida, no se incomode V.; comience por el principio, no omita ningún detalle inútil, haga durar su historia hasta la mañana. Pero, en vez de recitar esa historia, ¿no podrá V. cantarla, ó por lo menos acompañarla con algunos trinos y gorgoritos en los pasajes adecuados?

Rosa movió la cabeza y los hombros, y respondió:

—Mi historia es muy seria, una historia que no se puede cantar. Ya me lo dirá V. cuando la termine.

Me arrellané en mi butaca y me resigné con mi suerte. La señorita Perdiz hizo unos gorgoritos, para hacerme formar idea de sus progresos y á la vez para aclararse la voz. Después me preguntó:

—¿Qué piensa V., doctor, acerca de *El Príncipe chiflado*?

—Absolutamente nada, pero pensaré de él todo lo que V. guste.

—Para ser una obra de magia y de espectáculo, puede afirmarse que era una pieza muy linda, donde comencé mi verdadera carrera teatral. Hasta entonces nadie había hecho alto en mí. ¡Es tan bruto el público! Hay que repetirle diez veces las cosas antes de que las comprenda; me había visto á menudo sin verme, sin advertir que yo no

era una cualquiera. Lo echó de ver cuando en *El Príncipe chiflado* representé el papel del hada Melimeló. Sin embargo, yo no tenía más que una escena, como V. sabe, la tercera del quinto cuadro; y hasta en esa escena no tenía más que decir dos frases y cantar dos coplas. Pero hay que convenir en que el director había hecho las cosas en regla. Yo llevaba un soberbio vestido de brocado con estrellas de oro, cuya cola era llevada con toda ceremonia por diez pajes disfrazados de mariposas, una corona en forma de media luna en la cabeza, y en mi mano derecha una varita mágica, con la cual convertía al Príncipe chiflado en nabo. En estas y las otras llegaba la princesa Luciola, y no encontrando ya á su príncipe, me suplicaba que se lo devolviese. Yo la cantaba mis dos coplas para explicarla que su príncipe se veía perseguido por unos malandrines, y que yo le había convertido en nabo por pura caridad y con la intención de salvarle la vida.

La Princesa no comprendía ni pizca, y, como no cesaba de lamentarse, acababa yo por perder la paciencia; con otro golpe de mi varita de virtudes la transformaba á ella en remolacha; después de lo cual montaba yo en un hermoso celestino adornado con terciopelo carmesí, conducido por un lindo dia-

blito con traje amarillo, y ¡atiza, cochero, buenas noches!... Pero de veras, Doctor, ¿no ha asistido V. al estreno de *El Príncipe chiflado*?

—Me avergüenzo de ello, querida; crea V. que habrá sido menester para impedirlo algún asunto de una extremada importancia...

—Es lastimoso; siento mucho que no haya sido V. testigo de mi primer triunfo. Va á creer V. que exagero, y sin embargo le juro... Figúrese V. que el director había dicho: «Esta grulla nunca sacará partido de ese papel.» Llevó su mentís; es un mal hombre. ¡Me ha hecho más charranadas! Me alegro de no tener ya que ver más con él. El hecho es que aquella noche estaba yo guapa; y cuando esta grulla se presentó en escena con su brocado, su corona, su varita y sus diez pajes, le doy á V. mi palabra de que hubo como un estremecimiento por toda la sala; y ya comprende V. que, por más que digan, no le es dado á todo el mundo hacer estremecerse á una sala nada más que con presentarse y sin decir palabra, sin más que sonreír con aire modesto, pero fácil, para enseñar la dentadura. ¡Allí le hubiera querido ver á V. yo!

—Es un género de triunfo al cual renuncio en absoluto. Hace mucho tiempo que no lo gasto.

—Yo estaba muy conmovida: te-

nía corto el resuello y veía turbio. Había tenido un miedo horroroso de que no me resultara la salida, y decía para mí: «Lo que es si ahora no reparan en mí, estoy perdida, se acabó y ya no me queda más que meterme en un convento.» Bien pronto quedé tranquila; había hecho mi negocio, canté á la perfección mis dos coplas, las cuales me hicieron repetir. Cuando hube concluido, pasé la mirada por aquella gran sala llena de gente, ocupada en mirarme. De pronto me pareció que entre aquella multitud había alguien que me miraba aún más que los otros; y vi en las butacas, en la punta de la sexta fila, junto al pasillo, un hombre que debía de ser un extranjero y cuya figura me chocó. Tenía una cabeza hermosísima, bella presencia, aire altivo y resuelto, color pálido, grandes ojos negros, fino bigote, y unos cabellos negros rizados naturalmente. No me había equivocado; aquel hombre me miraba más que todo el mundo. No me perdía de vista, se me comía con los ojos; para él, la pieza era yo. No podía por menos de mirarle yo también, y cada vez que me volvía hacia su sitio, encontrábale sumido en su éxtasis, inmóvil como una estatua, con unos ojazos que le salían de las cuencas para pasearse en torno mío. Tenía un aspecto muy aplicado, se lo aseguro á V.,

muy abstraído; me estaba aprendiendo de pe á pa, como un cura se estudia el Breviario. En fin, llega mi celerípedo, monto en él y desaparezco por entre bastidores, donde los tres autores, sin olvidar al compositor, me besaron por turno en las dos mejillas. En cuanto á mí, maquinistas y bomberos, á todo el mundo hubiera querido besar: estaba ebria, loca de gozo, con tanto más motivo, cuanto que la gran Matilde... Doctor, ¿conoce V. á la gran Matilde?

—Tan poca cosa, que es casi nada —respondí.

—Siempre me ha tenido envidia. Pues bien, en aquel momento, á pesar del colorete estaba tan amarilla como un membrillo, tenía apretados los dientes y si hubiera podido arañarme... La verdad, aquello me dió gusto; aunque soy buena muchacha, nunca la he podido tragar. Desagradable en las tablas, insoportable en casa, pregunte V. á quien quiera y todos le dirán que es una mala pieza; además de eso, ni miaja de talento y treinta años bien cumplidos, diga ella lo que diga. La prueba es que...

—¿Y el desconocido?—interrumpí, para acabar con la gran Matilde.

—¡Oh, el desconocido! Tenía yo tantas cosas en qué pensar que estuve veinticuatro horas sin volver

á pensar en él. Pero la noche siguiente, al acercarme al proscenio, la primera cara que vi fué la suya. Ocupaba la misma butaca que la víspera, y en seguida comprendí lo que eso quería significar. Esta vez había llevado los gemelos, que tuvo de continuo asentados contra mí. Aquellos gemelos, que no me soltaban, inquietábanme, me trastornaban, me producían distracciones, y en poco estuvo que no me hiciera olvidar mi papel. ¿Qué le diré á V.? Encontraba á aquel hombre muy guapo, pero me daba miedo. Lo cierto es que me ponía nerviosa; no sabía si estaba contenta ó contrariada de verle allí. Dos horas después supe por una acomodadora que era inglés y que había tomado la butaca para quince días. Efectivamente, allí estaba la noche siguiente, y la otra, y la otra; y á la tercera me pregunté: «¿Qué va á suceder aquí?» Y sucedió sencillamente que recibí un ramo de flores, que conservé, y una joya, que no conservé. En el ramo había una esquela, y en la esquela unos versos ingleses, que hubieran sido gringo para mí, si el desconocido no hubiera tenido la buena idea de acompañarlos con una traducción francesa que le voy á recitar á V., porque tengo buena memoria. Escuche V. esto, y trate de no enternecerse: «Que la tierra, los cielos, el mundo entero, todas

las cosas me sean testigos de ello. Aun cuando fuera digno de ceñir una corona imperial; aun cuando fuera el joven más hermoso que en todos los tiempos haya deslumbrado los ojos; aun cuando tuviera una fuerza y una ciencia más grandes que las que jamás haya poseído mortal alguno, tendría en nada todos esos bienes si me faltase tu amor; pero, si alguna vez llegas á amarme, pondré á tus piés todo cuanto poseo, y me consagraré á tu servicio, ó me dejaré morir de felicidad.» Vamos, ¿qué dice V. de eso, Doctor?

—Tenga V. la seguridad — contesté á la señorita Perdiz— de que el desconocido había tomado esos versos de alguna obra de Shakespeare. Esto prueba que conocía la literatura y que la enjaretaba en su correspondencia amorosa. Si yo fuese mujer, de todos los defectos éste es el que más trabajo me costaría perdonar.

—¿Y por qué, desde el momento en que va la traducción al lado? Dos días más tarde, si no lo toma V. á mal, recibí otro ramo de flores.

—¿Y otra alhaja?

—Ya le he dicho á V. que devolví la primera. En cuanto á la segunda carta, era más breve que la primera; tres líneas á lo sumo, que decían así: «Cuando hablas, quisiera oírte siempre hablar; cuando

cantas, quisiera que todo lo hicieses cantando; y si alguna vez te viera bailar, querría que fueses una ola del mar, á fin de que no acabaras nunca de bailar.»

— ¡Oh! Lo que es ahora, ó mucho me engaño, ó eso es de Shakespeare. Lo siento, hija mía, pero el amor que por V. sentía el desconocido era amor literario y aprendido; y quiero creer que V. no le habrá otorgado nada antes de que él consiguiese ofrecer á V. alguna cosa de su propia cosecha.

—Espere V. El tercer billete, que acompañó al tercer ramo, no se asemejaba á los otros dos. Su letra era estrafalaria; consistía en patas de araña que subían de la cueva al granero. Dos veces tuve que repetir la lectura para descifrarlas, y leí esto: «Os conjuro á ello, decid que sí, y salvaréis la vida á dos hombres. Mañana por la noche, al montar en el velocípedo, volved la vista hacia mi lado, describid un círculo con la varita, y os bendecirá para siempre quien os adora y se atreve á llamarse vuestro Eduardo.» Al fin sabía su nombre, y algo es algo; pero, créame V., las patas de araña me dieron mucho que pensar. Estaba perpleja, muy inquieta. Aquella noche no dormí ni tres horas, y al despertarme hice más reflexiones en el espacio de veinte minutos que había hecho durante

toda mi vida, es decir, durante veintidós años y siete meses... Porque no temo decir mi edad. «Si decís que sí, salvaréis á dos hombres...» Esta frase venía sin cesar á mi memoria, y me pareció que el guapo Eduardo aún era más loco que hermoso. El hada Melimeló tuvo una gran disputa con Rosa Perdiz. El hada gustaba de los misterios, las aventuras, los ojos negros y los bigotes rizados; Rosa Perdiz desconfiaba de los locos. Cuando le cogen á V. no le sueltan á tres tirones; es un asunto endemoniado el desembarazarse de ellos, y si es verdad que algunas veces causan placer, no suele durar mucho.

—Nada hay más cierto—dije á la señorita Perdiz.—El placer pasa y el loco queda.

—Bueno es también que sepa V. que acababa yo de heredar de mi madre, que lo heredó de no sé quién, un viejo, viejísimo loro, al cual había enseñado ella á decir: «¡Por Dios! Juicio, señorita, juicio.»

—En tanto que la caridad lo permita—añadí yo.

—V. es quien lo dice; los loros no lo saben tan largo. *Jacquot* gritaba todo el día: «¡Juicio!», y nada más. Lo gritaba con una voz tan penetrante, que me producía mucha impresión; á veces me amedrentaba y todo. Por más que digan, un loro es alguien. Cuando se me había

puesto en la cabeza hacer una tontería, tiraba una servilleta á la jaula de *Jacquot*, lo cual hacía callar al instante. Pero aquel día la servilleta no produjo efecto, sino que el avechicho gritó más fuerte que nunca: «¡Juicio!» Y dije para mí: No es *Jacquot*, sino Dios misericordioso, quien habla... Yo siempre he creído en el misericordioso Dios. ¿Y V. cree en El, Doctor?

—Un poco más que en *Jacquot*—la contesté.

—Bien se echa de ver que V. nunca ha tenido loro; yo no comprendo que se pueda vivir sin ellos. Son animales que nos conocen, puesto que nos llaman por nuestro nombre. ¡Y era tan hermoso *Jacquot*! Jamás habréis visto otro que fuese más rojo, ni más verde, ni más amarillo. ¡Y qué pico! ¡Qué moño! ¡Qué manera de guiñar los ojos y de rascarse la cabeza! Estaba lleno de malicia, y, sin embargo, tenía un corazón de oro. ¿Creerá V. que durante una ausencia mía permaneció una semana sin querer comer? Pregúnteselo V. más bien á mi portera. ¡Ah, si los hombres supiesen amar así!... Pero me hace V. perder el hilo de mi historia. Pues bien, cuando llegué por la noche al teatro, no estaba segura de lo que haría. Decía que sí, decía que no, sin saber en qué parar.—¡Bah!—pensé—echemos pajas: según lo que

me diga su rostro esta noche, así me decidiré.—Y hubo que me desagradó su cara. Al acercarme al proscenio le miré con el rabillo del ojo. Se le ocurrió pasarse la mano derecha por los cabellos con aire vencedor, y se puso á sonreirse. Tenía una expresión de contentamiento que no me hizo gracia; estaba seguro de su victoria, se lisonjeaba de tener ya tomada la plaza. Le miré de nuevo, y se sonrió otra vez. Llevaba él en la mano una bombonera llena de grajeas, las cuales mascaba con buen diente, y esto quería decir: «Te pesqué; dentro de poco te meteré el diente.» Yo le respondí para mis adentros: «Puesto que así lo piensas, aguarda un poco, mi buen amigo; dentro de poco te llevarás chasco.» No le miré más, y cuando llegó el celerípedo no se movió la varilla entre mis dedos. Antes de salir del escenario volví la cabeza; su butaca estaba vacía.—Vamos, se acabó, no le volveré más á ver—pensé;—después de todo, ¿qué me importa?—Mentía, Doctor, porque me importaba un poquillo.

—¿Y cuando ha vuelto V. á verle?—pregunté.

—Más pronto de lo que V. se figura; pero no vaya V. á creer que he ido yo en su busca. Sabe V. que yo no representaba en los últimos cuadros; no eran las once cuando

me fuí á casa. ¡Estaba crispada, nerviosa, pero muy nerviosa!... Le armé un tiberio á Julia, mi antigua criada, por haberme hecho esperar dos minutos en el descansillo, antes de salir á abrirme. Esa chica era una aturdida, y, lo que es peor, una solapada; mucho tiempo hacía que estaba descontenta de los servicios de ella. La dije que no la necesitaba, que me desnudaría sola, y la mandé que se acostase. Después de que me dejó sola, me quedé algunos instantes meditando. De pié ante el espejo, preguntábame: «¿He hecho bien? ¿He hecho mal?»... Me pareció seguro que había hecho bien. Sin embargo, decía para mí: «Si hubiera trazado un redondel con mi varita, estaría él aquí, y al cabo sabría yo por qué misterio sólo depende de mí el salvar la vida de dos hombres...» De pronto pasó no sé qué por el espejo; reflejábanse en él las cerradas colgaduras de mi lecho, y las vi agitarse, luego entreabrirse y salir de ellas un hombre. Ya habrá V. adivinado que era él. Lancé un grito penetrante, me volví muy tiesa, y dije:

—¡Ah! ¡En verdad, caballero, que esto es un poco fuerte! ¿Cómo es eso?... ¿Quién le ha permitido introducirse hasta aquí?

Con una sonrisa guasona, me contestó:

—Querida mía, su doncella tiene

buen corazón; le da lástima de los desgraciados, cuando la prueban con buenas razones que son dignos de su interés; las que yo he dado la han parecido suficientes.

En seguida se endereza con toda su estatura, levanta la barba, frunce las negras cejas, y con voz imperiosa, casi amenazadora, me dice:

—Preciso es que tú quieras, puesto que yo lo quiero.

Y al pronunciar estas palabras, avanza hacia mí con los brazos abiertos.

Por buena muchacha que una sea, Doctor, no es cosa de que gusten cierta clase de sorpresas, ni que las gentes se permitan entrar en casa de una como en un molino. Me pareció que el guapo Eduardo iba un poco deprisa en los negocios, que sus procedimientos eran bruscos y hasta brutales. Esto me desagradó muy mucho, y me propuse emplear una resistencia en toda regla. En el momento en que pensaba él haberme atrapado, me escapé de su lado, y fui corriendo al balcón, diciéndole:

—Como dé V. un paso, pido socorro y sube la pareja.

Meneó la cabeza, como si dijera: «A otro perro con ese hueso.» Y dirigióse al balcón. Pero cátrate que desde un rincón del dormitorio, una voz penetrante se pone á gritar:

—¡Por Dios, ten juicio, ten juicio!

Mi hombre se detuvo como clavado en su sitio, con los ojos fijos y la boca abierta. Tenía un aire tan corrido, tan aturrullado, que en un tris estuvo que no me echase á reír. ¿Quién había hablado? Me pienso si supuso que sería el diablo, pues volviendo la casaca, se encaminó á la puerta, luego á la escalera, después á la calle... Y vea V., Doctor, de lo que es capaz un loro que se despierta á tiempo.

—De buena fe—dije á la señorita Perdiz—si *Jacquot* no hubiese gritado, ¿hubiera V. llamado á los guardias?

—A pregunta indiscreta, contestación nula—replicó.—La verdad es que estaba encolerizada; y prueba de esto que digo, es que al día siguiente por la mañanita di la cuenta á Julia; entiendo de bromas, pero ésta era demasiado fuerte. Tras de la cual pasaron dos semanas sin que el guapo Eduardo pareciese por el teatro.

—¿Quién se mordió los dedos por eso?—la dije.—Fué el hada Melimeló. Todas las noches contemplaba con tristes ojos una butaca vacía, y descargaba su mal humor contra la señorita Perdiz, á quien decía: «Eres una necia, amiga mía, y la otra noche tuviste un acceso de mojigatería bastante ridículo. No

sabes de sociedad, no se despide así á las gentes, no se huye hacia el balcón; los balcones no deben servir para eso. Cuando la felicidad entra en casa un poco bruscamente, por la puerta ó por la ventana, no se le amenaza con hacerla prender por los civiles; se la suplica que se siente, se tiene una explicación con ella, y las personas que se explican acaban comúnmente por quedar conformes. Pero, cuando una se incomoda, cuando se hacen arrumacos y ruido, despiértase *Jacquot*, grita, y el guapo Eduardo se va y no vuelve más.» He aquí un razonamiento al cual nada tenía que responder la señorita Perdiz.

—Es preciso ser justo, Doctor— exclamó esta.— Póngase V. más bien en mi lugar.

—Pues me parece, querida, que me pongo todo cuanto es posible ponerse en él.

III

La señorita Perdiz se calló un momento—prosiguió el doctor Meruel;—después me dijo:

—Veamos, mi buen señor.; V. que es tan listo, tan agudo, tan ingenioso, tan sagaz; V. que todo lo adivina, ¿ha adivinado V. qué clase

de hombre pudiera ser ese guapo Eduardo?

—Ni siquiera nada— la respondí.

—En ese caso, déjeme V. continuar mi relato. Doctor, V. que pretende saberlo todo, ¿sabe V. cuál es el mejor medio para consolarse de una pena? Pues es tener otra; y eso fué precisamente lo que me sucedió. Mi vieja bruja, á quien había puesto de patitas en la calle, juró que se las había de pagar y me hizo una de las suyas. Antes de marcharse, dió perejil á *Jacquot*, el cual murió; y faltó poco para que yo misma muriese de desesperación.

Sin embargo, como he nacido razonable, reflexioné que pasa con los loros como con los reyes:—*¡Jacquot ha muerto, viva Jacquot!*» Un día que pasaba por el muelle del Louvre, entré en una tienda de pájaros, donde encontré lo que buscaba. El tendero era un árabe, y nos costó sumo trabajo entendernos. Mientras discutíamos, héte aquí que se cubre el cielo y se rompen las nubes. Cuando salí de la tienda, con mi loro debajo del brazo, llovía á cántaros, y ni un simón en la plaza; juzgue V. de mi apuro. Pero, como por ensalmo, párase un coche cerrado que pasaba; baja de él un hombre y se acerca á mí. Era él. Le aseguro que V. no le hubiera reconocido: tan sumiso, humilde, res-

petuoso, contrito y arrepentido era su aspecto. A pesar de la lluvia que caía, estaba con la cabeza descubierta, con el espinazo doblado por mitad y apenas se atrevía á mirarme.

—Por favor—dijo—accepte V. mi carruaje; V. dirá á mi cochero dónde debe llevarla.

Me pareció que había en esto un aviso del cielo, y le respondí riéndome:

—Esta vez diré que sí.

Subo, cierra la portezuela, me saluda de nuevo y se aleja á recules. Me asaltó un escrúpulo; yo no quería que este hombre se mojara, y le dije con dulzura:

—Pedazo de panoli, hay sitio para los dos.

Aún no había concluido mi frase, cuando ya estaba instalado junto á mí; partimos. Cinco minutos llevábamos rodando, sin que él hubiera hallado una palabra que decirme. Acurrucado en su rincón, me miraba de reojo, retorciéndose el bigote con los dedos; tenía mucho miedo de que yo me enfadase, y el aspecto de un perro que ha llevado un latigazo y lo recuerda. Para darme pisto, iba yo acariciando á mi loro. Viendo un rayo de luz, el bello Eduardo exclama:

—Si no es el demonio, este pájaro fué quien la otra noche me puso en fuga.

—No es él, sino otro que ha muerto de resultas.

Estaba roto el hielo y entablóse conversación. El me dijo:

—¿Me tiene V. tirria siempre por aquéllo?

—Mucha, y confesaré V. que hay su por qué. ¿Con quién se había V. figurado que trataba? ¿Me toma V. por una tonta á la cual se le hace creer todo lo que se quiere, y que se imagina que dejándose amar salvará la vida á dos hombres?

Irguióse como con sobresalto, se puso muy pálido, comenzó dos frases sin acabarlas, y por fin consiguió decir:

—Dispéñeme V., mi carta no tenía sentido común. Yo no tengo la culpa: el hada que convierte los príncipes en nabos me ha vuelto loco.

Y cogiéndome los dedos, sin apretar y siempre dispuesto á soltarlos, añadió:

—Soy un pobre enfermo, V. es mi médico. ¿Qué es eso de que un médico se niegue á curar á sus enfermos?

Por fin había arrancado, había tomado vuelo. Habló de un tirón durante diez minutos, pasándose la mano izquierda por la frente ó poniéndola sobre su corazón, mezclando inglés con su francés, cómico con su trágico, versos con su

prosa; había allí de todo, como en botica. Yo no comprendí ni la cuarta parte, y no sabría repetirle á V. su cantilena, pero la música era bonita.

—Y á todo esto, ¿qué decía *Jacquot II*?—pregunté á la señorita Perdiz.

—¡Ah, no se habían acordado de enseñarle á hablar! Llegamos á mi puerta, y me apeo del coche. El guapo Eduardo se quita el sombrero y me dice:

—¿Me permite V. que venga mañana á la misma hora para informarme de cómo sigue su loro?

Le respondí con un gesto que significaba: «Inténtelo V., no respondo de nada...» Efectivamente, al otro día se presentó en casa, pero yo no estaba.

—Pero á los dos días estaría V.—la interrumpí—y habría en el mundo otro hombre feliz más.

Estas desdichadas palabras produjeron en la señorita Perdiz un impulso de violenta indignación. Se levantó bruscamente, rechazó con el pié su silla derribándola, y creí que iba á quedarme sin saber el final de la historia.

—Me voy—exclamó,—y no volverá V. á verme más. La verdad verdadera, Doctor, es que es V. demasiado impertinente. ¡A los dos días! He ahí lo que tiene el ser médico, ejercer un oficio que obliga á

ver mala gente. Ya no cree V. en la virtud de las mujeres. ¡Pues qué! ¿No hay principios en este mundo, ni siquiera una chica honrada? ¿Me confunde V. acaso con Fulana y Mengana, á quien podría citar por sus nombres? ¿No sabe V. que he sido educada en un convento (sí, señor, yo que le estoy hablando), que allí he recibido la educación más esmerada y distinguida, que allí he aprendido la gramática, la astronomía, todo lo que aprenden las señoritas de más alta alcurnia? ¡A los dos días! ¿Por quién me toma V.? Sepa V., para su gobierno, que á ese pobre hombre le he hecho penar durante ¡ocho días mortales!

—¡Ocho días mortales!—exclamé.—Basta. ¡Creo en la virtud!

La calmé diciéndola muchas palabras afectuosas, y para tranquilizarla del todo la presenté un frasquito de sales inglesas, que aspiró sin hacerse de rogar. La agradaron las sales y encontró de su gusto el frasco, que en efecto era muy bonito. Después de interrogarme con la mirada, se lo metió en el bolsillo. Luego consintió en reirse; y cuando hube levantado su silla, en la cual hice que volviera á sentarse, dijo:

—Durante un mes estuvo encantador, é imagino que ese fué el tiempo más venturoso de mi vida.

Era dulce, muy dulce, obediente, lleno de cumplidos, de pequeñas atenciones, y se ocupaba con asiduidad en satisfacer todos mis caprichos. No tenía yo más que decir una palabra, y le hubiera hecho andar en cuatro patas. Me amaba con locura, y ésta es la buena manera: sólo los locos saben amar. Sólo de mí hubiera dependido que tirase el dinero por la ventana y que viera pronto el fondo de su caja, la cual sospecho que no era muy pesada. Por fortuna para él, la modesta joven con quien tenía que tratar, no se gloria de arruinar á un hombre, como la gran Matilde, y siempre ha preferido los placeres sencillos á los costosos; y placeres sencillos pueden tenerse todos cuantos se apetezcan con tres mil francos al mes, pongamos cuatro mil, por supuesto, sin contar con el vestir. En resumen, estaba contento, encantado con su adquisición, y también él me gustaba cada día más. Es tan grato para una mujer gobernar con una varita á un hombre que la ha dado miedo, como poseer un perrazo que ladre á los transeuntes y al cual pudiera darle más golpes que un batán, sin que ni siquiera enseñase la punta de los colmillos.

Yo no tenía más que una contrariedad. El guapo Eduardo era siempre para mí un desconocido;

imposible saber quién era. Al preguntárselo, unas veces se atrincheraba tras de un obstinado silencio, otras me refería mil patrañas. Un día me dió su palabra de honor más sagrada de que era un príncipe perseguido por su familia, que había resuelto vivir oculto hasta la muerte de su padre, que entonces reivindicaría sus derechos y reclamaría su corona, la cual estaba á la sazón en prenda en poder de los judíos. Me creía más imbécil de lo que soy. Me han enseñado desde la más tierna infancia...

—¿En el convento?—pregunté interrumpiéndola.

—Sí, en el convento... Me han enseñado que todos los príncipes son rusos ó italianos, y que los judíos no les prestan dos cuartos sobre su corona. Otra cosa que no sabía entonces aún, pero que después he aprendido, es que los verdaderos príncipes, los que han de reinar, accionan poco y en todos los asuntos de este mundo se van derechos al grano. Pues bien; en los días de buen humor, el guapo Eduardo encontraba particular placer en ensartarme largas tiradas de versos ingleses, acompañándolos con grandes ademanes. Es igual; los gestos tienen su encanto, y los suyos me gustaban...

—¡Al cabo lo entendí!—exclamé.—El bello Eduardo era un prin-

cipe de teatro en vacaciones, que se valía de V. para no olvidar el oficio.

No se dignó contestarme.

—Se lo repito á V.—continuó ella—durante un mes estuvo hechicero. Y, sin embargo, mi madre no le quería, diciéndome: «Ese hombre no me gusta.» Y yo la preguntaba: «¿Por qué te disgusta?» Y ella me respondía: «No sé por qué, pero me desagrada. Tiene en los ojos algo que no me hace gracia. Ya verás cómo es un mal genio, que te hará alguna trastada; harías bien en deshacerte de él.» Reñíamos por eso; ya sabe V. que algunas veces nos peleamos. Yo la quiero mucho, ella me quiere mucho; ¡pero tiene un carácter tan pijotero! Es preciso que todo suceda según su idea, á su modo. Por eso no vivimos juntas... ¡Oh! Doctor, no tengo nada que echarme en cara, pues á menudo la he propuesto que se venga á vivir conmigo, y tengo sitio para ella; pero me sale con que la gusta vivir sola, lo cual no impide que siempre esté metida en mi casa, teniendo que decir de esto, de lo otro y de lo de más allá...

—Bueno; con que durante un mes estuvo hechicero—interrumpí con impaciencia.

La señorita Perdiz me miró con aire regañón, y enseñándome con el dedo el reloj, dijo:

—Todavía no son más que las doce y tres cuartos. ¿Tiene V. alguna ocupación esta noche?

—¿Y V., querida mía?—la pregunté.

—No pase V. cuidado por mí; él no está en París. Pero, de veras, hace V. mal en no escucharme; no se imagina V. la sorpresa que le preparo.

—Vaya por la sorpresa; pero tratemos de llegar á ella. Por amable que sea la compañía, nunca me ha gustado quedarme á medio camino.

—Paciencia, ya llegamos. Una noche que había ido á buscarme al teatro me hizo notar que estábamos en el comienzo de la primavera, que el aire estaba tibio, que alumbraba la luna y que sería delicioso pasar la noche recorriendo los bosques. Me pareció buena su intención, y partimos. Caminamos hasta el amanecer, tan pronto en coche como á pié. Yo no tenía la más mínima idea de á dónde íbamos ni de dónde estábamos. Sólo me acuerdo de que había sitios en que olía á violetas; también recuerdo que á ratos me entraba miedo, pues á la luz de la luna creía ver fantasmas blancos que me miraban. Eduardo se desternillaba de risa con mis temores, y me explicaba que los álamos blancos no son más que álamos blancos; en verdad, que tenía ra-

zón. Al amanecer me dormí. Al despertarme conocí dónde estábamos: era en Villebón, y jugamos al disco hasta la hora de almorzar. Pusieron los cubiertos en un pabellón, donde no he querido volver á entrar desde entonces; le guardo rencor, aunque es muy lindo. Gasté cinco minutos en alisarme los cabellos, que estaban muy despeinados.

Cuando me reuní con Eduardo, acababa de desdoblar un gran periódico inglés, que había llevado consigo en el bolsillo. Pasó la vista por él, palideció, y apretando los puños, exclamó:

—¡Oh, miserables! ¡Los reconozco en eso!

—¿Qué han hecho?—le pregunté.

Sólo me contestó encogiéndose de hombros; se puso de nuevo á leer, y otra vez apretó los puños.

—¡Está bien!—le dije.—Me estás aburriendo, y hemos venido aquí para divertirnos. ¿De qué se trata? ¿A quién te refieres? Déjame tranquilas esas gentes, yo no las conozco. Que son unos horribles malvados: sea. ¿Y á ti, qué te importa?

Le arranqué el periódico de entre las manos, hice con él una pelota y lo tiré muy lejos á la hierba. Estuvo á punto de enfadarse, y me enseñó los dientes; pero mudó de parecer, cambió de fisonomía, y me dijo:

—Palabra de honor, tienes razón... Que hagan lo que les dé la gana. ¿Qué se me da á mí?

—Ni pizca—le respondí.

—Absolutamente nada. Te adoro, tengo un hambre canina, y vamos á almorzar.

Inclinóse hacia mí y me miró con fijeza á través de la mesa.

—Tienes los más lindos cabellos oscuros, la boca más linda del mundo; y esos cabellos oscuros, lo mismo que esa boca, son míos y sólo míos. En el ángulo de la mejilla tienes un hoyuelo; también es mío.

Y llenando la copa, añadió:

—Creo en el hoyuelo de Rosa Perdiz, y creo en el corazón del hada Melimeló. He ahí todo. Me c... en lo demás. Lo demás no es nada, absolutamente nada.

Se puso á comer con gran apetito y á beber como un polaco. Traté de moderarlo, pues por experiencia sabía que su borrachera era colérica. Perdí mi trabajo; había jurado embriagarse, porque de vez en cuando decía: «Bebamos otra botella, y no pensemos más en eso.—¿En qué?—En nada.» Sin duda en quienes no quería pensar más era en «esos miserables», y los olvidó por completo. Su alegría iba siendo ruidosa; no hablaba, sino que soltaba mil extravagancias. Acabó por emprenderla con copas y platos; todo lo rompió, porque decía que nadie era

digno de comer en un plato donde había comido Rosa Perdiz, ni de beber en una copa que habían tocado sus labios divinos. Esto de «divinos» lo decía él, y no soy yo quien se lo hago decir.

Al principio me divertían sus locuras, pero no por mucho tiempo. Me gusta el jolgorio, pero no el barullo; tampoco me hace gracia que se gaste tontamente el dinero, y ya comprenderá V. que la vajilla rota figuró en la cuenta. Lo que sobre todo detesto son las disputas; y cuando Eduardo estaba bebido, tenía una cabeza perra que no atendía á razones. Se puso á reñir con el mozo que nos servía, con el fondista, con los campesinos, con su silla, con el viento, con todo el mundo. Estaba viendo cuándo nos iba á meter en un lío. Le cogí el bastón y le amenacé con cruzarle la cara con él. Se calmó, pagó la cuenta, y regresamos á París riñendo un poco; pero en el camino hicimos las paces.

Le abandoné para irme al teatro, y le encontré en mi casa hacia media noche. Se le había pasado por completo la mona; por desgracia, había logrado proporcionarse de nuevo ese maldito periódico inglés que le había yo arrancado de entre las manos en Villebón. Interrumpió su lectura para gritarme:

—¡Sí! Son unos miserables, y el

más miserable de todos es él, es él... No quiero nombrarle.

Luego añadió golpeándose la frente con ambos puños:

—¡Ah, si supieras, querida mía, lo que hay aquí dentro!

—No tengo gana maldita de saberlo—le contesté con mal humor; —me caigo de sueño.

—Y yo también—me replicó con la mayor sangre fría.

Dicho esto, sentóse en el brazo de un sillón y se puso otra vez á leer el periódico.

A cosa de las dos de la madrugada, me despertó el ruido que de pronto hicieron unos cascos de cristal cayendo al suelo.

Me incorporé en la cama. Eduardo había dejado muy alta la mecha de la lámpara, y acababa de estallar el tubo. No parecía prestar la más mínima atención á este accidente. En el momento en que abrí los ojos, estaba sentado á los piés de mi lecho, tieso como una lanza, con los brazos cruzados delante del pecho, y mirando con ojos fijos algo ó á alguien que yo no veía. Le grité: ¿Y la lámpara?—Sintió como un sacudimiento en todo el cuerpo, y se volvió rápidamente hacia mí; tenía el aspecto de un hombre que acaba de salir de un pozo, después de pasar en él veinticuatro horas, y que se asombra de volver á ver el sol. Levantóse, se sonrió, se acercó

á mí, puso dos dedos en mis párpados para volverlos á cerrar, me dió un gran beso en la frente, y salió á paso de lobo.

Al siguiente día no le volví á ver; me escribió cuatro letras para anunciarme que habían llegado á París dos de sus más caros amigos, de sus amigos de la infancia; que, en conciencia, creíase obligado á hacerles los honores, y que temía no poder disponer de un momento libre. No me incomodé por eso; desde dos días atrás sentíame un poco fría para con él. Sus despropósitos en Villebón, la culebra que había armado al fondista, el extraño efecto que en él producía la lectura de los periódicos, el incidente de la lámpara, aquel hombre sentado á los piés de mi cama con la mirada errante por los espacios, todo esto me desasosegaba. De seguro que el guapo Eduardo tenía un humor desigual y un resquicio en el cerebro, y hasta sospechaba yo que tuviese un poco de sonámbulo; en todo caso, parecíanme algo turbios sus negocios. Nunca me han gustado las cajas de doble fondo; quiero saber lo que tengo en el bolsillo. Me reservé mis ligeras reflexiones, sin decir una palabra á mi madre acerca de ellas. Hubiera triunfado; y es tan desagradable oír que le dicen á uno: ¡No has querido creerme; ya te lo había yo anunciado,

pero nunca haces más que lo que se te pone en el moño!

Transcurrieron varios días, y él sin parecer. Comencé á sospechar si también él habría hecho sus reflexiones, que todo había concluido y que ya no le vería más. Me equivocaba. Algunas noches después, al volver del teatro, me lo encontré instalado junto á mi chimenea, donde había encendido una gran fogata. Me esperaba con febril impaciencia, más enamorado que nunca. En cuanto me vió, dijo:—¡Ya está, ya está aquí!—Luego se acurrucó á mis piés y me declaró mil veces que jamás había encontrado muchacha, mujer, gata ni criatura alguna más adorable que yo, en la tierra, ni en la luna, ni en ninguno de los planetas que había visitado. No se hartaba de contemplarme. Parecía que acabábamos de conocernos, que hasta ese día no me había visto; acababa de descubrirme allá de pronto, sin pensar en ello, en uno de los recodos del camino; y su hallazgo le encantaba, le ponía fuera de sí, y repetíame de nuevo que era yo adorable. Aquella noche tenía él una vocecita aflautada, y de vez en cuando asomaban en sus ojos unos lagrimones como avellanas, que rodaban lentamente á lo largo de sus mejillas. De veras que me parecía estar soñando, y preguntábame á mí misma con quién me las había.

Tuve la triste idea de hablarle de sus caros amigos, de sus amigos de la infancia, y quise saber lo que había inventado para festejarles. Hete aquí un hombre que al punto cambia por completo. Se oscurece su rostro, vuélvese su mirada fría como el hielo, me suelta ambas manos, se pone de pié y se queda pegado á la chimenea. Después, mirándose las uñas, me dice que sus amigos no eran esto ni aquello; que sus amigos no eran gentes á quienes se festejase, que eran hombres de negocios, que acababan de inventar uno que prometía dar mucho de sí, gloria para revender y oro á montones, pero que era muy problemático; que le habían apremiado para que entrase en él, que lo tomase por su cuenta, pero que había resistido todas sus súplicas. Y añadió:

—No quieren admitir que esta sea mi última palabra, y me han dado una semana para pensarlo bien. Aunque lo pensara dos años... ¿Por quién me toman? He dicho que no, y no. No los vuelvo á ver más; te digo, Rosa, que no quiero volver á verlos. Y mira, ya que lo estoy pensando, dame pluma y papel. Quiero escribirles aquí mismo y al instante, que su negocio es un mal negocio, que les prohibo hablarme más de él, y que se vayan al demonio. Pero tú me distraerías; necesito estar solo para escribir. En seguida aca-

bo, no te pido más que cinco minutos.

Y volviendo á hablar con su voccita aflautada, prosiguió:

—Y luego, ¿sabes? haremos ponche. Quiero beber diez vasos á tu salud, para darte gracias por haber tenido un día el feliz pensamiento de venir al mundo. ¡No hay como tú, para tener tales ideas! Cuando naciste, había allí una estrella danzando. Shakespeare es quien me lo ha dicho.

En seguida pasó á la pieza inmediata, donde estuvo más de cinco minutos para escribir la carta, puesto que tuve tiempo para coger un libro y quedarme dormida; debo confesar que en general ese es el efecto que en mí produce la lectura. También entonces me desperté sobresaltada. No había estallado el tubo de la lámpara; pero en la estancia inmediata había un hombre paseándose á paso largo y hablando en voz alta. ¿Con quién hablaba? Me aproximé á la puerta, que había dejado él entornada, y me convencí de que estaba solo. ¿Con quién hablaba pues? Estaba pálido, lívido; el sudor había pegado los cabellos á sus sienes, giraban sus ojos de una manera terrible, tenía el aire de un espectro. Le miré, le escuché, pero no podía comprender ni jota de su discurso, excepto que repetía con intervalos *I won't*; había yo aprendido

bastante inglés para saber que eso quiere decir: «No, no quiero.»

Su rostro estaba tan espantoso que mi primer impulso fué cerrar á escape la puerta y atrancarla. Sin embargo, me dió vergüenza no ser valiente, hice de tripas corazón, avancé un paso, y grité:

—Eduardo, por amor de Dios, ¿con quién disputas?

Y me respondió con voz tonante:

—¿Con quién había de ser? ¡Caramba, con ella!

—¿Con ella! ¿De quién se trata?

Mirábame él sin verme, hasta que al fin reparó en mí. Extendió el brazo y dijo con tono cavernoso:

—¿No la ves?

Corrí en busca de un vaso de agua, y le rocié la cara. Dejóse caer sobre una silla, prorrumpió en una carcajada y exclamó:

—Gracias, ya no la veo.

—Fuí á sentarme junto á él. Aca-rició con la mano mis cabellos, diciendo:

—Palabra, creí que me volvía loco.

—Así es, y desde hace mucho— le dije.—Pero me dirás el nombre de esa mujer.

Echóse á reir de nuevo:

—¿Qué gracia! Esas mujeres no tienen nombre.

—¿Es una ramera? ¿Es una mu-
juz de sociedad?

—Es una verdadera malvada— replicó él.—Un día se aposentó en mí, me dió miedo; la he despedido, la he expulsado. Ha vuelto y me ha dicho: «Te tengo cogido, eres mío, no te soltaré más...» Me ausenté, desaparecí, puse entre ambos mil leguas de agua salada; ha corrido en pos de mí, me ha vuelto á atrapar, ahora mismo estaba aquí. Pero estás tú, ella ha desaparecido, y me he salvado.

—¿Qué tipo tiene esa mujer que carece de nombre?—le volví á preguntar.

—Pequeña mía, se parece á ti como una hija del infierno puede asemejarse á una hija del cielo. Es tan fea, tan disforme como bonita eres tú; y tus iras son menos terribles que sus sonrisas. ¡Ah, horrible mujer! Sus besos matan el sueño, y en tres noches hacen blanquear los cabellos de un hombre. Es un milagro que no estén blancos los míos... Pero no hablemos más de ella; ¡oh, te lo ruego, no hablemos más de ella! Asunto concluido, no la volveré á ver más.

Y agarrándome los dos brazos, los enlazó en torno de su cintura, diciendo:

—Lo que guarda Rosa Perdiz, bien guardado está. Soy tu prisionero, queridísima mía; y quiero vivir, quiero morir en mi prisión. ¡Bebamos ponche!

IV

La señorita Perdiz hizo una nueva pausa (continuó el doctor Meruel). Luego me miró con una sonrisa, que trataba de hacer que pareciese misteriosa; pero no tiene el don del misterio, le falta por completo, y he aquí por qué temo por su porvenir; en todos los grandes talentos hay una dosis de misterio.

—Doctor—me dijo—¿sabe V. quién era ese hombre?

—Ya se lo he dicho á V., querida mía—la respondí:—algún cómico sin contrata, que repasaba sus papeles; y siento por V. que su repertorio fuese tan poco alegre.

Entonces ella me hizo la higa y la señal de los cuernos, diciendo:

—¿Es V. como yo? Cuando tengo miedo, huyo; cuando me decido, me decido á escape; y cuando los hombres no me convienen, ó me convienen más... Sin embargo, dije dos palabras á mi madre acerca de eso, la cual me respondió al punto: ¿No te había yo prevenido? Nunca quieres creerme. Yo estaba por el otro. El otro es un caballero, un hombre formal, una persona de viso. Al fin confiesas que yo tenía razón; más vale tarde que nunca. Ya no te queda más que huir pronto. ¡Huye

pues!—Hice lo que ella me decía: huí. En verdad que los ferrocarriles son una buena invención. No hay más que arreglar las cosas en un periquete; y busca, échale un galgo, que ya no hay nadie.

Diez y seis horas más tarde estaba yo cómodamente instalada en un vagón-berlina, donde de un sueño llegué hasta Lyón. Al despertar, exhalé un profundo suspiro de libertad. Sin embargo, me entró alguna zozobra: quizá hubiera venteado mi fuga el hombre que me daba miedo, y acaso corriera á todo correr en pos del tren. Saqué la cabeza por la portezuela, exhalé un nuevo suspiro de alivio, y me volví á dormir. Tuve el más hermoso ensueño del mundo: creía ver á mi director arrancándose los cabellos. Me lisonjeaba de haberle sumido en un cruel apuro, y que sin mí no había medio de representar *El Príncipe chiflado*. Era yo muy joven: un hada se reemplaza con tanta facilidad como un loro. Debo decir á V., que ese viejo marrullero me había hecho muchas malas pasadas. Me había prometido solemnemente un papel en la nueva pieza que iba á ensayar, y tuvo la avilantez de dárselo á la gran Matilde. Había jurado vengarme. ¡Oh! Sí, era muy jóven, aún no tomaba por lo serio la vida, no sabía lo que cuesta ser demasiado ligera de cas-

cos y de piés, y que basta una escapatoria para comprometer toda una carrera. Después de esto, también debo decir á V. que se me presentaba una magnífica ocasión para ver la Italia.

—Dígame V. al mismo tiempo con quién—repliqué á la señorita Perdiz.

—¿Qué le importa á V., Doctor? Es V. curioso, muy curiosón.

Y después de reflexionar un poco, continuó:

—¡Lo que somos, y qué es lo que se apodera del corazón de una mujer! Le juro á V. que esa *villa* era una bendición de *villa*, situada al lado de una bendición de lago. Figúrese V. que desde mi balcón podía pescar con caña truchas. Fuí feliz durante dos semanas, enteramente feliz; me creía estar en el paraíso. Pero una mañana advertí que me cargaba mi paraíso, que mi felicidad sonaba á hueco, que me faltaba alguna cosa, que el encanto de la vida consiste en tener junto á sí un guapo loco que hable solo y gesticule. En resumen, que dije al otro:

—Querido mío, la *villa* de V. es preciosa, pero revienta una de aburrimiento en ella.

Y regresé á escape á París, donde, apenas hube llegado, corrí al Grand-Hotel.

—¿Está en su cuarto el número 167?

—Están almorzando.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Son varios ahora? Hace tres semanas no era más que uno solo.

Tuve que rendirme ante la verdad: el guapo Eduardo acababa de partir, y había ocupado su puesto una familia. Me hubiera costado una enfermedad, si pudiera yo estar formalmente enferma; pero esto no depende de mí, y puesto que siempre concluimos por consolarnos, ¿no era lo mejor comenzar por ahí?

Pasado un mes, recibí de Inglaterra una carta escrita en inglés, que hice la tontería de quemar. Me la había hecho traducir, y me la había aprendido de memoria. Aquí la tiene V., palabra por palabra, pues ya le he dicho que tengo buena memoria.

«Durante más de quince días he pasado mañana y tarde por delante de tu puerta; no podía creer en mi desgracia; ahora creo en ella. ¡Sea! ¡Cúmplase la voluntad del destino! Tú le habías quitado su obrero, y tú se lo has devuelto. Todo es como tiene que ser; nada te echo en cara. Mi cobardía es quien te amaba... ¿Es posible que te hayas cansado ya de mí? ¿Y por quién me habrás hecho traición? Me habrás sacrificado á algún modrego, á algún imbecil con título. Creo haberle encontrado una noche en los basti-

dores de tu teatro. Bien pronto te desilusionarás. ¡Ah! Pobre niña, el verdadero príncipe era yo; y me echarás de menos, pero será demasiado tarde... Te lo repito, mejor que mejor. Al devolverme la libertad, has querido salvar mi gloria, y que el mundo hablase del bello Eduardo. Hablará, querida mía, y entonces conocerás mi verdadero nombre.

»Atiende: el día en que sepas que acaba de darse un gran golpe y que la tierra ha temblado de espanto, di con toda seguridad: «El hombre que ha hecho esto, es él.» Y en verdad, si no fuese yo, ¿quién había de ser? Mi querida Rosita, la idea que tengo dentro de la cabeza, la han tenido otros; pero les tiembla la mano, mientras que la mía no temblará; y lo que yo haré, ningún otro podría hacerlo en mi lugar... No sé aún lo que diré al herir; será con verdad la frase final, y esa frase atravesará los siglos.

»¿Te acuerdas de Villebón, de aquella noche pasada en los bosques? Había salido ya el sol y aún dormías tú dentro del coche, porque bien sabe Dios cuánto te gusta dormir. Te desperté, te llevé en mis brazos y te hice sentar al pie de una vieja encina. Había allí violetas ocultas entre la hierba; el aire estaba como embalsamado por ellas. Piensa algunas veces en esas viole-

tas. En ellas pensaré el día de mi muerte, y pensaré también en aquel hoyuelo que tienes en el ángulo de la boca.

»Tengo que pedirte un favor: envía á las adjuntas señas un rizo de tus cabellos. Los llevaré siempre encima, y algo tuyo se mezclará con mis últimos días. Después de mi muerte los encontrarán sobre mi corazón, y se preguntarán quién me los había dado. Ten la seguridad de que los periódicos hablarán de ello; esos parlanchines todo lo cuentan. Copia con mucha exactitud las señas, y mándame sin tardanza tu paquetito. Ella lo consiente, porque ya no está celosa de ti. Sabe que es cosa resuelta, que me ha recobrado para siempre, que me tiene cogido, que soy suyo en cuerpo y alma y que dentro de pocos días iré donde me manda ir... ¡Vieja hechicera, quieres beber sangre! ¡En paz! La beberás.

»¡Dios mío, qué bien olían aquellas violetas! ¡Y cuán suaves parecían tus cabellos á mis manos! No seas avara: necesito que haya los suficientes para poderlos amasar entre mis dedos. Cerraré los ojos y me figuraré que estás conmigo.»

—Doctor, después de haber leído esta carta hice lo que hubiera hecho V. en mi lugar: me corté una gran mata de pelo... Mire V., aún

se ve el sitio, no ha concluido de retoñar. Ha debido de recibirlos, porque puse mucho cuidado al copiar las señas. Desde entonces han pasado cerca de dos años, y debo hacerme la justicia de que durante el primero me acordé del guapo Eduardo una vez por lo menos cada semana; pero durante el segundo, sólo he pensado en él una vez por trimestre. ¡Caramba! Me había vuelto una muchacha juiciosa, muy juiciosa. Ya sabe V. lo que todo el mundo dice de mí. Preciso es que de algo sirva la experiencia; mi pequeña fuga á Italia me había hecho mucho daño. Los directores rehusaban tomarme en serio, y me era imposible hallar contrata. Pero, á fuerza de moverme mucho, he logrado rehacer mi posición. Las obras de magia no son mi género; había nacido para la opereta. No necesito decir á V. dónde estoy ahora; estoy en auge y hasta distinguida. ¿Creerá V. que, en absoluto, se empeñan en tenerme en San Petersburgo? No les quitará V. esto de la cabeza. Me hacen soberbias proposiciones. En verdad que estoy perpleja acerca de este asunto y me alegro de consultarlo con V.

Según ella, la ofrecían sesenta mil francos, cuatro meses de vacaciones, un palacio imperial, y por lo menos, un gran duque. Aquella

insustancial era inagotable en esta materia; después de haber concluido, volvía á empezar. A ratos me miraba con el rabillo del ojo, y comprendía yo lo que esto significaba. Se moría de deseos de que yo la interrumpiese para preguntarla el final de su historia. No quise darla ese gusto, y ella fué quien perdió la paciencia y se interrumpió á sí misma, exclamando con despecho:

—¡Qué hombre tan raro es V., Doctor! Tan pronto es V. curioso, como no lo es ni pizca. Le he dicho á V. que me había sucedido una cosa extraordinaria. ¿No quiere V. saber lo que es?

—Apostemos á que ha vuelto V. á ver en el bulevard al bello Eduardo, le ha jurado á V. que ya no está loco, y otra vez están amarte-
lados.

—¡Ah, pobre muchacho!—exclamó ella enterneciéndose de pronto, por lo menos tanto como la es posible enternecerse.—Sí, dice V. la verdad; hace pocas horas le he encontrado en el bulevard, en el escaparate de un vendedor de fotografías. Le reconocí al momento y me palpitó el corazón. Sus ojos, su frente, su bigote, su pelo rizado, su mano metida por la abertura del chaleco... Era él, se lo aseguro á V., él de cuerpo entero. Me precipito como una ráfaga de viento en la tienda y le pregunté al comerciante:

—¿De dónde tiene V. esta fotografía?

Y me responde con extrañeza:

—La acabamos de recibir de Nueva York.

—¿Entonces, será el retrato de un hombre célebre?

—Muy célebre, hija mía.

Y añadió... ¿Me escucha V., Doctor?... Añadió:

—Es el retrato de John Wilkes Booth, el asesino del presidente Lincoln.

Dichas estas palabras, la señorita Perdiz, después de haberme mirado fijamente para gozar de mi sorpresa, se levantó y se puso á pasear por el gabinete con la cabeza erguida, las mejillas rojas y las ventanas de la nariz temblorosas. Sus piés no tocaban en el suelo; hubiérase dicho que iba á volar. A intervalos volvíase hacia donde estaba yo, y desde lo alto de su nube descendía sobre mí una soberbia mirada; era una diosa contemplando un gusanillo. La detuve al paso, la sacudí por ambos brazos enérgicamente, y la dije:

—¡Desgraciada! ¿Qué has hecho? Ese loco estuvo encomendado á tu guarda y sólo de tí dependía defenderle contra *ella*, librarle de las tentaciones de esa hija del infierno, de esa horrible idea fija que le atormentaba. Pero tú no sabes amar, y tuviste miedo. Soltaste tu prisione-

ro, desertaste de tu puesto y de tu misión, partiste para Italia con no sé qué príncipe contradizo, y gracias á ti recuperó *ella* su presa. ¡Oh destino, á la vez trágico y ridículo! ¡Si la señorita Rosa Perdiz hubiera sido menos ligera de cascos y de piés; si hubiese tenido un poco más corazón ó un poco más de valor, aún viviría el presidente Lincoln!

Ni siquiera me escuchaba. Soltóse de mí, se puso de nuevo á andar con paso largo, transportada y como posesa por su aventura y por su gloria. Encontrábase mezclada en un gran acontecimiento; había sido amada por un hombre cuya execrable memoria vivirá siempre. Su aire de triunfo me pareció sumamente desagradable, y la dije con tono sardónico:

—A fe mía, querida, puesto que quiere V. que me ponga en su lugar, la diré con franqueza que en su lugar no tendría yo tanto orgullo; porque, en último término, ¿tiene nada de regocijado ni de glorioso el haber sido la querida de un hombre que ha ido á la horca?

Se volvió con rapidez y vino á mí como un rayo, con los ojos irritados y terribles; de veras, creí que iba á devorarme.

—¿Pero no sabe V. la historia, Doctor? Me la he hecho contar hace poco, con los mayores detalles. ¡El

ahorcado! Ni por pienso. ¿Se ahorca á un hombre como él? Sepa V. que se había refugiado en un hórreo, donde le acorraló la policía; como se negaba á salir y rendirse á discreción, pusieron fuego al hórreo; á través de una empalizada, le dispararon más de veinte tiros de fusil. ¡El ahorcado! ¡Que te calles! John Wilkes Booth ha muerto con las armas en la mano, defendiéndose como un héroe.

La contemplé con estupor, y exclamé:

—Aunque uno crea conocer á las mujeres, siempre nos asombrarán. ¡Dónde va á anidar la gloria!»

Dicho esto, el doctor Meruel cogió el bastón y el sombrero; y dirigiase á la puerta, cuando alguien le gritó: «¿Es verdadera esa historia?»

Y respondió él: «He repetido á Vds. fielmente lo que me contaron la otra noche. Si Vds. no me creen, se pondrán á mal con la señorita Rosa Perdiz.»

VÍCTOR CHERBULIEZ.

LAS MISERIAS DE UN DIOS EN EL SIGLO XIX

Enrique Heine, según su correspondencia.

(CONCLUSIÓN)

II

Alguien ha dicho, hablando de Enrique Heine, según resulta de la *Correspondencia*, que era una alma colérica. La frase es justa. Extraño y doloroso es ver hasta qué punto la personalidad del poeta, agriada por la enfermedad, es irritable y propensa á los arrebatos contra las situaciones ó las ideas cuyas consecuencias sufre ó cree sufrir. De buena gana me valdría para expresar mi idea de una imagen tomada de la fisiología, á saber: que los nervios y músculos de esta alma están desnudos, expuestos á todos los choques y heridos por todos los contactos; dijérase que el aire que los rodea los roza cruelmente y los mata. Sus nervios gritan, sus músculos sangran, todo su ser se revuelve contra el obstáculo real ó

imaginario. Su vida es una reacción violenta contra los sufrimientos demasiado varios, y contra los males, en parte ficticios, que su imaginación enferma agrandaba desmesuradamente.

En alguna ocasión escribe: «Me he decidido por la lucha, y no ha sido esta decisión fruto de una ligereza. Cuando por primera vez tomé las armas en la mano, me sentía impulsado por el insolente orgullo del nacimiento.» Una vez cogidas estas armas no las suelta. Añade después: «En mi barco se encontraba ya el itinerario de toda mi vida.» (París 16 de Julio de 1833.)

Veamos lo que el poeta escribió en ese itinerario depositado en su triste embarcación. En primer término es preciso fijar un rayo de su

fisonomía. Enrique Heine era judío. En uno de sus escritos nos refiere la triste historia de un buen cristiano, especiero en Hamburgo, á quien jamás le había cabido en la cabeza que su Señor Salvador hubiese sido judío de nacimiento. El pobre hombre sentía, según Heine refiere, un violento despecho cada vez que se veía obligado á confesar que aquel modelo divino de perfección pertenecía á la raza judaica, «á aquella turba de hombres de larga nariz, mal sonada, comerciantes de poco pelo que iban y venían por los caminos», á quienes despreciaba profundamente, sobre todo cuando le hacían competencia, vendiendo como él especias y colores, perjudicando, como era de suponer, los intereses del hamburgués (1). En rigor, el sentimiento del honrado especiero de Hamburgo, Enrique Heine lo experimentaba aplicándose el mismo. Jamás pudo consolarse de ser judío. Lo que para una alma mejor templada hubiera podido ser un simple accidente de pensamiento, de quien nadie se hubiera podido quejar seriamente, llegó á ser para su imaginación algo parecido á la fatalidad de los antiguos. Suya es esta expresiva frase: «El judaismo no es una religión, es una desgracia.»

(1) De *Inglaterra*. Heroínas de Shakespeare.

He aquí la pintura que hace de los judíos reunidos en la sinagoga de Venecia. Algunos rasgos pueden aplicarse exactamente al mismo escritor que los ha trazado. «Aquel día celebraban la fiesta del Perdón: estaban de pié, envueltos en largas túnicas blancas, haciendo con la cabeza siniestros movimientos. Parecían una reunión de fantasmas. Mientras contemplaba los pálidos y entristecidos semblantes de los judíos, hice un descubrimiento que no puedo ¡ay! pasar en silencio. Aquel mismo día había visitado la casa de locos de San Carlos; y al contemplar á los judíos de la sinagoga me asombré de encontrar en la mirada de aquellos hombres, la misma mirada espantada, feroz, incierta, mitad seria, mitad estúpida que había observado en los ojos de los dementes. Aquella mirada incomprendible, indefinible, no indicaba precisamente la ausencia de espíritu, pero sí el predominio de una idea fija. Acaso la creencia de su Dios, trascendiendo del rayo anunciado por Moisés, ha venido á ser la idea fija de todo un pueblo, á quien, aunque se le ha puesto la camisa de fuerza durante dos mil años y se le han aplicado duchas, no quiere desistir. Con esta idea cargó Moisés á los judíos, la sujetó á su espalda con santas correas y hasta, por decirlo así, la talló en su carne.»

La idea fija del poeta no es quizá la de ese dios saliendo del rayo, del cual se burla tan donosamente; pero es de seguro la de la raza maldita á que Enrique Heine pertenece: esa es la idea fija que se apodera de su imaginación enferma, y que está, empleando sus propias expresiones, tallada en su carne é incrustada en sus huesos. Cualquiera que fuese la situación en que los prejuicios sociales colocasen á los israelitas en Alemania hacia el año 1820, no es posible desconocer que esa situación debía hacer sufrir bastante á una susceptibilidad enfermiza. Ella fué como una alucinación que maltrataba su cerebro. Hizo todo lo posible por huir de ella. Se decidió á recibir el bautismo para escapar de aquel estigma de su raza, esperando que el cristiano indiferente ó excéptico haría olvidar en él al israelita. Vana esperanza. Por todas partes creía ver que reaparecía ese desdén particular, esa malevolencia especial de los gentiles, ese sentimiento perseguidor hacia los judíos, que designa de una manera especial la palabra hebrea *Rischess*. Esta obsesión le persiguió hasta en Francia, hasta en el mismo París, en que las costumbres en este punto están de acuerdo con las leyes, en que los israelitas son considerados perfectamente iguales á los cristianos, lo mismo en las carreras libe-

rales que en la industria, en el Instituto como en la Bolsa, en los más altos empleos, en los ministerios, en la vida social y en los salones.

Enrique Heine sentía este beneficio de la civilización francesa: cuenta regocijadamente que en su viaje á Venecia, vagando por las riberas del Rialto, miraba en torno suyo para ver si descubría á Sylock. «Hubiera tenido—decía en su irreverente lenguaje—que comunicarle algo que le habría agradado: por ejemplo, que su primo M. de Sylock, en París, ha llegado á ser el más poderoso barón de la cristiandad, y que ha recibido de S. M. Católica la Orden de Isabel, la cual Orden fué fundada en España para glorificar la expulsión de los judíos y de los moros. A pesar de todo, y aunque hubiera podido tener tantas cosas que aprender de sus hermanos perseguidos, jamás se mostró convencido sobre este particular. Con ese especial instinto que se desarrolla merced á una idea fija, reconocía de lejos el terrible *Rischess*, y sufría desatinadamente. El que había soñado en secreto con los placeres de la vida aristocrática y con la elegancia, se sentía lejos de sus vanidosas y voluptuosas quimeras por aquel prejuicio cruel de que era responsable más su imaginación que la sociedad. De este modo de pensar, ¡qué de golpes mortales reci-

bidos en el amor propio! ¡Cuántas ocasiones de sufrir y de irritarse!

De aquí que se echen de ver en sus cartas dos corrientes de impresiones en apariencia contradictorias, pero ambas procedentes de un mismo origen. Tan pronto censura las cualidades de los judíos, irritándose de que sean como son, y no de otra manera. Tan pronto los defiende del desprecio de los *gentiles*, con toda especie de armas: la ironía, la elocuencia, haciendo suya la causa de ellos, consagrándose con celo inexperado á la defensa de la raza proscripta y haciendo la apología de los vicios particulares de esta raza que, según él, es menos responsable que sus perseguidores. En el fondo de todo esto no sería imposible encontrar, aunque con pena, cierto sentimiento, algo pueril, de humillación.

Ciertamente, no se hubiese podido presentir un apologista muy serio del judaísmo en el humorista que escribía las líneas siguientes: «(Luneburgo, 8 de Junio de 1823). Estoy aquí completamente solo; no veo á nadie absolutamente, porque mis parientes viven aislados de toda sociedad. Los judíos son así, siempre iguales, sucios y mauleros; los cristianos de la clase media son también poco divertidos, y muestran gran desdén hacia los judíos; en este punto aún los superan las clases

aristocráticas. Nuestro perrillo es perseguido y maltratado en la calle por los perros de los cristianos, que sin duda odian á los perros de los judíos. No he trabado, por consiguiente, relaciones más que con los árboles que murmuran á su manera, recordándome viejos cantos olvidados y me predisponen para la tristeza.» Casi en la misma fecha sus palabras se convierten en rudos epigramas. «Verdaderamente—escribía á su amigo Moser—eres el más noble corazón de Israel. Tus sentimientos son pesados lingotes de oro; los míos de papel moneda: no tienen más valor que el que les da el crédito... Esta imagen, ¿no te prueba que soy un poeta judío? ¿Y por qué había de fingir? ¿No somos ambos de la misma raza? Pues me sirvo de metáforas nacionales. Cuando llegue el día de que se concluya la ciudad de *Gástown* (una especie de Jerusalén utópica que debe gobernar el doctor Gans); cuando una generación más feliz que nosotros en las orillas del Mississipi bendiga las palmas y amase panes ácimos, cuando florezca una literatura neo-judaica, entonces muchas expresiones mercantiles y bursátiles de la actualidad pertenecerán á la lengana poética y un tataranieto de Masquito, de capa y filactera, cantará delante de toda la congregación de *Gastown*. «Estaban sentados en las ori-

»llas del Spres y contaban bonos
»del Tesoro; entonces vinieron sus
»enemigos y dijeron: «Dadnos papel
»sobre Londres, el cambio está en
»alza.»

Es cruel esta rechifla de sí propio, que forma contraste con las frases de apología pasional que se leen á renglón seguido: «Me corre prisa de expresar lo que en Barna se llama el gran dolor judío; lo haré cuando me dejen en paz mis sufrimientos.» Pero en los momentos mismos en que expresa los más graves pensamientos, le parece imposible á Enrique Heine «permanecer serio durante largo tiempo». Se muestra poco cortés Dios Nuestro Señor, al hacerme sufrir tanto; sí, su conducta es hasta impolítica, puesto que el buen Señor sabe perfectamente cuánto podría hacer por él. El viejo barón del Sinaí, el autócrata de Judea, un dios tan esclarecido, ¿en qué vendrá á parar? ¿Ha abandonado su nacionalidad, abdicado sus pretensiones y separándose de sus sectarios en provecho de unas cuantas ideas cosmopolitas? Me temo que el bueno del anciano haya perdido la cabeza, y que el judío de Amsterdam tenga derecho para decirle al oído: «Aquí, para entre los dos, señor, V. ya no existe.

»El gran dolor judío le inspiró la idea de una novela, *El Rabino de Baccharach*, cuyo objeto era hacer

una pintura de la nacionalidad proscrip-ta durante la Edad Media. Enrique Heine estuvo durante un año entero preocupado por su idea, entregado en cuerpo y alma á la preparación de su novela, estudiando las crónicas, engolfándose en los pesados infolios de la *Historia Ju-daica*, compulsando las oraciones y las doctrinas rabínicas. A veces parece brotar de sus escritos un grito de dolor y de piedad sincera. » Extraños sentimientos me agitan cuando hojeo estos trágicos anales; una plenitud de enseñanza y de dolor» (25 de Junio de 1824). Sólo ha sobrevivido el principio de la obra; el resto pereció en el incendio de Hamburgo, en 1843.

De esta misma idea procede el magnífico análisis del carácter de Sylok el *Mercader de Venecia*, una de las páginas más hermosas de la crítica moderna. Allí se ve el alma del poeta en sus mejores y más altas inspiraciones. «Quizá Shakespeare se propuso divertir á la multitud, presentándole una especie de lobo sagaz y astuto, un ser á quien su crueldad hace que pierda su hija y sus ducados, y á quien encima de todo esto se le escarnece. Pero el genio del poeta, el espíritu universal que en él domina siempre, es más fuerte que su voluntad y llega en el carácter de Sylok, á pesar de lo excesivamente grotesco

del personaje, á pronunciar la justificación de una desventurada secta que la Providencia, por razones misteriosas, ha cargado con el odio de la alta y baja población, y que no quiere siempre pagar este odio con cariño. Pero, ¿qué digo? El genio de Shakespeare se descubre bien á las claras por debajo de las mezquinas querellas de dos partidos religiosos; no nos muestra, á decir verdad, en su drama, ni judíos ni cristianos, sino de una parte opresores, de la otra oprimidos, que locos de dolor, lanzan gritos de alegría salvaje cuando podían devolver con usura á sus verdugos el mal que de ellos han recibido.» Y analizando los divinos caracteres del drama de Shakespeare, *Antonio*, el banquero quebrado, *Lorenzo*, cómplice de un robo doméstico, Heine concluye de este modo: «En verdad, á excepción de Porcia, Sylok es el más respetable de toda la obra. Ama el dinero y lo oculta... Pero hay algo á que ama más que á su oro: á la satisfacción de su venganza, represalias justas de indecibles ultrajes: aunque se le ofrece el décuplo de la suma prestada, la rehusa; no acepta ni los tres mil ni los treinta mil ducados con tal de poder comprar á este precio una libra de carne del corazón de su enemigo. Sí; ciertamente ama mucho su dinero, más hay algo á que ama más

todavía: á su hija, por ejemplo, «¡Jésica mi hija!», aunque en el paroxismo de la cólera, la maldice y desea verla tendida á sus piés con los diamantes en las orejas y los ducados en el ataúd, la ama mucho más que á los diamantes y á los ducados. Rechazado de la vida pública, de la sociedad cristiana; encerrado en el estrecho círculo de la felicidad doméstica, no resta al pobre judío más que los sentimientos de la familia, que vemos brillar en él con la más viva intensidad.» Después da un salto hasta el Rialto, donde busca en vano á Sylok, ya desaparecido; el poeta se deja ver en esta visión. Por la tarde, á la hora en que según la creencia de los judíos las puertas del cielo están cerradas y no dejan entrar ninguna plegaria, me parece escuchar una voz en la cual hay lágrimas, como ojos humanos jamás vertieron, un sollozo capaz de conmover las piedras, de gritos dolorosos que no podían salir más que de un corazón que dentro de él encerraba todo el martirio, todas las torturas sufridas por un pueblo durante diez y ocho siglos; lamento de un alma que muriendo de fatiga cae delante de las puertas del cielo. Creía conocer aquella voz; me parecía que la había escuchado alguna vez gritar con la misma desesperación: ¡Jésica, hija mía!... Una página como esta nos resarce

sobradamente de penalidades y miserias.

Otras veces presenta Enrique Heine la apología de la raza judaica, y su vicio original, bajo forma humorística. Heine sostiene que la riqueza tan censurada del pueblo hebreo le honra mucho. Es el testimonio visible de la pureza de su fe en un Dios invisible. Mientras que los ciegos paganos, incapaces de elevarse hasta el puro espíritu, se construían para sí dioses de oro y plata, derrochando de ese modo los más ricos metales, ¿qué hacían los judíos, bien avisados y recompensados de su fe sublime por el verdadero Dios? Convertían en numerario cuanto oro y plata habían á las manos, y lo colocaban á crecido interés, es cierto, en los empréstitos de los estados de Asiria y Babilonia, en obligaciones de Nebukadnetzar, en acciones de los canales de Egipto, en el cinco por ciento de Sidon, ó en otros valores clásicos, que el Señor ha bendecido, como tiene costumbre de bendecir los valores modernos (1).

Melancólicas ó alegres, estas protestas revelan la idea fija que á cada instante reaparece. De esta suerte, el gran dolor judío viene á convertirse en el gran dolor de Heine. No debemos quejarnos demasiado. A

(1) De todo un poco.

esta circunstancia de su nacimiento debemos algunas de sus más conmovedoras inspiraciones, y ella dió ocasión para que hubiese algo en la vida que el poeta tomase en serio. Al mismo tiempo que sus sufrimientos ficticios, sentía el sufrimiento histórico de una raza. Era este sentimiento como manantial de emociones viriles y sanas, que algunas veces comunican á su poesía un acento inesperado de compasión y de ternura. Aunque este sentimiento sea casi siempre ocasionado por su naturaleza desconfiada y herida, es lo cierto que la contemplación de aquel largo martirio de un pueblo, borra en él algunas veces su pensamiento y sus precauciones egoistas y vanidosas, y entonces traduce con verdadera elevación moral, y en magnífico lenguaje, la inmensa piedad en que rebosa su corazón.

Desde otro punto de vista no le resultó inútil haber nacido israelita. De cualquier manera que se explique, es un hecho que la historia comparada de las razas ha puesto fuera de duda que de todas estas razas, la más naturalmente religiosa, la raza monoteísta por excelencia, es la raza semítica. No trataremos de explicar este hecho ni por la conformación particular del cerebro de los semitas, ni por la célebre proposición que afirma que han

vivido en el desierto y *el desierto es monoteísta*. Consignamos el hecho y nada más. Aunque parece á primera vista paradójico buscar el elemento religioso de la raza al través de las burlas inmoderadas y de las blasfemias de que está llena la poesía de Heine, para el que sabe discernir las influencias secretas y los movimientos de las almas, no es difícil conocer que de todos los poetas contemporáneos, ninguno se ha preocupado más hondamente de la idea religiosa que este poeta tan á menudo impío y revolucionario. Casi nos atreveríamos á decir que tiene la obsesión religiosa. Es una lucha extraña entre el instinto secreto de la raza que lleva dentro de sí y la duda que se revela en las enseñanzas contradictorias de su tiempo y de su corazón. Se burla, blasfema; pero una fuerza desconocida le lleva, á pesar suyo, hacia aquel Dios cuyo yugo no puede rendir y al cual maldice. Impiedad, sin duda, pero impiedad irritada como la de Lucrecio; impiedad lírica, muy diferente del ateísmo científico, seco y frío como toda negación que se cree segura de sí mismo. Enrique Heine no es, por lo demás, un puro hegeliano espectador complacido de los variados cuadros de la historia, que no son para él más que evoluciones necesarias de la idea, juez indulgente que no se aplica á otra

cosa más que á buscar la ley secreta de cada fenómeno histórico, la razón de ser de cada religión. No: en él habla la cólera que siente contra Dios; y por ella se deja arrebatar, no advirtiendo que la cólera procede en cierto modo de la creencia. Nadie se irrita contra las quimeras. Cuando hay algo de pasión en un alma, es señal segura de que no se ha extinguido en ella la fe. Para todos los que han vivido en la intimidad de Enrique Heine, es evidente que la idea siempre fija de Jehová es uno de los caracteres de su lirismo; está en su sangre y circula por sus venas. Sus injurias y sus retos son una forma de ese instinto que el poeta no puede arrancar de su corazón. Tiene complacencia en combatir, en burlarse del Dios de su raza: «el Dios del rayo», pero ciertos afectos humanos, conmovidos y tristes, se advierte que algunas veces tiembla bajo los golpes con que suele amenazar. El poeta judío puede ser considerado como un rebelado, pero nunca como un ateo.

III

A pesar de tantas salidas de tono y del ingenio encantador esparcido en cada carta á propósito y

fuera de propósito, algo hay en la *Correspondencia* de Heine, cuya lectura causa profunda tristeza. Se presentan allí al descubierto demasiadas miserias morales. « ¡Oh, los poetas!—exclama Enrique Heine—no los observemos jamás demasiado cerca. Son como esas hermosas luces que en las bellas tardes de estío brillan con vivísimo resplandor sobre las flores y sobre el follaje... tanto que se las tomaría por estrellas de la tierra. Pensaríase que son diamantes y esmeraldas, alhajas preciosas que las hijas de un rey, jugando en el jardín, han dejado olvidadas... Se las creería gotas del sol, que, perdidas en las altas hierbas, buscan refugio en el frescor de la noche, hasta que á la mañana siguiente el astro ardiente las hace subir hasta él. ¡Ah! ¡no busquéis de día el rastro de esos diamantes, de esas gotas de sol! No encontraríais en su lugar más que un pobre gusanillo de feo color, que se arrastra torpemente á lo largo del camino, gusanillo de aspecto desagrada y al que sólo por un impulso de piedad no aplastáis con el pié!

« Esa gota de sol » que constituía la poesía de Heine, ¡cuantas pasioncillas la oscurecieron, deslustraron y ajaron! la *Correspondencia* es la historia de una dolorosa enfermedad que siempre padeció el poeta, en-

fermedad que han padecido también muchos escritores de nuestro tiempo: un amor propio irritable, arrebatado hasta llegar á convertirse en furioso y delirante; una especie de epilepsia moral, que tiene sus crisis, sus accesos y cuyo estudio es de interés. Esta enfermedad fué la causa de todos los males de Heine, de los cuales acusa sin cesar, ya á la fatalidad de su raza, ya á una conspiración imaginaria. Ella le impulsó á violentas querellas siempre renacientes, en las cuales comprometió su talento y hasta desacreditó su gloria.

No estaba verdaderamente armado para esas luchas de la vida literaria que exigen mucha sangre fría, posesión de sí mismo y desdén para los demás. Se le ve en la *Correspondencia* expiar todos los ruidos que suenan en torno suyo, y con el oído atento á los ecos que le envían la alabanza ó la injuria. De todos sus amigos solicita ya testimonios públicos de simpatía, ya protestas contra los tiros de la enemistad. La dignidad verdadera, consiste en esta ruda carrera de escritor, en despreciar muchas cosas y en ignorar otras. Tarea ingrata si se quiere contestar á todas las envidias que inspira el despecho de las medianías. Es dar demasiadas ventajas y demasiado precio á los envidiosos mostrarse sensible á los excesivos é

inevitables ataques de las pasiones perversas y aun de las convicciones heridas. Heine ofrecía por todas partes puntos vulnerables á las hostilidades de sus enemigos, cuyo número iba aumentando de día en día. Los atraía por su ardor indiscreto para combatir, por su pasión hacia la lucha, por su genio para la invectiva, que desde el primer momento le impulsaba á los extremos de polémicas irreconciliables. ¡Pero al mismo tiempo, cómo hacía el caldo gordo á sus adversarios! Puede decirse que ofrecía el pecho descubierto á los golpes que de todas partes le asestaban. Para herirle mortalmente no había más dificultad que la de la elección. Su inquietud enfermiza, su irritabilidad nerviosa, le entregaban completamente á los odios amontonados contra él. ¡Tristes luchas que á sus mismos amigos dividían enajenándole ó enfriándole las verdaderas simpatías y privándole de las menos calurosas! De cada uno de estos combates salía herido, debilitado, no habiendo conseguido de ordinario otra cosa que inclinar la opinión del lado de sus adversarios, hasta el día en que se vió obligado á abandonar Alemania, su campo de batalla.

No daremos cuenta de estas querrelas sucesivas con el conde de Platten, con Menzel, con Boerne, y los amigos de Bærne y con M. Strauss,

á quien había difamado. Esta última cuestión tuvo por consecuencia, no solamente el duelo que pudo costarle la vida, sino una tempestad de furoros germánicos, como hasta entonces no se había levantado, y en la cual su nombre, su celebridad, su honor mismo, estuvieron á punto de naufragar. Algunas de sus querrelas estallaban por los motivos más frívolos y tomaban colosales proporciones dado el motivo insignificante de que provenían. Cuando cansado de combatir, quiso Heine tomar nuevas direcciones encaminadas á la tolerancia y al perdón, se excitó de tal suerte, que, á fin de arreglar bien sus cuentas y de no olvidar á nadie, formó una lista de todos aquellos que le habían herido. Para sus amigos formó también otra cuenta por el estilo y se complacía en señalar como enemigos á cuantos se le indicaban. He aquí el *condottierismo* literario. «¿Tendrá V. la bondad—escribía á M. de Varnhagen—de enviarme su lista de proscripción?» M. de Varnhagen le dió, riendo, las gracias, añadiendo que no tenía persona á quien incluir en dicha lista, pero que le complacería cuando la tuviese.

No tenemos necesidad de referir en detalle cuánto costaron estas polémicas al poeta, y cuánto contribuyeron á quitar dignidad á su ca-

rácter y elevación á su talento. ¡Qué de bellas inspiraciones perdidas en estas vanas cóleras que no pueden menos de disgustarnos! El castigo á este perverso empleo del talento es la indiferencia pública y el olvido rápido. Todas estas violencias nos causan frío. El personalismo es un mal consejero para el genio mismo. Se achica, y abandonándose, se desconsidera.

En vano este amor propio enfermizo quiere justificar sus excesos y sus arrebatos identificándose con grandes ideas y grandes causas. Es muy fácil, en la mayor parte de los casos, discernir la fragilidad y la vanidad de tales excusas. Examinad un poco más de cerca la lucha con el conde de Platen, lucha por todos conceptos lamentable, puesto que Platen tenía de su parte cuanto un hombre verdaderamente fuerte consigue en esta clase de polémicas: consideración y amigos. Heine se propuso abultar el asunto de la querrela, sosteniendo en sus cartas que se trataba de cosa muy distinta que de un simple torneo literario; que se trataba nada menos que de la revolución entrando en la literatura; que era un episodio de la guerra social; que se había propuesto destruir la desvergüenza prostituida de los aristócratas y de los señores. Demasiado se advierte que la causa de todo esto es una personalidad exas-

perada, y cuando se relee el *Edipo romántico* que fué la ocasión de esta lucha terrible, nos asombraríamos de las proporciones que alcanzó si no se conociesen perfectamente las verdaderas causas de ella: alusiones á la nacionalidad de Enrique Heine, aquella nacionalidad judía que el poeta consideraba como la fatalidad de su vida; mezclado esto á epigramas contra su *manera* poética, contra lo que en ella había de artificial y contra lo *caprichoso* de su talento poético. Todas las fibras del amor propio heridas al mismo tiempo. Aquello era demasiado: desde entonces nada de reposo, ninguna tregua en la venganza. Lo demás se conoce; es una triste historia.

El papel de Heine se levanta un poco en los rudos combates que sostuvo por la *Joven Alemania*, á la que según la sentencia de proscripción intelectual de la Confederación germánica, pertenecían especialmente, además del célebre poeta Carlos Gutzkov, Enrique Laube, Theodoro Mundt. Se acusaba á esta escuela literaria de atacar á la religión cristiana y de conmover las bases del orden social; los gobiernos alemanes estaban autorizados para proceder contra ellas con el rigor que se establecía en las leyes respectivas. No encontramos elogios para los decretos de este gé-

nero que, sin impedir ni prevenir nada, añaden el interés del martirio á la celebridad de los nombres y poderoso atractivo á los libros de esa suerte conminados. Sólo el derecho común reclamamos para la verdad religiosa ó filosófica; ese derecho, si se sabe usar de él, debe bastar, y nunca hemos podido comprender por qué ha de perjudicar á la verdad y favorecer al error.

Heine tuvo esta vez, además del beneficio de las simpatías públicas, la ventaja de luchar con un adversario poco temible, M. Menzel, el *denunciador* de la *Joven Alemania*. Pero se burla un poco particularmente de la Alta Dieta germánica, cuando pide á los señores de ella en una carta célebre, que levanten momentáneamente el interdicto contra los escritos del poeta, por la siguiente razón: «Yo me lisonjeo — exclama en una interesante peroración — que tan pronto como me permitáis defenderme, me será fácil demostrar que mi pluma ha sido guiada, no por un pensamiento irreligioso ó inmoral, sino por una síntesis altamente moral y religiosa, á la que desde hace largo tiempo han rendido homenaje la mayor parte de nuestros autores más ilustres, tanto poetas como filósofos.» Al día siguiente el gran burlón da cuenta á su editor del secreto de esta comedia: «De todos

modos he creído necesario poner la mano sobre las viejas pelucas, y seguro estoy de que una carta infantil, azucarada y respetuosa no habrá dejado de hacer efecto... *Señores míos, vuestras señorías*. Nunca se habrán visto en otra.» «Ved—dirá la *Alta Dieta*—tiene sentimientos humanitarios este hombre que nos suele tratar como á perros. ¡Y á este escritor notable hemos querido perseguir.» Y treinta y seis pañuelos de bolsillo serán bañados por lágrimas confederadas. Voltaire tiene alguna de estas jugarettas: la dedicatoria del *Mahomet* dirigida al Papa Benedicto XIV, es la obra maestra en este género.

Heine desearia estar serio al hablar de su síntesis moral y religiosa. ¿Qué famosa síntesis es esta á la cual hace tan frecuentes alusiones? La encontramos expuesta claramente en muchas de las cartas dirigidas á uno de sus más afectos discípulos, Enrique Laube. Según Heine, la mayor parte de los radicales alemanes, franceses, cosmopolitas, no ha visto más que el lado exterior de la revolución; las cuestiones más profundas les han pasado inadvertidas. El verdadero problema no concierne ni á las formas, ni á las personas, ni al establecimiento de una república ó á los límites de una monarquía, sino al *bienestar* material del pueblo. «La antigua religión es-

piritualista ha sido saludable y necesaria durante todo el tiempo en que la mayoría de los hombres vivía en la miseria y no existían otros consuelos que los de la religión del cielo. Pero el progreso de la industria y de las ciencias económicas, permite sacar hoy á los hombres de su miseria material y hacerlos felices sobre la tierra... ¿Me comprendéis?» También nosotros comprendemos. El bienestar universal es la grande idea de Heine la que persigue cuando se mete á filósofo ó á político y deja de ser poeta. Por lo demás, lo que importa es la gran idea; los medios nada significan. Enrique Heine se muestra indiferente hacia las formas políticas, que á sus ojos no son más que «medios.» «Ya sea monarquía ó república, aristocracia y hasta absolutismo (no tengo aversión ninguna hacia este último). Añade que deslindando así las cuestiones se pueden calmar los escrúpulos de la censura. A sus discípulos los estimula á dejar, por consiguiente, toda discusión política; que se encierren en la discusión de los principios religiosos y morales. Así no se les podía contener «sin anular la libertad protestante del pensamiento y del juicio, y de ese modo se podría contar con el asentimiento de los filisteos». Bien se le alcanza que el principio religioso y el principio moral están íntimamente rela-

cionados. La moral no es más que la religión que ha pasado á las costumbres. Si la religión del pasado se encuentra en el estado pútrido, la moral será también perversa. «Queremos una religión sana á fin de que las costumbres mejoren también y sean más sólidas que antes, cuando no tenían otra base que la incredulidad y una hipocresía corrompida.» Se declara enemigo nato del deísmo judío-mahometano-cristiano. Sólo él tiene la fórmula del porvenir. «Sé que soy. Recientemente uno de mis amigos sansimonianos ha dicho en Egipto una frase que me hecho reír y que tiene, sin embargo, profundo sentido: ¡que soy yo el primer padre de la iglesia alemana!

Helo aquí Padre de la Iglesia, gran señor de la religión nueva, revelador, apóstol. Merece, por consiguiente, obtener algunos privilegios, uno de ellos el que reclama para todos los grandes hombres consagrados al servicio de las grandes causas, el de estar dispensado de las limitaciones absurdas de la moral vulgar: ser colocado fuera ó por encima de la ley común.

Descontando la parte de ironía que siempre se encuentra en todo lo que escribe este poeta burlón con tono convencido, encontramos singulares revelaciones. Echase de ver que la política de Heine es contraria á la

política liberal, puesto que se inclina tan fácilmente hacia el absolutismo más que hacia otra cualquier forma de gobierno. Se ve también con bastante claridad que el objeto del reformador (si no es abusar de las palabras el aplicarle semejante nombre) no va más allá «de una democracia de dioses terrestres iguales en santidad»; que no ha podido formarse un ideal más elevado que el del bienestar material de los pueblos; que para él la justicia no es más que el derecho á una parte igual en las bienandanzas; que á sus ojos, en fin, la revolución, no tiene cumplida hasta el presente más que una obra de ruina: que le falta que fundar la religión de la carne glorificada, de la cual ha sido la Edad Media la siniestra y sangrienta antítesis. Nos dispensaremos de refutar este socialismo, que no es más que un sueño de cólera y de odio contra la sociedad actual mezclada con sueños de placer universal que no han cesado de excitar el cerebro del poeta. Heine tomó del sansimonianismo su moral, prescindiendo de la parte industrial y científica que es, por otra parte, lo único serio que contiene el sistema.

Nadie se asombrará después de esto de que Enrique Heine sea el enemigo jurado de Inglaterra, de su civilización laboriosa y de sus instituciones liberales, antípodas del

absolutismo bienhechor que indica como el dispensador de la bienandanza. Es, sobre todo, como poeta, como expresa y manifiesta su antipatía. Sería forzar la nota insistir sobre las utopías humanitarias que no han sido en él nunca más que una salida de humorismo, sublevado contra el orden moral y religioso. Sus cartas, fechadas en Inglaterra están saturadas de pesado fastidio su tono es melancólico; «aquí no hay más que ruido, vapor de carbón de piedra, lluvia y barro». «¡Y pensar que Shakespeare es inglés y que pertenece al pueblo de menos gracia que Dios ha creado...! ¡Qué pueblo más triste! ¡Qué país tan desagradable! Son pesados, mezquinos, egoistas, ingleses... País que de seguro se hubiera tragado el Océano si no hubiese temido que el tragárselo le produjese náuseas. ¡Un pueblo monstruo, gris, bostezante que exhala un aliento intolerable, un fastidio tremendo y que de seguro acabará por colgarse de un cable colosal! Sin embargo, algunas páginas más adelante, al fin del libro sobre Inglaterra, se ve que Enrique Heine tiene una idea más justa de las cualidades de ese pueblo y un discernimiento más exacto de los principales resortes de la grandeza inglesa. En el fondo, toda su simpatía está por Francia, y á pesar de algunos rudos epigra-

mas que difícilmente le perdonaría nuestro orgullo nacional, se ve que es aquí entre nosotros, en la libertad de nuestras ideas y nuestras costumbres, donde el *prusiano libertado* ha encontrado la patria que le había de consolar de la patria perdida. La historia de la Revolución francesa y la de las grandes guerras del Imperio tuvieron el don de atraerle y aproxímarle á nosotros. La epopeya del *Tambor Legrand* le había designado durante largo tiempo como amigo de los franceses á la cólera de los partidos retrógrados. Por aquel tiempo el liberal de Alemania hacía la oposición con el recuerdo, el nombre y las simpatías á Francia. Desde aquel tiempo las cosas han cambiado poco, y el tambor Legrand sería hoy conducido á la frontera custodiado por dos gendarmes, entre los aplausos de la nueva Alemania.

Si es cierto que existen odios violentos en la vida de Heine, hay en ella afectos verdaderos y amistades que le consuelan. Pero aun en esto fácil sería señalar la funesta influencia de una personalidad inquieta y un humor fantástico. Obtuvo mayores y más abnegadas amistades de las que merecía. Se ha creído generalmente, bajo la fe de un verso célebre, que la amistad de un grande hombre es un beneficio de los dioses. La de Enrique

Heine, sin duda porque el poeta estaba enemistado con los dioses, no fué para algunos de sus amigos otra cosa que una larga prueba. Nada más triste que la historia de sus relaciones con el confidente de su juventud. Moisés Moser, uno de esos hombres tan excelentes como raros y que parecen haber sido escogidos *ex profeso* para pruebas delicadas. Era el Pílates predestinado del fogoso y romántico Orestes. Un Pílates á la manera germánica, de una erudición poco común en las lenguas antiguas y en la filosofía trascendental, que leía á Hegel y á Vamiki en los textos originales, verdadero pensador, tan pródigo con sus ideas como con su dinero, pronto siempre á auxiliar á su amigo sin contar para nada con su destreza literaria ó pecuniaria, maltratado algunas veces en los días prósperos, siempre invocado, y jamás en vano, en los días difíciles. Excelente tipo que se hace amar del lector al través de las burlas y las salidas de tono del poeta.

Esta buena amistad tuvo un triste desenlace que no hace mucho honor á Orestes. El imprudente Moser guardaba su franqueza, de la que usaba cuando llegaba la ocasión. De ella usó á propósito de la deplorable polémica de Heine con el conde de Platen, discretamente sin

duda, mas con la dignidad de un hombre que debe la verdad á su amigo. Después de tantos servicios prestados, tantos años de amistad nunca desmentida, puede con razón pensarse que Moisés tenía algún derecho para hablar así. No fué esta la opinión del poeta. Es preciso oír el tono en que responde á las discretas reflexiones de Moisés. No quiere quejarse de él; «nadiese queja de falta de inteligencia ó de luces; se la soporta. No me quejo más que de los dioses que me han dejado durante tan largo tiempo en error sobre tu manera de comprender mi vida y mis ambiciones. No comprendes todavía, no has comprendido jamás mi existencia y sus aspiraciones, y es porque nuestra amistad no ha cesado de ser, porque en rigor jamás ha existido. No es la aprobación, es la inteligencia de nuestros actos lo que demandamos al amigo; puede, según sus principios, alabarlos ó censurarlos; pero ante todo es preciso que los comprenda, que se penetre de la necesidad de nuestro punto de vista por diferente que sea del suyo.»

Nos parece curioso ver establecida así la teoría de la infabilidad del poeta que no acepta ni la aprobación ni la censura, y que pide á sus amigos que no le juzguen y le comprendan. Esta carta es del mes de Junio de 1831. La correspondencia con

Moisés Moser se interrumpe para no reanudarse hasta Noviembre de 1836. ¿Es Moisés quien la reanuda? ¿Han aparecido en él nuevas luces en el intervalo de esos cinco años? ¿Le ha brotado al fin inteligencia? No; por esta vez la iniciativa parte del poeta. Sin duda es un impulso del corazón un arrepentimiento, la pena de una noble amistad perdida. Así hubiéramos deseado creerlo, y eso se desprende de las primeras palabras. «Comprenderás, Moisés, que estas líneas son la prueba más fuerte que puedo darte de mi confianza y de mi amistad. ¿Verás en ellas el testimonio de un sentimiento grande? Así lo creó, y por esto te escribo con el corazón entristecido, sí, pero sin vacilación y aun con cierta alegría melancólica al volverme á encontrar contigo... No hace mucho tiempo en París, cuando á las puertas de la muerte, en una noche de fiebre y de insomnio, pasaba revista á los amigos en quienes podría poner mi confianza para la ejecución de mi última voluntad, comprendía que sólo podía contar con dos en el mundo: tú y mi hermano Max.» Por de pronto nos sentimos conmovidos. ¿Qué cosa hay más dulce que un buen sentimiento que ha acabado por vencer las perversas inspiraciones de la vanidad? ¿Qué encanto semejante al de una amistad como esa, encontrada después de tan larga in-

terrupción? Mas he aquí algo que destruye tan agradables impresiones. «A causa de varios acontecimientos me encuentro en un compromiso de dinero de que no te puedes formar idea. Te quiero demasiado para affigirte con el relato de lo que me acontece; pero puedes hacerme un importante servicio prestándome cuatrocientos *thalers*.» Estamos convencidos de que Moisés se los prestó: es una excelente venganza.

En suma, es dudoso que se haya hecho un gran servicio á la memoria de Heine publicando sus cartas íntimas. La impresión del lector no puede estar al lado del poeta, visto tan de cerca en la realidad de sus miserias morales. Es preciso, para purificar su recuerdo de estas miserias, y para darnos á nosotros mismos el placer de admirarle, dejar á un lado la *Correspondencia* y encontrarse de nuevo con algunas estrofas del *Poema*, ó con algunas páginas bien elegidas de los *Ris-sebilder*. Se podrá de esta manera atemperar la tristeza y aun la amargura de las impresiones recibidas, y embriagarse de poesía olvidando la realidad.

IV

Este estudio sobre Heine, tomado de su *Correspondencia*, sería in-

completo si no se le añadiese el análisis de sus célebres publicaciones sobre Alemania y Lutecia, que forman parte de su *Correspondencia pública*. Son páginas tan pronto brillantes como una visión, tan pronto virulentas é inflamadas como la cólera del tribuno, ó bien grotescas y cínicas como las burlas de Rabelais. Le comprendemos mejor después de la lectura de su *Correspondencia privada*, que nos ha suministrado no pocos datos acerca de aquella alma extraña.

Lutecia es una recopilación de cartas escritas para la *Gaceta de Augsburgo* de 1840 á 1843. El objeto de estas cartas era dar á conocer en Alemania la vida política, artística, social, de París, en aquellos años florecientes que marcan el apogeo del gobierno de Julio. Hay de todo en estas letras: graves discusiones políticas y estudio de costumbres más que peligrosas. Se pasa del despacho del ministro á un baile público, y de la cuestión de Oriente á la descripción de las danzas prohibidas. La reseña de un concierto se encuentra al lado de una excursión á la filosofía de Pedro Leroux, y la Academia de Ciencias morales y políticas se codea con el cuerpo de baile. Todo se mezcla en esta correspondencia, desde la buena compañía hasta la última fracción decimal del *pequeño*

mundo. De ello resulta no sé qué fisonomía compleja, difícil de definir, ambigua y abigarrada. Se nota quizá demasiado la intención de no ser ni pedante ni grave, ni fastidioso, ni alemán; pero sería mucho mejor que no se notase el esfuerzo, y tal vez gustaríamos con gran placer de esa mezcla de tonos, de esa agilidad de espíritu que con tanta rapidez pasa de un asunto político á una cuestión de arte, y de una cuestión de arte á las más equívocas familiaridades, si no se nos advierte tan claramente que se trata de un escritor humorístico. «Adoro lo imprevisto, pero, sobre todo, cuando lo imprevisto no se me ha anunciado.» Debido á que todo el libro está lleno de un abigarramiento grandísimo y á que el autor hace continuamente gala de su desenvoltura, hay pocas lecturas de un efecto más original.

Diremos qué es lo que en el libro ha envejecido. Fué sin duda la parte política la que tuvo más interés en sus cartas en la época en que fueron escritas; más el encanto de la actualidad se encuentra hoy desflorado y nos es imposible interesarnos por las espirituales alusiones, por las diabólicas malicias, por lo punzante de los epigramas que llenan esta correspondencia á costa de M. Guizot y de Luis Felipe. Toda esta menuda guerra nos resulta hoy tan

anacrónica, que mentira nos parece que al poeta, en las ediciones últimas, no se le haya ocurrido suprimir tan vieja polémica que por otra parte nada añade al mérito del libro y no sirve más que para quitarle interés. Los epigramas políticos sólo tienen valor cuando son una temeridad; cuando el peligro ha pasado, hacen el efecto de un tiro de fusil á un enemigo ausente.

Heine tuvo la pretensión de poseer convicciones políticas. «Quien no se fije más que en las palabras—dice gravemente—encontrará fácilmente en mis correspondencias, á fuerza de examinarlas, buen número de contradicciones, de ligerezas y hasta cierta falta aparente de convicción sincera. Mas el que sepa penetrar hasta el espíritu de mis palabras, reconocerá en ellas la más estricta unidad de pensamiento y una tendencia invariable por la causa de la humanidad y por las ideas democráticas de la revolución. ¿Quiere saberse ahora qué interpretación nos da de esas ideas democráticas? Esas ideas se resumen para él en el más avanzado socialismo, ó para *nombrar al monstruo con su verdadero nombre*, el comunismo. Heine se jacta del servicio que ha rendido á la secta. Los comunistas de todos los países—dice—recibieron por medio de nuestras cartas noticias auténticas acerca del pro-

greso incesante de sus ideas; comprendieron con gran asombro que no son una comunidad débil, sino la más fuerte de todos los partidos; que su día, es cierto que aún no ha llegado, pero sabemos también que el esperar tranquilamente no es perder el tiempo para hombres que pertenecen al porvenir; y les pertenece el porvenir, porque tienen de su parte la justicia y la verdad.» Un terrible silogismo le tiene como embrujado, y si como no puede refutar esta premisa: *los hombres tienen todos el derecho á comer*, le es preciso someterse á todas sus consecuencias. Pensando de esta suerte corre el riesgo de perder la razón; ve todos los demonios de la verdad danzar en triunfo en torno de él, y al cabo se apodera de su corazón una desesperación generosa. Entonces exclama: «Desde hace tiempo ha sido juzgada y condenada esta nueva sociedad; ¡que se haga justicia! Que caiga este viejo mundo en que la inocencia ha perecido, en que el egoísmo ha prosperado, en que el hombre ha sido explotado por el hombre. Todo esto parece serio. Pero escuchad y ved cómo este gran apóstol de la inocencia y de la justicia acaba por burlarse de sí mismo.» Que sean destruidos completamente estos sepulcros blanqueados en donde residen la mentira y la iniquidad, y bendito sea el espe-

ciero que ha de hacer algún día cucuchos de mis poesías en que echar café y tabaco para los pobres vejezuelos que quizá se han contentado con gritar en este mundo de impiedad: *Fiat justitia, pereat mundus*. He aquí la nota exacta de sus convicciones. ¡Triplemente engañado sería quien se dejase sorprender!

Nos interesan mucho más que las convicciones políticas de Heine sus juicios sobre cuestiones de arte y literatura. También aquí procede por violencias, por burlas equívocas, personalidades amargas, juegos á menudo crueles de un humor fantástico y de un escepticismo acerbo, ó bien por raptos inesperados de una simpatía súbita y ráfagas imprevistas de una sensibilidad sincera. Pero al menos en este dominio de las ideas, en esta libre esfera del arte, las polémicas no envejecen tan pronto y la curiosidad de la opinión permanece largo tiempo viva ante los méritos diversos de Jorge Sand, de Víctor Hugo, de Leopoldo Robert, de Delacroix, de Berlioz, Beethoven, Pedro Leroux y Cousin.

Rara vez somos nosotros de la opinión de Enrique Heine; ¡pero qué variedad de puntos de vista! ¡qué imprevistas fantasías, qué agudeza, cómo se agita y se mueve todo ello! ¡qué singular efecto produce esta

mezcla de juicios aventurados y de nombres propios! Es preciso ver cómo nos presenta á nuestros grandes escritores. Chateaubriand es para él un loco, y yo añadiré un loco triste; sus obras tienen algo cómico al través de su superficie, de sus acentos, á los que suele calificarse de sublimes. Heine oye siempre el tintineo de las negras campanillas de su capirote de loco. Lamartine es el menos maltratado, si en caso parecido la injuria más cruel no es el silencio. Víctor Hugo no es más que un gran charlatán que ha hecho creer á sus compatriotas y por fin ha llegado á creerlo él mismo, que es el poeta más grande de Francia; es afectado, falso, sin gusto, sin naturalidad, frío y glacial hasta en sus efusiones más apasionadas; su entusiasmo no es más que una fantasmagoría, un cálculo sin amor, no ama más que á sí mismo, no es más que un egoísta, mejor dicho un *Hugoísta*. Tiene la manía de los advenedizos ó de los salvajes que se adornan con abigarrados oropeles. Todo en él es disonancia, barbarie, deformidad. De su genio se ha dicho: es un bello jorobado. El que ha emitido ese juicio ha dicho sobre Víctor Hugo la última palabra. «Villemain es también insultado por el poeta. Cousin, en un mismo libro experimenta muy diversa fortuna, maltratado tan

pronto por haber proclamado sus repugnancias hacia el positivismo, como defendido después contra ciertos ataques de Pierre Leroux. Hay algo de generosidad en esta apología; Pierre Leroux es un filósofo en el sentir de Enrique Heine. El autor de *La Humanidad* toma de repente proporciones colosales é inesperadas para el lector francés. Es la virtud misma, es un eremita del pensamiento, un capuchino filósofo, un *pontífice máximo*, el gran productor de ideas que Francia posee. Prescindo de otros títulos no menos altisonantes. Michelet, Quinet y Jorge Sand participan con Pierre Leroux de las simpatías del Aristarco alemán. En esta revista sumaria de las letras francesas, Heine no se olvida de la Academia y se burla donosamente en muchas ocasiones de las damas que no faltan á ninguna sesión ó de tal inmortal que pide la palabra. Que esta linterna mágica de caricaturas iluminadas sea divertida, no lo niego; pero debo hacer constar que es una linterna mágica.

Y, sin embargo, cuando Enrique Heine se deja de estas parodias y de estas burlas y se abandona á la emoción sincera y á la inspiración seria, encuentra acentos de una justicia y de una elevación incomparables. ¿Quién podrá leer sin profunda emoción la página acerca de la

muerte de Leopoldo Robert? «Lo que impulsó á Robert á dejar la vida acaso fué el más horrible de todos los dolores, el que siente el artista al descubrir la desproporción que existe entre sus deseos de crear y sus fuerzas para la ejecución; esta conciencia de la falta de poder es ya casi la muerte, y la mano no hace otra cosa que apresurar la agonía. Por vigorosas y admirables que sean las pinturas de Robert, no son, en rigor, más que pálidas sombras de las hermosuras de la naturaleza que pasan delante de su alma, y no es difícil ver en él los vestigios de una lucha penosa con el objeto artístico que ha podido vencer tan sólo, gracias á esfuerzos desesperados.» Es este un fragmento de una sencillez tan patética y de un tono tan delicado, como rara vez se encuentra, preciso es decirlo, en medio de las locas invenciones en que se mueve esta imaginación desenfrenada.

En conjunto, el libro de *Lute-
cia* es un compuesto de burlas enconadas y de injurias grotescas, mezcladas á algunos juicios sinceros y á algunas pinturas serias. Lo más curioso que ofrece este libro es la candidez con que algunos críticos de nuestro país se han dejado engañar por las amistosas protestas del burlón alemán, dando crédito con demasiada facilidad á sus pala-

bras, en que asegura que su alma es francesa y parisiense. Sin duda lo es á su manera; mas ¡con qué libertad de ironía! Se han tomado como moneda de buena ley todos los cumplimientos con que paga nuestra vanidad nacional. ¡Ay! sus monedas son falsas. Esos apreciables críticos no han leído seriamente ó no han comprendido ese libro singular. ¿Será menester citar una larga carta fechada en 13 de Febrero de 1841, la cual da que pensar á nuestro orgullo patriótico? He aquí el resumen: si los franceses avanzan tanto y aprovechan el tiempo presente con tanta precipitación, acaso esto reconoce por causa que se aproxima para ellos el crepúsculo del día: cumplen con apresuramiento la tarea de su jornada. Su papel es de todos modos bastante bello, y los otros pueblos no forman más que el distinguido público que asiste como espectador á la comedia de Estado, representada por el pueblo francés. A veces, es verdad, el público experimenta la tentación de manifestar un poco alto su aprobación ó su disgusto y aun el deseo de subir al escenario y de tomar parte en la comedia; pero los franceses, los comediantes ordinarios del buen Dios, son siempre los actores principales del gran drama universal, á los cuales se arroja ó coronas de laurel ó patatas. No, Francia no ha aca-

bado aún; pero ha pasado de su período de brillo, y en ella se opera actualmente un cambio que es imposible negar. En su frente aparecen ya algunas arrugas, su ligera cabeza comienza á tomar el color gris; se inclina cuidadosa, y no se ocupa solamente del día actual: piensa también en el mañana. Nosotros, los alemanes, avanzamos lentamente; ¿qué importa? El porvenir nos pertenece... un dilatado porvenir.»

He aquí lo que de lo dicho se desprende claramente: nosotros, los franceses, somos la civilización del día actual, y por esta razón Enrique Heine tiene para nosotros tan entusiastas caricias; pero Alemania es la civilización del mañana. Si se nos deja el presente, véase á qué precio. Gocemos rápidamente de lo que nos queda; están contados nuestros días. Nuestra grande y espléndida civilización no es más que el festín de Baltasar. Las palabras fatídicas anuncian ya el momento de nuestra ruina. Enrique Heine ha venido á escribirlas sobre los muros de París. Enrique Heine, ese buen amigo de los franceses!

Si Alemania fuese más perspicaz, si supiese comprender mejor sus intereses en lugar de aislarse con una desconfianza sombría, imitaría á Enrique Heine, se iniciaría en nuestras costumbres, en nuestras ideas

y en nuestra civilización; tomaría nuestro espíritu, nuestra cortesía, las gracias y las elegancias que son el encanto y el prestigio de nuestro genio nacional. Avanzaría de este modo muchos siglos. Por el contrario, aislándose, prolonga indefinidamente su advenimiento á la escena del mundo. Por esta razón el poeta no se ha cansado de amontonar grotescas invectivas contra la imbecilidad de sus compatriotas los *teutomanos*. Apura el vocabulario del insulto para maldecir á esos que á sí mismos se dan el nombre de representantes de la nacionalidad en Alemania, esos falsos patriotas, cuyo amor por la patria no consiste más que en una *aversión idiota* contra el extranjero. «Sí—exclama—sí; esos descendientes de los teutomanos de 1815, que únicamente han conseguido modernizar su antigua costumbre de locos ultratudescos, recortándose un poco las orejas, los he detestado y combatido durante toda mi vida; y hasta que la espada caiga de mi mano moribunda, me siento consolado por la convicción de que el comunismo, que los encontrará primeramente en su camino, les dará el golpe de gracia, y no será ciertamente un mazazo el que han de recibir: el gigante los aplastará de un pisotón, como se aplasta un sapo.»

Si tratásemos de expresar en un

juicio definitivo nuestras impresiones sobre este libro de *Lutecia*, nuestro juicio sería severo, y no porque seamos insensibles al encanto de lo imprevisto ni á la influencia de un espíritu brillante jugando con las ideas más graves y arrojando el resplandor de una razón soberana en medio de las más singulares burlas. No es que pretendamos tampoco desconocer todos estos dones felices de una palabra sin rival, de resplandores de una alegría loca ó de una tristeza casi desesperada, su asombrosa gallardía, la crueldad incisiva de sus frases, la refinada perfidia de sus alusiones, su arte, su perfección en el asesinato literario y en la tortura del epigrama. De todo esto hay en el libro verdadera prodigalidad. Admiramos los juegos fantásticos y el brillo ardiente de este espíritu; pero no despierta nuestra simpatía.

A fuerza de ver el mal por todas partes, nos fatiga. ¡Tantas maldades y tantas injusticias; tantos juicios contradictorios; hombres mezquinos elevados, irónicamente acaso, y tantos grandes hombres de verdadero talento y de noble carácter humillados, degradados con una especie de furor! Heine ha escrito en su libro una parodia, no un cuadro de Francia.

Si se quiere conocer las ideas políticas ó más bien las veleidades de

Enrique Heine, hay que buscarlos en su libro sobre Alemania. También se revela en él una de sus manías, que consisten en meter miedo. Esa manera de divertirse á expensas del público, tiene muchos encantos á los ojos del poeta. Procede á la manera de aquel terrible Proudhon, que se divertía de tiempo en tiempo en lanzar, en medio del silencio de su auditorio, alguno de sus axiomas nefastos, que sonaban en los oídos de las gentes sencillas como una terrible conminación contra la sociedad. *La propiedad es un robo; Dios es el mal.* Me imagino la alegría secreta del gran burlón al contemplar estos espantos de que él era la causa. De buena gana debía de reirse de las imaginaciones burguesas que veían en él al anticristo bajo la forma de socialista, y tengo razones bastantes para suponer que ese papel siniestro no disgustaba á su vanidad, ávida de singularizarse. Enrique Heine es un primo hermano de Proudhon en lo referente á lo sangriento de la ironía. También el poeta dirige terribles sarcasmos contra todas las cosas humanas y divinas; también gusta de tomar parte en la lucha en nombre de la religión y la metafísica. Con arranques líricos canta todas las grandes derrotas y las catástrofes de Dios; anuncia con apariencias de inspirado los nuevos tiempos en que la

carne va á alzarse victoriosa y á ocupar su puesto en el mundo y en la vida; pero antes de llegar á esta era afortunada, preciso será sostener espantable combate. Alemania tendrá su revolución. Así es como hay que entender al profeta: ahueca la voz preñada de amenazas y haciendo brillar el rayo en cada una de sus palabras, parece exclamar: ¡Temblad, burgueses! ¡No defraudéis el más vivo deseo de Enrique Heine; morid de pavor para darle gusto!

En verdad, Enrique Heine abusa un poco del papel de Croquemitaine metafísico y de terrorista religioso. Hay algo de infantil en sus juegos violentos de estilo, encaminados á sumir el buen sentido vulgar en la consternación y en el estupor. Acaso toma por niños á sus lectores cuando escribe estas predicciones. «Entonces aparecerán los kantianos que no querrán oír hablar de piedad en el mundo de los hechos ni en el de las ideas, y que trastornarán sin misericordia, con el hacha y la espada, el suelo de nuestra vida europea, para estirpar las últimas raíces del pasado. Aparecerán sobre la misma escena los fichtianos armados, cuyo fanatismo de voluntad no podrá ser sujetado ni por el temor ni por el interés. Pero los más terribles de todos serán los filósofos de la naturaleza, que intervendrán con su ac-

ción en las revoluciones alemanas, y se identificarán con la obra de destrucción, porque si la mano del partidario de Kant golpea fuerte y duramente; puesto que su corazón no está cohibido por ningún respeto tradicional, y si el fichtiano desprecia totalmente todos los males, porque en rigor no existen en la realidad, el filósofo de la naturaleza será terrible en cuanto se ponga en relación con los poderes originales de la tierra, cuando conjure las fuerzas ocultas de la tradición—que puede evocar—de todo el panteísmo germánico, y cuando se despierte en él ese ardor de combate que encontramos en los antiguos alemanes, ardor que lucha, no por destruir, ni siquiera por vencer, sino solamente por combatir.» Después de esta enumeración de legiones puestas en pié de guerra contra la sociedad y la civilización, sigue una pintura fantástica de la revolución alemana desencadenada sobre el mundo. Cuando la cruz se rompa se despertará la antigua ferocidad en la sangre nacional; las viejas divinidades saldrán de sus tumbas fabulosas. Alzaráse Thor con su gigantesco martillo, y demolerá las catedrales góticas. El trueno en Alemania es también alemán; no estalla de repente, sino que se acerca rodando, con lentitud; pero llegará al cabo, y cuando oigáis un crujido

como nunca ha sido oído por la humanidad, sabed que ha estallado al fin el trueno alemán. Entonces será cuando Alemania verá comenzarse un drama, después del cual la revolución francesa no será más que un idilio. La hora sonará. Los pueblos se agruparán como en las gradas de un anfiteatro en torno de Alemania para presenciar grandes y terribles escenas. Y entonces ¡oh franceses! amigos míos — Heine os lo aconseja — estad tranquilos, seguros en vuestros puestos, y no os mezcléis en los asuntos que allá abajo se desarrollen; podría aconteceros algún mal.

Tal es el tono que Heine emplea en sus discusiones políticas y filosóficas: exageración en las ideas, lirismo desenfrenado, mezclado con trivialidades atrevidas, un estilo excesivo y brillante, ocultando mal, bajo el tumulto de las palabras, la ausencia de convicciones y una ironía insolente que se complace en arrojar el espanto en las almas valiéndose de los más altos poderes de la tierra y del cielo. Se vale del *esprit* para causar pavor; de aquí el genio del *humor*, pero del humor con premeditación. A fuerza de audacia, Heine sacude el alma más apática; tiene golpes de estilo completamente inesperados que agitan y apasionan al lector, irritándole con insolencias metafísicas y un

instante después desarmándole con una salida burlona. Por intervalos y al través de los caprichos de una razón delirante y de una imaginación desesperada, brilla un rayo imprevisto de buen sentido, como un resplandor de luna iluminando una orgía nocturna.

No incurriremos en la ridiculez de refutar las diatribas en que se manifestaba, hace veinte años, el panteísmo sensual de Enrique Heine. Apenas si añadirían importancia al fondo de sus ideas. Heine los ha desarrollado enteramente en el prólogo de la última edición y en el trozo famoso que tanto ruido hizo desde su aparición: las *Confesiones de un poeta*. Se critica el autor á sí mismo y tan concienzudamente como puede él hacer las cosas, es decir, mezclando las más divertidas bufonadas con alguna que otra idea seria. Nos confiesa con una sinceridad verdaderamente cómica los motivos de que le han separado insensiblemente los sansimonianos y de otros apóstoles de la rehabilitación de la carne. En otro tiempo veía en ellos el partido más avanzado de la emancipación humana, que acababa de ser batido por los gendarmes de la sociedad vieja. Se interesaba por ellos como nos interesamos por los vencidos; los miraba con la simpatía que sienten siempre las almas generosas por el martirio. «No te-

mía—dice—arrostrar el ridículo al que estaba un poco propensa la buena causa. Pero las cosas han cambiado; los mártires de otro tiempo no llevan ya la cruz á no ser por casualidad la cruz de la legión de honor; no recorren con piés desnudos los desiertos de Arabia para buscar en ellos la mujer libre; los emancipadores de los lazos conyugales á la vuelta de Oriente se han casado; *hasta se han convertido en los casamenteros más intrépidos de Occidente y tienen ya botas*. La mayor parte de aquellos mártires se halla actualmente en la prosperidad; muchos de ellos son *neo-millonarios*; se va muy de prisa con los caminos de hierro. De esta suerte, el entusiasmo de Enrique Heine hacia los predicadores de la glorificación de la carne y la mujer libre bajó sensiblemente. Vió, á no dudarlo, que esos ilustrados enemigos de la civilización, sólo eran enemigos en lo que no lograban un puesto: esto hace abrir los ojos aun á hombres más cándidos que Enrique Heine. También nos da á entender en su prólogo que no hay que tomar en serio el tono agresivo y las calaveradas de sus *Estudios sobre Alemania*. Está bien arrepentido, si hemos de darle crédito, de sus gloriosas ilusiones sobre esa triste y pobre diosa, la Humanidad.

Hace veinte años, la juventud

parecía arrebatada, intemperante, soberbia de su atrevimiento injurioso y de sus provocaciones turbulentas. Ha pasado ante nuestros ojos la imagen de esta juventud filosófica: convenía dar una idea de ella.

Los estudios que forman el primer volumen de *Alemania* son una protesta contra el saber incompleto y la interpretación errónea del espíritu alemán que el libro de madama Staël había propagado en Francia. Heine venía á enderezar las ideas y á poner las cosas en su verdadero punto. El verdadero origen de la filosofía alemana data de la Reforma. Lutero, emancipando la religión, ha creado el pensamiento libre, padre del mundo moderno. La misma religión cambia de carácter y casi de naturaleza. Es preciso que sepáis lo que ignoráis sin duda; á saber, que la Iglesia romana no era en el fondo más que el viejo espiritualismo indio de los gnósticos, el budismo de Occidente. La reforma de Lutero da origen al espiritualismo judaico-deista, que recibe, bajo el nombre de fe evangélica, un desarrollo conforme á los lugares y á los tiempos. Recobra la carne sus derechos naturales; el cura se convierte en hombre, tomando mujer y mostrando públicamente á sus hijos. Por otra parte, Dios se reduce á un célibe celeste, los santos son mediatizados, se corta las alas

á los ángeles, á la Madre de Dios se le quita la corona, cesan los milagros, avanzan las ciencias naturales, fuente de progreso; un nuevo mundo acaba de nacer: es el mundo moderno. Todo ello es la obra de Martín Lutero, á quien Enrique Heine tributa los más grandes honores. El reformador crea la era de los siglos nuevos por la libertad de pensar y la literatura nacional, dándole una lengua, expresión de la literatura que acaba de nacer. La revolución filosófica sigue de cerca á la gran revolución religiosa. A grandes pinceladas nos traza Heine esos acontecimientos que cambian la faz de Alemania, y que, andando el tiempo, si damos crédito al escritor, merced á la influencia de Alemania, habrán de cambiar el universo.

Llegamos al segundo período del pensamiento alemán: el advenimiento del panteísmo con la doctrina de Spinoza, que Alemania adopta estrechamente y que contiene en germen á Kant, á Schelling y á Hegel. Aquí se revelan con toda libertad las predilecciones de Enrique Heine y sus esperanzas para el porvenir en un vivo paralelo entre el deísmo y el panteísmo. El Dios de los panteístas se distingue del de los deístas en que el uno es el mundo mismo, mientras que el otro está en el mundo y por encima del mun-

do... El dios de los deístas gobierna el universo de alto abajo como un establecimiento separado de él; los deístas sólo están divididos entre sí según el modo de entender este gobierno. Los hebreos se representan á Dios como un tirano armado de un trueno, los cristianos como un padre lleno de amor, los discípulos de Rousseau y toda la escuela ginebrina como un artista hábil que ha fabricado el mundo como los ginebrinos sus relojes, y en su calidad de peritos admiran la obra y glorifican al maestro que está en lo alto. Para el deísta nada hay más santo que el espíritu, porque lo considera como un soplo divino. Los judíos miraban el cuerpo como algo despreciable; los cristianos, que son los ultras del espiritualismo, lo consideraban como cosa reprobada, maldita, como un feudo de Satán, como el mal mismo; pero el cuerpo reclama, y la materia, injustamente humillada, se subleva. La humanidad suspira por condimentos más sólidos que la sangre y la carne místicas. Hay que reconciliar la materia con el espíritu. El mal no está, como quiere el cristianismo, en la materia. La materia sólo se hace mala cuando se ve obligada á conspirar en secreto contra la usurpación del espíritu, cuando el espíritu la ha marchitado y cuando se ha prostituido por desprecio á

ella misma, ó bien cuando se venga solapadamente del espíritu, ocultando sus placeres secretos bajo la máscara de la hipocresía. El mal es la mentira. El panteísmo aniquilará el mal y hará cesar esta larga mentira, comprendiendo á la humanidad en su totalidad: alma y cuerpo, materia y espíritu, y á esa misma humanidad, como una encarnación de Dios.

«No combatimos, dice Heine, por los derechos humanos de los pueblos, sino por los derechos divinos de la humanidad. No queremos ni descamisados, ni burguesía frugal, ni presidentes modestos: fundamos una democracia de dioses terrestres iguales en beatitud y santidad. Pedís vosotros costumbres simples y austeras y alegrías ordenadas; nosotros, por el contrario, queremos néctar y ambrosía, mantos de púrpura, la voluptuosidad de los perfumes, danzas de ninfas, música y comedias. Nada de cólera, virtuosos republicanos. A vuestras censuras responderemos con las palabras que Shakespeare puso en boca de uno de sus locos. «¿Crees, por ventura, porque eres virtuoso, que no debe haber en la tierra ni pasteles dorados ni vino de Canarias?»

He aquí la religión nueva, la filosofía nueva, la del porvenir, el panteísmo, el verdadero catolicismo de los pueblos, puesto que sólo

él será universal y sólo él basta á todos los deseos de la humanidad, á las exigencias imperiosas de su cuerpo, como á las aspiraciones de su alma. Ya aseguraba Heine en 1835 que el panteísmo es el secreto público de Alemania. Nos hemos engreído demasiado por el deísmo. Ya somos libres y no queremos déspota tonante; somos mayores de edad y no tenemos necesidad de cuidados paternales. No somos las obras de un gran mecánico; el deísmo es una religión buena para los esclavos, para los niños, para los ginebrinos, para los relojeros.

He aquí en qué estilo da cuenta Enrique Heine del gran acontecimiento filosófico que prepara directamente el advenimiento de la doctrina de Schelling y Hegel, es decir, la consagración pública del panteísmo. Se trata de la publicación de *La Crítica de la razón pura*, de Manuel Kant. Este acontecimiento es, según Heine, el 21 de Enero del deísmo.

«Un escalofrío respetuoso--dice--una misteriosa piedad nos invaden. Nuestro corazón se llena de un sentimiento compasivo, al ver que *el mismo viejo del cielo se prepara para la muerte*. Le conocemos desde su cuna en Egipto, en que le vimos elevarse entre los becerros, los codrilos divinos, las cebollas, los ibis y los gatos sagrados. Le hemos

visto despedirse de los compañeros de su infancia, de los obeliscos y de las esfinges del Nilo; después le hemos contemplado en Palestina convertido en un reyezuelo de pastores. Más tarde le vimos en contacto con la civilización asirio-babilónica; renunció entonces á sus pasiones demasiado humanas, se abstuvo de sus arrebatos de cólera y de venganza; por lo menos se abstuvo de tronar con motivo de cualquier bagatela. Le vimos emigrar á Roma, donde abjuró toda especie de prejuicios nacionales, proclamando la igualdad celeste de todos los pueblos; con sus bellas frases hizo la oposición al viejo Júpiter, é intrigó tanto, que bien pronto llegó al poder, y desde lo alto del Capitolio gobernó la ciudad y el mundo *urbem et orbem*. Le hemos visto depurarse, espiritualizarse cada vez más, hacerse paternal, misericordioso, bienhechor del género humano, filántropo. Nada ha podido salvarle. «¿No oís sonar una campanilla? De rodillas. Van á dar los últimos sacramentos á un Dios que muere.»

Por lo común, el escepticismo es frío y la ironía tiene horror al diti-rambo. Aquí, por efecto de una mezcla extraña, el escepticismo adquiere calor y el sarcasmo se hace lírico. Tal es el carácter particular del poeta filósofo. Nótase en él una especie de embriaguez que ya he-

mos señalado en la *Correspondencia*, y que se manifiesta en sus injurias contra el *viejo del cielo*. Añadid á esto sus chistes filosóficos, un estilo digno de Rabelais, plagado de frases gruesas, que, aplicadas á los grandes objetos, producen contrastes buscados y trastornadoras sorpresas. Luego, siempre por amor al contraste, una página llena de emoción, frases del alma, lágrimas casi celestes, caen en medio de una orgía de la imaginación pervertida y de la sensualidad sobreexcitada. Otras veces un juicio sano, moderado, profundo, que separa al espíritu de todos esos sacudimientos y á la razón de todas las desviaciones, que la hacen sufrir y gritar; retratos vivos y finos, grabados en dos palabras y de un admirable parecido. Nadie ha definido á Schelling mejor que le retratan estas frases: «Schelling es uno de esos seres á quienes la naturaleza ha dado más gusto para la poesía que pujanza poética, y que incapaces de satisfacer á las musas, se han retirado á los bosques de la filosofía, donde pactan, con las hamadriadas abstractas, los más infecundos enlaces.» Pero estos momentos razonables no duran; cuando esperáis encontraros, ya con un poeta, ya con un filósofo, os tropezáis de repente con un arlequín.

Las *Confesiones de un poeta* son

el complemento natural y el correctivo de la primera parte de *Alemania*. No son una verdadera palinodia; sería preciso ser demasiado ingenuo para creerlo; pero, en fin, en ella es menos cruda la impiedad; el viejo del cielo no está tan maltratado; se le perdonan muchas cosas que antes no se le perdonaban, y se acaba por confesar, con toda clase de donaires picarescos, que el buen Dios no ha muerto del todo. En el fondo de las burlas se adivina algo como cierta vena de sensibilidad religiosa. En aquellas páginas, escritas hace veinte años en medio de los más atroces sufrimientos, bajo la amenaza de la muerte, suspendida siempre sobre el lecho del dolor, bajo la influencia también de los años y de los pensamientos más serios que vienen con la vejez, se echa de ver cierta emoción casi involuntaria, algo como el recuerdo de las locuras de la juventud, ó, por mejor decir, cierta especie de remordimiento. La alegría es también natural, no delirante como otras veces. No traspasa los límites de cierta agradable medida y de relativa discreción. Los recuerdos personales, la llegada á Francia y á París, los buenos y los malos conocimientos hechos allí, las diversas fortunas de la vida literaria, son narradas con viveza, con cierto regocijo moderado, con *esprit*. Se

burla mucho de Mad. Staël y de su pirotecnia sentimental; repite contra aquella mujer ilustre las viejas habladurías que no han hecho fortuna en Francia y que son cuentos del otro mundo. Pero seríamos injustos con Heine, como lo es él á propósito de Mad. Staël, si pretendiésemos negar el encanto de estas páginas brillantes. La parte que mayor curiosidad é interés nos ofrece es aquella en que el autor nos refiere sus decepciones filosóficas. Se recordará cómo ahuecaba la voz, hace veinte años, para anunciarnos la revolución siniestra y próxima de Alemania. Trataba de asustarnos y resulta ahora que es Croquemitaine quien tiene miedo.

—¡Ah!—exclama—esto que tan extraño parecía, se predica, sin embargo, sobre todos los techos más allá del Rhin, y espantable es el ardor fanático de todos estos predicadores. Tenemos, sin embargo, frailes de la impiedad, Torquemadas del ateísmo que echarían en la hoguera á Arouet de Voltaire, porque en el fondo de su corazón el señor de Ferney no era más que un deísta endurecido.

«Mientras que semejantes doctrinas fueron el privilegio secreto de una aristocracia de gente de letras ó de hombres de *esprit*; y cuando eran discutidas en un lenguaje de sabios, que no comprendían los

domésticos colocados detrás de nosotros para servirnos; mientras que nosotros blasfemábamos sobre nuestras soperas filosóficas, pertenecía yo también á esos frívolos espíritus fuertes, cuya mayor parte se parecía á los grandes señores liberales, que antes de la Revolución buscaban para recrear su monótona vida de corte el encanto de las ideas nuevas. Mas cuando he notado que el pueblo se ponía á discutir los mismos temas en sus cuartuchos, en los cuales la candela y el quinqué reemplazaban á las bujías y á los candelabros; cuando he visto la existencia de Dios negada por sordidos zapateros y oficiales de sastre; cuando el ateísmo se hizo compatible con el sebo, el aguardiente y el tabaco, entonces mis ojos se desengañaron, las náuseas me hicieron comprender lo que no pudo la razón y di mi adiós al ateísmo.»

¡Cuán elocuente lección esta, en virtud de la cual el espiritual ateo se siente molestado por el contacto del abuso de la filosofía! Pero no todos han entendido la lección como él; no faltan entre nosotros entusiastas, que después de la catástrofe de los sansimonianos y consortes nos prediquen la rehabilitación de la carne. Sueñan todavía con aquella era paradisiaca en que cada miembro de la familia humana ha de disfrutar del néctar y de la

ambrosía prometidas, de los mantos de púrpura, de la voluptuosidad de los perfumes, de las danzas de las ninfas... El sueño de esta fiesta inmensa de la sensación puede tener cierto prestigio para las imaginaciones epicúreas. Mas, ¡qué extraños desencantos ofrecerá la realidad á todos estos iluminados sensualistas! ¡Cuán tristes los días siguientes de estas divinas orgías y cómo se apartarán bruscamente todos estos comunistas aristócratas de la ralea del vicio! El sueño es una poesía; la realidad será una náusea.

Nada iguala la divertida franqueza con que Heine nos refiere la época floreciente de su divinidad. ¡Qué mezcla más deslumbradora de ingenio y de fina razón! No es posible burlarse más finamente de sí mismo, de su papel divino y de lo que él mismo llama su absurdo orgullo. Era joven y soberbio, jamás había querido creer que Dios se hubiera hecho hombre; pero creía á Hegel bajo su palabra cuando le oía decir que el hombre era Dios. El era la ley viva de la moral, era impecable, era la pureza encarnada; llenaba su papel con ardor, restaurando las virginidades comprometidas y dispensando largamente el encanto de su divinidad; cuando repentinamente notó que le faltaban la salud y el dinero, vió que su sueño grandioso se venía al suelo, y com-

prendió que debía abdicar sus funciones divinas y descender al estado de simple mortal. Confiesa que la idea del buen Dios volvió á su conciencia naturalmente evocada por el sufrimiento. Era para él un gran consuelo pensar en su lecho de dolor, que había alguien en el cielo á quien poder dirigir sus gemidos.

«Que sean tontos ó crueles—añade con una elocuencia que deja ver un sentimiento verdadero—que sean tontos ó crueles esos filósofos ateos, esos dialécticos fríos y bien portados que se dedican á quitar á los hombres su consolación divina, el sólo calmante que les resta. Se ha dicho que la humanidad es enferma y que el mundo es un gran hospital. Más triste será cuando se pueda decir que el mundo es una gran casa de Dios sin Dios... ¡Ay! La burla de Dios pesa sobre mí. El gran Autor del universo, el Aristófanes del cielo ha querido hacer sentir al autorcillo terrestre, ó sea al Aristófanes alemán, hasta qué punto hasta sus más agudos sarcasmos no han sido otra cosa que insignificantes picaduras de alfiler en comparación de las heridas de rayo que el *humor* divino sabe causar á los míseros mortales. Sí; la amarga ola de bur-las que el gran señor me envía es terrible, y sus epigramas son por extremo crueles.»

Y aquí reaparece Arlequín:

Pero yo me permito observar á mi señor que la burla atroz con que me castiga se va prolongando demasiado. Hace seis años que dura y ya resulta fastidiosa.

Aun después de haber abdicado su papel de Dios, persiste la burla. A pesar de esto, hay en esta página, lo mismo que en algunas otras, como un grito involuntario del corazón que se convierte en explosión de risa, pero que no es menos doloroso para el que sabe entenderlo. Censuramos igualmente á los que bajo la fe de algunas buenas palabras diseminadas en las *Confesiones de un poeta* han querido creer en la conversión de su sátiro, y á los que viendo á cada instante reaparecer la garra y el pié hendido, no han querido ver en las *Confesiones* otra cosa que una blasfemia más. Los unos son demasiado cándidos y los otros demasiado poco. El poeta ríe todavía y ríe sin piedad; pero en medio de sus sarcasmos se siente cierto dolor, un sufrimiento, alguna cosa como una aspiración nueva. Antes Heine era un sarcasmo vivo; después es casi un hombre. Es un excéptico todavía, pero que parece haber encontrado un corazón y que su espíritu se ha provisto de un alma. Todo esto es verdadero, lo que no quita para que aun en la segunda fase de la vida de este espíritu fantástico se rinda culto al diablo, no

obstante sus ofrendas á Dios. La creencia que después de haber pasado tantos años de locura, como dice él mismo en su extraña lengua; recorrido todas las encrucijadas de la perversa filosofía; después de haberse entregado á todas las cabriolas del espíritu y haber danzado con todos los sistemas posibles, sin encontrar en ellos más satisfacción que la de Mesalina en una de sus noches de orgía, de donde salía fatigada mas no harta; después de todas estas disipaciones de la razón, se encuentra de repente, como por arte de encantamiento, al lado del tío Tom, el negro devoto, arrodillándose esta vez seriamente, con el hombre negro delante del Dios del Evangelio. No nos fiemos demasiado de las declaraciones del gran burlón. Con él hay que temer siempre ser engañado.

No hemos dejado tiempo para hablar de otras partes más especialmente literarias del libro *Alemania*. No queríamos prescindir de la historia del pensamiento filosófico de Enrique Heine, que nos parecía más curioso que todos los sistemas literarios; pero sería injusto no señalar, aunque no sea más que de pasada, su notable estudio literario hasta la muerte de Goethe y la galería tan animada como viva de los poetas románticos. Lo que preferimos de estos

cuadros literarios en que entra bastante el sistema y el espíritu de partido, son tres trozos de una originalidad deslumbrante. *Las Tradiciones populares*, *La Leyenda de Fausto* y *Los Dioses en el destierro*. Aquí se ve sólo al poeta y que es para nosotros objeto de asombro sin par, ó más bien donde se nos muestra como un espíritu inspirado en el cual el escepticismo aparece refrenado y el burlón ateo se transforma en narrador admirable, expresando con la más singular ingenuidad el sentimiento nacional é íntimo de Alemania: el sentimiento de lo fantástico y sobrenatural que no es más que un eco del sentimiento de lo infinito. El poeta sabe traducir en rasgos verdaderos y llenos de color el alma soñadora y fuerte de su patria. Ha recogido de labios de pobres gentes, en noches de invierno, en los hogares de las pobres cabañas, esas tradiciones y leyendas que son la alegría y el terror de las veladas. Parece que ha sentido todos esos espantos y que ha experimentado todos esos escalofríos; nos hace participar de ellos con emoción contagiosa, y aquél que antes nos ha conmovido con sus desoladas negaciones, el que nos ha mostrado la eternidad muda y vacíos los cielos, es el mismo que nos encanta con sus cuentos, recogidos de los

labios de algún mendigo vagabundo ó de algún abuelo ciego. Asombroso privilegio de un espíritu superior que por la fuerza de su imaginación sabe de una manera artificial fingir los sentimientos cándidos que ha perdido.

Los Dioses en el destierro tienen un carácter aparte. El sentimiento supersticioso y legendario se funde armónicamente con el sentimiento helénico. Enrique Heine es un griego por ciertos aspectos de su imaginación. Desde este punto de vista pertenece á la escuela de Goethe. Tiene muy desarrollado el sentido de la belleza plástica; cuenta que uno de sus amigos—este amigo es él mismo—llora un día al leer la defensa de los templos griegos por Libanius y recoge con una piedad casi devota las reliquias y los recuerdos, todos esos restos del paganismo que no pertenecen en rigor á una religión muerta, sino al arte que vive eternamente.

Consagra en la urna piadosa de su poesía estas cenizas de los dioses de otro tiempo, ese polvo de mármoles rotos. Coge este polvo, lo sopla con el divino soplo de la poesía, y los mármoles rotos se levantan, los templos aparecen con toda su majestad, y el arte eterno reconoce sus obras desaparecidas. Toma estas cenizas gloriosas, y á su soplo poderoso y mágico brota todo un

pueblo vivo y joven de dioses resucitados. Esos pobres dioses son los parias de la Edad Media, los perseguidos del cristianismo; se les persigue siempre como á las fieras, se les fuerza á huir á la noche de las sombras. La superstición popular hace algo más que matarlos, los envilece; no son para ella otra cosa que malvados demonios que permanecen ocultos durante el día, y que al venir la noche salen de sus guaridas y revisten formas graciosas para engañar á los viajeros y hacerles caer en simas funestas. El Olimpo no ha muerto. ¡Ay! Mejor hubiérale sido perecer en la gran catástrofe! No ha muerto, ha venido á ser una sucursal del infierno. ¡Aquel Olimpo perfumado de ambrosía, en el cual los dioses saboreaban, tendidos en sus lechos de púrpura, placeres divinos! Sí; ese Olimpo se ha convertido en un lugar impuro en donde se preparan infames sortilegios. La raza de esos dioses tan nobles y tan graciosos, esa familia de diosas idealmente bellas y de héroes majestuosos, todo ello ha sido dado en feudo al diablo, y la señora Venus no es más que una embaucadora que trabaja por cuenta de Satanás. Enrique Heine la encontró un día en la plaza de Breda, cruzándola con gentil paso, rozando el suelo con el borde de un magnífico chal de las Indias. Era

Venus convertida en mujer galante. Sí, Venus; aquella radiante divinidad de Homero, de Virgilio, de Lucrecio; Venus convertida en cortesana celeste y perfumada de ambrosía; una divinidad de las camelias, una diosa entretenida! En este tono encantador y ligero, bastante convencido para ser poético, suficientemente excéptico para ser ligero, nos cuenta Heine las aventuras lastimosas de sus pobres dioses, que arrastran por la tierra un triste destierro. Se interesa por ellos con viva solicitud, refiere su diversa fortuna con una gravedad que es un encanto. Es preciso leer la historia del bueno de Baco ó Dionisio, venido á menos en el fondo del Tírol, y todos los años, por el equinoccio de otoño, celebrando su fiesta en un inmenso sábadó, que le recuerda, al menos por una noche, las glorias de otro tiempo. Pero seréis insensibles si no derramáis por lo menos una lágrima sobre la suerte del pobre Júpiter, único habitante de la Isla de los Conejos. Cuando oye de labios de un joven marinero que su hermoso templo de Grecia no es más que una ruina vergonzosa poblada de puercos, el viejo Dios se desploma sobre su asiento de piedra llorando como un niño. Su águila, siempre fiel y hoy hética, lanza un grito terrible, y los marineros huyen espantados.

Enrique Heine no tiene rival en esto de expresar la impresión, vida del paganismo transformado en leyendas. No hay cuento de Hoffmann que aventaje en interés fantástico á estos relatos extraños en que las reminiscencias de las edades poéticas se confunden con sentimientos contemporáneos. El conjunto de esas dos inspiraciones mezcladas con mano tan hábil y con tanta aparente candidez, es de un efecto sorprendente. Todo ello atrae como un cuento, es poético como la mitología, y al mismo tiempo está animado por la más moderna ironía y el más personal espíritu.

Decíamos muy alto, á propósito de la *Correspondencia*, que ella servía de demostración brillante á esta tesis de la fe literaria y moral sobre los inconvenientes de la personalidad, funesta consejera del talento. Pero es preciso entenderlo. Hablábamos entonces de esa personalidad inquieta, trastornada, preocupada por pequeños intereses de la vanidad, convirtiéndose en centro de todo, refiriendo á sí misma la vida del mundo entero, imaginando que no hay crimen más grande que negar el derecho divino de su genio, la legitimidad de sus pasiones pequeñas ó grandes y aun de sus vicios, donde cada uno tiene su razón, su necesidad, su empleo. Mucho de esta personalidad hay en los escri-

tos lo mismo que en las cartas de Enrique Heine: esa personalidad está condenada á perecer.

Mas háy otra especie de personalidad, que nos mostrará siempre el carácter superior y distintivo de su talento. Hay el sentimiento justo, aunque la forma sea exajerada, cuando compara en una serie de paralelos, demasiado poco modestos, las tendencias propias de su talento con las del genio de Goethe. Su razón estética, su sentido crítico, tan fino y delicado, no le engañaban cuando sostenía «que el principio de la época de Goethe, la idea del arte desaparece; que con tiempos nuevos comienzan principios nuevos; que el mundo, objetivo de lo bello, creado por la palabra y el ejemplo de Goethe, el goethismo (*guohenthum*) desaparece ante la invasión de espíritus nuevos, y deja su puesto al reino de lo puramente subjetivo. El arte y la antigüedad no podrán reprimir los impulsos de la juventud». Verdad hay en estas declaraciones de Heine. Aunque se exagere su papel y la importancia del movimiento que él ha comenzado, hay que convenir en que es jefe de escuela. Ha impulsado con su ejemplo y sus excitaciones á los poetas contra la dominación exclusiva y casi tiránica de Goethe. También él

ha sido maestro iniciador y creador. Del *Libro de los cantos* y de los *Reisebilder*, parte para la poesía alemana la era del lirismo personal, aplicándose menos á reproducir las formas plásticas de la antigüedad que á expresar el movimiento y la vida del alma moderna con sus inspiraciones libres y su acento original. Allí esta la durable grandeza de Heine. Es preciso, para comprenderlo bien, distinguir perfectamente estas dos especies de personalidad: la una, que es un principio deletéreo para el talento: la otra, que lo renueva y vivifica; la una, que no es más que una forma del egoismo apasionado, vanidoso, irritable, despótico; la otra, que es una forma nueva, verdaderamente humana y viviente del arte; la una, que no ve más que á sí misma en la naturaleza; la otra, que siente la realidad de cada palpitación de su corazón, en cada movimiento de su vida, y que la traduce en una nota individual, en toda su sinceridad y su independencia. La una es la inspiración funesta de la vida y de la *correspondencia* de Heine, la otra es el principio inmortalmente joven de su poesía, mejor dicho, de la poesía moderna, dentro de la cual Heine es uno de los tipos más verdaderos y más vivos.

E. CARO.

MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE

ACERCA DE SU JUVENTUD

I

Es muy cierto, mi querida señora, que traté de esbozar, con tanta verdad y exactitud como pude, las cosas memorables de la época en que he vivido, en tanto que estas cosas me interesaban como espectador ó como víctima. De esos borradores, á los cuales me plugo dar el título de *Memorias*, me ha sido preciso, sin embargo, destruir casi la mitad, ya por enojosas consideraciones de familia, ya también por efecto de escrúpulos religiosos. Después puse mi empeño en llenar bien ó mal las lagunas resultantes, pero temo que deberes póstumos me constriñan á entregar antes de mi muerte mis *Memorias*, á un nuevo auto de fe, y lo que entonces respeten las llamas acaso no verá nunca la luz del día.

No cometeré la imprudencia de

revelar los nombres de los amigos á quienes confío la guarda de mi manuscrito y la ejecución de mi última voluntad en lo que á él concierne; no quiero exponer á mis amigos, cuando ya no exista yo, á la apremiante importunidad de un público desocupado, y por consiguiente á una infidelidad para con su mandato. Nunca he podido excusar una infidelidad de este género; es una acción ilícita, un acto inmoral, publicar ni siquiera una sola línea de un escritor, si él mismo no la ha destinado para el público. Esto se aplica muy particularmente á las cartas cruzadas en la intimidad. Cualquiera que las deje imprimir ó las edite, se hace culpable de una felonía que merece el desprecio.

Hechas estas declaraciones, que-

rida señora, fácil le será comprender que no puedo permitirle, como desea, la lectura de mis *Memorias* y de mi correspondencia. Pero como no he dejado de ser cortesano de vuestra gracia amable, no puedo responder á ninguno de sus deseos con una negativa rotunda; y á fin de darle testimonio de mi buena voluntad, quiero calmar de otra manera la curiosidad benévola que le inspira una dulce simpatía por mis destinos.

Con esa intención me he puesto á escribir las líneas siguientes, en las cuales encontrará con plena abundancia las notas biográficas que le interesen. Todo lo que hay en ellas importante y característico está sinceramente relatado, y por la estrecha trabazón de las aventuras exteriores y los acontecimientos secretos del alma se revela el misterio mas íntimo y profundo de mi ser. Desgárrase el velo que cubría el alma, y puedes contemplarla en su hermosa desnudez. No tiene manchas, sólo tiene heridas, ¡ay! heridas hechas, no por mano de enemigos, sino por la de los mismos amigos.

La noche está en silencio: ningún ruido por fuera, salvo la lluvia que crepita sobre las techumbres y el triste viento del otoño que suspira y gime.

La pobre estancia del enfermo

está llena en este momento de un bienestar íntimo, casi voluptuoso; y, libre de dolores, me encuentro sentado en el gran sillón.

Penetra en ella tu dulce imagen, y no se ha movido el pestillo; te echas en el almohadón, precisamente á mis piés. Apoya contra mis rodillas tu cabeza tan hermosa, y escucha sin alzar los ojos.

Quiero referirte el cuento de mi vida.

Si á veces gruesas gotas caen sobre tus cabellos ondulados, continúa, no obstante, tranquila: no es la lluvia que se filtra y rezuma á través del techo. No llores, no hables; apriétame la mano nada más...

Esta dedicatoria, según advierte el editor alemán de las Memorias, doctor Engel, llena las cinco primeras páginas del manuscrito; al folio vuelto de la primera hoja está el borrador de algunos versos, imitados de la elegía de Gray al cementerio de una aldea.

Más de una perla gentil
oculta en su seno el mar;
más de una flor del pensil
ignora el beso que los ojos dan.
La soledad silenciosa
de la selva nada más
es quien la ve ruborosa;
y en vano en la salvaje soledad
prodiga de sus perfumes,
triste, la suavidad.

En el manuscrito faltan las páginas 6 á 31. El doctor Engel afir-

ma sin pruebas ciertas que han sido destruidas por el hermano del poeta (Maximiliano, fallecido algunos años ha), porque trataban acerca de los orígenes de la familia Heine.

El relato que sigue se encuentra mutilado por esta supresión de veinticinco páginas; pero lo que de él queda concuerda en todos sus puntos con las Confesiones, publicadas en vida de Enrique Heine.

En las páginas suprimidas, como lo indica la continuación, narraba el poeta su educación primera y todos los proyectos que para el porvenir de él acariciaba su madre; cómo un amigo de la familia, el rector Schallmeyer, proponía hacerle ingresar en el seno de la Iglesia católica y enviarle á Roma para que estudiase la Teología en el seminario. Regocijadamente imagina que hubiera llegado á ser un galante monseñor y quizá hasta Papa, alargando la pierna para que los fieles cristianos le besasen la sandalia y distribuyendo su bendición urbi et orbi.

... ¡Qué sentimiento sublime debe llenar el alma de uno de esos príncipes de la Iglesia cuando baje la vista hacia la plaza donde hormiguea el gentío, donde millares de hombres arrodillados ante él con la

cabeza descubierta aguardan su bendición!

Leí cierta vez, en el *Viaje á Italia* del consejero áulico Moritz, una descripción de esta escena, donde hubo un incidente que también acude á mi memoria. Entre los aldeanos que allí veía arrodillados, refiere Moritz que uno le llamó sobre todo la atención: era uno de esos mozos de la montaña que comercian en rosarios esculpidos con arte en una madera de color moreno, y los venden á buen precio en toda la Romaña, porque tienen la buena ocurrencia de hacerlos bendecir por el Papa. Aquel hombre estaba de rodillas con el fervor más grande, y tenía levantado en alto el sombrero de fieltro de anchas alas donde se encontraba su mercancía, es decir, los rosarios; y mientras el Papa, con las manos extendidas, pronunciaba la fórmula de la bendición, el buen hombre sacudía el sombrero y meneaba con la mano las cuentas de los rosarios, como las castañeras remueven las castañas al asarlas en el hornillo; parecía estar concienzudamente ocupado en hacer de suerte que todos los rosarios, metidos en el fondo del sombrero, recibiesen algún poquito de la bendición papal y quedasen todos de esa manera consagrados igualmente.

No he podido resistir al deseo de intercalar aquí este rasgo atractivo

de piadosa candidez; y vuelvo á seguir el hilo de mis confesiones, todas las cuales se refieren á la evolución intelectual por que había yo de pasar. Por los primeros comienzos se explican los fenómenos más remotos.

De cierto que es un hecho importante el de que, desde el año décimotercio de mi vida me hayan expuesto todos los sistemas de los filósofos librepensadores, y que haya sido mi maestro de filosofía un digno eclesiástico, quien no descuidaba sus deberes sacerdotales por nada del mundo. Así, pues, joven aún, veía yo cómo caminaban juntas pacíficamente, sin hipocresía, la religión y la duda; y esto me condujo, no sólo al escepticismo, sino á la indiferencia más tolerante.

Los tiempos y lugares son también circunstancias importantes: nací á fines del escéptico siglo xviii y en una ciudad que, en la época de mi juventud, se encontraba bajo la dominación de los franceses, pero sobre todo bajo el dominio del espíritu francés.

Debo confesarlo: los franceses con quienes trabé conocimiento pusieron en mis manos libros muy inconvenientes, y me inspiraron prevención contra la literatura francesa entera. Por eso nunca la he amado cual merece, y permanecí injusto hasta más no poder para con

la poesía francesa, que me fué repulsiva desde mi tierna edad.

El primer culpable de esto fué el maldito abate Daunoi, que enseñaba idioma francés en el liceo de Dusseldorf, y quien tenía decidido empeño en obligarme á hacer versos franceses. Poco faltó para que me hiciera aborrecer, no sólo la poesía francesa, sino la poesía entera. El abate Daunoi, sacerdote emigrado, era un hombrecillo vejstorio; un continuo movimiento agitaba los músculos de su cara, y su parda peluca se le ponía de través cada y siempre que montaba en cólera.

Para sus diversas clases había compuesto varias gramáticas francesas, así como crestomatías donde se encontraban trozos de los clásicos franceses y alemanes, destinados á los ejercicios de traducción; también había publicado, para uso de la clase superior, un *Arte oratoria* y un *Arte poética*. El primero de estos dos libros contenía recetas de elocuencia tomadas de Quintiliano y aplicadas, como ejemplos, á sermones de Flechier, Massillon, Bourdaloue y Bossuet, que no me aburrían demasiado. En cuanto al otro libro, que encerraba las definiciones de la poesía (*es el arte de pintar con imágenes*), el desabrido residuo de la vieja escuela de Batteux, así como la parodia francesa y en ge-

neral toda la métrica de los franceses, ¡qué horrible pesadilla!

Aun ahora, no conozco nada más insípido que el sistema de metros de la poesía francesa, este *arte de pintar con imágenes*, como la definen los franceses; y esta falsa idea contribuye quizá á hacer caer siempre en la perífrasis descriptiva y figurada.

De seguro es Procasto el inventor de su métrica, verdadera camisa de fuerza aplicada á pensamientos demasiado apacibles para tener necesidad de semejante traba. Hacer consistir la belleza de un poema en vencidas dificultades de versificación, es un principio ridículo que tiene el mismo origen extravagante. El exámetro francés, ese hiporrimado, es para mí una abominación. Los franceses mismos han comprendido siempre lo repulsivo de ese arte antinatural, infinitamente más perverso que las monstruosidades de Sodoma y de Gomorra; y sus buenos actores se han adiestrado en declamar los versos de una manera tan entrecortada como si recitasen prosa. Entonces, ¿por qué tomarse el inútil trabajo de versificar?

Eso pienso hoy y eso presentía de niño; y es fácil figurarse que entre yo y la vieja peluca parda tuvieron que romperse las hostilidades cuando le expliqué que me era absolutamente imposible hacer versos

franceses. El abate me negó el más mínimo sentido poético y me llamó bárbaro de la selva de Teutoburgo.

¡No puedo recordar sin espanto que me fué preciso copiar de la *crestomatía* del profesor el discurso de Caifás al Sanhedrín y traducir los exámetros de la *Mesiada* de Klopstock en alejandrinos franceses! Era un refinamiento de crueldad. Dios me perdone, maldije del mundo y de los opresores extranjeros que querían imponernos las cadenas de su versificación; y estuve á punto de convertirme en un galófono. Capaz hubiera sido de morir por Francia; pero hacer versos franceses ¡jamás!

La intervención del rector y de mi madre puso término á aquel dissentimiento. A mi madre le disgustaba que aprendiese yo á hacer versos, ni siquiera versos franceses. Porque, en otro tiempo, lo que temía ella más que nada era que me hiciese poeta; siempre decía que eso es la cosa peor que me pudiera ocurrir.

Por aquel entonces el nombre de poeta no correspondía á una idea muy honrosa: un poeta era un pobre diablo harapiento que por un par de *thalers* componía un poema de circunstancias y acababa irremisiblemente en el hospital.

En nosotros mismos brillan las estrellas de nuestra ventura.

Pero mi madre soñaba para mí grandes cosas, destinos de alto vuelo, y todos sus planes educadores tenían por blanco de su puntería esos elevados objetivos. Representó el primer papel en la historia de mi desarrollo intelectual; ella misma redactaba el programa de todos mis estudios, y aún no había yo nacido cuando comenzaban ya sus proyectos pedagógicos. Obedecía yo dócilmente los deseos que me manifestaba; sin embargo, confieso que fué causa de la esterilidad de la mayor parte de mis ensayos y mis tentativas de llegar á diversas posiciones sociales, pues las que elegía para mí eran siempre opuestas á mi naturaleza.

El prestigio del Imperio fué lo que ante todo deslumbró á mi madre. Una amiga suya, hija de un fabricante de hierro de los contornos, la cual había llegado á ser duquesa, le contó cómo su marido había ganado muchas batallas, que bien pronto subiría más y ascendería al grado de rey. Y hete aquí á mi madre ¡ay! soñando para mí las charreteras más doradas, ó los altos cargos más galoneados de oro en la corte del Emperador, á cuyo servicio quería consagrarme por completo ella.

Por tanto tuve que dedicarme entonces con preferencia á los estudios especiales que exige tal carre-

ra; y aun cuando en el liceo nos enseñaban bastantes ciencias matemáticas, y el amable profesor Brewer me atiborró con ganas de geometría, estática, hidrostática, hidráulica, etc., y nadaba en los logaritmos y en el álgebra, sin embargo, todavía hube de recibir lecciones particulares acerca de esta clase de estudios, cuyo fin era ponerme en estado de llegar á ser un gran estratégico, ó, en caso necesario, un administrador de provincias conquistadas.

A la caída del Imperio mi madre tuvo que renunciar á la magnífica carrera que había soñado para mí; concluyeron los estudios comenzados con ese propósito, y ¡cosa extraña!, no dejaron en mi mente ninguna huella de su paso: tan refractaria á ellos era ésta. Constituían una adquisición maquinal, que arrojé lejos de mí como un farrago inútil.

Mi madre entonces dió otra dirección á las brillantes aspiraciones que tenía con respecto á mi porvenir. Por aquella época había comenzado la fabulosa prosperidad de la casa Rothschild, á cuyo jefe conocía particularmente mi padre. Otros príncipes de la banca y de la industria acababan de surgir en nuestra vecindad, y mi madre afirmaba que había llegado la hora de que un gran ingenio pudiese adquirir en el

comercio la fortuna más colosal y elevarse de un vuelo hasta la cima del poder. Por eso decidió que yo debía llegar á ser una potencia bancaria; y me fué preciso aprender idiomas extranjeros, en especial el inglés, geografía, teneduría de libros, en resumen, todas las ciencias que conciernen al comercio por tierra y por mar, y las especialidades industriales.

Para iniciarme en los cambios y en los géneros coloniales, tuve más tarde que frecuentar el despacho de un banquero de mi padre y la tienda de un almacenista de comestibles al por mayor. La primera estancia duró á lo sumo tres semanas y la segunda cuatro; con ese motivo aprendí á conocer la letra de cambio y el color de la nuez almizclada ó moscada.

Un célebre mercader, en casa de quien quise llegar á ser aprendiz de millonario, juzgó que yo no poseía ningún talento para los negocios, y le confesé riendo que muy bien pudiera él estar en lo cierto.

En estas y las otras hubo una gran crisis comercial; mi padre y muchos amigos nuestros perdieron sus fortunas. La pompa de jabón mercantil estalló entonces más pronta y lamentablemente que la burbuja imperial, y fué preciso que mi madre se pusiese á pensar en una nueva carrera para su hijo.

Fué en absoluto de parecer de que debía estudiar Jurisprudencia.

En efecto, había notado que desde hacía mucho tiempo, en Inglaterra como en Francia y en la Alemania constitucional, la clase de los juristas era omnipotente, y que, en particular los abogados, por la costumbre que tienen de discurrir en público, representan los primeros papeles parlanchines y así crecen dentro del Estado hasta los más altos empleos.

Acababa de fundarse la nueva Universidad de Bonn: las cátedras de la facultad de Derecho estaban ocupadas por los más célebres profesores. Inmediatamente mi madre me envió á Bonn; bien pronto me senté á los piés de Makeldey y de Welker, y absorbí el maná de su sabiduría.

De los siete años que pasé en las universidades alemanas, perdí tres hermosos años florecientes de mi juventud en el estudio de la casuística romana.

¡Qué horrible libro ese *Corpus Juris*, la Biblia del egoísmo! Siempre he odiado al Código de los romanos, como á los romanos mismos. Aquellos bandidos querían poner en seguridad su botín, y trataban de proteger por las leyes lo que habían robado con la espada; por eso el romano era á la vez guerrero y abogado. A esos ladrones ro-

manos debemos el Derecho romano tan estimado y que está en pugna abierta con la religión, la moral, la humanidad y la razón.

Conduje estos... estudios á feliz remate, pero jamás pude resolverme á hacer uso de aquella ciencia que había adquirido, acaso por comprender que otros me aventajarían fácilmente en las bachillerías abogadiles y en los enredos curialescos. Colgué de un clavo mi borla de doctor en Derecho.

Mi madre se puso de peor talante que de costumbre. Pero ya no era un niño; había llegado á la edad en que el hombre tiene que liberarse de la tutela materna.

También la excelente mujer había envejecido, y al renunciar á dirigir mi vida, después de todos esos fracasos, arrepentíase de no haberme consagrado al estado eclesiástico, como he dicho más atrás.

Mi madre es, al presente, una matrona de ochenta y siete años, y su inteligencia no ha decaído con la vejez. Nunca ha tratado de imponerme mi verdadera norma de pensar, y siempre ha sido para mí la indulgencia y el amor personificados.

Su fe era un deísmo severo, conforme de todo en todo con la razón, facultad dominante de su modo de ser. Era discípula de Rousseau, había leído el *Emilio*, lactó á sus

hijos, y sin cesar la preocupaba la ciencia de la educación, su manía favorita. Había recibido una instrucción superior, compartiendo los estudios con uno de sus hermanos, médico distinguido que murió joven.

Su corazón, como su mente, eran la salud misma; y no he recibido de ella como herencia el sentimiento de lo fantástico y del romanticismo. Según he dicho ya, la poesía dábele angustias; me arrancaba de las manos cualquier novela que me encontrase en ellas, no me permitía ir á ningún espectáculo, me impedía tomar parte en los juegos de mis condiscípulos, vigilaba mis relaciones, reprendía á las criadas que en mi presencia contaban historias de apariciones; en una palabra, hacía todo lo del mundo por apartar de mí la superstición y la poesía.

Era económica, pero limitaba á su propia persona el ahorro; por bien de los demás podía llegar á ser hasta pródiga; y como no amaba el dinero, sino que lo apreciaba tan solo, daba con mano abierta, y más de una vez me asombró con su beneficencia y su liberalidad.

¿Qué espíritu de sacrificio no demostró para con su hijo? No contenta con trazarle el programa de estudios, suministrábale los medios para estudiar; y eso en los tiempos más difíciles. Cuando me marché á

la Universidad, andaban muy malos los negocios de mi padre; y mi madre vendió su aderezo, un collar y unos pendientes de gran valor, para asegurar mi manutención durante los primeros años de estudios.

Por lo demás, no era yo el primero en la familia que hubiese devorado piedras preciosas y tragado perlas en la Universidad. El padre de mi madre, según ella misma me lo contó un día, dió pruebas del mismo talento. Los joyeles que por broches adornaban el libro de rezo de su difunta madre hubieron de servir para pagar los gastos de su estancia en la Universidad, cuando su padre, el viejo Lazaro de Geldern, se vió arruinado por un pleito de sucesión contra una hermana casada, después de haber recibido de su padre en herencia una fortuna, de la cual tantas maravillas me contaba una anciana tía-abuela.

Por mis ojos de niño pasaba como la fascinación de un cuento de *Las Mil y una noches*, cuando la vieja señora me describía los grandes palacios y las alfombras de Persia, y las vajillas de oro y plata macizas, cuya pérdida deploraba amargamente el buen señor que tantos honores disfrutara en la corte del Elector y de la Electriz. Su casa en la ciudad era el gran palacio de la Rheinstrasse; también le pertenecía el actual hospital de la ciudad

nueva; era propietario de un castillo cerca de Gravenberg; y, á la postre, apenas si tuvo un sitio donde reclinar la cabeza.

Quiero intercalar aquí un episodio que forma juego con el que acabo de referir, porque pudiera servir para rehabilitar en la opinión pública á la calumniada madre de uno de mis colegas en poesía.

En efecto, leí una vez en la biografía del pobre Dietrich Grabbe que el vicio de la embriaguez, del cual murió, le había sido inoculado desde muy pronto por su propia madre: decíase que le daba aguardiente desde niño. Esta acusación, que el autor de la biografía obtuvo como un dato proporcionado por parientes hostiles, me parece falsa en absoluto cuando recuerdo en qué términos hablaba el difunto Grabbe de su madre, quien recomendábale á menudo en los términos más severos que tuviese cuidado con la embriaguez.

Era una señora de modales ásperos, mujer de un alcaide carcelario; y cuando acariciaba á su lobezno Dietrich, más de una vez hubo de ocurrir que le arañase con sus zarpas de loba. Pero, sin embargo, tenía un verdadero corazón de madre; y cuando su hijo fué á estudiar á Berlín, supo darle pruebas de ello.

Referíame Grabbe que al despedirle le puso en la mano un paquete,

donde blandamente envueltas en algodón en rama iban media docena de cucharas, con seis cucharillas para café y un cucharón sopero, todo de plata, tesoro doméstico de que se enorgullecen las mujeres del pueblo y del que nunca se desprenden sin que sangre su corazón, pues para ellas constituye como una insignia de plata: así creen distinguirse del común de la plebe, de esa plebe de cubiertos de estaño. Cuando trabé conocimiento con Grabbe había devorado ya el cucharón, Goliath, como él lo llamaba. Si algunas veces le pedía noticias tuyas, me contestaba con laconismo: «estoy con mi tercera cuchara», ó bien «he dado fin con mi cuarta cuchara». Un día suspiraba, diciéndome:—«Se van las grandes; cuando llegue el turno á las pequeñas, á las cucharillas de café, ya no habrá sino ligerísimos bocados; y cuando también se vayan ellas, entonces acabáronse los bocados.»

¡Ay! no se engañaba; y cuanto menos tuvo qué comer, más se dió á beber, y se convirtió en un borracho rematado. Primero la miseria, después las desdichas domésticas indujeron al infeliz á buscar en los vapores del vino la excitación ó el olvido, y bien pudo ser que al fin empuñase la botella como otros una pistola para cortar por lo sano un lamentable destino. «Creame V.—

me decía una vez un ingenuo compatriota westfaliano de Grabbe— tenía firme la cabeza, y no murió porque bebía, sino que bebió porque deseaba morir, ha muerto de un suicidio por la bebida.»

Nunca está fuera de propósito la rehabilitación de una madre. Había descuidado hasta ahora hablar de ello, pues proponíame mencionar este rasgo en un estudio sobre Grabbe. Nunca he llevado á ejecución este proyecto, y sólo he podido citar á Grabbe de paso en mi libro de *La Alemania*. Esta noticia se dirige más bien á los lectores alemanes que á los franceses. Para estos últimos me limito á consignar aquí que Dietrich Grabbe fué uno de los más grandes poetas alemanes, y entre todos el de mayor afinidad con Shakespeare. Puede que en su lira tuviese menos cuerdas que otros poetas, superiores en esto; pero las cuerdas que poseyó producen tales sonidos, que sólo él nos ha hecho oír al gran inglés. Tiene esas brusquedades, esas mismas voces de la naturaleza por las cuales Shakespeare nos espanta, nos conmueve y nos arrebata.

Pero todos estos dones quedan oscurecidos por un mal gusto, un cinismo y una extravagancia que superan á cuanto jamás cerebro humano haya dado á luz de más insensato y horrible. Esto provenía,

no de una enfermedad como la fiebre ó la locura, sino de una intoxicación del genio. Así como Platón llamaba á Diógenes un Sócrates loco, igualmente pudiera denominarse á nuestro Grabbe un Shakespeare ebrio; y esto, ¡ay! con doble razón.

En sus dramas impresos están muy atenuadas esas monstruosidades; pero lo atroz se despliega con toda crudeza en el manuscrito de su *Gothland*, una tragedia que, sin conocerle yo, me alargó cierto día, ó más bien me la arrojó á los piés, diciéndome: «He querido saber lo que hay en mí y he llevado este manuscrito al profesor Gubitz; al recorrerlo, ha meneado la cabeza, y para quitarme de en medio me ha dirigido á V., que tiene el cerebro lleno de tan locas fantasías y que, por consiguiente, me comprenderá mucho mejor. Pues bien; ¡ahí tiene V. la pieza!»

Sin aguardar mi contestación á estas palabras, aquel ser extraño y fantástico se marchó con paso indolente; y como me encaminaba á ver á la señora de Varnhagen, llevé conmigo el manuscrito para ofrecerle aquella primera producción de un vate, pues por la lectura de algunos pasajes pude ver que allí había un poeta.

Conocemos la bestia poética por su olor montaraz. Pero esa vez era

demasiado fuerte el olor para nervios de mujer y á una hora avanzada, hacia media noche, la señora de Varnhagen me hizo llamar y me conjuró en nombre de Dios para que recogiese y me llevase aquel tremebundo manuscrito, diciendo que no podría dormir mientras aquella tragedia se hallara bajo su techo.

La rehabilitación de una madre es oportuna en todas partes; y el lector sensible no querrá considerar como una digresión ociosa el relato de las confidencias de Grabbe acerca de la pobre mujer que le había dado á luz.

Ahora, cumplido un deber piadoso para con un poeta sin ventura vuelvo á mi propia madre y á su familia, y hablaré más por extenso de la influencia por ella ejercida en el cultivo de mi espíritu.

II

Después de mi madre, su hermano, mi tío Simón de Geldern, fué quien más particularmente se ocupó de mi educación. Ha muerto hace veinte años. Era un ente original, del exterior más humilde y también más raro, una figurilla plácida con un rostro pálido y se-

vero y en él una nariz de rectitud griega, aunque de seguro era un tercio más larga de como los griegos tenían costumbre de gastar las narices.

Decíase que en su juventud aquella nariz había sido de tamaño corriente, pero que se le alargó más de lo debido, á causa de la mala costumbre que tenía mi tío de tirarse de ella. Cuando de niños le preguntábamos si era verdad eso, se apresuraba á imponer silencio á nuestras irrespetuosas preguntas, y se pegaba otro tirón de la nariz.

Iba siempre vestido con arreglo á una moda anticuada, llevando calzón corto, medias blancas de seda, zapatos de hebilla, y, según la costumbre antigua, coleta bastante larga. Cuando el bueno del hombre-cillo trotaba á paso menudo á través de las calles, la coleta saltaba de un hombro al otro, hacía toda clase de cabriolas y parecía burlarse de su propio dueño á espaldas suyas. Con frecuencia, cuando el buen tío estaba sentado y sumido en sus pensamientos ó en su periódico, me entraban unás locas ganas de agarrar la coleta sin que lo sintiese él, y tirar como de un cordón de campanilla, lo que no dejaba de encolerizar muchísimo al tío; alzaba las manos al cielo, gimoteando contra la ralea de la juventud que ya no respetaba nada, á quien no po-

día contener ninguna autoridad humana ó divina, y que acabaría por poner mano en las cosas más santas.

Si el exterior del hombre no era de naturaleza á propósito para inspirar respeto; en cambio no podía ser más respetable su personalidad íntima, su corazón; era el hombre más bueno y magnánimo que he conocido en la tierra. Había en él un sentimiento del honor que recordaba el rigorismo caballeresco de los antiguos dramas españoles, y por su lealtad se parecía á esos héroes. Jamás tuvo ocasión de llegar á ser *El médico de su honra*, pero era un *Príncipe constante*, un caballero del mismo fuste; sólo que no declamaba en troqueos de cuatro piés, no aspiraba á las palmas del martirio y, á guisa del brillante manto de caballero, contentábase con llevar un modesto casaquín terminado por faldones en forma de cola de aguzanieve.

No era, en modo alguno, asceta, enemigo de los placeres de los sentidos; gustaba de las *kermesses* y del figón del mesonero Rasia, donde se hacía servir con delicia tordos condimentados con enebro; pero todos los tordos y goces de este mundo los sacrificaba altiva y resueltamente, como estuviese en litigio la idea que hubiera reconocido una vez por verdadera y buena.

Manifestaba tan pocas pretensiones y aun tanta timidez en su modo de conducirse, que nadie podía percartarse del mártir oculto bajo aquella envoltura cómica.

Según las ideas del mundo, su vida era una existencia abortada. Simón de Geldern había estudiado humanidades, *humaniora*, en el colegio de los Jesuitas. Pero cuando por muerte de sus padres quedó absolutamente libre para escoger carrera, no eligió ninguna; renunció á estudiar en las Universidades de Alemania con la mira de obtener una posición lucrativa, y prefirió permanecer en su casa de Dusseldorf, en *El Arca de Noé*. Llamábase así la casita patrimonial, por el arca que, lindamente esculpida y pintada de colores chillones, veíase sobre la puerta.

Allá pudo entregarse sin descanso á todos sus gustos, á todas sus puerilidades de erudición, á su bibliomanía y á su afán por emborronar papel, principalmente para las gacetas políticas y las revistas oscuras.

Sea dicho de paso: no sólo escribir, sino hasta pensar le costaba desesperados esfuerzos.

Aquel furor por escribir, ¿provenía de un irresistible celo en pro del bien público? Interesábase por todas las cuestiones del día, y su ardor por leer periódicos y folletos

degeneraba en monomanía. Los vecinos le llamaban «el doctor», no precisamente á causa de su erudición, sino porque su padre y su hermano habían sido doctores en medicina. No podía sacárseles de la cabeza á las viejas comadres que el hijo del anciano doctor que con tanta frecuencia las había curado, no fuese heredero de las recetas médicas de su padre; y cuando caían enfermas, volaban á él llorando y suplicándole que se dignara ocuparse de ellas. El pobre tío, perturbado así en sus estudios, era entonces capaz de montar en ira, mandar al diablo las viejas locas y echarlas de su casa.

Este tío fué precisamente quien ejerció una gran influencia en el cultivo de mi espíritu, y á quien debo muchísimo desde este punto de vista. Por diferente que fuese nuestra manera de ver, sus aspiraciones literarias, aunque pésimas, contribuyeron acaso á despertar en mí el deseo de escribir.

El tío empleaba un antiguo estilo cancelleresco duro y empingorotado, tal como se lo enseñaron en las aulas de los Jesuitas, donde no se veía nada más allá del latín; así, pues, no podía admitir sin trabajo una manera de expresarse que le parecía demasiado ligera, demasiado festiva, demasiado irritante. Pero su anhelo por proporcionarme

todos los medios de desarrollar mi inteligencia fué para mí la mayor ayuda.

De niño me regalaba las obras más bellas, las más preciosas, ponía á mi disposición su propia biblioteca, rica en libros clásicos, en folletos importantes sobre las cuestiones del día, y hasta permitíame revolver á mi antojo en el granero del arca de Noé los cajones que contenían los libros viejos y los papeles del difunto abuelo.

¡Con qué voluptuosidad misteriosa se estremecía mi corazón infantil cuando podía pasarme días enteros en aquella cámara, que, para hablar con exactitud, no era sino un gran desván!

No era lo que se llama una espléndida residencia, y su único morador, una rolliza gata de Angola, distaba mucho de preocuparse por la limpieza; apenas si en raras ocasiones barría con la cola el polvo y las telarañas sobre los muebles viejos hacinados en confuso revoltijo.

Mi corazón, empero, estaba en tal florecencia de juventud y lucía tan alegre el sol á través de la pequeña lumbrera, que todo me parecía inundado por una luz fantástica; y la misma gata vieja producíame el efecto de una princesa encantada, que, desligándose de pronto de su envoltura animal, pudiera muy bien suceder que se mostrara

con todo el antiguo fulgor de su espléndida belleza, mientras el buhardillón se convertiría en un palacio magnífico, cual acontece en todas las historias de encantamientos.

Como aquellos buenos tiempos de los cuentos de hadas han desaparecido, las gatas siguen siendo gatas; y el desván del arca de Noé continuó leonera polvorienta, hospital para muebles incurables, salitrería de sillones decrepitos y de sillas rotas, en el último grado de achaquenta vetustez, que no hay valor para tirarlos á la calle por afecto sentimental y en atención á los píos recuerdos que á ellos van unidos.

Allá estaba putrefacta y hecha trizas una cuna en que antaño me cieron á mi madre; en el fondo de esa cuna yacía á la sazón la peluca oficial de mi abuelo, toda descompuesta, y que en fuerza de vejez parecía haber vuelto á la infancia.

Colgaban de la pared el herrumbroso espadín del abuelo, una tenaza manca y algún otro inválido hierro viejo. A un lado, sobre una tabla oscilante se posaba el loro de mi difunta abuela, relleno de paja y falto de plumas, convertido el color verde en gris ceniciento, y cuyo único ojo de cristal miraba fijo con aire amenazador.

También había allí un perro verde, de loza, hueco; se había des-

cantillado un trozo de la parte posterior, y la gata parecía profesar un gran respeto á aquella obra de arte china ó japonesa; hacía delante del animal de loza toda suerte de zalemas y devotas reverencias, al modo de los gatos, y quizá lo consideraba con un ser divino. ¡Son tan supersticiosas las gatas!

En un rincón yacía una flauta vieja que en otros tiempos perteneció á mi madre; aún la tocaba siendo ella joven, y elegía precisamente el desván para sala de concierto á fin de que su anciano señor padre no fuese turbado en su trabajo, ó por temor de que regañara á su hija culpable de perder el tiempo en aquella ocupación sentimental. A la sazón la gata había escogido como juguete predilecto aquella flauta, agarrándola por una cinta ajada, de color de rosa, y rodándola por el suelo de acá para allá.

Entre las antiguallas del desván encontrábanse también esferas, las más pasmosas figuras de planetas, retortas y alambiques, que recordaban estudios de astrología y de alquimia.

Con los libros del abuelo había en los cajones papelotes referentes á esas ciencias ocultas. Pero la mayoría de los libros eran libracos de medicina. No faltaban obras filosóficas: junto al archirazonable Descartes encontrábanse autores extra-

vagantes como Paracelso, Van Helmont y hasta Agrippa de Nettesheim, cuya *philosophia oculta* cayó entonces por primera vez en mis manos. De niño me divertía ya la epístola-dedicatoria al abate Trithem; á continuación de ella va impresa la respuesta del abate, donde este compadre devuelve con creces al otro charlatán sus ampulosos cumplidos.

Pero el mejor y más precioso hallazgo que tuve en los polvorientos cajones, fué el de un libro de memorias escrito por un hermano de mi abuelo, á quien llamaban el «Caballero ó el Oriental», personaje casi legendario sobre el cual contaban y no acababan las viejas primas.

Ese tío-abuelo, llamado también Simón de Geldern, debió de ser un tanto asombroso. Le llamaban «el Oriental» porque había hecho largos viajes por Oriente, y á la vuelta de ellos vistió siempre al estilo oriental.

Parece ser que residió largo tiempo en las poblaciones costeras del Norte de Africa, principalmente en los Estados de Marruecos, donde aprendió de un portugués á dar temple á las armas, oficio que ejerció no sin buen éxito.

Fué en peregrinación á Jerusalén; allá, en el éxtasis de la plegaria, tuvo una visión en el monte

Moriah. ¿Qué vió? Nunca lo dijo.

Eligióle por jefe ó *cheik* una tribu de beduinos independientes, que profesaba, no el islamismo, sino una especie de mosaismo, y que tenía su puerto de refugio, por decirlo así, en un oasis desconocido en medio de los desiertos del Africa Septentrional. Ese pequeño pueblo guerrero vivía en lucha con todas las tribus inmediatas y era el terror de las caravanas. Digámoslo en estilo europeo: mi bienaventurado tío-abuelo, el piadoso visionario del sacro monte Moriah, era capitán de ladrones.

En aquella hermosa comarca adquirió también esos conocimientos hípicos y ese arte de caballerizo que excitaron general admiración á su regreso al Occidente.

En las diversas cortes donde permaneció mucho tiempo, brillaba lo mismo por la belleza de su talla y de su rostro que por el esplendor de su vestimenta oriental, que fascinaba á las mujeres. Sobre todo, imponía por su pretendida ciencia secreta, y nadie osaba desacreditar al nigromántico omnipotente junto á sus altos protectores. El espíritu de la intriga temía á los espíritus de la Cábala.

Sólo su presunción causó su ruina. Las viejas primas movían sus rugosas cabecitas con aire extraño

y misterioso cuando hablaban en voz baja de las relaciones galantes del «Oriental» con una dama de altísima alcurnia: el descubrimiento de estas relaciones le obligó á abandonar á toda prisa la corte y el país. Por la fuga, y dejando tras de sí todas sus riquezas, es como pudo librarse de una muerte segura: debió su salvación precisamente á sus artes de jinete consumado.

Después de esta aventura se refugió en Inglaterra, donde es probable que encontrara la seguridad personal, però también la miseria. Esto me lo hace creer un folleto de mi tío-abuelo, impreso en Londres, que descubrí por acaso en la biblioteca de Dusseldorf un día que me encaramé hasta las tablas más altas. Era un oratorio en versos franceses, rotulado «Moisés en el Horeb», que quizá se relacionase con la visión de que llevo hecho mérito; pero el prefacio estaba escrito en inglés y fecho en Londres: los versos, como todos los versos franceses, no eran más que agua tibia rimada; pero la prosa inglesa del prefacio delataba la irritación de un hombre altivo en lucha con la mala suerte.

No pude sacar nada en limpio del cuaderno de notas del hermano de mi abuelo; tal vez por precaución, en gran parte estaba escrito con caracteres árabes, sirios y coftos, mezclados por un raro capricho, con

citas en todos idiomas. Encontré á menudo el siguiente verso francés:

Où l'innocence périt, c'est un crime de vivre.

Es un crimen el vivir
Donde la inocencia muere.

También me chocaron varias reflexiones escritas igualmente en lengua francesa, como si fuese el idioma habitual del autor.

Naturaleza problemática, difícil de comprender, la de mi tío-abuelo. Llevó una de esas existencias maravillosas, posibles nada más que á principios y mediados del siglo XVIII; fué á la par un soñador entusiasta, propagandista de utopías cosmopolitas y humanitarias, y uno de esos caballeros andantes que, persuadidos del sentimiento de su fuerza personal, pasan por encima ó hacen saltar las podridas barreras de una sociedad putrefacta.

En todo caso, fué un hombre.

Su charlatanismo, que estamos lejos de negar, no era un charlatanismo de una especie común. No era uno de esos charlatanes ordinarios que en las ferias arrancan las muelas á los campesinos; penetraba con arrojo en los palacios de los grandes y les arrancaba el molar más arraigado, como Huon de Burdeos hizo antaño con el soldán de Babilonia.

¿Y qué hombre de nota no es un tantico charlatán? ¿Los charlatanes

de la modestia son los peores de todos, con su fantasmonería con aires de humildad! Quien quiera influir sobre la muchedumbre, no puede quedarse corto en materia de charlatanismo. Una suerte de escamoteo grosero y material ha impuesto siempre más al público que todos los milagros del pensamiento eternal.

III

Sea como fuere, ese hermano de mi abuelo y las tradiciones de familia que á él atañen ocuparon de extraordinario modo mi imaginación de niño. Todo lo que de él se refería dejaba en mi joven alma una impresión indeleble; sumergíame tan profundamente en sus aventuras y en sus vagamundos destinos; mi fantasía juvenil se preocupaba con él de tal suerte noche y día, que vivía yo todo entero en él; á veces apoderábanse de mí en pleno día y con pleno sol un trastorno, una inquietud tales, que me parecía que yo mismo era mi difunto tío-abuelo, ¡y que mi vida sólo era una continuación de la de ese personaje muerto tanto tiempo hace!

Durante la noche, aquella vida se reflejaba en mis ensueños. Mi existencia de entonces se parecía á un

gran periódico, cuya parte superior contenía lo presente, la jornada con sus noticias y sus debates cotidianos, mientras que abajo un pasado poético y fantástico se revelaba y se desarrollaba en los ensueños nocturnos, como una serie de folletines de novela.

En estos ensueños me identificaba con el hermano de mi abuelo, sentía con espanto que yo era otro y que pertenecía á otros tiempos. Encontrábame transportado á comarcas antes nunca vistas por mí, en situaciones y circunstancias de que hasta entonces jamás tuve la menor idea; y, sin embargo, recorría ese nuevo mundo sin una vacilación, sin un paso en falso.

Allí encontraba hombres de ruda y temible estampa, con trajes extraños, bárbaros, de colores vistosos, que me inspiraban un rancio afecto ó un odio inveterado, y á los cuales, no obstante, estrechábales la mano como si fuesen antiguos conocimientos. Su idioma resonaba en mi oído como una lengua extranjera que nunca había escuchado, y lo comprendía; y aún más, con asombro mío, les contestaba en el mismo idioma, gesticulaba con una viveza que jamás ha sido habitual en mí; hasta decía cosas de que antes no tenía ninguna idea, y que contrastaban con mi común manera de pensar.

Acabé por recuperar la unidad de conciencia, mas no por eso dejó de conservar mi alma huellas secretas y duraderas de aquel estado de ensueño, que se prolongó como cosa de un año. Más de una idiosincrasia, más de una simpatía y antipatía fatales, que quizá discrepan de mi propia naturaleza, y hasta más de una acción que no se compadece con mi modo de pensar, se explican á mis ojos como otras tantas consecuencias lejanas de aquella época alucinada en que era tío-abuelo de mí mismo.

En la sucesión de los tiempos, ha ejercido decisiva influencia en mis aspiraciones y en mis poesías. Cuando cometo una necedad cuyo origen me parece inexplicable, se la cargo en cuenta con mucho gusto á mi otro *yo* oriental. Un día que comuniqué á mi padre esta hipótesis, para justificarme de una leve falta, me dijo con chunga cómo esperaba que mi tío-abuelo no hubiese firmado la aceptación de ninguna letra de cambio cuyo pago pudiera exigírseme algún día.

No me han presentado al vencimiento ninguna letra de cambio oriental, y he tenido bastante, para dificultades y cuidados, con mis propias letras de cambio occidentales.

Mas, de cierto, nuestros antepasados nos legaron peores deudas que

extinguir que las deudas de dinero. Cada generación continúa á la precedente, y tiene que responder de las acciones de ésta. Dice la Escritura: «Los padres han comido uvas en agraz, y los nietos tienen sordamente dentera.»

Reina solidaridad en las generaciones que se suceden; asimismo, los pueblos que entran en la arena unos en pos de otros, no pueden eximirse de esta solidaridad, y no sólo son herederos, sino también deudores. La humanidad entera acabará por liquidar todo cuanto la legó el pasado. En el valle de Josafat quedará reducido á la nada el gran libro de la deuda, ó acaso antes por una bancarrota universal.

El legislador de los judíos reconoció profundamente esta solidaridad y la sancionó por modo particular en su derecho de sucesión; para él quizá no había ninguna duración individual después de la muerte, y sólo creía en la inmortalidad de la familia; todos los bienes eran propiedad familiar, y nadie podía enajenarlos tan por completo que, en un momento dado, no hubiesen de volver á manos de los miembros de la familia.

El Derecho romano contrasta en absoluto con esta idea de la ley mosaica, tan amiga del hombre; en la legislación romana sobre la herencia se revela el egoismo del carác-

ter nacional; las disposiciones jurídicas relativas á los testamentos sancionan aquí el capricho malhumorado del egoismo, de la terca vanidad personal que más allá de la propia vida quiere hacer mal uso de las riquezas, y que, en fin, con el nombre de *familia* no conoce sino á los esclavos domésticos.

Pero no quiero extraviarme en consideraciones generales, no quiero emprender un estudio profundo sobre este asunto; y, prosiguiendo mis confesiones personales, deseo más bien no dejar escapar la ocasión que se me ofrece de mostrar de nuevo con un ejemplo cómo mis enemigos, con ocasión de las circunstancias más inocentes, se entregan á las más malévolas insinuaciones. Pretenden haber hecho este descubrimiento: que en mis confidencias biográficas hablaba mucho de mi familia materna, pero nada de mis parientes por línea paterna; y en ese silencio y esta omisión pretenden ver el mismo cálculo é idéntica segunda intención de vanidad que le han echado en cara también á mi colega Wolfgang Goethe.

Bien es verdad que en sus *Memorias* muy á menudo se extiende Goethe, con marcada complacencia, en hablar de su abuelo paterno el señor Burgomaestre que, lleno de importancia y gravedad presidía en Roemer, en Francfort; pero de su

abuelo materno, honrado sastrecillo de composturas y remiendos, que en el pasadizo de Bockenheimer, sentado á la morisca en su mesa de trabajo, zurcía los calzones viejos de la ciudad libre imperial, no dice una palabra.

No tengo por qué justificar á Goethe de este silencio. En lo que á mí atañe, me he limitado á encogerme de hombros como única respuesta á tales insinuaciones, y he dado siempre gracias á Dios de que no encontrasen nada peor que decir en mi contra.

Fácil sería refutar esas interpretaciones é insinuaciones malévolas explotadas con frecuencia, probando que no tengo la culpa de si en mis escritos nunca he hablado del abuelo paterno; y quien me conozca, sabe muy bien cuán contraria es á mi naturaleza la vanidad del nacimiento.

Sencillamente, la causa es que nunca he sabido muchas anécdotas sobre mis abuelos. Mi difunto padre llegó á Dusseldorf como un forastero; no poseía allí ningún pariente, ninguna de esas viejas tías y primas, bardos femeninos que cantan á diario á la generación nueva las antiguas leyendas de familia con una monotonía épica, y reemplazan con el ronco de su nariz la gaita ó cornamusa, obligado acompañamiento de los bardos escoceses. No hubo

nadie para iniciarme temprano en las crónicas de familia de mi padre; sólo á los héroes del clan materno debió mi joven alma sus primeras impresiones vivas, al escuchar con recogimiento los relatos de la anciana Bruneta ó Brunequilda.

Mi padre era de un carácter taciturno; no tenía gusto por hablar, ni jamás me contaba añejas historias. Solo una vez, siendo todavía un chicuelo, le hice una pregunta acerca de este particular.

Aún me acuerdo: era uno de esos domingos tan hermosos y radiantes de sol, que se me permitían pasar en casa, mientras los demás días de la semana los pasaba con triste languidez en la escuela del tétrico convento de los Franciscanos. Ese día, pues, encontré una ocasión para preguntar á mi padre lo que fué mi abuelo. Medio riéndose y medio amostazado, me respondió así á esta pregunta:

—Tu abuelo era un judío pequeño, con una gran barba.

El siguiente día, apenas entré en el aula del convento, donde estaban reunidos ya mis pequeños camaradas, me faltó tiempo para contarles la importante nueva que mi padre acababa de participarme: que mi abuelo era un judío pequeño, con una gran barba.

Apenas pronunciadas estas palabras, corrieron de boca en boca y

fueron repetidas en todos tonos, con acompañamiento de gritos imitando á todos los animales. Los pequeños se pusieron á saltar sobre las mesas y los bancos, arrancaron de las paredes los cuadros de aritmética y los hicieron ir dando tumbos por el entarimado con los tinteros, derribaron los bancos patas arriba; y todo eran risas, balidos, gruñidos, ladridos, canto de gallos, una baraúnda infernal, cuyo estribillo era siempre mi abuelo, que había sido un judío pequeño, con una gran barba.

Atraído por el escándalo entró en el aula tumultuosa el profesor de la clase, rojo de ira, y preguntó al instante por el autor de aquel desorden. Como suele suceder siempre en tales casos, cada cual trató de disculparse en voz baja, y al fin decidieron que yo, pobre mísero, había sido el autor de todo el estrépito por lo que había dicho acerca de mi abuelo; y como no quise negarlo, expié mi falta con un crecido número de bastonazos.

Fueron los primeros palos que he llevado en este mundo; y ya en aquella circunstancia hice la observación filosófica de que el benigno Dios, creador de los bastonazos, en su misericordiosa sabiduría ha cuidado igualmente de que quien los reparta acabe por fatigarse, sin lo cual los trancazos llegarían á ser á la larga intolerables.

El bastón con que me dieron de garrotazos, era una caña de Indias de color amarillo; sin embargo, las rayas que me dejó en los lomos, eran de un color azul oscuro. Nunca las he olvidado.

Tampoco olvidé el nombre del maestro que me zurró sin piedad: era el P. Dickerscheid. Poco después fué separado de la escuela por motivos que tampoco he olvidado, pero que no quiero decir.

Con el nombre de la persona que me dió la primera paliza, guardé el recuerdo de la ocasión que me la proporcionó; y cada vez que se trataba de judíos pequeños con grandes barbas, una memoria llena de malestar surcaba mi dorso como un escalofrío. «Gato escaldado, del agua fría huye», dice el refrán; y cada uno comprenderá fácilmente que desde entonces no me han vuelto á dar muchas ganas de reunir más detalles acerca de ese inquietante abuelo y de su árbol genealógico, ni de dar conocimiento de ello al público general, como en otros tiempos al pequeño público infantil.

IV

Sin embargo, no quiero pasar por alto á mi abuela paterna, aun

cuando tampoco de ella sé cosa mayor. Era una mujer de extraordinaria hermosura é hija única de un barquero de Hamburgo, cuyo renombre de riqueza difundíase hasta muy lejos. Estas circunstancias me dejaban presumir que el pequeño judío que consiguió llevarse consigo tan hermosa mujer fuera de la opulenta casa de sus padres, á la ciudad de Hannover donde habitaba él, debió de poseer cualidades muy gloriosas, aparte de su gran barba, y debió de ser un hombre muy respetable.

Murió prematuramente dejando á su joven viuda con seis hijos, todos varones y de tierna edad. Regresó á Hamburgo, donde también falleció de un modo prematuro.

Vi antaño en Hamburgo, en el dormitorio de mi tío Salomón Heine el retrato de mi abuela. El pintor, que buscaba efectos de claro-oscuro á lo Rembrand, había puesto á su modelo unas tocas monjiles enteramente negras, un corpiño oscuro y casi tan severo, y un fondo de una lobreguez tan densa como la pez; el rostro, de abultados carrillos y provisto de doble barbilla, destacábase brillante sobre él como una luna llena que sale de entre los nubarrones nocturnos.

Sus rasgos fisionómicos presentaban aún vestigios de una gran hermosura; eran á la par dulces y

serios, y particularmente la morbidez de su tinte comunicaba á todo el rostro una expresión en alto grado distinguida. Si el pintor hubiese adornado el peto de la dama con una gran cruz de diamantes hubiérase creído ver en verdad el retrato de alguna abadesa señorial en un noble capítulo protestante.

Entre los hijos de mi abuela, si no me engaño, sólo dos heredaron aquella belleza extraordinaria: mi padre y mi tío Salomón Heine, el jefe hoy difunto de la casa de banca hamburguesa de ese nombre.

La hermosura de mi padre tenía algo de excesivamente suave, carecía de carácter, era casi femenina. Por el contrario, el aspecto de su hermano expresaba una hermosura varonil, y su fuerza de carácter revelábase también en sus facciones regulares y nobles, imponentes, á veces hasta intimidantes.

Todos sus hijos, sin excepción, se desarrollaron con la más arrebatadora belleza, pero la muerte los segó en flor; y de aquel hermoso ramillete humano sólo viven hoy dos personas, el actual jefe de la casa de banca y su hermana, una rara mujer con... (1).

Quise infinito á todos aquellos niños y amé también á su madre, que

(1) En el manuscrito original faltan tres líneas, suprimidas con un corte de tijeras.

también era tan bella y desapareció joven, costándome todos muchas lágrimas. Necesito de veras en este instante agitar mi muñeco de loco para ahogar con el ruido de los cascabeles los pensamientos lacrimosos.

Acabo de decir que la hermosura de mi padre tenía algo de femenil. Esto no tiene nada de irrespetuoso; pensaba tan sólo en su fisonomía y proponíame indicar nada más que no tenía empaque, ni acritud, que sus rasgos no presentaban ninguna severidad de líneas, sino más bien una rotundidad blanda y tierna; lo que faltaba á los contornos de sus facciones era el ser precisos; anegábanse en lo indeterminado. En sus postreros años había engruesado mucho, pero me parece que en su juventud tampoco debió de ser flaco.

Esta suposición mía proviene de un retrato que data de su adolescencia y que después quedó por desgracia destruido en un incendio de la casa de mi madre. Estaba en él representado mi padre como un joven de unos diez y ocho ó diez y nueve años, con uniforme rojo, la cabeza empolvada, blanca como la creta, y provista de una encantadora red encerrando sus cabellos.

Nada era más favorable á ese retrato como el color al pastel, empleado por el pintor. Y digo favo-

rable, porque mejor que la pintura al óleo y que el lustre del lienzo barnizado, inseparable de ella, puede el pastel reproducir ese polvillo de flor que advertimos en la cara de las personas que llevan polvos; vela ventajosamente la indecisión de las facciones y atenúa aquel insípido color de rosa, tan chocante en los cuadros al óleo. En el retrato de que hablo, los cabellos empolvados de blanco y la corbata, de la misma blancura, formaban un marco en derredor del rostro sonrosado; y, por contraste, el pastel producía un colorido más intenso y mayor relieve.

Igualmente el rojo escarlata del traje, que en los cuadros al óleo parece que os mira con una fisga tan horrorosa, producía allí, por el contrario, un feliz efecto, dulcificando agradablemente el rosado color de la cara.

El tipo de belleza que en ese retrato expresaban las facciones de mi padre no recordaba el ideal de castidad severa de las obras del arte griego, ni el estilo del Renacimiento, de un espiritualismo exaltado, aunque saturado de salud pagana. No; ese retrato expresaba con fidelidad el carácter de una época que justamente no tenía ningún carácter; que gustaba menos de lo bello que de lo lindo, lo gentil, lo coquetón, lo pulido; unos tiempos que

llevaban la insulsez hasta la poesía; esos dulces tiempos del *rococo*, con sus morbideces y su mal gusto, que también se llamaba la época de las redes para el cabello, y que realmente llevaba como signo distintivo una bolsa de cabellos, no en la frente, sino en el colodrillo. Si ese retrato de mi padre se hubiera reducido de dimensiones hasta aproximarse á las de una miniatura, se le hubiese podido tomar por una obra del excelente Watteau, por un lindo pastorcito circundado de arabescos fantásticos, de lentejuelas de oro y de multicolores piedras preciosas, pavoneándose en un abanico de Mad. de Pompadour.

Acaso deba reputarse como un hecho notable la circunstancia de que hasta el fin de su vida permaneciera fiel mi padre á la antigua moda de los polvos y se hiciese empolvar todos los días, no obstante poseer los más hermosos cabellos que imaginarse puedan. Eran rubios, casi áureos y de una suavidad al tacto como sólo la he encontrado en la seda de la China. Sin duda alguna, por su gusto hubiera conservado también la red para la cabellera; mas las exigencias del espíritu de progreso eran inflexibles. En tal perplejidad, mi padre encontró un expediente que hizo acallar sus escrúpulos acerca del tocado. No sacrificó más que la forma, la bol-

sita negra, la redecilla; en cuanto á los largos rizos de cabellos, los llevó desde entonces como un moño de largas crenchas, fijo en el vértice de la cabeza por medio de un peinecito. La finura y la suavidad de su cabellera, así como los polvos, hacían casi invisible aquella trenza; y de esta suerte, á lo menos en cuanto al fondo, mi padre no era un renegado del antiguo régimen de la redecilla para los cabellos, y sólo se había sometido al cruel espíritu del tiempo exteriormente, como más de un ortodoxo disimulado.

El uniforme rojo de mi padre, en el retrato de que hablo, indica que sirvió en el ejército hannoveriano. Mi padre, á la edad de unos diez y ocho años, formaba parte del séquito del príncipe Ernesto de Cumberland, al comienzo de la Revolución francesa. Acompañó á ese príncipe durante la campaña de Flandes y de Brabante, si no me engaño, en calidad de comisario de la intendencia, ó, como dicen los franceses, de *repostero*; los prusianos lo llaman *gusano de harina*.

Pero las funciones propias de aquel joven eran las de favorito del Príncipe, las de un Brummell *de menor cuantía* y sin corbata almidonada; por tanto, á la postre tuvo la suerte común de todos esos juguetes del favor de los grandes. Verdad es que mi padre estuvo per-

suadido toda la vida de que el Príncipe, trocado más tarde en rey de Hannover, jamás le echaba en olvido; pero nunca se explicó por qué no le enviaba á llamar jamás el Príncipe ni se informaba nunca de él, puesto que no podía saber si su antiguo favorito no viviría en circunstancias tales que tuviese necesidad de su regia ayuda.

Mi padre trajo de aquella campaña ciertos gustos alarmantes, que mi madre no consiguió desarraigar de sus costumbres sino con suma lentitud. Por ejemplo, con gran complacencia se dejaba arrastrar á jugar fuerte; protegía el arte dramático, ó, mejor dicho, á las sacerdotisas de ese arte; sobre todo, tenía pasión por los caballos y los perros. Cuando pasó á establecerse en Dusseldorf en calidad de negociante, por amor á mi madre, llevó consigo doce magníficos caballos. Deshízose de ellos, por esplicito deseo de su joven esposa, quien le hacía presente cómo ese capital de cuatro patas engullía demasiada avena y no producía absolutamente nada.

Más difícil fué á mi madre alejar el caballerizo, zafio rústico siempre tumbado en la cuadra y ocupado en jugar á los naipes con algún pillastre de su especie, recogido por acá ó por allá. Concluyó por irse espontáneamente, en compañía de un re-

loj de oro de repetición, propio de mi padre, y algunas otras alhajas de valor.

Una vez libre de ese tunante, mi madre despidió también la jauría de mi padre, excepto un perro llamado Lindo, de una fealdad abominable. Halló gracia ante sus ojos porque no tenía nada de perro de caza y podía convertirse en un buen perro doméstico, burguésmen- te virtuoso. Habitaba en la cuadra vacía una vetusta calesa de mi padre, y cuando se encontraban allá, cruzábanse miradas de inteligencia. «Aquí, Lindo»—suspiraba mi padre—y Lindo movía meloncólicamente la cola.

Creo que el perro era un hipócrita; y un día mi padre, en un acceso de mal humor, oyendo al animal quejarse de una manera demasiado desesperada para el puntapié que acababa de recibir, confesó que aquel canalla de perro representaba una farsa. A la postre, Lindo, muy sarnoso, convirtiése en un ambulante albergue de pulgas; fué menester ahogarlo, y mi padre lo consintió sin la objeción más mínima. Los hombres sacrifican sus favoritos de cuatro patas con la misma indiferencia que los príncipes lo hacen con sus favoritos de dos piés.

De aquella campaña de Flandes databa también la desenfrenada pasión de que estaba poseído mi padre

por la carrera militar; ó más bien, lo que ante todo le gustaba era jugar á los soldados, aquella existencia alegre y ociosa, en que el relumbrón y los trapos de escarlata ocultan el vacío interior y en que la vanidad embriagada puede darse aires de valentía, tenía para él un supremo atractivo.

En su cortejo de hidalguetes no había militares de formalidad, ni verdadero amor á la gloria; de heroísmo no hablemos. La ostentación, el ruidoso zangoloteo del sable y el uniforme ceñido, tan favorecedor para los guapos mozos, le parecían el asunto principal.

Por eso fué una gran fortuna la de mi padre cuando en Dusseldorf se organizó la guardia nacional, y en su calidad de oficial, pudo vestir un bonito uniforme azul oscuro con vueltas de terciopelo azul celeste y desfilar por delante de casa á la cabeza de su columna. Saludó con la más exquisita cortesía á mi ruborizada madre, puesta de codos en la ventana; el marcial plumero de su tricornio ondulaba al viento, y sus charreteras centelleaban alegres á la luz del sol.

Aún era más venturoso mi padre cuando le tocaba el turno de entrar de guardia como jefe de parada y de velar por el orden público de la ciudad. Esos días rociábase la guardia con vino puro de Rudesheimer

y de Assmanshœuser de los mejores años, todo á expensas del comandante: sus guardias nacionales no se cansaban de elogiar su liberalidad.

Así, pues, gozaba mi padre entre ellos de una popularidad no menos grande que el entusiasmo con que la veterana guardia aclamaba al emperador Napoleón. Verdad es que éste sabía embriagar á sus gentes de otra manera. Los guardias de mi padre no carecían de cierta bravura, sobre todo cuando se trataba de tomar por asalto una batería de botellas, de golletes del más grueso calibre. Pero su heroísmo era de otra especie que el de la antigua guardia imperial. Esta moría sin rendirse, al paso que los guardias de mi padre no morían, pero á menudo se quedaban rendidos.

Las noches que daba guardia mi padre, parecía estar poco seguro el orden público en la ciudad de Dusseldorf. Cierto es que cuidaba de enviar patrullas que recorrían diferentes barrios de la ciudad, cantando y haciendo resonar sus armas. Un día sucedió que se encontraron dos de esas patrullas y quisieron detenerse una á otra, entre la oscuridad, por embriaguez y escándalo nocturno. Por fortuna mis compatriotas son gente inofensiva y de jovial humor, la borrachera los vuelve mansos, «tienen buen

vino»; no acaeció ninguna desgracia; cada patrulla rindióse á la otra, á discreción.

Una ilimitada alegría de vivir: tal era el rasgo principal del carácter de mi padre. Avido de goces y predispuesto al buen humor, todo lo veía de color de rosa. En su alma había una fiesta perpetua; y si á veces no era muy ruidosa la música de baile, por lo menos los violines permanecían siempre acordados. Su cielo azul brillaba sin nubes, y en él resonaban las tocatas de la frivolidad. Su insustancialidad le hacía olvidar la víspera y le impedía preocuparse del mañana.

Ese natural contrastaba de la manera más asombrosa con la gravedad difundida en su rostro impassible, y que se revelaba en su actitud y en cada uno de sus gestos. El que no le conociese y viera por primera vez aquella cabeza seria y empolvada, aquel talante de importancia, habría creído estar en presencia de uno de los siete sabios de Grecia. Pero, conforme se le iba conociendo mejor, advertíase que no era ningún Thales ni Lampsaco meditando problemas cosmogónicos. Sin embargo, aquella gravedad no era ficticia; pero recordaba esos bajo-relieves antiguos en que un niño travieso se tapa la carita con una gran máscara trágica.

Y verdaderamente, era un niño

grande. Su candor pueril hubiera con facilidad podido conceptuarse como pobreza de espíritu á los ojos de los chabacanos aficionados á la razón racionante; pero, con frecuencia, alguna observación profunda delataba en él las más notables facultades intuitivas.

Con sus antenas espirituales husmeaba lo que los hábiles no conciben sino lentamente y con ayuda de la reflexión. Pensaba más con el corazón que con la cabeza, y tenía el corazón más amable que se pueda imaginar. La sonrisa que á veces vagaba en torno de sus labios, y que contrastaba de un modo tan atractivo y tan gracioso con la gravedad que he descrito, esa sonrisa era el dulce reflejo de la bondad de su alma.

También su voz, aunque de timbre masculino, tenía algo de infantil: recordaba ciertos ruidos de la selva, como el canto de un pitirrojo. Iba derecha al corazón, cual si no tuviese que dar el rodeo del oído.

Hablaba en el dialecto de Hannover, donde, lo mismo que en la comarca que se extiende al Sur de esa capital, es donde mejor pronuncian el alemán. Esto fué una gran ventaja para mí, que, desde la infancia, y merced á mi padre, pude habituarme de tal suerte mi oído á una buena pronunciación alemana; los

habitantes de nuestra ciudad hablan esa mala jerga del bajo Rhin, todavía tolerable en Dusseldorf, pero que en nuestros vecinos de Colonia llega á ser verdaderamente repugnante. Colonia es la Toscana de una mala pronunciación clásica del alemán: ese dialecto tiene la sonoridad hueca y casi el olor de los huevos podridos.

En la lengua de los habitantes de Dusseldorf se advierte ya una transición hacia el canto de rana de las marismas de Holanda. Dios me libre de negar al idioma holandés las bellezas que tenga; sólo confieso que mi oído es incapaz de juzgarlas. Quizá sea exacto que nuestra propia lengua alemana no sea más que holandés corrompido, como lo han afirmado patrióticos lingüistas en los Países Bajos. Es posible.

Eso me trae á la memoria la afirmación de un zoólogo cosmopolita, quien declara que el mono es el antepasado de la especie humana; según él, los hombres no son más que monos civilizados, ó más bien, depravados por el exceso de civilización. Si los monos pudiesen hablar, verosímilmente dirían que los hombres no son más que monos degenerados, que la humanidad no es más que monería corrupta, como, según la opinión de los holandeses, la lengua alemana no es más que holandés corrompido.

Y digo «si los monos pudiesen hablar», aun cuando no estoy convencido de su ineptitud para el lenguaje. Los negros del Senegal afirman y sostienen ante y contra todos, que los monos son hombres análogos en absoluto á nosotros, pero, sin embargo, más listos, en el sentido de que se abstienen de hablar por miedo á que los tengan por hombres y les obliguen á trabajar como tales: sus monadas no son sino pura estratagema, gracias á la cual los soberanos de la tierra los consideran como no expotables, cual nosotros los súbditos lo somos.

Tal renuncio á toda vanidad por parte de esos hombres que guardan un mudo incógnito y se mofan quizá bajo cuerda de nuestra candidez, me induce á formarme de ellos ventajosisima idea. Permanecen libres en sus bosques, jamás abandonan el estado natural. Pudieran afirmar, con razón, que el hombre es un mono degenerado.

Quizá nuestros antecesores del siglo xviii sospecharon ya algo semejante; y como presentían por instinto que nuestro exceso de urbana civilización no es más que una podredumbre recubierta por una capa de barniz, y cuán necesario sería volver á la naturaleza, trataron de acercarse á nuestro tipo originario, al mono natural. Con ese fin hicieron cuanto podían hacer;

cuando, para ser monos de piés á cabeza, no les faltó más que la cola, llenaron esa laguna trenzándose los cabellos en forma de coleta en el cogote. Aquella moda era claro síntoma de una formal exigencia, y no una fruslería de la frivolidad... Mas en vano trato de apagar, con el ruido de las campanillas de mi muñeco de loco, la tristeza que se apodera de mí cada vez que pienso en mi difunto padre.

De todos los hombres, es aquel á quien más he querido en la tierra. Más de veinticinco años hace que ha muerto. Nunca pensé que llegaría el día de perderle, y aún hoy apenas puedo creer que realmente le perdí. ¡Es tan difícil convencer-nos de que han muerto los seres á los cuales hemos amado con tanta ternura! Y es que, en efecto, no mueren: continúan viviendo dentro de nosotros, habitan en nuestra alma.

Desde ese tiempo no ha pasado noche sin que sueñe con mi difunto padre, y cuando me despierto por la mañana paréceme á menudo oír el sonido de su voz como el eco de un ensueño. A veces me figuro que necesito vestirme á escape y bajar á toda prisa á ver á mi padre en el gran salón, como cuando era niño.

Mi padre tenía la costumbre de levantarse siempre muy de mañana, en verano y en invierno, y

ocuparse en sus negocios; por lo común le encontraba ya delante de su mesa de trabajo, y sin alzar la vista me tendía la mano para que la besase.

Una hermosa mano delicadamente modelada, verdaderamente patricia, que se lavaba con pasta de almendras. Aún la veo ante mí; aún veo cada venilla azul que serpenteaba sobre aquella mano marmórea, deslumbrante de blancura. Aún me parece sentir el intenso perfume de la almendra, y mis ojos se humedecen de lágrimas.

A veces no concluía todo en un simple besamanos, sino que mi padre me ponía entre sus rodillas y me besaba en la frente.

Una me besó con una ternura inusitada, y dijo:

—Esta noche he tenido un grato ensueño acerca de ti, y estoy contento, mi querido Harry.

Mientras pronunciaba estas ingenuas palabras, flotaba en sus labios una sonrisa que parecía decir: «Aunque Harry se empeñe en conducirse mal en realidad, á fin de amarle sin reserva, no por eso dejaré siempre de soñar algo hermoso acerca de él.»

V

Harry es entre los ingleses el nombre familiar de los que se llaman

Enrique, y corresponde por completo á mi nombre de bautismo alemán «Heinrich». Las denominaciones familiares de Enrique que se emplean en el dialecto de mi país son en extremo desagradables al oído, casi burlescas, como por ejemplo: Heinz, Heinzchen, Hinz. También se llaman Heinzchen los monitos domesticados; el «gato con botas» en el teatro de muñecos, y en general el «gato no capón» en la fábula popular, se llaman Hinz. Mi padre anglicó mi nombre, no por librarme de esos inconvenientes, sino en obsequio de uno de sus mejores amigos de Inglaterra. Mister Harry era su corresponsal en Liverpool. Conocía las mejores fábricas de *velveeten*, un artículo de novedad que estimaba mucho mi padre, más por ambición que por interés, pues aun cuando sostenía que ganaba mucho dinero con ese artículo, no por eso dejaba de ser muy problemático; y hasta hubiese puesto dinero de su bolsillo, con tal de poder sacar á la venta *velveetens* de mejor calidad y en mayor cantidad que sus competidores. A decir verdad, mi padre no tenía el espíritu calculista del mercader, por más que siempre estaba ocupado en echar cuentas; y el comercio era para él más bien un juego, como los niños juegan á los soldados ó á comiditas.

Para hablar con exactitud debo decir que era un hombre siempre atareado, más bien que un hombre activo. El *velveeten* le servía de muñeca predilecta; y era feliz cuando descargaban los grandes camiones y al primer desempaqueamiento llenaban el vestíbulo todos los comerciantes judíos de los contornos. Estos últimos eran sus mejores clientes; no sólo compraban su *velveeten*, sino que sabían apreciarlo.

Como quizá, caro lector, ignores lo que es el *velveeten*, me permito explicarte que esa palabra inglesa significa «semejante al terciopelo»: llámase así una especie de veludillo ó pana de algodón, con que se hacen muy bonitos pantalones, chalecos y hasta sayos. Esa tela lleva también el nombre de *Manchester*, por la ciudad donde primero se fabricó.

Como el amigo de mi padre que entendía mucho de comprar *velveeten*, llevaba el nombre de Harry, dióseme también á mí; y parientes, vecinos y amigos de la familia me llamaron Harry.

Es hoy, y todavía me gusta oirme llamar así, aunque ese nombre me causó muchos pesares, quizá la desazón más dolorosa de mi juventud. Sólo hoy, extraño al mundo de los vivos, y después de haber dejado extinguirse en mi alma toda vanidad mundanal, puedo hablar de ello sin trabas.

Aquí, en Francia, tan pronto como llegué á París, tradujeron mi nombre alemán de Heinrich por el de Henri; ha sido preciso conformarme con él, y yo mismo he tomado ese nombre, porque la palabra Heinrich no suena bien á los oídos franceses, y los franceses disponen á sus anchas todas las cosas del mundo. Tampoco han sabido pronunciar de un modo conveniente el nombre y apellido de Henri Heine, y la mayoría me llaman M. Enri Enn; muchos reúnen las dos palabras formando una sola y dicen Enrienne; algunos me llamaron *el Sr. Un rien* (1).

Esto me perjudica mucho desde más de un punto de vista literario, pero también obtengo de ello algunas ventajas. Así, entre mis nobles compatriotas que vienen á París, más de uno me difamaría con mucho gusto; pero como dan siempre á mi nombre pronunciación alemana, no se pueden imaginar los franceses que el perverso, el emponzoñador de los manantiales de la inocencia, aquél sobre quien se han vertido tantas injurias, es nada menos que su amigo M. Enrienne, y esas nobles almas alemanas han soltado en vano las bridas de su celo por la virtud; los franceses ignoran que se trata de mí, y la virtud

transrhiniana ha disparado en vano todas las flechas de la calumnia.

Pero, según he dicho, experimentamos una especie de malestar cuando oímos pronunciar mal nuestro nombre. Hay gentes que en tales casos manifiestan una gran susceptibilidad. Un día me dí el gusto de preguntar al viejo Cherubini si era cierto que el emperador Napoleón pronunciaba su nombre Cherubini y no Querubini, aun cuando el Emperador conocía lo suficiente el italiano para saber en qué casos la *ch* italiana debe pronunciarse como *q*. Al oír esta pregunta, el viejo maestro dejó estallar su cólera de una manera enteramente cómica. «Jamás he experimentado yo nada parecido.»

Heinrich, Harry, Henri: todos estos nombres suenan lo mismo de bien, si resbalan sobre hermosos labios. Pero, ¿hay nada más armonioso que signor Enrico? Así me llamaba durante esas noches de estío, claras y azules, bordadas de grandes estrellas de plata, en ese noble y desgraciado país, patria de la belleza, que ha producido á Rafael Sanzio de Urbino, Joaquín Rosini y la princesa Cristina de Belgiojoso.

Mi estado corporal me arrebató todas las esperanzas de volver á vivir en la sociedad con los hombres, y ya ni aun existe para mí; por eso

(1) *El Sr. Un Nada, ó el Sr. Nadie.*

me he desatado los lazos de aquella vanidad personal que aflige á cualquiera que haya de presentarse en eso que se llama sociedad.

Por lo mismo puedo hablar ahora con completa libertad de espíritu sobre la fatalidad unida á mi nombre de Harry. Este nombre abrevó de amargura y emponzoñó los años más hermosos de la primavera de mi vida.

He aquí en qué circunstancias.

Habitaba en mi ciudad natal un hombre llamado Miguel el trapero, porque todas las mañanas recorría las calles de la ciudad con un carrito tirado por un asno, y se detenía delante de cada casa, donde las criadas habían amontonado con limpieza las basuras; las recogía y transportaba fuera de la ciudad, al campo destinado á recibir todos esos residuos. El hombre asemejábase á su oficio, y el asno á su dueño: la bestia se detenía delante de las casas ó arrancaba al trote, según la modulación que tomaba la voz de Miguel al gritarle la palabra «¡Haaruh!»

¿Era el verdadero nombre del asno, ó tan sólo un grito habitual? No lo sé; pero es lo cierto que la semejanza de esa palabra con mi nombre de Harry me ha causado infinitos sufrimientos. Para escarnecerme, mis camaradas de escuela y los chicos del barrio, al lla-

marme, imitaban el grito que el trapero Miguel dirigía á su burro, y si me encolerizaba, los jóvenes bellacos ponían á veces una cara de absoluta inocencia; me rogaban que les enseñase cómo era preciso pronunciar mi nombre y el del pollino para evitar aquella confusión. Pero mostrábanse rebeldes á mis lecciones, y afirmaban que Miguel hacía mucho más larga la primera sílaba, al paso que dejaba siempre escapar la segunda con la rapidez de un gatillo: otras veces ocurría lo contrario, y el grito retumbaba de nuevo igual enteramente á mi propio nombre. Esos granujillas se complacían en confundir la pronunciación de la manera más absurda; eran unos quidprocuos insensatos; todos se reían de ellos, pero yo lloraba.

Cuando me quejé á mi madre, me recomendó que tratase de instruirme y de llegar á ser un hombre inteligente, y entonces ya no me confundirían nunca con un borrico.

Mi homónimo con el miserable animal de las largas orejas continuó siendo mi pesadilla. Los grandes pasaban por delante de mí y me saludaban con un «¡Haaruh!»; los pequeños me enviaban la misma salutación, pero desde cierta distancia. En la escuela se explotaba el mismo tema con una crueldad refinada; cada vez que se trataba de un asno cualquiera, todos guiña-

ban los ojos hacia mi lado, y yo me ruborizaba siempre. Es increíble cómo saben los escolares recoger por todas partes ó inventar las alusiones malignas.

Así, uno preguntaba á otro: ¿qué diferencia hay entre la zebra y la burra de Balaam, hijo de Boer?

Y respondían: «La una habla zebre y la otra habla hebreo.»

Luego proponían esta cuestión: «¿Qué diferencia hay entre el asno del trapero Miguel y su homónimo?» A lo cual contestaban impertinentemente: «Si hay alguna diferencia, nosotros no la conocemos.»

Entonces quería yo repartir sopapos, pero me sosegaban; y mi amigo Dietrich, tan hábil para pintar las más hermosas miniaturas de santos, y que de esta suerte llegó á ser más tarde un pintor célebre, trató un día de consolarme en tal ocasión, prometiéndome una de sus imágenes. Pintó para mí un San Miguel, pero el bribón se había burlado indignamente de mí. El arcángel tenía las facciones del traperero Miguel, su cabalgadura se asemejaba al asno y, en lugar del dragón, su lanza atravesaba el putrefacto costado de un gato muerto.

Hasta el rubio Franz, dulce como una niña y á quien tanto quería yo, me hizo traición un día: me estrechó en sus brazos, apoyó tierna-

mente su mejilla en la mía, permaneció largo rato en esta actitud sentimental y... me gritó de pronto dentro de la oreja un «¡Haaruh!» seguido de una carcajada. Echó á correr modulando sin cesar esa palabra ultrajante, cuyo eco me repercutían las galerías del claustro.

Aún fui tratado más brutalmente por algunos pilluelos de la más baja estofa, á quienes denominábamos en Dusseldorf «Halutes», palabra que los cazadores de etimologías no dejarán de hacer derivar de los ilotas espartanos.

El pequeño Jupp, es decir José, era uno de esos *halutes*; quiero añadir á su nombre su apellido paterno de Flader, por miedo de que se le confunda con Jupp Roersch, niño muy amable de la vecindad y que es ahora empleado de Correos en Bonn, según he sabido por casualidad.

Jupp Flader llevaba siempre una caña de pescar, con la cual me pegaba al encontrarme. También me tiraba á la cabeza cájajones de caballo recogidos en la calle, y nunca dejaba de lanzar en todos los tonos el grito fatal de «¡Haaruh!»

Ese tuno redomado era nieto de la vieja Flader, una de las clientes de mi padre. Era tan malo como buena su pobre abuela, imagen viviente de la pobreza y de la miseria, no repulsiva sino nada más

que desgarradora. Su edad pasaba de los ochenta años; producía el efecto de un gran esqueleto, la piel de su rostro se asemejaba á pergamino blanco, la pesadumbre anegaba en lágrimas sus ojos pálidos, su voz dulce y quejumbrosa expiraba como un estertor agónico, y mendigaba absolutamente sin frases, lo cual es horrible de oír. Mi padre le daba siempre una silla, cuando iba en busca de su mensualidad, los días en que reunía en casa á los pobres para distribuirles las limosnas de la ciudad.

De esas asambleas de mendigos, presididas por mi padre, sólo recuerdo las que se celebraban en invierno á primera hora, cuando aún oscurecía. Mi padre estaba sentado delante de una gran mesa cubierta de diferentes cartuchos de monedas; en vez de los candelabros de plata y las velas que habitualmente usaba, pero de que no quería hacer gala ante los pobres (¡ tanta era la delicadeza de su corazón!), poníanse aquellos días en la mesa dos candeleros de cobre y velas de sebo; la roja llama del pávilo grueso y negruzco arrojaba tristes fulgores sobre aquellas gentes reunidas allí.

Esos pobres diablos, de todas edades, formaban cola hasta la antecámara. Uno en pos de otro iban á recibir su cartucho; algunos reci-

bían dos, el más grande la limosna privada de mi padre, el más pequeño el dinero de la caja de los pobres.

Yo estaba sentado en una silla alta junto á mi padre, y le alargaba los cartuchos de moneda. Mi padre quería que aprendiese cómo se da, y en esta materia no había mejor maestro.

Muchos hombres tienen buen corazón, pero no saben dar, y se necesita que pase largo tiempo antes de que la voluntad del corazón ande su camino hasta el bolsillo; entre el buen deseo y la ejecución transcurre el tiempo con la lentitud de un patache. Entre el corazón de mi padre y su bolsillo había como un ferrocarril organizado. Claro es que las acciones de ese camino de hierro no le enriquecieron. Han sido más fructíferas las acciones del Norte ó del Lyon.

VI

La mayor parte de la clientela de mi padre se componía de mujeres ancianas, y más tarde, hasta cuando sus negocios comenzaban á no ser brillantes, conservó sus clientes de más edad, á las cuales pagaba pequeñas pensiones. Espiaban ellas por todas partes el camino por don-

de tenía que pasar, y hallaba así en aquellas ancianas secretos guardias de corps, como en otros tiempos el difunto Robespierre.

Entre aquella guardia canosa había algunas cortesanas que corrían tras él, no por miseria, sino porque su persona, su aspecto amable y siempre gracioso, les causaba un verdadero placer.

Era la urbanidad en persona, no sólo con las mujeres jóvenes, sino también con las demás; y las viejas, tan crueles cuando se las ofende, son la gente más agradecida cuando se les manifiesta alguna atención y se les hace algún agasajo; quien quiera ser pagado en lisonjas encuentra en ellas personas que no las regatean, mientras que las desdeñosas jóvenes apenas responden con un ademán de cabeza á toda nuestra diligencia por ellas.

Como los hombres guapos, cuya especialidad consiste en ser buenos mozos, no pueden pasarse sin lisonjas, y les es indiferente que el incienso provenga de unos labios de rosa ó de una boca marchita, con tal nada más de que salga con fuerza y en abundancia, concíbese que mi padre, sin haber exactamente especulado sobre este punto, hiciera, sin embargo, buenos negocios en sus relaciones con las viejas damas.

No se puede imaginar cuán gran-

de era á menudo la dosis de incienso que empleaban en incensarle, ni la enorme cantidad de él que podía resistir. Esto era efecto de su feliz temperamento, en manera alguna de su candidez. Sabía muy bien que le adulaban, pero sabía también que, como el azúcar, la adulación lisonjea siempre gratamente al paladar, y se asemejaba al niño que dijo á su madre: «Acaríciame un poco, aunque sea un poco demasiado».

Las relaciones de mi padre con las mujeres que he dicho, tenían una razón más formal. Era su consejero, y (¡cosa notable!) él, que se aconsejaba tan mal á sí mismo, poseía, sin embargo, una extraordinaria ciencia de la vida cuando se trataba de dar á los demás un buen consejo en circunstancias críticas. Bastábale una ojeada para darse cuenta de la situación; y cuando una cliente desolada le había explicado cómo en su tráfico todo iba de mal en peor, resumía su parecer con una expresión que muchas veces oí salir de su boca cuando los negocios iban mal, diciendo así: «En ese caso, hay que empezar otro tonelito.» Con esto quería recomendar no obstinarse en un asunto perdido, sino comenzar algo nuevo, seguir una nueva dirección. Más vale desguazar en seguida el viejo tonel de donde sale gota á gota un vino agrio, y «empezar otro toneli-

to». Pero en vez de esto hay quien se tumba perezosamente con la boca abierta debajo de la canilla seca, esperando que vaya á salir en abundancia un brevaje más dulce.

Cuando la vieja Juana se quejó ante mi padre de que disminuían sus parroquianas, que no tenía nada donde hincar el diente y (lo que aún le era más sensible) nada con que llenar el vaso, dióla un *thaler* y se puso á reflexionar después. La vieja Juana había sido en otros tiempos una comadrona de las más distinguidas, pero al avanzar en edad se dió ligeramente á la bebida y comenzó á tomar rapé con exceso, por lo cual fué despedida en todas partes.

Después de haber reflexionado maduramente, mi padre dijo al fin:

—Bueno. Hay que empezar otro tonelito, y esta vez es preciso que sea un tonel de aguardiente; aconsejo á V. que abra un despacho de licores, un puesto de *schnick* en una de las buenas calles del puerto frecuentadas por los marineros.

La ex-comadrona siguió este consejo, puso un tenducho de *schnick* en el puerto, hizo buenos negocios y de seguro que hubiese ganado una fortuna si, por desgracia, no hubiera sido ella misma su mejor parroquiano. También vendía tabaco, y con frecuencia veíala yo de pié en el quicio de su puerta, con la nariz

roja y henchida de rapé, reclamo vivo que atraía más de un marinero lleno de sentimiento.

Entre las buenas cualidades de mi padre, la más notable era su gran urbanidad, que como hombre bien nacido empleaba lo mismo con los pobres que con los ricos. Llamábame esto la atención, sobre todo en las sesiones de caridad de que he hablado: al entregar á los pobres su correspondiente cartucho de monedas, siempre les decía algunas palabras corteses.

Aquella finura de mi padre podía servirme de ejemplo, así como á esos célebres bienhechores que tiran la limosna contra la cabeza de los pobres y con cada *thaler* les hacen una descalabratura. A casi todas las ancianas les pedía noticias de su salud, y tenía tal costumbre de decir «tengo el honor», que empleaba también esta fórmula de cortesía al indicar la puerta á algunas viejas andariegas, cuando se manifestaban descontentas é impertinentes.

A la anciana Flader es á quien hacía más cumplidos, y siempre la ofrecía una silla. Verdad es que apenas podía tenerse de pié, y avanzaba cojeando apoyada en su muleta.

Cuando vino por última vez á ver á mi padre y á buscar el dinero del mes, estaba tan desfallecida que la

acompañaba su nieto Jupp. Este me lanzó una extraña mirada, al verme sentado ante la mesa junto á mi padre. La anciana recibió, además de su limosnita oficial, un gran cartucho del bolsillo particular de mi padre, y se deshizo en un torrente de votos, bendiciones y lágrimas.

Es horroroso ver á una abuela anciana llorar tan fuerte. Yo mismo tenía lágrimas en los ojos, y quizá lo notó la vieja. No se cansaba de ponderar mi gentileza, y dijo que iba á rezar á la Madre de Dios para que hiciese de suerte que jamás pasara yo hambre, ni me viese nunca obligado á mendigar.

Esas palabras molestaron un poco á mi padre, aunque la anciana las decía con sinceridad; había en sus miradas una expresión sepulcral, pero á la vez afectuosa y devota, y dijo á su nieto: «Jupp, anda y besa la mano al querido niño.» Jupp hizo una mueca de desagrado, pero obedeció la orden de la abuela; sentí en mi mano sus labios ardientes como la picadura de una víbora. Difícil me sería decir por qué saqué del bolsillo todos mis cuartos y se los dí á Jupp, quien con aire grosero y estúpido se puso á contarlos pieza por pieza y á la postre se los metió tranquilamente en el bolsillo...

La anciana Flader murió poco tiempo después; pero Jupp de se-

guro vive todavía, á menos de que no le hayan ahorcado. El muy gallo continuó siempre siendo el mismo. Al otro día de la escena que acabo de contar, me lo encontré en la calle. Tenía en la mano su larga caña de pescar, tan conocida por mí, y me pegó con ella de nuevo; según costumbre, me arrojó sirle de caballo y lanzó otra vez el fatal grito de «¡Haaruh!»; esto último tan ruidosamente é imitando tan bien la voz del traperero Miguel, que el asno de éste, que por casualidad estaba enganchado al carrito en una callejuela próxima, creyó oír á su dueño y lanzó un alegre rebuzno.

Conforme he dicho, poco después murió la abuela de Jupp; pasaba por hechicera, mas con seguridad que no lo era, aun cuando nuestra Zippel sostenía lo contrario contra viento y marea.

Zippel era el nombre de una mujer, bastante joven aún, que se llamaba Sibila; fué mi primera niñera, y después se quedó al servicio nuestro. Hallábase por azar en la estancia la madrugada de la escena en que la vieja Flader me prodigó tantos elogios, admirando mi belleza de niño. Cuando Zippel oyó sus palabras, recordó la añeja superstición popular, según la cual es nocivo para los niños ser loados de tal suerte; caen enfermos ó les sucede alguna desgracia. Para apartar el

mal de que me creía amenazado, recurrió al medio que la misma superstición popular recomienda como infalible, y que consiste en escupir tres veces al niño cuyo elogio haya hecho la bruja. Así, pues, lanzóse de un brinco hasta donde yo estaba, y con viveza me escupió tres veces en la cabeza.

Pero esos escupitajos no eran más que provisionales, pues, al decir de los iniciados, cuando el peligroso elogio es obra de una hechicera, el funesto encantamiento no puede romperse sino por otra hechicera. Zippel fué el mismo día en busca de una mujer á quien conocía como tal y que, gracias á su arte oculto y prohibido, habíale prestado varios servicios, según supe más tarde. Aquella bruja, con su pulgar mojado de saliva, me hizo signos cabalísticos en un lugar de la cabeza, donde me cortó antes algunos cabellos; tocó también otras partes del cuerpo, mascullando toda suerte de insanas abracadabrantas; y así quizá fué como desde muy temprano fuí ordenado sacerdote del diablo.

En todo caso, aquella mujer, con quien conservé las relaciones desde entonces, me inició más tarde en los secretos de su arte, cuando ya era yo mayor. Es cierto, sí, que no me he vuelto hechicero; mas aprendí cómo se hechiza y, en particu-

lar, sé discernir los falsos sortilegios.

Denominaban á la mujer de quien hablo «la Maestra», y también «la Gœchinn», porque nació en Goch, donde había residido su difunto marido, que ejercía la vilipendiada profesión de verdugo; de allí se dirigía á todas partes donde le llamaban para cumplir con su ministerio. Sabíase que dejó á su viuda diferentes recetas y específicos secretos, y ella se las apañaba para explotar esos públicos rumores.

Los vendedores de cerveza eran sus mejores abonados, á quienes vendía los dedos de muerto que le dejó en herencia su marido; pretendía que los dedos de un ladrón ahorcado sirven para dar buen gusto á la cerveza dentro del tonel y aumentar el contenido de éste. En efecto: cuando se ata el dedo de un ahorcado, sobre todo de un ahorcado inocente, á un hilo suspenso en el interior del tonel, no sólo da esto mejor sabor á la cerveza, sino que de él puede sacarse doble, cuádruple de la que contenga un tonel de igual cabida. Los detallistas de cerveza extraños á toda superstición, emplean, por lo común, un medio más racional para aumentar la cerveza, pero es á expensas de su pureza.

La Maestra tenía también una numerosa clientela de jóvenes de

tierno corazón ; proporcionaba filtros amorosos. En su charlatanesco furor de latinidad , para dar al latín una sonoridad todavía más latina, llamaba á ese bebedizo un *philtrarium*, al hombre que ofrecía la copa á su amada el *philtrarius*, y á la dama la *philtrariata*.

Sucedía á veces que faltaba el efecto del *philtrarium*, ó producía uno opuesto enteramente. Así, un mancebo persuadió cierto día á la hermosa que le desdeñaba, á que bebiese con él una botella de vino; sin que lo advirtiese ella, vertió en su vaso un *philtrarium*; mas en cuanto ésta hubo acabado de beber, notó él un extraño cambio en su *philtrariata* (1).

La Maestra salvó su reputación de bruja, afirmando que había comprendido mal al infeliz *philtrarius*, y que había creído que éste aspiraba á curarse de su amor.

Mejores que sus filtros eran las recomendaciones con que la Maestra los acompañaba. Aconsejaba llevar siempre oro en el bolsillo, diciendo que el oro era muy saludable y que, sobre todo, daba buena suerte á los enamorados. ¿Quién no recuerda, á este propósito, las palabras del honrado Yago en *Otelo*:

«Meted dinero en vuestra escarcela?»

Nuestra Zippel conocía íntimamente á aquella gran Maestra, y aun cuando ya no la compraba filtros de amor, recurrió á sus artes para vengarse de una rival afortunada que se había casado con su antiguo galán.

Yo también cultivaba las relaciones con la hechicera: diez y seis años de edad podría yo tener cuando frecuentaba asiduamente su casa, atraído por un sortilegio más potente que todos sus *philtraria* y su pretencioso latín. Porque tenía consigo una sobrina, también apenas de diez y seis años de edad; pero como había crecido de pronto mucho, su esbelto talle hacía aparecer de bastantes más años. Aquel rápido crecimiento era también causa de su extremada delgadez. Tenía ese talle fino que notamos en las cuarteronas de las Indias Occidentales; y como no llevaba corsé ni sayas á docenas, su vestido, pegado al cuerpo, remedaba el ropaje mojado de una estatua. Ninguna estatua de mármol podía rivalizar con ella en cuanto á belleza, porque era la vida misma, y cada uno de sus movimientos revelaba los ritmos de su cuerpo, y hasta pudiera decir que la música de su alma. Ninguna de las hijas de Niobe tenía un perfil más noble; el color de su tez y de

(1) En el manuscrito original sigue una escena cómica muy picante, que no reproduce la edición alemana del Dr. Engel.

toda su piel era de una blancura un poco tornasolada. Sus grandes ojos, muy oscuros, parecían proponer un enigma, cuya solución aguardaban con paciencia; al paso que su boca, con sus delgados labios levantados por los ángulos, y con los dientes un poco largos y blancos como la creta, parecía decir: «Eres torpe en demasía, y buscarás en vano.»

Su cabellera, completamente roja, roja como la sangre, le caía en largos rizos hasta más abajo de los hombros. Podría atarse los hermosos cabellos por debajo de la barba. Eso le daba el aspecto de una decapitada, cuya sangre corriera á torrentes.

La voz de Josefa, ó de *Sefchen la Roja*, otro nombre que daban á la sobrina de la hechicera, no tenía un timbre muy agradable, á veces hasta era velada y como extinta; pero bruscamente, á impulsos de la pasión, resonaba con una sonoridad metálica, que me chocaba, sobre todo por la circunstancia de que esta voz tenía una gran semejanza con la mía.

Cuando hablaba ella, asustábame á veces y me parecía oirme á mí mismo hablar; su canto también me recordaba ensueños en que me oía yo á mí propio cantar de idéntica manera y en igual tono.

Sabía muchos antiguos cantos populares, y quizá fué ella quien

hizo nacer en mi espíritu el sentido de este género de poesía. Sin duda alguna ejerció la más grande influencia sobre el poeta que surgía en mí. Mis primeras poesías, los *Nocturnos*, que escribí poco después, tienen un colorido lúgubre y cruel, como aquellas relaciones que en otro tiempo arrojaron su sombra sangrienta sobre mi joven vida y mi pensamiento joven.

Entre sus canciones, Josefa cantaba un *lied* popular; nuestra criada Zippel, que se lo había enseñado, me lo cantaba á menudo en mi infancia. Dos estrofas se han grabado en mi memoria; quiero transcribirlas aquí, pues no se encuentran en ninguna colección de este género. Helas aquí. Primero habla el perverso Tragig:

Cara Otilia, Otilia mía,
No serás la postrimera.
Di si quieres que te cuelguen
Del gran árbol de la selva;
O si quieres tú nadar
En el lago que azulea;
O si quieres dar un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, me diera.

A lo cual responde Otilia:

Yo no quiero que me cuelguen
Del gran árbol de la selva;
Tampoco quiero nadar
En el lago que azulea;
Más me gusta darle un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, te diera.

Un día que *Sefchen la Roja* acababa de cantar esta última estrofa, me conmoví al ver su agitación, y á mí mismo me invadió tal trastorno, que repentinamente me anegué en lágrimas; caímos en brazos uno del otro sollozando, y permanecimos así cerca de una hora, sin decir ni una palabra; corrían de nuestros ojos las lágrimas y nos mirábamos como á través de un velo húmedo.

Rogué á *Sefchen* que me escribiera esas estrofas, y lo hizo, no con tinta, sino con su sangre. De entonces acá se me ha perdido el rojo autógrafo; pero esos versos grabáronse en mi memoria con rasgos indelebles.

VII

El marido de la bruja de Goch era hermano del padre de *Sefchen*, que también ejerció la profesión de verdugo; murió prematuramente. Su mujer se llevó consigo la niña. Pero bien pronto murió también su marido; entonces fué á fijar su residencia en Dusseldorf y dejó la criatura á su abuelo, verdugo también y habitante en Westfalia.

Allá, en la «casa franca» (como llaman á la del verdugo), permaneció *Sefchen* hasta cumplir los ca-

torce años; habiendo muerto su abuelo, la hechicera de Goch recogió consigo otra vez á la huérfana, que no tenía más parientes.

A causa de la nota de infamia inherente á su familia, *Sefchen* llevó una vida solitaria desde la infancia á la adolescencia; en la granja franca de su abuelo vivía apartada de toda sociedad. De ahí su timidez, el estremecimiento de sensitiva que le causaba todo contacto extraño, su estado de ensimismamiento lleno de misterio, unido al carácter más independiente y más indómito, á la braveza más pertinaz y altiva.

¡Cosa extraña! Un día me hizo la confidencia de que hasta en sus ensueños no vivía con los hombres; no soñaba sino con bestias.

En el aislamiento de la casa del verdugo, no tenía otra ocupación más que los libros viejos de su abuelo; éste la enseñó á leer y escribir, pero era en extremo taciturno.

A veces se ausentaba con sus ayudantes varios días seguidos, y la niña se quedaba sola entonces en la casa franca, cerca del patíbulo, en medio de una comarca solitaria y montaraz. No quedaban en el edificio sino tres viejas, de cabello cano y cabeza oscilante, que hacían roncar de continuo sus tornos, tosían, andaban á la greña y bebían mucho aguardiente.

Sobre todo durante las noches de

invierno, cuando el viento sacudía por fuera los viejos robles y bajo la gran campana de la chimenea chillaban siniestramente las llamas, la pobre *Sefchen* se sentía medrosa dentro de la solitaria casa, porque entonces temíase la visita de los ladrones; no de los ladrones vivos, sino de los muertos, de los ahorcados, que bajaban de la horca y daban golpes en las vidrieras de la ventana baja, pidiendo entrar para calentarse un poco. Hacen las lamentables muecas de las gentes yertas de frío. No se les puede espantar, sino yendo al cuarto de las herramientas en busca de una espada con que amenazarles; entonces desaparecen, como un torbellino.

A veces lo que les atrae, no sólo es el fuego del hogar, sino también el deseo de recuperar los dedos que les ha robado el verdugo. Si no se echa bien el cerrojo á la puerta, se ven perseguidos hasta en la misma muerte por la inveterada afición á robar, y se llevan las sábanas de las camas y las que hay dentro de los armarios roperos. Un día, una de las viejas advirtió á tiempo el robo, y corrió tras del muerto ladrón, que dejaba flotar al viento la sábana; agarró una punta de la tela y le arrancó el botín en el momento en que acababa él de llegar á la horca y se disponía á refugiarse en lo más alto de ella.

Sólo en los días en que el abuelo de *Sefchen* se preparaba para una gran ejecución venían á visitarle sus colegas de las comarcas vecinas, y entonces se hablaba, había asados, se comía opíparamente, se vaciaban sendas botellas, pero había poca charla y ningún cantar. Bebían en copas de plata; ya que en las tabernas frecuentadas por el infame en jefe, exento, y sus exentos criados no les daban de beber sino en escudillas con tapa de madera, mientras á los demás parroquianos se les servía con escudillas con tapadera de estaño. En muchos sitios hay la costumbre de romper el vaso donde ha bebido el verdugo; nadie le habla, y todo el mundo evita el más mínimo contacto con él. Esta ignominia se extiende á toda su parentela, por lo cual las familias de los verdugos sólo se enlazan unas con otras.

Tenía ya *Sefchen* ocho años, según me contó, cuando un hermoso día de otoño presentóse un inusitado número de huéspedes en la granja de su abuelo, aunque no había ninguna ejecución próxima, ni ningún otro penoso deber profesional que cumplir. Eran más de una docena, casi todos unos hombrillos muy viejos, con las cabezas enteramente blancas ó calvas del todo; llevaban sus espadas de verdugos bajo sus largas capas rojas, é iban

vestidos como en los días de más grandes fiestas, pero con arreglo á la moda antigua. Según su propio dicho, iban á «celebrar su asamblea», y al mediodía se les sirvió á la mesa lo más exquisito que había en la cocina y en el repostero.

Eran los más viejos verdugos de las regiones más lejanas, no se habían visto en mucho tiempo, no cesaban de estrecharse las manos, hablaban poco y con frecuencia empleaban un lenguaje de signos misteriosos; se divertían á su manera, es decir, muy tristemente, ó *moult tristement*, como decía Froissart de los ingleses que banquetearon después de la batalla de Poitiers.

Cuando llegó la noche, el dueño hizo que sus criados se saliesen de la casa, dió orden á la vieja ama de gobierno para que subiese de la cueva tres docenas de botellas de su mejor vino del Rhin y las pusiese fuera sobre la mesa de piedra colocada en semicírculo delante de la gran encina; también mandó que pusieran allí los candelabros de hierro para las antorchas de resina; y al cabo, con un pretexto cualquiera, despidió de casa á la vieja y á las otras dos comadres. Hasta cuidó de tapar con una manta de caballo la abertura del tabique de tablas de la perrera; el perro fué puesto á buen recaudo.

El abuelo dejó en casa á *Sefchen*

la Roja. La encargó que enjuagase con esmero la gran copa de plata donde estaban representados los dioses del mar, con sus delfines, soplando en trompas marinas, y que luego la pusiese en la misma mesa de piedra; pero en seguida añadió con aire preocupado que inmediatamente se marchara á su alcobita á acostarse. *Sefchen la Roja* enjugó con sumo cuidado la copa de Neptuno y la puso en la mesa de piedra, junto á las botellas de vino del Rhin; pero ella, impelida por la curiosidad se escondió cerca de la encina, tras de unas malezas desde donde apenas podía oír, pero si ver todo lo que pasaba.

Los extraños hombres, con el abuelo á la cabeza, avanzaron de dos en dos con solemnidad y se sentaron en tajos colocados en semicírculo en torno de la mesa de piedra, donde ardían las antorchas de resina y arrojaban espantosos reflejos sobre sus facciones duras y graves.

Largo tiempo continuaron sentados en silencio, ó, más bien, cual si murmuraran algo entre ellos: acaso recitaban preces. Después el abuelo llenó la copa de vino hasta los bordes; cada uno la vació, la llenó de nuevo y se la pasó en seguida á su vecino; después de apurar cada copa, estrechábanse las manos con efusión.

Al cabo el abuelo pronunció un discurso que Sefchen apenas pudo oír y del cual no comprendió absolutamente nada, pero que parecía tratar de asuntos muy tristes, porque por las mejillas del viejo rodaban gruesas lágrimas, y los demás viejos lloraron amargamente. ¡Espectáculo horrible! Aquellas gentes parecían tan duras y tan corroídas por el tiempo, como las grises figuras de piedra de un pórtico de catedral, y hete ahí que de esos ojos pétreos, de fijas miradas, brotaban lágrimas y que sollozaban como niños.

La luna, velada por una ligera nube en un cielo sin estrellas, derramaba sobre aquella escena tanta melancolía, que la joven que estaba en acecho sintió desgarrado su corazón. Lo que más lástima excitaba en ella era el dolor de un viejecito que lloraba más fuerte que los otros; lamentábase tan alto, que oyó ella algunas de sus palabras. Gritaba sin cesar:

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! Dura desde hace tanto tiempo la desdicha que ningún alma humana puede ya soportarla. ¡Oh Dios! Eres injusto; sí, injusto.

Sus compañeros parecían no poder calmarle sino á duras penas.

Luego se levantó de sus asientos la asamblea; se quitaron sus capas rojas, y llevando cada cual la espa-

da bajo el brazo, fueron dos á dos al pié de un árbol, donde había preparado un azadón. Con aquella azada uno de ellos cavó en breves instantes una fosa profunda. Entonces se acercó el abuelo de *Sefchen*. No se había quitado como los otros la roja capa; sacó de debajo un envoltorio blanco y estrecho, pero más largo que una vara de Brabante, liado en una sábana; lo puso con cuidado dentro del hoyo abierto, y lo cubrió de tierra con gran premura.

La pobre *Sefchen* no pudo continuar en su escondite. Al ver ese misterioso entierro erizóronsele los cabellos, y la pobre niña sufrió tal angustia, que fué á toda prisa á encerrarse en su alcobita; se ocultó bajo la manta... y se quedó dormida.

VIII

A la mañana siguiente imaginóse *Sefchen* que salía de un sueño, mas como viera el suelo recién removido detrás del árbol, que reconoció, hubo de convencerse que todo había sido muy real. Largo tiempo estuvo ansiosa por saber qué podría estar enterrado allí: ¿un niño, ó un animal, ó un tesoro? Pero no dijo á

nadie una palabra acerca del suceso nocturno; pasaron los años y el recuerdo de él ya no le quedó tan presente.

Cinco años más tarde, cuando murió su abuelo y la hechicera de Goch fué en busca de la joven para conducirla á Dusseldorf, se atrevió á abrir su pecho á su tía. Pero ésta no pareció asustarse ni extrañarse con aquella rara historia; por el contrario, manifestó una gran alegría y dijo que lo que estaba enterrado en el hoyo no era un niño, ni un gato, ni un tesoro, sino la espada del verdugo, de la cual se había servido el abuelo para cortar la cabeza á cien pobres pecadores. Porque—añadió—es uso y costumbre entre los verdugos no emplear ya una espada, con la cual han ejercido cien veces su ministerio penal, y no guardarla tampoco; tal arma no se parece á otras, pues ha recibido con el tiempo una conciencia secreta, y á la postre necesita descansar en la tumba, lo mismo que un hombre.

También es opinión muy difundida la de que estas especies de espadas, á fuerza de matar, acaban por volverse muy crueles y con frecuencia tienen sed de sangre; á veces hacia media noche se las puede oír claramente, dentro del armario donde están colgadas, agitarse con choque estridente y furibundo; al-

gunas hasta se vuelven bellacas y perversas, lo mismo que nosotros los hombres, y extravían al infeliz que las tiene en la mano hasta el punto de valerse de ellas para herir á sus mejores amigos. Así que, según dicho de la bruja de Goch, en su propia familia un hermano asesinó á otro hermano.

Pero al mismo tiempo la hechicera confesó que una de estas espadas de cien cadáveres podía realizar los más preciados sortilegios; y en cuanto llegó la noche apresuróse á desenterrar, al pié del árbol que le había indicado *Sefchen*, la espada allí sepultada; y la conservó, con otros instrumentos de hechicería en un cuarto de desahogo.

Un día que había salido la vieja, pedí á *Sefchen* que me mostrase aquella curiosidad. No se hizo de rogar largo tiempo; fué á la leonera antedicha, y casi al punto salió con una enorme espada, blandiéndola briosamente con su endeble brazo, mientras con rebelde sonrisa y talante amenazador cantaba:

Di si quieres dar un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, me diera.

Respondí en el mismo tono:

Yo no quiero dar un beso
A la espada que destella;
A quien quiero yo besar
Es *Sefchen* la roja bella.

Y como por temor de herirme con el acero fatal no pudo ponerse á la defensiva, fuéle preciso dejarme que abrazase con la mayor audacia sus delicadas caderas y besase sus labios altivos. Sí; á pesar de la espada que había servido para decapitar á cien pobres diablos, y á despecho de la infamia que se otorga á todo contacto con esta raza cargada de oprobio, besé á la linda hija del verdugo.

Y no sólo la besé por tierna inclinación, sino también por bravata contra la vieja sociedad y todas sus preocupaciones tenebrosas. Y en aquel instante se encendieron en mí las primeras llamaradas de esas dos pasiones, á las cuales consagré mi vida desde entonces en lo sucesivo: el amor á las mujeres hermosas y el amor á la Revolución francesa, á esa *furia francesa* de que también me sentí transportado en el combate con los lansquenets de la Edad Media.

No quiero dar detalles más íntimos acerca de mi pasión por Josefa. Pero sí quiero confesar que aquella pasión no fué más que el preludio de la gran tragedia que iba á representarse durante un período más avanzado de mi vida. Así fué como Romeo se enamoró primero de Rosalinda, antes de ver á su Julieta.

En amor hay un purgatorio provisional, en el que previamente es

preciso habituarse á ser asado, antes de caer en el verdadero infierno eternal.

¡Un infierno! ¿Puede hablarse tan mal del amor? Pues bien: si lo queréis así, puedo también compararlo con el cielo. Por desgracia no puede discernirse con exactitud el punto donde el amor comienza á parecerse más al cielo ó al infierno; así como se ignorará si los ángeles que en él hallamos no serán demonios enmascarados, ó si los demonios no podrían ser á veces ángeles disfrazados.

Confesémoslo: ¡qué espantosa enfermedad es el amor! ¡Ay! el método de inoculación, según ya hemos visto, no sirve nada para preservarnos de él. Médicos muy hábiles y llenos de experiencia aconsejan mudar de aires, y piensan que el alejamiento de la encantadora puede también romper el encanto. El principio de la homeopatía, según el cual la mujer nos cura de la mujer, es acaso el mejor y más probado de todos los remedios.

Por lo menos, querido lector, has debido de advertir que la inoculación del amor que intentó mi madre en mí durante mi juventud no tuvo ningún resultado favorable. Estaba escrito que yo me vería mucho más afligido que otros mortales por esta gran enfermedad, la viruela del corazón. Y mi corazón lleva sus mal

cicatrizadas huellas en tanta abundancia, que se parece á la mascarilla en yeso de Mirabeau, ó á la fachada del palacio Mazarino, después de las gloriosas jornadas de Julio, ó también á la reputación de la mayor trágica de nuestros tiempos.

¿No hay, pues, remedio ninguno contra esta enfermedad? Recientemente un psicólogo pensaba que podría dominarse el mal si, desde el comienzo de la erupción, se emplearan algunos remedios adecuados. Esta prescripción facultativa me recuerda el viejo libro de cándida piedad, que contenía oraciones para preservarse de todos los peligros de que se ve amenazado el hombre, y entre otras, una larga plegaria de muchas páginas que debe pronunciar el tejador tan pronto como se sienta acometido por el vértigo y en inminente riesgo de caerse del tejado.

Tan insensato es el aconsejar á un hombre que tiene mal de amores que huya de su amada y busque su salvación en la soledad, en el seno de la naturaleza. ¡Ay, en ese verdeante seno sólo hallará el hastío!

El mejor contraveneno de las mujeres son las mujeres mismas; no cabe duda de que eso viene á ser lo mismo que exorcisar á Satanás con Belcebú, y en tal caso el remedio muchas veces es peor que la enfermedad. Pero siempre hay una po-

sibilidad de acierto; y, en las circunstancias desesperadas del amor, el cambio de *inamorata* es de seguro lo más oportuno que hay. En ese caso hubiera podido mi padre decir también con razón: «Es preciso empezar otro tonelito.»

Volvamos á mi padre, á quien una buena alma de vieja devota había denunciado mis frecuentes visitas á la casa de la hechicera de Goch, y mi inclinación por *Sefchen la Roja*. Esas denuncias no dieron más resultado que suministrar á mi padre una ocasión para demostrar su urbanidad exquisita. Algún tiempo después me dijo *Sefchen* que había encontrado en paseo á un personaje muy distinguido, con la cabellera empolvada, en compañía de otra persona; ésta murmuró algunas palabras al oído del hombre empolvado, quien contempló con aire amable á *Sefchen* y al pasar junto á ella la saludó.

La supliqué me dijese con exactitud las señas personales de quien la había saludado, y descubrí que era mi caro buen padre.

No mostró la misma indulgencia cuando alguien hubo de contarle algunas chungas irreligiosas que se me habían escapado. Acusáronme de haber negado la existencia de Dios, y mi padre me endilgó sobre ese particular la arenga más larga que nunca había pronunciado hasta

entonces. Habló en estos términos:

—Querido hijo: tu madre te permite estudiar filosofía con el rector Schallmeyer; es asunto de ella. Yo, por mi parte, no gusto de la filosofía, porque es pura superstición y soy negociante, y tengo necesidad de mi cabeza para mi comercio. Tú puedes ser tan filósofo como quieras; pero, te lo suplico, no digas abiertamente lo que piensas, pues me perjudicarías en mis negocios. Si

supieran mis clientes que tengo un hijo que no cree en Dios; los judíos, en particular, ya no comprarían más *velveetens* en mi casa, y son gentes honradas, que pagan á tocateja y tienen derecho de amar la religión. Soy tu padre, por consiguiente más viejo que tú, y por lo mismo más experimentado: puedes creerme por mi sola palabra cuando me permito decirte que el ateísmo es un gran pecado.

ENRIQUE HEINE.

ENRIQUE IBSEN

El poeta y sus obras forman un solo ser; se relacionan como la planta con la flor, como la simiente con el fruto, como la causa con el efecto. La flor no es más que la hoja, su aroma está en la savia, que recorre el tronco y las ramas. Examinando el árbol podrían deducirse las cualidades del fruto; conocido éste, no sería difícil construir el árbol. Un poema, aun el más objetivo, es siempre una manifestación subjetiva del poeta; como que el historiador cuando no refiere á sí mismo los acontecimientos, expone por lo menos su manera de ver la historia. Pero es más difícil reconstruir por un poema la personalidad de un poeta, que conocer la naturaleza por sus obras. Determinadas causas producirán siempre efectos parecidos; las fuentes de un arroyo forman necesariamente un río, que desemboca en el mar. Pero si estamos en la embocadura del río, resulta con frecuencia difícil conocer sus fuentes.

De Esquilo apenas conocemos más

que sus obras; y sin embargo, vemos con nuestra imaginación al poeta, sólo que los contornos no están bien dibujados. Otra cosa sería si conociésemos su vida, su manera de ser y de pensar, aunque sólo fuese una pequeña parte de lo que con tanta abundancia nos ha dejado Goethe de su existencia. Pocas veces alcanza una nación la dicha de conocer con tantos detalles la vida y el desarrollo de su mayor poeta. La formación de la poesía es un misterio, como la relación del padre con el hijo. El poeta, como el bañista, no se desnuda delante del público; tiene el pudor del alma. Sólo ante algunos amigos se presenta como es. En el siglo xviii, cuando todo se estudiaba, cuando sobre todo se filosofaba, se formó un sedimento profundo de memorias y de cartas, que podría compararse á una vena carbonífera inagotable. Nuestro tiempo, con su enorme actividad, con su estilo epistolar telegráfico, carece de esos fósiles inapreciables, y si los hay, no ha terminado aún el pro-

ceso geológico, la vena no está bastante cubierta de tierra para indicar la antigüedad del terreno. El que intentase aprovecharla, tropezaría con maderas frescas y verdes aún, saldría la sangre de los troncos como en el infierno de Dante.

En este caso se encuentra el que se atreve á juzgar á un poeta vivo y á penetrar en el secreto recinto de su manera de ser y de obrar. Si á esto se añade que el poeta es uno de los más originales que ha visto el mundo, que se abre paso á través de bosques vírgenes, sin preocuparse de que los que le ven y caminan á su lado por anchísimas calles le saluden riéndose de su locura, resulta la empresa tan atrevida como inútil. Pero todo enigma necesita su solución. No importa que pasemos con aparente indiferencia por su lado; el misterio nos atrae siempre á su camino. La esfinge no caerá de la enhiesta peña hasta que se encuentre la mágica palabra de su encantamiento. Ibsen no es sólo un enigma que desaparece cuando se encuentra la solución. La pregunta es esta: ¿Cómo abrimos la puerta para entrar en el edificio donde el poeta guarda su más preciado tesoro, un corazón humano, lleno de nobleza y de pasión? Si se abriese la puerta, todo su contenido aparecería claro ante nuestros ojos.

Todas las poesías que he escrito— así dijo una vez al editor de este libro (1)—se relacionan íntimamente

conmigo, con lo que ha pasado en mí, aunque no lo haya pasado yo. Todas mis poesías han tenido por objeto limpiar y purificar mi conciencia, porque nadie vive en la sociedad completamente irresponsable.

Noticias externas del poeta tenemos pocas. Lo mejor nos lo cuenta él mismo en la segunda edición de *Catilina* (1875); otros datos los debemos á algunos de sus amigos.

Enrique Ibsen nació en Skien el 20 de Marzo de 1828. Skien es una ciudad pequeña, pero de población animada y activa, situada en la parte meridional del Telemark. Está bastante lejos del mar y completamente rodeada de lagunas. El río que baña la población sirve para transportar la madera, que en gran cantidad se corta de los bosques vecinos. Innumerables barcos exportan esas maderas, y las conducen al Oeste y al Mediodía de Europa. Los vapores hacen escala en Skien y siguen después río arriba hasta el interior de Noruega.

Como ocurre con tanta frecuencia en este país, se confunden en Skien el olor salitroso del mar del Norte con el suave aroma de los bosques. Pero más fuerte que ambos es el olor de la madera aserrada, que en todas partes se ve, formando inmensas pirámides, y que constituye la riqueza de los habitantes. Estas circunstancias arrojan alguna luz sobre las poesías de Ibsen, y sobre las costumbres de la sociedad de Skien. Como en todas las ciudades pequeñas, se compone de una aristocracia de dinero y de una socie-

(1) Se refiere al editor alemán.

dad plebeya. Todos los dramas sociales de Ibsen se desarrollan en pequeñas ciudades de Noruega. No debe, sin embargo, formarse una idea falsa de estas ciudades. Viven en ellas grandes capitalistas que atraviesan el mar con sus propios barcos, y mantienen relaciones comerciales con ambos hemisferios. La política que se cultiva en estas localidades se sale por completo de los intereses de campariario.

Todavía enseñan en Skien una casa modesta de madera, en la que nació el poeta. Su padre se llamaba Knud Ibsen. Su madre, María Cornelia Altenburg, y desciende indudablemente de alemanes, que siempre han inmigrado mucho en Noruega. «En estas ciudades, dice el poeta en sus *Fundamentos de la sociedad*, sólo las familias inmigradas tienen talento social.»

No conocemos nada de la primera juventud de Ibsen, no sabemos quiénes fueron sus maestros de latín, ni los que le educaron hasta que tuvo diez y seis años. En ninguno de sus dramas nos ha dejado datos para hacer luz sobre la historia de su juventud.

Sus relaciones, después de esta edad, fueron de diversa naturaleza; su familia ocupaba un lugar medio entre la aristocracia y la clase plebeya de la ciudad. A los diez y seis años fué á Grimstad á estudiar farmacia, y allí pasó cuatro ó cinco años, en los cuales se preparó para el llamado *examen artium*, que tenía que pasar en la Universidad. Se proponía estudiar después la medicina. Tenemos un testi-

monio vivo de los últimos tiempos de su estancia en Grimstad, donde compuso su primer drama *Catilina*.

«Corrían tiempos de grande excitación, dice en el prólogo de la segunda edición de este drama; la revolución de Febrero, los acontecimientos de Hungría, y por otro lado la guerra en el Schleswig, todo esto influyó notablemente en mi obra, que después modifiqué, dejándola incompleta. Hice versos de fuego á los magiars, inspirándoles interés por la libertad y por los derechos del hombre; los animaba á combatir contra los tiranos; escribí una colección de sonetos al rey Oscar, que si mal no recuerdo, le invitaban á olvidar antiguos rencores, y á ponerse al frente de su ejército para acudir en ayuda de sus hermanos. Como mis deseos no se realizaron ni en Hungría ni en Dinamarca, siento un consuelo relativo al pensar que mis escritos quedaron en parte inéditos. Dos efectos diferentes produjeron estos trabajos; unos me felicitaron por lo que había en ellos de ingenio y por la sátira que rebosaba en algunos escritos; otros me decían que era un atrevimiento nunca visto en un joven como yo el juzgar hechos que las personas de mayor experiencia no se deciden á analizar. Mucho se habían desarrollado en mí las virtudes cívicas; yo atacaba con epigramas y caricaturas á varias personas que merecían otro comportamiento por mi parte, y cuya amistad apreciaba en mucho. Yo estaba hasta cierto punto en pié de guerra frente á la sociedad que frecuentaba, y

que me envolvía con sus pequeñeces y nimiedades.»

En estas circunstancias y mientras se preparaba el poeta, con la lectura de Salustio y de Cicerón, para los exámenes, concibió la tragedia *Catilina* y la escribió en las horas que le quedaban libres de noche. Del tiempo que necesitaba para sus estudios, robó todos los instantes que pudo para la poesía.

Dos amigos estaban en el secreto de su composición, cosa que hubiera parecido más extraña á los habitantes de Grimstad, que les parecieron sus poesías y epigramas liberales. Uno de ellos puso en limpio el drama; el otro, Ole C. Schulerud, se fué con el manuscrito á Cristianía, para ofrecérselo al teatro de aquella capital. Este viaje no dió resultado, ni otro que emprendió por Europa y Oriente. Entonces decidieron editar por su propia cuenta el drama *Catilina*. Apareció bajo el pseudónimo *Brynjolf Bjarme*. La crítica, aunque halló en la obra algunos vestigios de genio, la calificó de ruda y extravagante, y aconsejó al poeta que leyese la célebre parodia trágica de Wessel, *Amor sin medias*. Sólo el profesor Monrad escribió un largo artículo elogiando el drama.

El libro apareció á principios de 1850. En Marzo fué Ibsen á Cristianía para prepararse á su examen. Su amigo Bjornstjerne Bjornson se examinó con él y con él entró en la Universidad.

También se dedicaba, como Ibsen, á la poesía, y en aquella época publicó y representó en el teatro su drama

Tumba de gigante. Pasaron juntos los dos poetas una vida de muchos trabajos. Salían á menudo antes del medio día con el objeto de comer juntos; pero el festín no lo verificaban hasta la vuelta, y consistía en café con pan seco. Estos apuros de dinero fueron brevemente interrumpidos por la venta en un tanto alzado de los ejemplares que les quedaron de *Catilina*.

Poco después publicaron una hoja semanal, que apareció en Enero de 1851 y murió en Octubre del mismo año. Ibsen aprovechó esta ocasión para publicar varias poesías, entre otras una epopeya, *Helge Hundingsbane*, y un poema satírico político, *Norma ó el amor de un político*.

Por este tiempo le llamó Ole Bull, que acababa de fundar en Bergen el llamado teatro noruego.

El pueblo noruego es, sin duda, uno de los más originales de Europa. Dotado con más fuerza por la naturaleza que los demás pueblos germánicos, poseyendo un espíritu más enérgico, pero también un exceso de fantasía, no se mueve en la historia de un modo regular y tranquilo, sino haciendo siempre saltos enormes, seguidos después de un descanso prolongado. En la época á que nos referimos, inquieta y mueve con su política la mitad de Europa, funda reinos y protege al imperio mayor que se conocía entonces, al de Bizancio. A esta fiebre siguió un período de sueño profundo en la política y de sumisión á la influencia danesa. A esa *noche de cuatro siglos*, como dice Ibsen, puso fin en 1814 el triunfo

de las ideas liberales de Europa. Pero el cambio radical no se verificó hasta 1848, en que dejaron de dominar en Noruega la lengua y la literatura danesas. En esta época empezaron á pensar en sí mismos los noruegos. La palabra *noruego* empezó á significar algo opuesto á *danés*. El teatro estaba completamente en poder de los daneses. En Bergen y en Cristianía se crearon teatros noruegos, teniendo cuidado los autores que para ellos escribían de diferenciar bien su lengua del danés, cosa que no era tan fácil, porque las dos lenguas apenas se distinguen la una de la otra. Se proyectó sustituir con una lengua nueva el danés, y más tarde se han hecho ensayos de convertir el noruego de la gente del pueblo en lengua culta y capaz de servir para una literatura.

De todos los que intentaron realizar este trabajo ninguno obtuvo un resultado tan brillante como Ole Bull, que murió en el verano de 1880. Con tal afán luchó para esta empresa, tales obstáculos venció, que mereció de sus compatriotas el sobrenombre de *Voluntad de hierro*, y que todos le han considerado como la más perfecta personificación del pueblo noruego. El fundó el teatro en Bergen sin disponer apenas de medios; compuso overturas y canciones, y para formar una orquesta tuvo que enseñar música á varios individuos. Los actores no sabían hablar noruego, y tuvieron que aprender y ejercitar esa lengua. Tuvo que vencer la resistencia del público y la oposición de la policía; del modestísi-

mo teatro de madera de la plaza de Engen tenía que salir el teatro noruego. Perdió mucho dinero en esta empresa, y su teatro, donde podía entrar el público *sin temor de perder la salud*, se abrió el 2 de Enero de 1850, para cerrarse en la primavera del mismo año.

Para este teatro llamó Ole Bull á Henrique Ibsen, desconocido entonces, y al propio tiempo entró B. Bjornson con el mismo objeto en el teatro de Cristianía. Pero Ibsen, con el fin de prepararse para desempeñar este nuevo puesto, hizo un viaje á Copenhague, donde conoció á Heiberg y á Hertz, el poeta de *La Hija del rey René*, y fué después á Dresde, donde le relacionó con el mundo literario su compatriota el profesor Dahl.

Los trabajos de Ibsen para el teatro de Bergen comprenden la época que media entre el 1852 y el 1857. Ole Bull se había retirado ya del teatro y había emprendido su segundo viaje á América, para fundar una colonia en que gastó todo su capital.

Sólo sabemos de los escritos de Ibsen en Bergen, que todos los años se estrenaba, el 2 de Enero, un drama suyo. En 1853 dió una comedia de magia, llamada *Noche de San Juan*; en 1854, un arreglo de la mencionada *Tumba de gigante*; en 1855, *Inger de Ostrot*; en 1856, *La fiesta de Solhaug*; en 1857, *Olaf Liljekrans*.

No debe juzgársele por estas composiciones, que escribió cuando aún no se había desarrollado su genio. El 18 de Junio de 1858 se casó con Susana

Thoresen, hija del pastor de la iglesia de Bergen. La segunda mujer de su suegro es la célebre escritora Magdalena Thoresen.

Los recién casados se fueron á establecer á Cristianía, donde Ibsen había sido nombrado director artístico del teatro noruego.

Sobre su vida en la capital noruega nos ha procurado Dietrichsons, catedrático de Historia en aquella Universidad, algunos detalles. Dietrichsons empieza su relato suponiendo que, en el camino que conduce de Bergen á Cristianía, encuentra dos poetas. El que viene del lado de Poniente es Ibsen, el otro es el autor del *Synnove Solbakken*. Los dos están representando sus obras en Bergen y en Cristianía.

Desde esta época empieza entre los dos poetas una especie de competencia, cuya brillantez y elevación no ha tenido igual en ningún otro pueblo. Todo lo que había escrito Ibsen hasta entonces, exceptuando sólo el drama *Catilina*, pertenecía á la literatura común noruego-danesa. Lo mismo ocurría con las poesías de Wergland y de Welhaven, que no se diferenciaban mucho de la literatura europea. Las grandes baladas de Welhaven hubieran podido estar escritas por el poeta danés Ohlenschlager, cuya vigorosa inspiración no llegaron aquéllas á igualar. El *Synnove Solbakken* dió á la poesía noruega un carácter que la diferenció por completo de la danesa, hasta el punto de que los mismos literatos de Copenhague afirmaron que

con él empezaba la literatura noruega.

La *Synnove Solbakken* pertenece á la poesía puramente artística; su espíritu es completamente nacional. Este tono patriótico es el alma de toda poesía. Cuando falta aún en la poesía más perfecta, produce en nosotros la misma indiferencia que una oda escrita por un poeta lírico, y que no ha sido inspirada por él mismo. Homero es griego antes que nada; Sakespeare, inglés. Corneille y Racine no podrían ocupar el puesto que se les asigna si no hablase en ellos el alma del pueblo francés. Sólo sentimos lo que llevamos dentro de nosotros mismos. Sólo suena el cristal, y aun se rompe á veces, cuando se produce el tono que le es simpático. Lo propio ocurre con una nación entera. El alma de un pueblo ha de sonar en armonía con una literatura. Hay en Noruega un instrumento de música muy original, llamado hardanvioline, que apenas se diferencia del violín que conocemos. Tiene cuatro cuerdas y su sonido es el mismo que el del violín común. Pero debajo de esas cuerdas, y paralelas á ellas, hay otras más tenues, de acero, ocho ó doce, parecidas á las de una cítara. Cuando se hacen sonar las de arriba con el arco del violín, suenan también las de abajo y llenan el sonido con una armonía especial, que se sigue oyendo después de haber cesado el tono principal, algo parecido de lo que ocurre con el címbalo húngaro. Del mismo modo corresponde el alma de un pueblo con su literatura.

En mi libro *Tres veranos en Noruega* he dicho varias veces en qué consiste la característica del pueblo noruego. Los rasgos principales de su espíritu nacional pueden calificarse con las tres siguientes cualidades: fuerza, valor y silencio; es un pueblo callado y activo.

Bjornson consiguió llenar por completo este triple ideal. Puede decirse que los noruegos oyeron en él por vez primera el timbre de su propia voz. Poco después, y con el mismo éxito, publicó el mencionado poeta sus novelas *Arne*, un campesino, joven y alegre, y *El recién casado*, cuya historia, interesante y delicada, introdujo en Noruega una literatura totalmente desconocida. Pero Bjornson tiene una naturaleza demasiado lírica, y los noruegos que pinta en sus novelas toman un colorido muy subjetivo. Parece que sus composiciones siguen una evolución constante, que las lleva del dogmatismo de la Iglesia á la más completa libertad del pensamiento, y en política á la democracia.

Ibsen se había propuesto, al escribir sus dramas en Bergen, influir de un modo saludable en el teatro noruego, pero no se atrevió aún á emprender nuevos derroteros. Todos estos dramas, exceptuando *La señora Inger de Ostrot*, los abandonó por completo. No buscó tema para sus inspiraciones en la sociedad burguesa, que no conocía bastante, sino que cultivó mucho la poesía popular. En esto le había adelantado Ohlenschlager, y quizá también Henrik Hertz, que en su drama *La Casa*

de *Svend Dyring*, cambió con acierto y con éxito el tema de *El gato de Heilbronn*. Los críticos daneses defendieron que Ibsen imitase á su antecesor danés. Vasenius afirma, sin embargo, que no igualan con mucho las obras de Hertz á las de Ibsen, ni en grandeza de concepto, ni en belleza poética. La imitación existe á pesar de esto. Ibsen fué impelido por su antecesor á escribir su drama, y este impulso da á su obra el carácter de imitación. Pocos son los que empiezan con una obra completa y del todo original; estos genios se parecen á los árboles que emplean toda su fuerza en la primera floración. Lo que más contribuyó á formar á nuestro poeta, fueron los trabajos que hizo en Bergen, donde aprendió todo lo que puede llamarse la parte técnica del arte.

Sólo le faltaba publicar su *Synnove*, para dar principio á su verdadera historia artística, preparada por todas sus obras anteriores.

Los guerreros de Helgeland apareció en 1858, y la crítica lo juzgó de muy diversa manera. El teatro de Cristianía se negó á representarlo.

En este drama maneja el poeta de tal modo su argumento sobrenatural, que el lector acaba por comprender la estructura de esos espíritus gigantes. Es un tema parecido al de *Medea*, y que ha sido tratado por todos los pueblos y por todas las literaturas. La *Halte Hulda* y la *Leonarda* de Bjornsons, sólo son variaciones de este motivo eterno.

Los Pretendientes á la corona, que

apareció en 1864, fué también escrito por Ibsen en la época en que trabajaba para el teatro de Bergen, y según afirma Dietrichson, lo escribió en seis semanas. Tampoco tuvo éxito.

Mientras escribía estos dramas con el objeto inmediato de representarlos, como lo consiguió con algunos en el teatro de Bergen, apareció de pronto el juguete cómico *La Comedia del amor*; digo de pronto, porque ninguno de sus amigos se esperaba una obra de esta naturaleza, y porque en ella se marcó por primera vez el verdadero espíritu del poeta, que en adelante apareció en todos sus dramas, que cambiaban su estructura y su forma, pero nunca su carácter.

El poeta dice en el prólogo de la segunda edición (1867): «He cometido la falta de publicar este libro en Noruega. El tiempo y el lugar han sido mal elegidos por mí. Ha excitado mi drama una tempestad de indignación, más general y más extendida que la que haya podido producir ningún otro libro publicado en nuestro país. Este efecto no me sorprendió nada. El sano realismo nos lleva á contemplar en lo existente lo autorizado, en la solución del tema la idea. Esta manera de ver nos procura interiormente un inmenso bienestar, pero no presta gran claridad al concepto. Como yo trato en mi comedia de amor y de honra, es muy natural que el público proteste en el nombre de la honra y del amor. La educación y las facultades necesarias al crítico para llenar su cometido, la mayoría de nuestro público sólo las posee de un

modo incompleto. Yo no estoy en el caso de escribir en este prólogo un tratado de crítica.»

El poeta empleó tres años en escribir *La Comedia del amor*. Después de haberla terminado en prosa, la rehizo en verso.

Además de la desgraciada acogida que tuvo este drama, se reunieron algunas otras circunstancias, que probaron la paciencia y la resignación de nuestro poeta. El Parlamento y el Gobierno se opusieron á que se le señalase una pensión. Pudo concedérsele, sin embargo, una pequeña ayuda durante dos años, para que hiciese una colección de canciones populares y de leyendas.

Un acontecimiento decisivo de su vida, fué el resultado del concurso que se verificó en el teatro noruego en 1862. En él ganó Ibsen una plaza de dramaturgo del teatro de Cristianía. La parte triste de este triunfo era que la plaza no tenía sueldo.

Algunos de sus amigos pensaron en procurarle un destino en aduanas ó en otra dependencia cualquiera del Estado, pero él se opuso, con razón, á recibir como una gracia un sueldo miserable que no estaba en relación con su propio valer.

Sufrió resignado la precaria situación, por que atravesaba y sin más recursos que los que él mismo podía procurarse, terminó *Los Pretendientes á la corona*.

A fines del año 1863 obtuvo una pensión del Estado para emprender un viaje, unas tres mil cuatrocientas pe-

setas, que unidas á algún dinero que le dieron unos amigos, le sirvieron de ayuda y le permitieron ocuparse con más libertad de sus trabajos. En la primavera de 1864 salió de Cristianía y abandonó su patria. Hizo un viaje á Italia, y como el poeta Gœthe, echó raíces en aquel suelo privilegiado del arte y de la poesía. *El Diario popular noruego* dió muchos detalles de su estancia en Italia.

Contaba la simpática alegría que le animaba á su entrada en Roma, las ilusiones de su espíritu emprendedor, y la seguridad que tenían todos los que conocían su talento de que algo grande había de resultar como fruto de su espíritu fecundo. Así fué, pues sus dos obras mejores, *Fuego* y *Peer Gynt*, publicadas en 1866 y en 1867, las escribió en Roma, como Gœthe, que necesitó del cielo de Italia para terminar su *Ifigenia* y su *Tasso*. Ibsen respiraba una atmósfera nueva, que le hizo también emprender nuevos derroteros. No consiguió nuestro poeta, como Gœthe, remontarse de las pequeñeces más triviales á la belleza más sublime, ni contemplar á través de la espesa niebla de la humanidad doliente el eterno sol de la verdad infinita. No vió nunca el veneno que, al morderle como traidora serpiente, le infiltró el pueblo de su propia patria. Pero Ibsen aprendió en Roma cuál era la verdadera misión del poeta: consiste ésta en reproducir con originalidad las pasiones y los sentimientos de los hombres, ajustándose á lo que nos dice la ciencia y la experimentación, y libres de toda tenden-

cia ideal, presentando de este modo á los lectores una especie de espejo fiel de la vida de su tiempo. Brandes ha comprendido esto último en las siguientes palabras: *at skamme Tiden ud*, avergonzar al tiempo; pero esto no pasa de ser una especialidad suya, ó un género de literatura, pero de ningún modo constituye la verdadera poesía. Casi nunca presenta Ibsen esta tendencia de Brandes. Quizá no la manifiesta más que en la comedia *Los Pretendientes á la corona*.

En Roma encontró Ibsen paz y tranquilidad para el trabajo. Sus relaciones eran aún muy escasas, «pero había roto las cadenas», como él mismo decía, que le ligaban á su patria; respiraba esa atmósfera de hermosura, de recuerdos y de grandeza. En Roma se encuentra el que se busca, entra en sí el que divaga. Ibsen se sintió rejuvenecer en Roma, donde estaba con su familia, y rodeado siempre de artistas y de amigos. Allí se estableció definitivamente, y algunas veces recordaba con amargura su decisión de no volver jamás á su patria. Sólo abandonaba la ciudad en los veranos, para irse á un pueblo de los Apeninos ó de la costa. Trabajaba desde la mañana hasta la tarde, y el resto del día lo pasaba con sus amigos. Pocas veces hablaba de sus trabajos. No le gustaba, y esto ocurre á todos los grandes poetas, enterar á los demás de los argumentos de sus composiciones.

En Roma comenzó su drama histórico *Emperador y Galileo*, que no se publicó, sin embargo, hasta 1873.

Ibsen pasó bastantes años en Roma. Su pensión para viajar se convirtió en pensión definitiva, á pesar de la oposición que le hizo el ministro Ridder-vold, que no podía perdonar al poeta su *Comedia del amor*. Pero el éxito de sus obras era tal, sobre todo del drama *Fuego*, del cual se hicieron cuatro ediciones en un año, y por otra parte su rival Bjornson apoyó con tanto ahinco al poeta, que no podía menos el Gobierno que reconocer en Ibsen una gloria nacional.

Algunos años después dejó nuestro poeta su residencia de Roma para trasladarse á Munich, después á Dresde y más tarde otra vez á Munich. Hoy vive en Roma. Asistió á la apertura del canal de Suez, y en Diciembre de 1870 publicó sus impresiones de Egipto en su «carta desde un globo», que escribió á una amiga suya de Suecia. Strodttmann ha tratado de hacer un estudio del poeta en su *Vida intelectual de Dinamarca*, pero no consiguió presentarlo al público alemán en toda la grandeza de su genio. Mejor resultado conseguirá el que profundice el ideal de Ibsen, el que comprenda que en sus dramas combatió siempre lo convencional, lo ilógico, el engrandecimiento sobrenatural del individuo y el lirismo exagerado. Hay quien supone en el poeta cierta enemistad hacia Alemania, y hacia la unidad del Imperio. Nada

más falso que esto. Como noruego, está naturalmente de parte de sus hermanos de raza, los daneses, y lo mismo que Alemania odia á los rusos cuando piensa en el peligro de su opresión, así él no perdona á los alemanes Alsen y Duppel. Esos sentimientos son elementales en la naturaleza, como el amor y el odio. El mismo poeta que se queja porque «Bismarck no comprende el afán á lo bello de nuestros tiempos»; le enaltece, así como á Cavour, «porque ha escrito la ley de nuestro tiempo».

De muy distinta manera trata el poeta á su propia patria, y sin embargo, la adora con todas las fuerzas de su alma.

Siempre dirige su mirada furibunda á Noruega. Causa asombro que sostenga constantemente relaciones con su patria, no sólo ocupándose de los debates del Storthing, sino escribiendo en los periódicos noruegos. El poeta respiraba el aire del mar del Norte, y se sentía iluminado por los rayos del sol de media noche cuando trabajaba en Roma á la luz de la lámpara.

Pero este es precisamente el secreto de un temperamento de poeta, tener la cabeza en el cielo y los piés en la tierra; como la palmera de dátiles, que busca con sus raíces el agua en las profundidades del subsuelo, mientras mece su gallarda copa en las alturas.

L. PASSARGE.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.

NORA, su mujer.

EL DOCTOR RANK.

CRISTINA, amiga de Nora.

KROGSTAD, abogado.

Los tres hijos de Helmer.

ANA MARÍA, aya de los hijos de Helmer.

ELENA, doncella de los Helmer.

La acción pasa en casa de los Helmer.

ACTO PRIMERO

Una habitación amueblada con gusto y comodidad, pero sin lujo. En el fondo, á la derecha, la puerta de la antecámara. En el fondo, á la izquierda, la del despacho de Helmer. Entre estas dos puertas un piano. En el lado izquierdo de la escena una puerta y más acá una ventana. Cerca de la ventana un velador, un sillón y un divancito. En el lado derecho de la escena, algo hacia el fondo, una puerta, y en primer término una chimenea, delante de la cual se ven algunas butacas y una mecedora. Entre la chimenea y la puerta una mesita. En las paredes grabados. Una étagère con porcelanas y otros objetos de arte. Un armario lleno de libros lujosamente encuadernados. El suelo alfombrado. La chimenea está encendida. Día de invierno.

(Se oye un campanillazo en la antecámara; un rato después se abre la puerta. Entra Nora tarareando alegremente. Se presenta con sombrero y abrigo, y con varios paquetes que suelta en la mesa de la derecha. Deja abierta la puerta de la antecámara, donde se ve un mozo que lleva

un árbol de Navidad y una cesta. Lo entrega todo á la doncella que ha abierto.)

NORA. — Esconde bien el árbol de Navidad, Elena. Es menester que no lo vean los niños hasta esta noche, cuando esté arreglado. *(Al mozo, sacando el portamonedas.)* ¿Cuánto?

EL MOZO. — Cincuenta céntimos.

NORA. — Ahí va una corona. Lo que sobra para V.

(El mozo saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo.)

NORA. *(Saca del bolsillo un cucurucho de almendras y come dos ó tres; luego va de puntillas á la puerta del despacho de su marido, y escucha.)* — ¡Ah! está en el despacho.

HELMER. *(Desde dentro.)* — ¿Es la alondra que gorjea?

NORA. — ¡Sí!

HELMER. — ¿Es la ardilla que bulle?

NORA. — ¡Sí!

HELMER. — ¿Cuándo ha venido la ardilla?

NORA. — Ahora mismo. (*Guarda el cucurucho de confites en el bolsillo y se limpia la boca.*) Ven aquí, Torvaldo; mira lo que te he traído.

HELMER. — No me interrumpas. (*Poco después abre la puerta; aparece con la pluma en la mano, y dirige una ojeada á la habitación.*) — ¿Traído, dices? ¿Todo eso? ¿Otra vez ha encontrado la niñita manera de gastar un montón de dinero?

NORA. — ¡No que no, Torvaldo! Este año bien podemos hacer algunos gastos más. Es la primera Navidad en que no tenemos que andar con escaseces.

HELMER. — Sí... pero no debemos ser pródigos.

NORA. — Un poco, Torvaldo, un poquitín, ¿no? Ahora que vas á cobrar un sueldo crecido, y que ganarás mucho, mucho dinero...

HELMER. — Sí, á partir de año nuevo; aún pasará un trimestre antes de percibir nada.

NORA. — ¿Y eso qué le hace? Mientras, se pide prestado.

HELMER. — ¡Nora! (*Se acerca á ella y le tira de una oreja en broma.*) Siempre esa ligereza. Suponte que yo pido prestadas hoy mil coronas, que tú las gastas durante las pascuas de Navidad, que la víspera de año nuevo me cae una teja en la cabeza, y que...

NORA. (*Tapándole la boca con la mano.*) — Cállate, y no digas esas cosas.

HELMER. — Pero figúrate que sucediese. ¿Y entonces?

NORA. — Si sucediese tal cosa... pues lo mismo me daba tener deudas que no tenerlas.

HELMER. — ¿Y las personas que me hubiesen prestado el dinero?

NORA. — ¿Esas personas? ¿Quién piensa en ellas? Son extraños.

HELMER. — Nora, Nora, eres una verdadera mujer. En serio, Nora, ya sabes mis ideas sobre este punto. Nada de deudas; nada de préstamos. En toda casa dependiente de deudas y de préstamos se introduce una especie de esclavitud, cierta cosa de mal cariz que previene. Hasta aquí los dos nos hemos hecho firmes, y seguiremos haciendo otro tanto durante el poco tiempo de prueba que nos queda.

NORA. (*Acercándose á la chimenea.*) — Bien, como tú quieras, Torvaldo.

HELMER. (*Siguiéndola.*) — Vamos, vamos, la alondra no ha de andar alicaída. ¿Qué? ¿Ahora salimos con que la ardilla tuerce el gesto? (*Abre su portamonedas.*) Nora, ¿qué dirás que tengo aquí?

NORA. (*Volviéndose con viveza.*) — Dinero.

HELMER. — Mira. (*Le da algunos billetes.*) ¡Dios mío! ¿Sabré yo si hay muchos gastos en una casa cuando se acerca Navidad?

NORA. (*Contando.*) — Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Con esto ya tengo yo para una buena tirada.

HELMER. — No habrá más remedio.

NORA. — Se hará así, descuida. Pero

ven aquí. Voy á enseñarte todo lo que he comprado, y ¡tan barato! Mira: un traje nuevo para Ivar y un sable; un caballo con una trompeta para Bob, y una muñeca con una cama para Ema —de lo más ordinario, porque en seguida lo rompe.—Y aquí delantales y telas para las muchachas. La buena Ana María merecía mucho más que esto.

HELMER.—Y en ese paquete, ¿qué hay?

NORA. (*Profiriendo un ligero grito.*)—No, Torvaldo, eso no lo has de ver hasta esta noche.

HELMER.—Bien, bien. Pero, dime, manirrota, ¿qué te gustaría á ti?

NORA.—¡Bah! ¿Me cuido yo para nada de mí?

HELMER.—Lo creeré, si te empeñas. Vamos, dime algo que te tienta, una cosa puesta en razón.

NORA.—Si de veras no sé. Y eso que... oye, Torvaldo...

HELMER.—Veamos.

NORA. (*Jugueteadando con los botones de la americana de su marido, sin mirarlo.*)—Si estás decidido á darme algo, podrías... podrías...

HELMER.—Vamos, acaba.

NORA. (*De un tirón.*)—Podrías darme dinero, Torvaldo. ¡Oh! poca cosa, de lo que puedas disponer; con eso me compraría yo algo cualquiera de estos días.

HELMER.—Pero, Nora...

NORA.—¡Vaya, que sí! Lo vas á hacer, Torvaldito. Te lo ruego. Colgaré el dinero del árbol envuelto en un papel dorado muy bonito. ¿No hará buena facha?

HELMER.—¿Cómo se llama el pájaro que está despilfarrando siempre?

NORA.—Sí, sí, el estornino, ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo; así tendré tiempo para pensar en alguna cosa útil. ¿No es lo más razonable, di?

HELMER. (*Sonriendo.*)—Si supieses emplear el dinero que te doy y comprar realmente alguna cosa, sí; pero desaparece en la casa, se evapora en mil pequeñeces, y luego tengo yo que volver á aflojar la bolsa.

NORA.—Qué cosas tienes, Torvaldo...

HELMER.—Es la pura verdad, Norita mía. (*La coge de la cintura.*) El estornino es muy mono, pero necesita tanto dinero... ¡Es increíble lo que le cuesta á un hombre poseer un estornino!

NORA.—¡Anda! ¿Cómo puedes decir eso? Yo ahorro todo lo que puedo, como ésta es luz.

HELMER.—¡Oh! eso no tiene vuelta de hoja. Todo lo que puedes, sólo que no puedes nada.

NORA. (*Tarareando y sonriendo alegremente.*)—¡Si supieses tú cuántos gastos tenemos las alondras y ardillas!

HELMER.—Eres una criatura original. Enteramente como tu padre. Posees mil recursos para hacerte con dinero, pero, así que lo tienes, se te escurre de las manos y no sabes nunca á dónde va á parar. En fin, hay que tomarte como eres. Sí, Nora, esas cosas son á todas luces hereditarias.

NORA.—Bien quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá.

HELMER.—Y yo te quiero en el alma

tal y como eres, querida alondra. Pero oye: te encuentro hoy no sé cómo..., así con una cara un poco sospechosa.

NORA.—¿Yo?

HELMER.—Sí, tú. Mirame bien á los ojos. (*Nora lo mira.*) ¿Habrás hecho la golosuela alguna escapatoria por la ciudad?

NORA.—No. ¿Por qué dices eso?

HELMER.—¿De veras no ha metido la nariz de golosuela en la confitería?

NORA.—No, te lo aseguro, Torvaldo.

HELMER.—¿No ha olido siquiera los dulces?

NORA.—Ni remotamente.

HELMER.—¿No ha mascullado una ó dos almendras?

NORA.—Que no, Torvaldo, te digo que no.

HELMER.—Bien, mujer, bien; si es en broma.

NORA. (*Acercándose á la mesa de la derecha.*)—Ni por soñación podría ocurrírseme hacer una cosa que te desagrade. Puedes estar bien seguro.

HELMER.—No, si lo sé. ¿No me has dado palabra?... (*Aproximándose á Nora.*) Vamos, guárdate para ti tus misterios de Navidad, que ya se descubrirán esta noche cuando se encienda el árbol.

NORA.—¿Has pensado en convidar á comer al doctor Rank?

HELMER.—No, ni hace falta; se da por supuesto. Sobre que, además, lo convidaré dentro de poco, cuando venga. He encargado buen vino. Nora, no puedes tú figurarte qué celebridad es para mí la de esta noche.

NORA.—Para mí también. ¡Y qué

alegría la que van á tener los niños, Torvaldo!

HELMER.—¡Ah! Es una bendición pensar que ha llegado uno á una situación estable, asegurada, que dispone con holgura de cuanto necesita. ¿No es verdad? Es una dicha inmensa pensarlo.

NORA.—¡Oh! Es maravilloso.

HELMER.—¿Te acuerdas de la última Navidad? Tres semanas antes te encerrabas tú todas las noches hasta más de las doce á fin de hacer flores para el árbol de Navidad y de prepararnos otras mil sorpresas... ¡Uf! Es la época más aburrida de que me acuerdo.

NORA.—Pues yo no me aburría nada.

HELMER. (*Sonriendo.*)—Pero el resultado fué bastante deplorable, Nora.

NORA.—¡Bueno! ¿Todavía vas á hacerme rabiar con eso? ¿Tengo yo la culpa de que entrase el gato y lo hiciese trizas todo?

HELMER.—Claro que no, Norita: ¿cómo había de ser culpa tuya? Tú tenías los mejores deseos de que nos divirtiésemos todos, y eso es lo esencial. Pero bueno es que hayan pasado aquellos malos tiempos.

NORA.—Sí, yo apenas me he convencido aún.

HELMER.—Ahora ya no me aburriré encerrado á solas, ni tú tendrás que atormentar tus queridos ojos y tus lindas manitas.

NORA. (*Batiendo palmas.*)—No, ¿verdad que no, Torvaldo? ¡Qué gusto, Dios mío! (*Se coge del brazo de su marido.*) Ahora voy á contarte cómo he

pensado que nos arreglemos, después de pasar las Navidades... (*Se oye llamar.*) Llaman. (*Arregla las butacas.*) Vendrá alguien. Qué fastidio.

HELMER.—Si es una visita, acuérdate de que no estoy para nadie.

LA DONCELLA. (*Desde la puerta de entrada.*)—Señorita, pregunta por V. una señora...

NORA.—Que pase.

LA DONCELLA. (*A Helmer.*)—Ha venido al mismo tiempo el señor Doctor.

HELMER.—¿Ha pasado á mi despacho?

LA DONCELLA.—Sí, señor.

(*Helmer entra en su despacho. La doncella hace pasar á Cristina que aparece en traje de viaje, y después cierra la puerta.*)

CRISTINA. (*Timidamente, con alguna perplejidad.*)—Buenos días, Nora.

NORA. (*Indecisa.*)—Buenos días...

CRISTINA.—¿No me conoces?...

NORA.—En efecto... no sé... ¡ah! sí, me parece... (*Lanzando una exclamación.*) ¡Cristina! ¿Eres tú?

CRISTINA.—Sí, la misma.

NORA.—¡Cristina! ¡Y yo que no te conocía! Pero ¿quién había de...? (*Más bajo.*) ¡Cómo has cambiado!

CRISTINA.—Es verdad. Desde hace nueve... diez años cumplidos...

NORA.—¿De veras hace tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí..., sí, eso es. ¡Oh! Estos ocho últimos años ¡qué época tan feliz! ¡Si supieses!... ¿Con que te tenemos aquí? Has hecho este viaje tan largo en pleno invierno. Es una valentía.

CRISTINA.—He llegado en el vapor esta mañana.

NORA.—Para pasar las Pascuas, naturalmente. ¡Qué alegría! ¡Bien nos vamos á divertir! Pero quitate el abrigo. No tendrás frío, ¿eh? (*La ayuda.*) ¡Ajajá! Ahora nos sentaremos á la chimenea cómodamente. No, ponte en esa butaca; yo cojo la mecedora; es mi sitio. (*La coge las manos.*) Pues, señor, ya te veo con tu antigua cara... fué al pronto nada más. Sin embargo, estás un poco más pálida, Cristina... y algo más delgada también.

CRISTINA.—Y he envejecido mucho, mucho, Nora.

NORA.—Sí, un poquito, un poquitín quizá... pero no mucho. (*Se detiene de repente, y añade en tono serio.*) ¡Oh! ¡qué loca soy! estoy aquí cotorreando... Mi querida y buena Cristina, ¿me perdonas?

CRISTINA.—¿Qué quieres decir, Nora?

NORA. (*Con dulzura.*)—¡Pobre Cristina! te has quedado viuda.

CRISTINA.—Sí, hace tres años.

NORA.—Lo sabía; lo había leído en los periódicos. ¡Oh! Cristina, puedes creerme, pensé muchas veces escribirte en aquella época... pero aplazaba la carta de día en día, y luego se cruzaba algún impedimento.

CRISTINA.—Eso no me extraña nada.

NORA.—No, Cristina, está muy mal hecho. ¡Pobre amiga! ¡Por qué trances has debido pasar! ¿No te ha quedado con qué vivir?

CRISTINA.—No.

NORA.—¿E hijos?

CRISTINA.—Tampoco.

NORA. — Nada, entonces.

CRISTINA. — Ni siquiera duelo en el corazón, ni una de esas penas que absorben.

NORA. (*Con mirada de incredulidad.*) — A ver, á ver, Cristina. ¿Cómo es eso posible?

CRISTINA. (*Sonriendo amargamente y pasándole la mano por el pelo.*) — Así sucede á veces, Nora.

NORA. — Sola en el mundo. ¡Qué pena debe ser para ti! Yo tengo tres chicos hermosos. En este instante no puedes verlos. Han salido con el aya. Ahora vas á contármelo todo.

CRISTINA. — Después; primero tú.

NORA. — No, á ti te toca hablar. Hoy no quiero ser egoísta... no quiero pensar más que en ti. Y eso que una cosa, sí, tengo que decirte. ¿Sabes el *fortunón* que hemos tenido estos días?

CRISTINA. — No, ¿qué es ello?

NORA. — Calcula: que han hecho á mi marido director del Banco.

CRISTINA. — ¿A tu marido? ¡Oh! ¡qué suerte!

NORA. — ¿Verdad? ¡Es una situación tan precaria la de un abogado, sobre todo cuando no quiere encargarse más que de causas buenas! Y eso era, naturalmente, lo que hacía Torvaldo, cosa que yo apruebo de todo en todo. Figúrate si estaremos contentos. Debe desempeñar su cargo desde año nuevo, y entonces tendrá un buen sueldecito con multitud de utilidades. Así que viviremos muy de otra manera que hasta aquí... completamente á nuestro gusto. ¡Oh, Cristina! ¡qué dicha y qué placer! Créete que es una delicia tener

mucho dinero y estar libre de preocupaciones. ¿No te parece?

CRISTINA. — ¡Qué duda cabe! Por lo menos, debe de ser una cosa excelente tener lo necesario.

NORA. — No, lo necesario nada más no, sino mucho, muchísimo dinero.

CRISTINA. (*Sonriendo.*) — Nora, Nora, ¿todavía no has aprendido á tener juicio á estas fechas? En el colegio eras una derrochona.

NORA. (*Sonriendo dulcemente.*) — Torvaldo supone que lo soy aún. Pero (*amenazando con el dedo*) «Nora, Nora» no es tan loca como creéis. ¡Ah! la verdad es que hasta aquí no he tenido gran cosa que derrochar. Ha sido preciso que trabajásemos los dos.

CRISTINA. — ¿Tú también?

NORA. — Sí; menudencias: labores de mano, de gancho, bordados, etc. (*cambiando de tono*), y además otra cosa. Sabes que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. En la oficina no podía esperar ascender, y necesitaba ganar más dinero que antes. Pero el primer año estuvo sobrecargado de trabajo de una manera terrible. Figúrate: tenía que buscar toda clase de ocupaciones y trabajar desde la mañana hasta la noche. Abusó de sus fuerzas, y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que marcharse al Mediodía.

CRISTINA. — Es verdad: pasasteis un año en Italia.

NORA. — Sí. Como comprendes, no era muy fácil ponerse en camino... Acababa de nacer Ivar. Pero no hubo más remedio. ¡Oh! ¡el viaje fué una

maravilla, la cosa más hermosa! ¡Y salvó la vida á Torvaldo! ¡Pero el dinero que nos costó, Cristina!

CRISTINA.—Ya me lo figuro.

NORA.—Mil doscientos escudos... cuatro mil ochocientas coronas. ¡Es algún dinero!

CRISTINA.—Sí, y no es poca suerte tenerlo en tales ocasiones.

NORA.—Te diré: nos lo dió papá.

CRISTINA.—¡Ah, mucho! Si no me equivoco, fué precisamente en la época en que murió tu padre.

NORA.—Sí, Cristina, precisamente entonces. Y ya ves: no pude ir á asistirlo. Esperaba de un día á otro el nacimiento de Ivar, ¡y el pobre Torvaldo moribundo, y necesitando que yo lo cuidase! ¡Mi buen papá! No lo volví á ver. ¡Oh! ¡es la pena más cruel que he tenido que sufrir desde mi matrimonio!

CRISTINA.—Ya sé que lo querías mucho. ¿De modo que os fuisteis á Italia?

NORA.—Sí, teníamos el dinero, y los médicos instaban. Marchamos al cabo de un mes.

CRISTINA.—¿Y tu marido volvió enteramente repuesto?

NORA.—Era un encantó.

CRISTINA.—¿Y... ese médico?

NORA.—¿Qué quieres decir?

CRISTINA.—Recuerdo que la doncella anunció al doctor, dejando pasar á un caballero al mismo tiempo que á mí.

NORA.—Sí, el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo: viene una vez al día por lo menos. No, Torvaldo no ha tenido la más ligera indisposición desde entonces. Los

niños están también tan sanos y tan frescos, y yo lo mismo. (*Se levanta de un salto y palmotea.*) ¡Dios mío, Dios mío, Cristina, qué delicia y qué bendición vivir y estar contentos!... ¡Ah! pero es una vergüenza... no hablo más que de mis cosas. (*Se sienta en un taburete al lado de Cristina y se recuesta en sus rodillas.*) ¿No lo tomarás á mal? Dime: ¿de veras no querías á tu marido? Entonces ¿por qué te casaste con él?

CRISTINA.—Vivía aún mi madre, enferma y sin apoyo. Además tenía á mi cargo á mis dos hermanitos. No me creí con derecho á rehusar su petición.

NORA.—No, no, tuviste razón seguramente. ¿De modo que era rico en aquella fecha?

CRISTINA.—Creo que estaba muy desahogado: Pero era una fortuna poco sólida, y á su muerte se deshizo todo, sin quedar nada.

NORA.—¿Y entonces?...

CRISTINA.—Tuve que ver de salir adelante con una ocupacioncilla, regentando un modesto colegio... ¿qué sé yo? Los tres años últimos no han sido para mí más que un largo día de trabajo sin reposo. Ahora todo ha concluido, Nora. Mi pobre madre no me necesita ya: la he perdido: los hermanos tampoco: al presente pueden subvenir á sus necesidades por sí mismos.

NORA.—¡Qué alivio debes sentir!

CRISTINA.—No, Nora, no me queda ya nada más que una vida insoportable. ¡No tener nadie á quien consagrarse! (*Se levanta inquieta.*) Así es que no he podido permanecer allá, en aquel rincón escondido. Aquí debe ser más

fácil absorberse en una ocupación, distraerse una de sus pensamientos. Si fuese siquiera lo bastante afortunada para encontrar una colocación, trabajo de oficina...

NORA.—¿Piensas en eso? ¡Tan fatigoso, y tú que necesitas descanso! Más te valdría ir á los baños.

CRISTINA. (*Acercándose á la ventana.*)—Yo no tengo un papá que me pague el viaje.

NORA. (*Levantándose.*)—¡Vamos! No estés de mal humor.

CRISTINA.—Tú eres la que no ha de enfadarse conmigo, querida Nora. Lo peor que tiene una situación como la mía es que se agria una tanto... No se tiene á nadie por quien trabajar, y, á pesar de todo, hay que mirar por todas partes para ganarse la subsistencia: ¿no es preciso vivir? Y así se vuelve una egoísta. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me participaste hace un momento vuestro cambio de fortuna, me he alegrado por mí más que por ti.

NORA.—Pues ¿cómo?... ¡Ah! bueno... ya estoy. Te habrás dicho que Torvaldo puede serte útil.

CRISTINA.—Sí, lo he pensado.

NORA.—Y lo será, Cristina. Yo prepararé el terreno con mucha delicadeza, idearé alguna cosa grata que predisponga bien á Torvaldo. ¡Oh! ¡tengo tantos deseos de servirte!...

CRISTINA.—¡Cuánto es de agradecer tanta solicitud, Nora!... Doble de agradecer en ti que conoces tan poco las miserias y los sinsabores de la vida.

NORA.—¿Yo?... ¿Tú crees eso?

CRISTINA. (*Sonriendo.*)—¡Por Dios!

laborcitas de mano y monerías por el estilo... Eres una niña, Nora.

NORA. (*Moviendo la cabeza y atravesando la escena.*)—No hables de ello con esa ligereza.

CRISTINA.—¿Sí?

NORA.—Eres como los demás. Todos creéis que no valgo para nada serio...

CRISTINA.—Vamos, vamos...

NORA.—Que no tengo ninguna idea de las dificultades de la vida.

CRISTINA.—Pero, querida Nora, acabas de contarme todas tus dificultades.

NORA.—¡Bah!... ¡Esas bagatelas!... (*En voz baja.*) No te he contado lo principal.

CRISTINA.—¿Qué me dices?

NORA.—Me miras desde la cumbre de tu grandeza, Cristina, y no deberías hacerlo. Tú estás orgullosa de haber trabajado tanto por tu madre.

CRISTINA.—No miro á nadie desde la cumbre de mi grandeza, aunque es verdad que me satisface, y me enorgullece el pensar que, gracias á mí, mi madre pasó tranquilamente sus últimos días.

NORA.—Y te enorgullece también el pensar lo que has hecho por tus hermanos.

CRISTINA.—Me parece que tengo derecho.

NORA.—Así lo creo. Ahora voy á decirte una cosa, Cristina. Yo también tengo un motivo de alegría y de orgullo.

CRISTINA.—No lo pongo en duda. Pero á ver, explícate.

NORA.—Habla más bajo no sea que

Torvaldo nos oiga. Por nada del mundo querría que él... No debe saberlo nadie, Cristina; nadie más que tú.

CRISTINA.—Pero ¿qué es ello?

NORA.—Acércate más. (*A trayéndola á su lado.*) Sí... escucha... yo también puedo estar orgullosa y satisfecha. Yo fui quien salvé la vida de Torvaldo.

CRISTINA.—¿Salvar?... ¿Cómo salvar?

NORA.—¿Te he hablado del viaje á Italia, no es esto? Torvaldo no viviría á estas horas si no hubiese podido ir al Mediodía...

CRISTINA.—Bien, pero tu padre os dió el dinero preciso.

NORA.—Sí, eso es lo que cree Torvaldo y todo el mundo; pero...

CRISTINA.—¿Pero?...

NORA.—Papá no nos dió un céntimo. Yo fui la que me procuré el dinero.

CRISTINA.—¿Tú? ¿Una cantidad tan grande?...

NORA.—Mil doscientos escudos... Cuatro mil ochocientas coronas. ¿Qué dices tú á eso?

CRISTINA.—Pero, Nora, ¿cómo te arreglaste?... ¿Te cayó la lotería?

NORA. (*En tono desdeñoso.*)—¿La lotería? (*Con un ademán de desdén.*) ¿Qué gracia tendría eso?

CRISTINA.—Pero en ese caso, ¿de dónde lo sacaste?

NORA. (*Sonriendo con aire de misterio y tarareando.*)—¡Jem! ¡Ta-ra-ra!

CRISTINA.—Prestado no era fácil que lo tuvieses nunca.

NORA.—¿Por qué no?

CRISTINA.—Porque una mujer casa-

da no puede tomar á préstamo sin el consentimiento de su marido.

NORA. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Oh! Cuando se trata de una mujer un poco práctica... de una mujer que sabe manejarse con destreza...

CRISTINA.—Nora, no caigo por más que me devano los sesos.

NORA.—No es menester que te tomes la molestia. Nadie dice que me hayan prestado ese dinero. He podido hacerme con él de otro modo. (*Se deja caer en el sofá.*) He podido recibirlo de un adorador. ¿Qué?... Con mi palmito...

CRISTINA.—¡Qué loca eres!

NORA.—Confiesa que tienes una curiosidad terrible.

CRISTINA.—Dime, querida Nora, ¿no habrás obrado á la ligera?

NORA. (*Irguiéndose.*)—¿Es una ligereza salvar una la vida de su marido?

CRISTINA.—Lo que á mí me parece una ligereza es que á sus espaldas...

NORA.—Pues si la cuestión era que no supiese nada. ¡Por Dios! ¿No comprendes? Se trataba de que no conociese la gravedad de su estado. A mí es á quien vinieron á decirme los médicos que su vida estaba en peligro, y que no podía salvarse más que pasando una temporada en el Mediodía. ¿Crees tú que no iba á valerme de mañana? Le ponderaba lo que me gustaría ir á viajar por el extranjero como las demás mujeres; lloraba, suplicaba y le decía que era preciso que se hiciese cargo de mi estado y que cediera á mi deseo; en fin, le di á entender que bien podría tomar dinero á rédito.

Pero entonces, Cristina, le faltó muy poco para irritarse. Me contestó que era una aturdida, y que su deber de marido era no doblegarse á mis caprichos. « Bueno, bueno—dije yo para mi capote—se le salvará, cueste lo que cueste. » Entonces fué cuando di con un expediente.

CRISTINA.—¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no procedía de él?

NORA.—Jamás. Papá murió á los pocos días. Yo había pensado confesárselo todo, pidiéndole que no me hiciese traición; pero ¡iba tan mal! ¡Ay, no tuve que dar ese paso!

CRISTINA.—¿Y después no has revelado nada á tu marido?

NORA.—¡No, santo Dios! ¿En qué piensas? ¡A él, tan severo en ese punto! Y luego que, con su amor propio de hombre, se le haría muy cuesta arriba. ¡Qué humillación! ¡Saber que me debía algo! Eso hubiese venido á transformar todas nuestras relaciones; nuestra vida doméstica, tan venturosa, no sería ya lo que es.

CRISTINA.—¿Y no le hablarás de eso nunca?

NORA. (*Reflexionando y sonriendo á medias.*)—Puede que... con el tiempo; después que pasen muchos, muchos años, cuando yo no sea ya tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir: cuando Torvaldo no me quiera ya tanto, cuando ya no disfrute en verme bailar, disfrazarme y declamar para su entretenimiento. Bueno será quizá tener para entonces algo á que agarrarse... (*Deteniéndose.*) ¡Bah, ese día no

llegará nunca!... Con que, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También yo sirvo para algo... Puedes creer que este asunto me ha traído muchas preocupaciones. ¡Caramba! No me era fácil cumplir á plazo fijo, porque has de saber que en estos negocios hay una cosa llamada los vencimientos y otra la amortización; y todo eso es endiabladamente peliagudo de arreglar. He tenido que rebañar por todas partes. De los gastos de la casa no podía cercenar mucho; era necesario que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían andar mal vestidos. Todo lo que recibía para ellos me parecía cosa suya. ¡Angelitos míos!

CRISTINA.—¿De manera que todo eso, pobre Nora, lo has tenido que sacar de tus gastos particulares!

NORA.—Naturalmente. Después de todo no era más que justicia. Siempre que Torvaldo me daba dinero para mis cosas, no gastaba más que la mitad; compraba siempre de lo menos caro. Es una suerte que todo me esté bien, porque así Torvaldo no ha notado nada. Pero á veces se me hace duro, Cristina: ¡halaga tanto ir elegante! ¿No es verdad?

CRISTINA.—Ya lo creo.

NORA.—Cuento aún con otros ingresos. El invierno último tuve la suerte de encontrar mucha copia. Entonces me encerraba y escribía hasta una hora muy avanzada de la noche. ¡Oh! á menudo me encontraba fatigada, fatigadísima. Pero era un gusto trabajar para ganar dinero. Casi me parecía que era un hombre.

CRISTINA.—¿Cuánto has podido pagar así?

NORA.—No podría decírtelo á punto fijo. Hija, es muy difícil desenredarse en esta clase de asuntos. Lo único que sé es que he pagado todo lo que he podido. Muchas veces no sabia ya á dónde volver los ojos. (*Sonríe.*) Entonces me daba á pensar que un viejo muy rico se había enamorado de mí...

CRISTINA.—¡Qué! ¿Qué viejo?

NORA.—¡Tonterías!... que se moría, y que, al abrir su testamento, se leía en letras muy gordas: «Toda mi fortuna pertenece á la encantadora señora de Helmer, y le será entregada al punto.»

CRISTINA.—Pero, querida Nora, ¿qué viejo es ese?

NORA.—¡Dios mío! ¿no comprendes, mujer? No hay tal viejo; es una idea que se me ocurría siempre que no veía manera de procurarme dinero. En fin, ahora todo eso es completamente indiferente. El viejo puede estar donde le plazca; me tienen sin cuidado él y su testamento, porque al presente estoy tranquila. (*Se levanta con viveza.*) ¡Dios mío! ¡qué gozo pensarlo! ¡Tranquila! poder estar tranquila, completamente tranquila, jugar con los niños, arreglar bien la casa, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla. ¡Luego vendrá la primavera y el hermoso cielo azul! Quizá podremos viajar un poco entonces. ¡Volver á ver el mar! ¡Oh! ¡Qué cosa tan venturosa vivir y estar contentos!

(*Llaman.*)

CRISTINA.—Llaman. ¿Debo irme?

NORA.—No, quédate, no vendrá nadie; probablemente será preguntando por Torvaldo...

LA DONCELLA.—Perdone V., señorita... hay un caballero que quiere hablar al abogado...

NORA.—Querrás decir al director.

LA DONCELLA.—Sí, señora, al director; pero, como está el señor Doctor ahí dentro... no sabía...

KROGSTAD. (*Presentándose.*)—Soy yo, señora.

(*Cristina se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.*)

NORA. (*Dando un paso hacia él, turbada y á media voz.*)—¿V.? ¿Qué hay? ¿Qué quiere V. decir á mi marido?

KROGSTAD.—Es á propósito del Banco. Tengo allí un empleito, y he oído decir que su marido de V. va á ser nuestro jefe...

NORA.—Es verdad.

KROGSTAD.—Asuntos enojosos, señora, nada más que eso.

NORA.—Entonces tómese V. la molestia de entrar al despacho.

(*Lo saluda con indiferencia, cerrando la puerta de la antecámara, y después se dirige á la chimenea.*)

CRISTINA.—Nora... ¿Quién es ese hombre?

NORA.—Es el abogado Krogstad.

CRISTINA.—Ya decía yo.

NORA.—¿Lo conoces?

CRISTINA.—Lo conocí hace muchos años. Fué procurador en casa durante algún tiempo.

NORA.—Justo.

CRISTINA.—¡Cómo ha cambiado!

NORA.—Creo que fué muy desgraciado en su matrimonio.

CRISTINA.—Ahora es viudo, ¿verdad?

NORA.—Sí, con un montón de hijos. ¡Eh! me estoy achicharrando.

(Aparta la mecedora.)

CRISTINA.—Dicen que se ocupa de toda clase de negocios.

NORA.—¿Sí? Es posible; no sé... pero no hablemos de negocios; es una cosa tan fastidiosa...

(El doctor Rank sale del cuarto de Helmer.)

RANK. *(Teniendo entreabierta la puerta.)*—No, no; no quiero estorbarle; voy á ver á tu mujer un momento. *(Cierra la puerta y repara en la presencia de Cristina.)*—¡Ah, perdón! También aquí interrumpo.

NORA.—Nada de eso... *(Haciendo las presentaciones.)* El doctor Rank; la señora viuda de Linde.

RANK.—Un nombre que se oye pronunciar con frecuencia en esta casa. Creo haber pasado delante de V. al subir la escalera.

CRISTINA.—Sí, yo subo con trabajo.

RANK.—¡Ah! ¡un poco gastada á lo que veo!

CRISTINA.—O, más bien, fatigada.

RANK.—¿Nada más? ¿Entonces viene V. á descansar aquí probablemente, corriendo de fiesta en fiesta?

CRISTINA.—He venido á la ciudad en busca de trabajo.

RANK.—¿Será ese un remedio eficaz contra el exceso de fatiga?

CRISTINA.—Hay que vivir, Doctor.

RANK.—Sí, es una opinión general: se estima que es una cosa necesaria.

NORA.—¡Oh, Doctor! estoy segura de que V. mismo tiene mucho apego á la vida.

RANK.—Vaya si lo tengo. Misero y todo como soy, tengo decidido empeño en sufrir el mayor tiempo posible. A mis pacientes les pasa lo propio. Y lo mismo opinan los aquejados de achaques morales. Ahora mismo acabo de dejar uno en el despacho de Helmer, un hombre en tratamiento: hay hospitales para enfermos de esa índole.

CRISTINA. *(Con voz sorda.)*—¡Ah!

NORA.—¿Qué quiere V. decir?

RANK.—¡Oh! hablo del abogado Krogstad; un hombre á quien V. no conoce. Está podrido hasta los huesos. Pues también ese afirma como una cosa de la mayor importancia que es preciso vivir.

NORA.—¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer.

RANK.—A ciencia cierta no sé. Lo único que he oído es que se trataba del Banco.

NORA.—Yo no sabía que Krog... que ese señor Krogstad tuviese que ver con el Banco.

RANK.—Sí tal; se le ha dado una especie de empleo. *(Dirigiéndose á Cristina.)* No sé si también, allá, entre Vds., existe una especie de hombres que se afanan en desenterrar podredumbres morales, y, en cuanto topan con el individuo enfermo, lo ponen en observación, proporcionándole una buena plaza. Los sanos que se queden fuera.

CRISTINA.—Hay que confesar que los enfermos son los que más cuidados necesitan.

RANK. (*Encogiéndose de hombros.*)—Bien dicho. Es una manera de ver que convierte la sociedad en un hospital.

(*Nora, que ha permanecido abstraída en sus propios pensamientos, rompe á reír batiendo palmas.*)

RANK.—¿Por qué se ríe V.? ¿Sabe V. siquiera lo que es la sociedad?

NORA.—¿Y quién se ocupa de su inaguantable sociedad de V.? Me reía de otra cosa... una cosa tan chusca. Dígame V., Doctor... ¿todos los que tienen empleos en el Banco dependerán en el porvenir de mi marido?

RANK.—¿Es eso lo que la divierte á V.?

NORA. (*Sonriendo y tarareando.*)—No haga V. caso. (*Da vueltas por la habitación.*) Sí, es tan divertido, tan increíble que nosotros... que Torvaldo tenga ahora tal influencia y sobre todo tanta gente. (*Saca del bolsillo el cucurucho de almendras.*) ¿Quiere V. almendras, Doctor?

RANK.—¡Hola! ¿almendritas? Yo creía que eso era contrabando aquí.

NORA.—Sí, pero éstas me las ha dado Cristina.

CRISTINA.—¿Yo?

NORA.—Vamos, vamos, no te asustes. ¿Qué sabías tú si Torvaldo me lo ha prohibido? ¡Bah!... ¡por una vez!... ¿verdad, Doctor?... ¡Tenga V.! (*Le pone una almendra en la boca.*) Y tú también, Cristina. Yo comeré una chiquitina... dos á lo sumo. (*Empieza á dar vueltas*

por la habitación otra vez.) Pues, señor, soy inmensamente feliz. Sólo de una cosa tengo todavía unas ganas feroces.

RANK.—Sepamos. ¿De qué se trata?

NORA.—Una cosa que me entran ganas irresistibles de decir delante de Torvaldo.

RANK.—¿Y quién le quita á V. decirlo?

NORA.—No me atrevo: es demasiado fea.

CRISTINA.—¿Fea?

RANK.—Efectivamente, en ese caso vale más que se calle, pero á nosotros... ¿Qué es lo que tiene V. tanto deseo de decir delante de Torvaldo?

NORA.—Tengo unos deseos atroces de decir: ¡Rediós!

RANK.—Que loca es V.

CRISTINA.—Vamos, Nora...

RANK.—Puede V. decírselo; aquí está.

NORA. (*Escondiendo las almendras.*)—Cht, cht, cht.

(*Sale Helmer de su habitación, con un paletot en el brazo y el sombrero en la mano.*)

NORA. (*Adelantándose hacia él.*)—¿Y qué? ¿Lograste sacudirte, Torvaldo?

HELMER.—Sí, acaba de marcharse.

NORA.—¿Permites que te presente?... Es Cristina que ha venido de fuera.

HELMER.—¿Cristina?... V. perdone, pero no sé...

NORA.—La señora de Linde, querido.

HELMER.—¡Ah! muy bien. ¿Una amiga de la infancia de mi mujer acaso?

CRISTINA.—Sí, señor; nos conocimos en otro tiempo.

NORA.—Y ya ves: ha hecho este viaje tan largo para hablarme.

HELMER.—¿Pues cómo?

CRISTINA.—No sólo para eso...

NORA.—Cristina, para que sepas, entiende mucho de trabajos de oficina, y además tiene grandes deseos de estar á las órdenes de un hombre superior y de adquirir aún más experiencia.

HELMER.—Muy bien pensado, señora.

NORA.—Así que, cuando supo que te habían hecho director del Banco—lo anunció un telegrama—en seguida se puso en camino... ¿Verdad, Torvaldo, que harás algo en favor de Cristina por darme gusto? Dí.

HELMER.—No es absolutamente imposible. ¿La señora es probablemente viuda?

CRISTINA.—Sí.

HELMER.—¿Y V. está acostumbrada á trabajos de oficina?

CRISTINA.—Sí, bastante.

HELMER.—Entonces es muy probable que pueda procurar á V. una plaza.

NORA. (*Aplaudiendo.*)—¡Lo ves!

HELMER.—Llega V. en buena ocasión, señora.

CRISTINA.—¿Cómo agradecer á V...?

HELMER.—¡Oh! No hablemos de eso. (*Se pone el abrigo.*) Pero hoy tendrá V. que dispensarme.

(*Va á buscar el cuello de pieles á la antecámara y vuelve á calentarlo á la chimenea.*)

NORA.—No tardes mucho, Torvaldo.

HELMER.—Una hora nada más.

NORA.—¿Te vas tú también, Cristina?

CRISTINA. (*Poniéndose el abrigo.*)—Necesito ir á buscar un alojamiento.

HELMER.—Podremos ir juntos una parte del camino.

NORA. (*Ayudándola.*)—¡Qué fastidio que estemos tan estrechos!... Nos es completamente imposible...

CRISTINA.—¿En qué piensas, mujer? Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA.—Hasta luego, porque esta noche no dejarás de venir. Y V. también Doctor. ¿Cómo? Si se encuentra V. bastante bien... ¿Qué viene V. á decir aquí? Se arroja V.

(*Vánse hablando por la puerta de entrada. Se oyen voces de niños en la escalera.*)

NORA.—¡Ya están aquí, ya están aquí!

(*Corre á abrir. Aparece Ana María con los niños.*)

NORA.—¡Entrad, entrad! (*Se baja para besarlos.*) ¡Oh! ¡Cielos míos! ¡Mira, Cristina! ¿No son muy monos?

RANK.—No os quedéis ahí al paso del aire.

(*El doctor Rank, Helmer y Cristina bajan la escalera. Entra Ana María con los niños. Nora lo hace después de cerrar la puerta.*)

NORA.—¡Qué caras tan animadas y tan frescas traéis! ¡Qué carrillos tan encarnados! Parecen manzanas y rosas. (*Todos los niños le hablan á la vez hasta el fin de la escena.*) ¿Os habéis divertido tanto? Muy bien. ¡Anda! ¿Con

que tú has tirado del trineo llevando á Ema y á Bob? ¿Es posible? ¡A los dos! ¡Ah! Si eres tú lo más valiente, Yvar... ¡Oh! Déjamela un momento, Ana María. ¡Muñequita mía! (*Coge á la niña menor y baila con ella.*) Sí, sí, mamá va á bailar con Bob también. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Oh! ¡Lo que hubiera dado por estar con vosotros! No, déjame Ana María. Voy á desnudarlos yo. Déjame, mujer. ¡Si es tan entretenido! Entra ahí mientras; tienes cara de frío. En la cocina hay café caliente para ti.

(*Váse Ana María por la puerta de la izquierda. Nora quita á los niños los abrigos y los sombreros, y los va dejando desparramados. Los niños siguen hablando.*)

NORA.—¡No puede ser! ¿Que ha corrido detrás de vosotros un perrazo? Pero no mordía. No, los perros no muerden á los monigotillos monines como vosotros. ¡Eh! ¡Yvar, cuidado con mirar á los paquetes! No, no, que dentro hay una cosa mala. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? Sí, vamos á jugar al escondite. Que se esconda primero Bob. ¿Yo? ¡Bueno, pues yo!

(*Nora y los niños se ponen á jugar, gritando y riendo, en la escena y en el cuarto de al lado. Al fin Nora se esconde debajo de la mesa. Llegan los niños á todo correr, y la buscan sin poder dar con ella. Oyen su risa ahogada, se precipitan hacia el velador, levantan el tapete, y la descubren. Gritos de alegría. Nora sale á gatas como para asustarlos.*)

Nueva explosión de alegría. En el interin han llamado sin que nadie responda. Se entreabre la puerta y aparece Krogstad. Aguarda un momento. El juego continúa.

KROGSTAD.—Dispense V., señora...

NORA. (*Lanza un grito y se levanta á medias.*)—¿Qué se le ofrece á V. aquí?

KROGSTAD.—Estaba entornada la puerta. Se habrán olvidado de cerrarla.

NORA. (*Levantándose.*)—Mi marido no está en casa, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Ya lo sé.

NORA.—Entonces... ¿qué quiere V.?

KROGSTAD.—Decir á V. una palabra.

NORA.—¿A mí?... (*A parte á los niños.*) Andad con Ana María. ¿Qué?... No, el caballero de fuera no quiere hacer mal á mamá. Cuando se marche, seguiremos jugando.

(*Acompaña á los niños al cuarto de la izquierda y cierra la puerta.*)

NORA.—(*Inquieta, agitada.*)—¿V. quiere hablarme?

KROGSTAD.—Sí, lo deseo.

NORA.—¿Hoy?... Pero no estamos aún á primeros de mes.

KROGSTAD.—No, estamos en víspera de Navidad. De V. dependerá que estas Navidades le traigan alegrías ó penas.

NORA.—¿Qué desea V.? Hoy me es realmente imposible...

KROGSTAD.—Hasta nueva orden no hablaremos de eso. Se trata de una cosa muy distinta. ¿Puede V. concederme un instante?

NORA.—Sí, sí... por más que...

KROGSTAD.—Bien. Estando yo senta-

do en la fonda Olsen, vi pasar desde allí á su marido de V...

NORA.—¡Ah!

KROGSTAD.—Con una señora.

NORA.—Bueno. ¿Y...?

KROGSTAD.—¿Puedo hacer á V. una pregunta? Esa señora era la viuda de Linde, ¿no es verdad?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—¿Acaba de llegar de fuera?

NORA.—Hoy mismo.

KROGSTAD.—¿Es amiga de V.?

NORA.—Sí... pero no comprendo...

KROGSTAD.—Yo también la traté en otra época.

NORA.—Lo sé.

KROGSTAD.—Vamos, está V. al corriente. Me lo figuraba. ¿Entonces me permitirá V. preguntarle si la señora de Linde va á tener colocación en el Banco?

NORA.—¿Cómo se atreve V. á preguntarme sobre eso, señor Krogstad? ¿V. que es un subordinado de mi marido? Pero, ya que me lo pregunta, se lo diré. Sí, la señora de Linde tendrá un puesto en el Banco, y lo tendrá gracias á mí, señor Krogstad. Ahora ya está V. enterado.

KROGSTAD.—Acerté, pues.

NORA. (*Paseando.*)—¡Eh! una tiene su poco de influencia. Aunque una sea mujer, eso no quiere decir que... Cuando se ocupa una situación subalterna, señor Krogstad, habría que mirarse para no herir á una persona que... ¡jem!...

KROGSTAD.—¿Qué tiene influencia?

NORA.—Cabal.

KROGSTAD. (*Cambiando de tono.*)—Señora, ¿tendría V. la bondad de usar de su influencia en mi favor?

NORA.—¿Cómo? ¿Qué significa?

KROGSTAD.—¿Querría tener la bondad de influir para que yo conserve mi modesto puesto en el Banco?

NORA.—¿Qué quiere V. decir? ¿Quién piensa en quitárselo á V.?

KROGSTAD.—¡Oh! Es inútil el disimulo. Comprendo muy bien que á su amiga no le guste encontrarse conmigo, y ahora sé á quién debo mi cesantía.

NORA.—Pero le aseguro á V...

KROGSTAD.—En fin, en dos palabras: aún es tiempo, y le aconsejo que use de su influencia para impedirlo.

NORA.—Pero si yo no tengo ninguna influencia, señor Krogstad.

KROGSTAD.—¿Cómo? Pues hace un momento decía V...

NORA.—No en ese sentido evidentemente. ¿Cómo puede V. creer que yo tenga semejante poder sobre mi marido?

KROGSTAD.—¡Oh! Conozco á su marido de V. desde que estudiamos juntos, y no creo que el señor director del Banco sea más firme que otros hombres casados.

NORA.—Si habla V. con desprecio de mi marido, lo pongo á V. en la puerta.

KROGSTAD.—La señora es animosa.

NORA.—No temo á V. Después de año nuevo, no tardaré en verme libre.

KROGSTAD. (*Dominándose.*)—Oiga V. bien, señora. Si es necesario, combatiré por conservar mi pobre empleo como

si se tratase de una cuestión de vida ó muerte.

NORA.—Y lo es por todas las trazas.

KROGSTAD.—No es sólo por el sueldo; eso no es lo importante. Pero hay otra cosa... en fin, voy á decirlo todo. V. sabe, naturalmente, como todo el mundo, que yo cometí una imprudencia ha ya buen número de años.

NORA.—Creo haber oído hablar de eso.

KROGSTAD.—El asunto no fué á los tribunales; pero al momento se me cerraron todos los caminos. Entonces emprendí la clase de negocios que V. sabe; forzoso era buscar alguna cosa, y me atrevo á decir que no he sido peor que otros. Ahora quiero salir de esto. Mis hijos crecen. Por mis hijos necesito recobrar la mayor consideración posible. Ese puesto del Banco era para mí el primer escalón. Y ahora me encuentro con que su marido quiere hacerme bajar de él para hundirme de nuevo en el lodo.

NORA.—Pero, por Dios, señor Krogstad, no está en mi mano ayudar á V.

KROGSTAD.—Lo que le falta á V. es voluntad; pero yo tengo medios de obligarla.

NORA.—¿Pero no irá V. á decir á mi marido que yo le debo dinero?

KROGSTAD.—¡Hum! ¿Y si lo hiciese?

NORA.—Sería vergonzoso. (*Con voz llorosa.*) Ese secreto que es mi alegría y mi orgullo... Saberlo él de una manera tan villana... por V. Me expondría V. á los mayores disgustos...

KROGSTAD.—¿Disgustos nada más?

NORA. (*Con viveza.*)—O, si no, hága-

lo V.; V. perderá más; entonces verá mi marido qué clase de hombre es V., y puede estar bien seguro de perder la plaza.

KROGSTAD.—Acabo de preguntar si no son más que disgustos domésticos lo que V. teme.

NORA.—Si mi marido lo sabe, querrá pagar, naturalmente, en seguida, y entonces nos veremos libres de V.

KROGSTAD. (*Dando un paso hacia ella.*) Oiga V., señora... ó V. no tiene memoria ó apenas conoce V. los negocios. Hace falta que yo la ponga un poco al corriente.

NORA.—¿Pues?...

KROGSTAD.—En la época de la enfermedad de su marido vino V. á pedirme un préstamo de mil doscientos escudos.

NORA.—No conocía á nadie más.

KROGSTAD.—Yo prometí procurarle á V. el dinero.

NORA.—Y me lo proporcionó.

KROGSTAD.—Prometí procurárselo con ciertas condiciones. Pero entonces estaba V. tan preocupada con la enfermedad de su marido, y tan impaciente por tener el dinero del viaje, que creo que no se fijó V. mucho en los pormenores. Por eso no le extrañará que se los recuerde. Pues bien: yo prometí proporcionarle á V. el dinero mediante un recibo que escribí.

NORA.—Sí, y que yo firmé.

KROGSTAD.—Bien; pero más abajo añadí algunas líneas por las cuales daba su garantía su padre de V. Esas líneas debía firmarlas él.

NORA.—¿Debía, dice? Lo hizo.

KROGSTAD.—Yo dejé la fecha en blanco, lo cual significaba que su mismo padre de V. debía poner la fecha de la firma. ¿Se acuerda V. de eso?

NORA.—Sí, creo efectivamente...

KROGSTAD.—Después entregué á V. el recibo para que lo enviase á su padre por el correo. ¿No fué así?

NORA.—Así fué.

KROGSTAD.—Y, como es de suponer, lo hizo V. en seguida, porque apenas habían pasado cinco ó seis días cuando me llevó V. el pagaré con la firma de su padre. Y entonces recibió V. la cantidad.

NORA.—¡Bueno, sí! ¿No he ido pagando puntualmente?

KROGSTAD.—Con corta diferencia. Pero volviendo á lo que decíamos... Aquellos eran seguramente malos tiempos para V., señora.

NORA.—Sí, es verdad.

KROGSTAD.—Su padre de V. creo que estaba muy enfermo.

NORA.—Moribundo.

KROGSTAD.—¿Murió poco después?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Dígame V., señora, ¿se acordaría V. por casualidad de la fecha de la muerte de su padre, es decir, de á cuántos del mes estábamos?

NORA.—Papá murió el 29 de Setiembre.

KROGSTAD.—Exacto. Procuré enterarme. Y por eso no me explico (*saca un papel del bolsillo*)... cierta particularidad.

NORA.—¿Qué particularidad? No sé...

KROGSTAD.—Pues lo que hay de particular, señora, es que su padre de V.

firmó el recibo tres días después de su muerte. (*Nora guarda silencio.*) ¿Puede V. explicarme eso? (*Nora sigue callada.*) Es también evidente que las palabras *2 de Octubre* y el año no son de letra de su padre de V., sino de una letra que yo creo conocer. En fin, eso puede explicarse. Su padre de V. se olvidaría de fechar y lo haría cualquiera al acaso antes de saber su muerte. La cosa no es muy grave. Lo esencial es la firma misma. ¿Es auténtica realmente, verdad, señora? ¿Su propio padre de V. fué el que escribió allí su nombre?

NORA. (*Después de un corto silencio levanta la cabeza y lo mira con aire provocativo.*)—No, no fué él. Fui yo la que escribí el nombre de papá.

KROGSTAD.—¿V. se penetra bien de toda la gravedad de esa confesión?

NORA.—¿Por qué? Dentro de poco tendrá V. su dinero.

KROGSTAD.—Permítame una pregunta. ¿Por qué no envió V. el recibo á su padre?

NORA.—Era imposible: ¡estaba tan enfermo! Para pedirle su firma, hubiese tenido que declararle el destino del dinero, y en la situación en que se hallaba yo no podía decirle que estaba amenazada la vida de mi marido. Era imposible.

KROGSTAD.—En ese caso hubiera valido más desistir del viaje.

NORA.—Imposible. Ese viaje era la salvación de la vida de mi marido. Yo no podía renunciar á él.

KROGSTAD.—Pero ¿V. no recapitó la superchería que cometía conmigo?

NORA.—No podía pararme en eso. ¡Bastante me cuidaba yo de V.! Se me hacía V. insoportable por la frialdad con que razonaba, á pesar de saber que mi marido estaba en peligro.

KROGSTAD.—Señora, evidentemente V. no tiene una idea muy clara de la responsabilidad en que ha incurrido. Yo sólo le diré que el hecho que ha acarreado la pérdida de toda mi posición social no era más criminal que ese.

NORA.—¿V.? ¿V. quiere hacerme creer que ha sido capaz de ningún arranque para salvar la vida de su mujer?

KROGSTAD.—Las leyes no se preocupan de los motivos.

NORA.—Pues entonces son bien malas las leyes.

KROGSTAD.—Malas ó no... si yo presento este papel á la justicia, será V. juzgada según ellas.

NORA.—Lo dudo mucho. ¿No iba á tener una hija el derecho de ahorrar inquietudes y angustias á su anciano padre moribundo? ¿No iba á tener una mujer el derecho de salvar la vida de su marido? Puede que yo no conozca á fondo las leyes, pero estoy segura de que en alguna parte se consignará que esas cosas son lícitas. ¿Y V., que es abogado, no sabe nada de eso? Me parece V. poco ducho como abogado, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Es posible. Pero asuntos como estos de que tratamos los dos ¿convendrá V. que los entiendo, eh? Corriente. Pues ahora haga V. lo que guste; lo único que le digo es que, si

yo la pago por segunda vez, V. me hará compañía. (*Saluda y vase.*)

NORA. (*Reflexiona un momento; después sacude la cabeza.*)—¡Bah! ¡Quería asustarme! Pero no soy tan tonta. (*Empieza á recoger las prendas de los niños, pero se detiene al cabo de un rato.*) ¡Sin embargo!... ¡No, es imposible! Habéndolo hecho por amor...

LOS NIÑOS. (*A la puerta de la izquierda.*)—Mamá, se ha ido ese señor.

NORA.—Bien, bien, ya lo sé. Pero no habléis á nadie de ese señor. ¿Lo oís? ¡Ni aun á papá!

LOS NIÑOS.—No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA.—No, no, ahora no.

LOS NIÑOS.—Pero si nos lo habías prometido, mamá.

NORA.—No puedo. Marchaos; tengo mucho que hacer. Andad, hermosos.

(*Los acompaña con cariño y cierra la puerta.*)

NORA. (*Se sienta en el sofá, coge un bordado y da algunas puntadas, pero se detiene en seguida.*) ¡No! (*Tira el bordado, se levanta, va á la puerta de entrada y llama.*) Elena, tráeme el árbol. (*Se acerca á la mesa de la izquierda y abre el cajón.*) ¡No, es completamente imposible!

LA DONCELLA. (*Con el árbol de Navidad.*)—¿Dónde se ha de poner, señorita?

NORA.—Ahí en medio.

LA DONCELLA.—¿Hay que traer algo más?

NORA.—No, gracias; tengo lo que necesito.

(*Vase la doncella, después de dejar el árbol.*)

NORA. (*Arreglando el árbol de Navidad.*)—Aquí hacen falta bujías... y allí flores... ¡Infame de hombre! ¡Sandeces! Todo eso no significa nada. Ha de estar bonito el árbol de Navidad. Yo quiero hacer todo lo que tú quieres, Torvaldo; bailaré por darte gusto, cantaré...

(*Entra Helmer con un rollo de papel debajo del brazo.*)

NORA.—Calla... ¿estás ahí?

HELMER.—Sí. ¿Ha venido alguien?

NORA.—¿Aquí? No.

HELMER.—Es extraño. He visto salir de casa á Krogstad.

NORA.—¡Ah! Sí; Krogstad ha estado un momento.

HELMER.—Te lo conozco en la cara: ¿ha venido para suplicarte que hables en su favor?

NORA.—Sí.

HELMER.—Y debías hacerlo como cosa tuya, ocultándome que había venido. ¿No te ha pedido eso?

NORA.—Sí, Torvaldo, pero...

HELMER.—¡Nora, Nora! ¿Y has podido tú obrar así? ¡Entablar una conversación con semejante hombre y hacerle una promesa! ¡Y, por remate, decirme una mentira!

NORA.—¿Una mentira?...

HELMER.—¿No me has dicho que no había venido nadie? (*La amenaza con el dedo.*) Eso no lo debe volver á hacer mi pajarito cantor. Las aves canoras necesitan tener un pico puro y limpio para gorjear bien... sin desafinaciones.

(*La coge de la cintura.*) ¿No es verdad?... Sí, ya lo sabía yo. (*La suelta.*) Y ni una palabra más sobre este asunto. (*Se sienta delante de la chimenea.*) ¡Qué bien se está aquí!

(*Hojea sus papeles. Nora sigue adornando el árbol. Pausa.*)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—Di.

NORA.—Me alegro muchísimo de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenborg.

HELMER.—Y yo me muero de curiosidad por saber qué sorpresa nos preparas.

NORA.—¡Oh! ¡qué aburrimiento!

HELMER.—¿El qué?

NORA.—No doy con un traje que valga la pena; todo es insignificante y absurdo.

HELMER.—¡Estamos bien! ¿Ahora sale con eso Norita?

NORA. (*Detrás de la butaca, apoyando los codos en el respaldo.*)—¿Tienes mucha prisa, Torvaldo?

HELMER.—¡Oh!...

NORA.—¿Qué papeles son esos?

HELMER.—Cosas del Banco.

NORA.—¡Ya!

HELMER.—He hecho que los directores salientes me entreguen plenos poderes para realizar todos los cambios necesarios en el personal y en la organización de las oficinas. Voy á invertir la semana de Navidad en ese trabajo. Quiero que esté todo en orden para año nuevo.

NORA.—Entonces ¿es por eso por lo que el pobre Krogstad...?

HELMER.—¡Jem!...

NORA. (*Pasándole la mano por el pelo.*)
—Si no estuvieses tan ocupado, te hubiera pedido un favor muy grande.

HELMER.—Sepamos. ¿Qué es?

NORA.—No hay quien tenga tanto gusto como tú. ¡Deseo tanto presentarme bien en ese baile!... Torvaldo, ¿no podrías tú ocuparte de mí y decidir el traje que había de llevar?

HELMER.—¡Hola, hola! La testarudita se da por vencida.

NORA.—Sí, Torvaldo, no puedo decidir nada sin ti.

HELMER.—Bien, bien, se pensará y se ideará alguna cosa.

NORA.—¡Ah, qué amable eres! (*Vuelve al árbol de Navidad. Pausa.*) Pero di, ¿es tan terrible de veras lo que ha hecho Krogstad?

HELMER.—Ha cometido fraudes. ¿Sabes tú lo que quiere decir eso?

NORA.—¿No ha podido ser impulsado por la miseria?

HELMER.—Sí, se obra muchas veces por ligereza. No soy yo tan cruel que condene sin piedad á un hombre por un solo hecho de ese género.

NORA.—No, ¿verdad, Torvaldo?

HELMER.—Más de uno puede levantarse moralmente, á condición de confesar su crimen y de sufrir su pena.

NORA.—¿Su pena?...

HELMER.—Pero Krogstad no ha seguido ese camino. Ha procurado salir del paso con mañas y habilidades; eso es lo que lo ha perdido moralmente.

NORA.—¿Crees tú que?...

HELMER.—Considéralo: un hombre así, con la conciencia de su crimen,

tiene que mentir y disimular á todas horas, tiene que enmascararse hasta en el seno de su propia familia: sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y eso, cuando se piensa en los hijos, es espantoso.

NORA.—¿Por qué?

HELMER.—Porque semejante atmósfera de mentira contagia con principios malsanos á toda una familia. Cada vez que respiran los hijos absorben gérmenes de mal.

NORA. (*Acercándose á él.*)—¿Estás seguro?

HELMER.—¿Pues no he de estarlo, querida? He tenido mil ocasiones de comprobarlo como abogado. Casi todas las personas depravadas desde temprano han tenido madres mentirosas.

NORA.—¿Por qué madres precisamente?

HELMER.—Se debe á las madres con más frecuencia, aunque el padre, como es natural, obra en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben perfectamente. A pesar de eso, Krogstad ha envenenado á sus propios hijos, durante años, con su atmósfera de mentira y de disimulo. He ahí por qué lo llamo un hombre moralmente perdido. (*Le tiende las manos.*) Y he ahí por qué mi graciosa Norita ha de prometerme no hablar en su favor. Dame tu palabra. Vamos, ¿qué es eso? La mano. Así. Conyenido. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento literalmente un malestar físico al lado de semejantes personas.

NORA. (*Retira la mano y va á colocarse*

á la parte opuesta del árbol.)—¡Qué atmósfera tan pesada hay aquí! Y yo que tengo tanto que hacer...

HELMER. (*Levantándose y recogiendo los papeles.*)—Tengo que repasar una parte de esto antes de comer. Y luego pensaré en tu traje. Es posible que yo tenga que colgar también alguna cosa en el árbol de Navidad, envuelta en papel dorado. (*Poniéndole la mano en la cabeza.*) ¡Oh, mi querido pajarín cantor!

NORA. (*En voz baja, después de una pausa.*)—¡No, no hay tal! ¡Es imposible! ¡Tiene que ser imposible!

ANA MARÍA. (*En la puerta de la izquierda.*)—Los niños se empeñan en venir con su mamá.

NORA.—No, no, no, no los dejes venir conmigo. Quédate con ellos.

ANA MARÍA.—Bien, sí, señora.

NORA. (*Pálida de terror.*)—¡Depravar á mis niños!... ¡Envenenar la casa! (*Levanta la cabeza.*) Eso no es verdad. Eso es falso, tan cierto como que existo yo.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. En un rincón, cerca del piano, se ve el árbol de Navidad, despojado ya de todos los objetos. El sombrero y el abrigo de Nora aparecen tirados en el sofá.

(*Nora sola va de un lado á otro con agitación; al fin se detiene junto al sofá y coge el abrigo.*)

NORA. (*Soltando el abrigo.*)—¡Alguien viene!... (*Se dirige á la puerta y*

escucha.) No, no hay nadie. No, no, no es para hoy día de Navidad, ni mañana tampoco... Pero puede ser que... (*Abre la puerta y mira hacia afuera.*) No, en el buzón no hay nada; está vacío. ¡Qué locura! No era seria aquella amenaza. No puede suceder semejante cosa. Tengo tres hijos.

(*Ana María entra por la puerta de la izquierda con una caja grande de cartón.*)

ANA MARÍA.—Por fin he encontrado la caja del traje.

NORA.—Está bien. Déjala en la mesa.

ANA MARÍA. (*Obedeciendo.*)—El traje puede que no sirva como está.

NORA.—¡Ah! De buena gana lo haría mil pedazos.

ANA MARÍA.—¡Ay, eso no! Puede arreglarse fácilmente; todo se reduce á un poco de paciencia.

NORA.—Sí, iré á pedir á la señora de Linde que me ayude.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este tiempo tan malo? Va V. á coger frío y á caer enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera sucederme. ¿Cómo andan los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecillos están jugando con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Se hallan tan acostumbrados á estar con su mamá...

NORA.—Sí, Ana María; pero, ya ves; en el porvenir no podré estar tanto con ellos.

ANA MARÍA.—Los niños se hacen á todo.

NORA.—¿Lo crees tú así? ¿Crees que,

si su mamá se marchara para siempre, la olvidarían?

ANA MARIA. — ¡Dios me valga!... ¡Para siempre!

NORA. — Dime, Ana María... yo me he preguntado muchas veces una cosa. ¿Cómo tuviste valor para confiar tu hijo á manos extrañas?

ANA MARIA. — ¿Qué remedio, si había de criar á Norita?

NORA. — Sí, pero ¿cómo pudiste decirte?

ANA MARIA. — ¿Cuando se presentaba una colocación tan buena? Pues no era poca suerte para una muchacha que había tenido una desgracia. Porque el bribón no quería hacer nada por mí.

NORA. — Tu hija te habrá olvidado de seguro.

ANA MARIA. — Ni pensarlo. Me escribió al tomar la primera comunión, y luego otra vez al casarse.

NORA. (*Echándole los brazos al cuello.*) — Anita mía, tú fuiste una buena madre para mí, cuando era pequeña.

ANA MARIA. — La pobre Norita no tenía más madre que yo.

NORA. — Y, si los niños llegasen á no tenerla tampoco, ya sé bien que tú... ¡Todo esto es hablar por hablar! (*Abre la caja.*) Anda, vete con ellos. Yo tengo que... ya verás que guapa me pongo mañana.

ANA MARIA. — En todo el baile habrá otra más guapa que la señorita; eso lo digo yo.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

NORA. (*Abriendo la caja, pero rechazándola en seguida.*) — Si me atreviese á

salir... Si tuviese la seguridad de que no venía nadie... Si supiese que no había de pasar nada en la casa entre tanto... ¡Qué locura! no vendrá nadie. ¡Fuera cavilaciones! A peinar el manguito. A ponerse los guantes majos, los guantes majos. ¡A desechar estas ideas! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... (*Lanza un grito.*) ¡Ah! están ahí...

(*Quiere dirigirse á la puerta, pero permanece indecisa. Entra Cristina, después de dejar el sombrero y el abrigo en la antecámara.*)

NORA. — ¡Ah! eres tú, Cristina. ¿No viene nadie más, verdad? ¡Qué á punto llegas!

CRISTINA. — He sabido que habías ido á buscarme.

NORA. — Sí, pasaba justamente por tu casa. Quería pedirte que me ayudases. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana hay baile de trajes en el piso de encima de nosotros, en casa del cónsul Stenborg. Torvaldo quiere que me disfrace de pescadora napolitana, y que baile la tarantela que aprendí en Capri.

CRISTINA. — ¡Hola, hola! vas á dar una función entera.

NORA. — Sí, es deseo de Torvaldo. Aquí tienes el traje. Me lo mandó hacer allá Torvaldo. Pero está tan averiado, que realmente no sé...

CRISTINA. — Pronto se arregla. No tiene más que descosido el adorno por algunos sitios. ¡Volando! hilo y aguja. ¡Ah! aquí hay de todo.

NORA. — ¡Qué buena eres!

CRISTINA. (*Cosiendo.*) —¿De modo que te disfrazas mañana? Oye, vendré un momento para verte. ¡También yo!... no me he acordado de darte las gracias por la buena velada de ayer.

NORA. (*Levantándose y atravesando el escenario.*) —Me parece que ayer no se estaba aquí tan bien como de costumbre. Debías haber venido de fuera un poco antes, Cristina... Es verdad que Torvaldo tiene el arte grandísimo de hacer agradable la casa.

CRISTINA. —Y tú también... no niegas que eres hija de tu padre. Pero, dime, ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA. —No, ayer estaba más que de costumbre. El infeliz padece una afeción terrible á la medula espinal. Ya ves: su padre era un ente repugnante. Mantenía queridas y... todavía podría decirse algo más; por eso ha andado su hijo enfermizo desde la infancia, como comprendes.

CRISTINA. (*Dejando caer la labor.*) —Pero ¿quién te cuenta semejantes cosas, querida Nora?

NORA. —¡Bah!... cuando una ha tenido tres hijos, recibe visitas de ciertas señoras que son medio médicos y que le cuentan muchas cosas.

CRISTINA. (*Se pone á coser de nuevo. Pausa.*) —¿Viene aquí todos los días el doctor Rank?

NORA. —Todos los días. Es el mejor amigo de Torvaldo y mío también. El doctor Rank es, por decirlo así, de la casa.

CRISTINA. —Pero, dime, ¿ese hombre

es completamente sincero? Quiero decir... si es amigo de lisonjas.

NORA. —Al contrario. ¿Por qué te ocurre esa idea?

CRISTINA. —Ayer, cuando me lo presentaste, aseguró que había oído aquí frecuentemente mi nombre, y, sin embargo, yo vi más tarde que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo se explica entonces que el doctor Rank haya podido...?

NORA. —Tienes razón, Cristina. Torvaldo tiene una gran adoración por mí; quiere que yo sea sólo de él, como dice. En los primeros tiempos le daba celos nada más que de oirme hablar de las personas queridas que me rodeaban antes. Naturalmente, me abstuve de hacerlo desde entonces, pero con el doctor Rank hablo á menudo de ellas; le entretiene oirme.

CRISTINA. —Escúchame bien, Nora. Tú eres una niña en más de un sentido; yo tengo más edad que tú, y un poco más de experiencia. Voy á darte un consejo á propósito del doctor Rank: convendría tratar de poner fin á todo esto.

NORA. —¿Poner fin á qué?

CRISTINA. —A muchas cosas. Ayer me hablabas de un adorador rico que debía procurarte dinero.

NORA. —Es verdad; pero ese adorador no existe... desgraciadamente. ¿Qué otra cosa?

CRISTINA. —¿Es rico el doctor Rank?

NORA. —Sí, tiene fortuna.

CRISTINA. —¿Y familia no?

NORA. —Ninguna; ¿pero...?

CRISTINA. —¿Y viene aquí á diario?

NORA.—Ya sabes que sí.

CRISTINA.—¿Y cómo puede tener esa falta de delicadeza un hombre caballero?

NORA.—No te comprendo ni poco ni mucho.

CRISTINA.—No hagas papeles, Nora. ¿Crees que no adivino á quién pediste prestados los mil doscientos escudos?

NORA.—¿Has perdido enteramente la cabeza? ¿Puedes creer de veras semejante cosa? ¡A un amigo, que viene aquí todos los días! ¡Pues no sería violenta la situación!

CRISTINA.—Entonces, ¿de veras no es él?

NORA.—Claro que no. Ni un solo instante se me ha ocurrido tal idea. Aparte de que él no podía prestar dinero en aquella época; no ha heredado hasta después.

CRISTINA.—Creo que esa ha sido una suerte para ti, mi querida Nora.

NORA.—No, mujer, jamás me daría la idea de pedir al Doctor... Y eso que estoy muy segura de que si le pidiese...

CRISTINA.—Pero, naturalmente, no lo harás.

NORA.—Por supuesto. No creo que sea necesario. Pero estoy segurísima de que si yo hablase al doctor Rank...

CRISTINA.—¿Sin saberlo tu marido?

NORA.—Es menester salir de este paso. También lo di sin que él lo supiera. Hace falta que esto se concluya.

CRISTINA.—Ya te lo decía yo ayer; pero...

NORA. (*Yendo de un lado para otro.*)—

Un hombre puede desenredarse más fácilmente de esta clase de asuntos que una mujer...

CRISTINA.—Si hablas del marido, sí.

NORA.—¡Tonterías! (*Se detiene.*) Cuando se ha pagado todo, ¿se devuelve el recibo, no es eso?

CRISTINA.—Naturalmente.

NORA.—¡Y puede romperse en mil pedazos y quemarse... el inmundo papel!

CRISTINA. (*La mira con fijeza; deja la labor y se levanta lentamente.*)—Nora, tú me ocultas algo.

NORA.—¿Me lo conoces en la cara?

CRISTINA.—Desde ayer mañana ha pasado alguna cosa. Nora, dime lo que es.

NORA. (*Volviéndose hacia ella.*)—¡Cristina! (*Escuchando.*) ¡Cht! Torvaldo está ahí. Pásate al cuarto de los niños. Torvaldo no puede resistir ver coser. Di á Ana María que te ayude.

CRISTINA. (*Recogiendo parte de la labor.*)—Bueno; pero no me iré hasta que me hayas hablado de todo francamente.

(*Vase por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo entra Helmer por la de la antecámara.*)

NORA. (*Yendo á su encuentro.*)—¡Con qué impaciencia te aguardaba, queriendo Torvaldo!

HELMER.—¿Era la costurera?

NORA.—No, era Cristina, que me está ayudando á arreglar el traje. Ya verás qué golpe doy.

HELMER.—Sí, he tenido una idea brillante.

NORA.—Una idea soberbia. Pero yo también tengo el mérito de tratar de complacerte.

HELMER. (*Acariciándole la barba.*)—¿Mérito?... ¿Por complacer á tu marido? Vamos, vamos, loquilla, ya sé que no es eso lo que querías decir. Pero no quiero interrumpirte; tendrás que probarte, supongo.

NORA.—¿Y tú? ¿Vas á trabajar?

HELMER.—Sí. (*Enseñando papeles.*) Mira. He ido al Banco. (*Va á entrar en su cuarto.*)

NORA.—Torvaldo.

HELMER. (*Deteniéndose.*)—¿Decías...?

NORA.—¿Si la ardillita te suplicase encarecidamente una cosa...?

HELMER.—¿El qué?

NORA.—¿La harías, di?

HELMER.—Ante todo habría que saber de qué se trata.

NORA.—Si tú quisieses ser complaciente y amable, la ardillita brincaría y haría toda clase de monadas.

HELMER.—Di de una vez.

NORA.—La alondra gorjearía en todos los tonos.

HELMER.—La alondra no hace más que eso.

NORA.—Bailaría por recrearte como las sílfides á la luz de la luna.

HELMER.—Nora... ¿no será aquello de que hablaste esta mañana?

NORA. (*Acercándose.*)—Sí, Torvaldo... ¡Hazme ese favor!

HELMER.—¿Y tienes valor de veras para volver á hablar de eso?

NORA.—Sí, sí, tienes que consentir, es preciso que Krogstad conserve su puesto en el Banco.

HELMER.—Mi querida Nora, he destinado esa plaza á la señora de Linde.

NORA.—Y eso es muy de agradecer; pero, bueno, no tienes más que dejar cesante á otro, en vez de Krogstad.

HELMER.—¡Eso es una terquedad que pasa de la raya! Porque ayer hiciste irreflexivamente una promesa, querías que...

NORA.—No es por eso, Torvaldo. Es por ti. Tú mismo has dicho que ese hombre escribe en los peores periódicos... ¡Podrá hacerte tanto daño! Me infunde un miedo tan espantoso...

HELMER.—¡Oh! Ya comprendo... Se te habrán renovado recuerdos de otras épocas y te asustas.

NORA.—¿A qué aludes?

HELMER.—Piensas evidentemente en tu padre.

NORA.—Eso, sí. Acuérdate de todo lo que escribieron en los periódicos sobre papá seres viles... y de todas las calumnias que lanzaron contra él. Yo creo que lo hubiesen destituido, á no haberte enviado el ministerio para hacer la información y á no haberte mostrado tan benévolo con él.

HELMER.—Norita mía, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era un funcionario inatacable; yo sí, y espero seguir siéndolo mientras conserve mi posición.

NORA.—¡Oh! ¡quién sabe lo que son capaces de inventar las malas lenguas! ¡Podríamos estar tan bien, tan tranquilos, tan contentos, en nuestro apacible nido, tú, los niños y yo! Por eso es por lo que te suplico con tanta insistencia.

HELMER. — Pues precisamente por hablarme tú en su favor me es imposible dejarlo. Ya se sabe en el Banco que ha de quedar cesante. Si ahora se supiese que la mujer del nuevo director le había hecho mudar de bi-siesto...

NORA. — ¿Y qué?

HELMER. — No, poco importa, naturalmente, siempre que tú te salgas con la tuya. ¿Puedes creer que fuese á ponerme en ridículo á los ojos de todo el personal?... ¿A dar á entender que dependo de toda clase de influencias extrañas? Puedes estar segura de que no tardarían en dejarse sentir las consecuencias. Y luego... hay otra razón que hace imposible la permanencia de Krogstad en el Banco mientras yo sea director.

NORA. — ¿Cuál?

HELMER. — Por lo que toca á su mancha moral... yo en rigor hubiese podido ser indulgente...

NORA. — ¿Sí, verdad, Torvaldo?

HELMER. — Sobre todo después de oír decir que es un buen empleado. Pero lo conozco de larga fecha. Es una de esas amistades de la juventud, contraídas á la ligera, y que después nos estorban tan á menudo en la vida. Para decírtelo todo, nos tuteamos. Y ese hombre tiene tan poco tacto, que no hace lo más mínimo por disimular en presencia de otras personas. A la inversa, cree que eso le da derecho á usar conmigo de un tono familiar, y á cada instante me viene con *tú* por arriba y *tú* por abajo. Te juro que eso me es desagradable hasta el último extre-

mo. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA. — Torvaldo, tú no piensas una palabra de lo que dices.

HELMER. — Sí tal. ¿Por qué no?

NORA. — Porque sería un motivo mezquino.

HELMER. — ¿Qué dices? ¿Mezquino? ¿Me juzgas mezquino?

NORA. — No, muy al revés, mi querido Torvaldo, y por eso...

HELMER. — Lo mismo da. Tú dices que son mezquinos mis motivos; por consiguiente, debo serlo yo. ¿Mezquino? ¿De veras? Es tiempo de que esto acabe. (*Llamando.*) ¡Elena!

NORA. — ¿Qué vas á hacer?

HELMER. — A tomar una resolución.

(*Entra la doncella.*)

HELMER. — Tenga V. esta carta. Salga V. en seguida á buscar un mozo para que la lleve. Pero de prisa. Las señas van puestas. Tome V. el dinero.

LA DONCELLA. — Bien, señorito.

(*Vase con la carta.*)

HELMER. (*Arrollando sus papeles.*) — ¡Ea! señora terca.

NORA. (*Con voz ahogada.*) — ¿Qué va en ese sobre?

HELMER. — La cesantía de Krogstad.

NORA. — ¡Recógela, Torvaldo! Aún es tiempo. ¡Oh! Torvaldo, ¡recógela! ¡Hazlo por mí... por ti, por los niños! ¡Oyeme, Torvaldo!... ¡haz eso! No sabes lo que puede acarreamos á todos.

HELMER. — Es demasiado tarde.

NORA. — Sí, demasiado tarde.

HELMER. — Querida Nora, yo te per-

dono esta angustia, aun cuando en el fondo sea una injuria hacia mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una injuria creer que yo podría tener miedo á la venganza de un abogaducho perdido? Pero te lo perdono de todas maneras, porque eso demuestra el gran cariño que me tienes. (*La coge en brazos.*) Es preciso, adorada Nora. Suceda lo que quiera. En los momentos graves ya verás que tengo fuerzas y valor, y que echo el peso de todo sobre mí.

NORA. — (*Asustada.*) — ¿Qué quieres decir?

HELMER. — Todo, te digo...

NORA. (*Con acento firme.*) — ¡Jamás, jamás harás eso!

HELMER. — Bien; pues partiremos, Nora, como marido y mujer. Así debe ser. (*Acariciándola.*) ¿Estás contenta ahora? Vamos, vamos, nada de miradas de paloma asustada. Todo es pura imaginación. Ahora lo que debías hacer es tocar la tarantela y ensayarte en la pandereta. Yo me encerraré en mi despacho, y desde allí no oiré nada. Podrás hacer todo el ruido que quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy.

(*Le hace una seña con la cabeza, entra en su despacho llevando los papeles, y cierra la puerta.*)

NORA. (*Embargada por la angustia permanece clavada en su sitio y dice á media voz*): — Sería capaz de hacerlo. Lo hará á despecho de todo. ¡Jamás, oh, jamás! ¡Antes cualquier cosa!... ¡Socorro!... ¡Un medio!... (*Llaman.*) ¡El doctor Rank!... ¡Antes cualquier cosa! ¡cualquiera!

(*Se pasa la mano por la frente, tratando de serenarse, y va á abrir la puerta de entrada. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente va anocheciendo.*)

NORA. — Buenas tardes, Doctor. Lo he conocido á V. en la manera de llamar. No entre V. ahora en el despacho de Torvaldo: creo que está ocupado.

RANK. — ¿Y V.?

NORA. (*Mientras entra el Doctor y ella cierra la puerta.*) — ¡Oh! ya sabe... para V. siempre tengo un momento.

RANK. — Gracias. Me aprovecharé todo el tiempo que pueda.

NORA. — ¿Cómo todo el tiempo que pueda?

RANK. — Sí. ¿Se asusta V.?

NORA. — La expresión es algo extraña. ¿Es que va á pasar algo?

RANK. — Lo que he previsto hace mucho tiempo. Pero no creía que fuese tan pronto.

NORA. (*Asiéndole de un brazo.*) — ¿Qué hay? ¿Qué le han dicho á V.? Doctor, va V. á contármelo.

RANK. (*Sentándose cerca de la chimenea.*) — Estoy al fin de la pendiente. Ya no hay nada que hacer.

NORA. (*Aliviada.*) — ¿Se trata de V.?...

RANK. — Pues ¿de quién? ¿A qué engañarme á mí mismo? Yo soy el más misero de todos mis pacientes... Estos días he hecho el examen general de mi estado. Es la bancarrota. Antes de un mes quizá estaré pudriéndome en el cementerio.

NORA. — ¡Quite V.! ¡Vaya una manera tan fea de hablar!

RANK. — Es que la cosa misma es ho-

rriblemente fea. Lo peor, sin embargo, son todos los horrores que han de preceder. No me queda ya más que un solo examen. En cuanto lo haga, sabré sobre poco más ó menos cuando empezará el desenlace. Deseo decir á V. una cosa: Helmer, con su temperamento delicado, tiene una aversión pronun- ciadísima á todo lo feo. No quiero verlo á mi cabecera.

NORA. — ¡Oh, pero, Doctor!...

RANK. — No quiero. Bajo ningún pre- texto. Le cerraría la puerta. Inmedia- tamente que tenga la certidumbre de la catástrofe, le enviaré á V. mi tarjeta de visita señalada con una cruz negra: sabrá V. entonces que ha empezado el desastre.

NORA. — No, hoy está V. demasiado extravagante. Y yo que deseaba tanto que estuviese V. de muy buen humor.

RANK. — ¿Con la muerte delante de los ojos?... ¿Y pagar por otro? ¿Es eso justicia? Y decir que en cada familia existe de una ú otra manera una liqui- dación de este género...

NORA. (*Tapándose los oídos.*) — ¡Cht! ¡Estemos alegres, estemos alegres!

RANK. — La verdad es que es cosa de risa. Mi espina dorsal, la pobre inocen- te, debe sufrir aún á causa de la ale- gre vida que llevó mi padre cuando era teniente.

NORA. (*A la izquierda cerca del vela- dor.*) — ¿Le gustaban demasiado los es- párragos y el *foie gras*, verdad?

RANK. — Sí, y las trufas.

NORA. — ¡Ah sí! las trufas, ¿y tam- bién las ostras?

RANK. — Y las ostras, por supuesto.

NORA. — Y encima sus tragos de Por- to y de Champaña... Es sensible que todas esas cosas tan buenas ataquen la espina dorsal.

RANK. — Sobre todo cuando atacan á una infeliz espina dorsal que jamás disfrutó de ellas.

NORA. — ¡Ah sí! ¡eso es lo más triste del caso!

RANK. (*Mirándola atentamente.*) — ¡Hum!...

NORA. (*Después de una pausa.*) — ¿Por qué se sonríe V.?

RANK. — Si es V. la que se ha son- reído.

NORA. — No, Doctor, le juro que era V.

RANK. (*Levantándose.*) — Es V. más bromista de lo que yo pensaba.

NORA. — Es que hoy me encuentro tan dispuesta á decir locuras...

RANK. — Ya se ve bien.

NORA. (*Poniendo las manos sobre los hombros del Doctor.*) — Querido, querido Doctor. No hay que morirse y abando- narnos á Torvaldo y á mí.

RANK. — ¡Oh! Será una pena de que se consolarán Vds. en seguida. Se ol- vida tan pronto á los que mueren...

NORA. (*Mirándolo con inquietud.*) — ¿Cree V....?

RANK. — Se crean nuevas relaciones, y después...

NORA. — ¿Que se crean nuevas rela- ciones?

RANK. — V. y Helmer lo harán en cuanto yo desaparezca. V., por su par- te, ya me parece que ha empezado. ¿Qué tenía que hacer aquí ayer noche esa señora de Linde?

NORA. — ¡Ah!... no irá V. á estar celoso de esa pobre Cristina.

RANK. — Sí que lo estoy. Me sucederá en la casa. Cuando me llegue la hora, esa señora...

NORA. — ¡Cht! no tan alto; está ahí.

RANK. — ¿También hoy? Ya lo ve V.

NORA. — Nada más que para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué incomprendible está V. hoy! (*Sentándose en el sofá.*) Ahora hay que ser juiciosos, Doctor. Mañana verá con qué sal bailo y podrá V. decir que no lo hago más que por V... sí, y por Torvaldo, claro está. (*Saca varias cosas de la caja.*) Doctor, venga V. á sentarse, para que le enseñe alguna cosa...

RANK. (*Sentándose.*) — ¿El qué?

NORA. — Tiene V. más que mirar... ¡Vea V.!

RANK. — Medias de seda.

NORA. — Color de carne. ¿No es una cosa bonita? Ahora está demasiado oscuro; pero mañana... No, no, no; V. no verá más que los piés. Sin embargo, si por casualidad viese V. más arriba...

RANK. — Hum...

NORA. — ¿Por qué pone V. ese gesto de duda? ¿No cree V. que me sentarán bien?

RANK. — ¿En qué he de fundarme?

NORA (*Mirándolo un momento.*) — ¡Váyase V. á paseo! ¡Qué mala persona! (*Sacudiéndole ligeramente una oreja con las medias.*) Esto es lo que V. merece.

(*Las vuelve á meter en la caja.*)

RANK. — ¿Qué más maravillas hay que ver?

NORA. — Ninguna; V. no tiene que ver ya nada, por no ser juicioso. (*Registra la caja tarareando.*)

RANK (*Después de una breve pausa.*) — Cuando estoy aquí con V., familiarmente, no acierto á comprender... No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido á esta casa nunca.

NORA. (*Sonriendo.*) — La verdad es que sí; creo que en último término le va á V. aquí muy ricamente.

RANK (*Bajando la voz y mirando con fijeza hacia adelante.*) — Y tener que abandonar todo esto...

NORA. — ¡Niñerías! Que ha de abandonarnos V....

RANK (*Como antes.*) — Y no dejar tras sí el más leve motivo de gratitud... no dejar á lo sumo más que una pena pasajera... no dejar sino un puesto vacío, que podrá ocupar el primero que llegue.

NORA. — ¿Y si yo le pidiese á V.?... No...

RANK. — ¿Si me pidiese V. qué?...

NORA. — Una gran prueba de afecto.

RANK. — Sí, ¿qué?

NORA. — Es decir, un inmenso servicio.

RANK. — ¿Querría darme una vez esa gran alegría?

NORA. — Sí; pero no sabe V. siquiera de qué se trata.

RANK. — Vamos á ver. Diga.

NORA. — No, no puedo, Doctor; ¡es cosa tan enorme!; un consejo, una ayuda y un servicio á la vez...

RANK. — Tanto mejor. No sospecho qué pueda ser; pero acabe de hablar. ¿No tiene V. confianza en mí?

NORA.—Como en nadie. Ya sé que es V. mi mejor y mi más leal amigo. Por eso voy á decírselo todo. Pues bien, Doctor, hay que ayudarme á evitar una cosa. V. sabe lo que me quiere Torvaldo; no vacilaría un instante en dar su vida por mí.

RANK. (*Inclinándose hacia ella.*)—Nora... ¿Cree V. que él sea el único.

NORA. (*Haciendo un ligero movimiento.*)—¿Cómo?

RANK.—¿El único que daría la vida con alegría por V.?

NORA. (*Tristemente.*)—¿Pero de veras?...

RANK.—He jurado que lo sabría V. antes de faltar yo. Jamás hubiese encontrado mejor coyuntura. Sí, Nora, ya lo sabe V., y es tanto como decirle que puede confiarse á mí como á nadie.

NORA. (*Levantándose tranquilamente con actitud natural.*)—Déjeme V. pasar.

RANK. (*Dejándole paso, pero sin levantarse.*)—¡Nora!

NORA. (*En la puerta de entrada.*)—Elena, trae la lámpara. (*Dirigiéndose hacia la chimenea.*) ¡Oh, querido Doctor! ¡Qué mal hace!

RANK.—¿Es un mal haberla amado todo lo más profundamente que cabe?

NORA.—No, sino haberlo dicho. Bastante era...

RANK.—¿Qué quiere V. decir? ¿Que lo sabía?

(*Entra la doncella con la lámpara, la deja en la mesa y vase.*)

RANK.—Nora... señora... pregunto á V. si lo sabía.

NORA.—¿Sé yo acaso?... No puedo

realmente decírselo á V.... ¡Cómo ha podido V. ser tan torpe, Doctor! Iba todo tan bien...

RANK.—En fin, ahora tiene V. la certidumbre de que estoy á su disposición en cuerpo y alma. ¿Quiere V. hablar?

NORA. (*Mirándolo.*)—¿Después de lo que acaba V. de decirme?

RANK.—Por favor, dígame lo que es.

NORA.—Asunto concluido. No sabrá V. nada.

RANK.—¡Sí, sí! No me castigue V. de ese modo. Déjeme V. ayudarla hasta donde sea humanamente posible.

NORA.—Ahora ya no puede V. hacer nada por mí... Además no necesito de nadie. Como V. comprenderá, son simples caprichos, y no otra cosa. ¡Eso es evidente! (*Se sienta en la mecedora y lo mira sonriendo.*) Sí, es V. lo que se llama todo un caballero, doctor Rank. ¿No le da á V. vergüenza ahora que está encendida la lámpara?

RANK.—A decir verdad, no. Pero, ¿es cosa de que me marche... para siempre?

NORA.—Ni soñarlo. Vendrá V., naturalmente, como antes. Sabe V. de sobra que Torvaldo no puede pasarse sin V.

RANK.—Sí, pero ¿V.?

NORA.—¿Yo? Veo todas las cosas con tan buenos ojos en cuanto está V. aquí...

RANK.—He ahí cabalmente lo que me ha inducido á error. ¡Es V. un enigma! Me ha parecido muchas veces que V. se complacía tanto en estar conmigo como con Helmer.

NORA.—Y sí señor: hay las perso-

nas queridas y las personas agradables.

RANK.—Eso es verdad.

NORA.—Cuando estaba en mi casa quería á papá sobre todo, naturalmente; pero no tenía mayor placer que bajar á escondidas al cuarto de las criadas; no me sermoneaban nunca y andaban siempre contándose unas á otras cosas tan divertidas...

RANK.—¡Ah, divinamente! ¿De modo que á esas es á las que yo he sustituido?

NORA. (*Levantándose con viveza y corriendo hacia él.*)—No, por Dios, querido Doctor, no es eso lo que he querido decir. Pero bien puede V. comprender que ahora me pasa con Torvaldo lo mismo que con papá.

LA DONCELLA. (*Saliendo de la antecámara.*)—¡Señorita! (*Le habla al oído y le da una tarjeta.*)

NORA. (*Mirando la tarjeta.*)—¡Ah!

(*La guarda en el bolsillo.*)

RANK.—¿Alguna cosa enojosa?

NORA.—No, nada de eso; es... es mi nuevo traje...

RANK.—¿Cómo? ¡Pues si está ahí!

NORA.—Bien, sí, ese; pero hay otro. Lo he encargado yo... Torvaldo no debe saber nada...

RANK.—¡Ah! He ahí entonces el gran secreto.

NORA.—Pues claro; váyase V. corriendo con él; está en la pieza del fondo; no le deje V. venir...

RANK.—Esté V. tranquila; no se me escapará. (*Pasa á las habitaciones de Helmer.*)

NORA. (*A la doncella.*)—¿Y espera en la cocina?

LA DONCELLA.—Sí, señora; ha subido por la escalera de servicio...

NORA.—¿No le has dicho que había gente?

LA DONCELLA.—Sí; pero no ha servido de nada.

NORA.—¿No ha querido marcharse?

LA DONCELLA.—No; dice que no se irá sino después de haber hablado con la señorita.

NORA.—Bien. Pues que pase; pero sin hacer ruido. No se lo digas á nadie, Elena; es una sorpresa para el señorito.

LA DONCELLA.—Sí, sí, comprendo...

(*Vase.*)

NORA.—¡Se prepara lo tremendo! Aquí lo tenemos. ¡No, no, no, no puede, no debe pasar tal cosa!

(*La doncella acompaña á Krogstad y cierra la puerta. Krogstad se presenta vestido de viaje, con botas recias y gorra de pieles.*)

NORA. (*Adelantándose hacia él.*)—Hable bajo, que está ahí mi marido.

KROGSTAD.—No hay inconveniente.

NORA.—¿Qué quiere V.?

KROGSTAD.—Decirle una cosa.

NORA.—¡Hable pronto! ¿Qué es?

KROGSTAD.—¿V. sabe que he recibido la cesantía?

NORA.—No he podido evitarlo, señor Krogstad. He defendido su causa hasta el fin, pero todo ha sido inútil.

KROGSTAD.—¿Tan poco la quiere á

V. su marido? Sabe lo que puede suceder, y, á pesar de eso, se atreve...

NORA.—¿Cómo le cabe á V. en la cabeza que lo sepa?

KROGSTAD.—Realmente no lo he creído nunca. No sería hombre para demostrar tanto valor mi buen Torvaldo Helmer.

NORA.—Señor Krogstad, exijo que se respete á mi marido.

KROGSTAD.—Se supone. Se le respeta todo lo que es debido. Pero, puesto que V. pone tanto empeño en ocultar este asunto, me permito suponer que está V. mejor informada que ayer sobre la gravedad de lo que hizo.

NORA.—Mejor informada que hubiera podido serlo por V.

KROGSTAD.—En efecto: un jurista tan malo...

NORA.—¿Qué me quiere V.?

KROGSTAD.—Nada. Ver sólo cómo va V., señora. He estado pensando en V. todo el día. Por más que uno sea un abogaducho, un... en fin, un sujeto como yo, no por eso deja de tener algo que se llama corazón, después de todo.

NORA.—Pruébelo V.; piense en mis hijos.

KROGSTAD.—¿Ha pensado en los míos su marido de V.? Pero importa poco. Yo sólo quería decir á V. que no tomase la cosa muy por lo trágico. Por el pronto, no he de presentar acusación contra V.

NORA.—¿No, verdad? Estaba segura.

KROGSTAD.—Cabe muy bien terminar este asunto amistosamente. No hace falta para nada que se enteren

otras personas. Puede quedar entre nosotros tres.

NORA.—Mi marido no debe saber nada nunca...

KROGSTAD.—¿Cómo quiere V. impedirlo? ¿Acaso puede V. pagar lo que resta?

NORA.—Inmediatamente, no.

KROGSTAD.—¿Ha encontrado V. quizá manera de procurarse dinero estos días?

NORA.—No. Medio que yo me avenga á emplear, nó.

KROGSTAD.—Aparte de todo, no le serviría á V. de nada. Ofrézcame V. la cantidad que quiera; yo no he de devolverle el pagaré.

NORA.—Pero explíqueme entonces cómo quiere utilizarlo.

KROGSTAD.—Quiero conservarlo simplemente; tenerlo en mi poder. Ningún extraño sabrá nada. Por manera que si había pensado V. en alguna resolución desesperada...

NORA.—Sí que he pensado.

KROGSTAD.—... en abandonarlo todo y huir...

NORA.—Lo he pensado, sí.

KROGSTAD.—...O en algo peor aún...

NORA.—¿Cómo puede V. saberlo?

KROGSTAD.—...Renuncie V. á esas ideas.

NORA.—Pero, ¿cómo sabe V. que las tengo?

KROGSTAD.—Casi todas las tenemos al principio. Yo las he tenido como los demás; pero confieso que me faltó valor.

NORA. (*Con voz sorda.*)—¡A mí también!

KROGSTAD. (*Tranquilizado.*)—¿No es verdad? A V. también le falta valor.

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Sobre que sería una solemne tontería. Una vez pasada la primer tempestad conyugal... Aquí, en el bolsillo, traigo una carta para su marido de V....

NORA.—¿Se lo dice V. todo?

KROGSTAD.—Con las mayores atenuaciones posibles.

NORA. (*Con precipitación.*)—No debe ver esa carta. Rómpala V. Yo encontraré dinero.

KROGSTAD.—Dispéñseme, señora pero creo haberle dicho hace un momento...

NORA.—¡Oh! no hablo del dinero que le debo á V. Dígame la cantidad que pide á mi marido, y se la daré yo.

KROGSTAD.—No pido dinero á su marido de V.

NORA.—¿Pues qué quiere V. entonces?

KROGSTAD.—Voy á decírselo á V. Quiero prosperar, señora, quiero hacer fortuna; y en eso ha de ayudarme su marido. Durante año y medio no he cometido ningún acto deshonesto; durante todo ese tiempo he batallado con las más duras dificultades. Estaba satisfecho con volver á subir paso á paso. Ahora me echan, y no me basta ya que me vuelvan á admitir simplemente por favor. Quiero prosperar, digo. Quiero entrar en el Banco... en mejores condiciones que antes; su marido de V. tiene que crear una plaza para mí...

NORA.—¡Eso no lo hará nunca!

KROGSTAD.—Lo hará; lo conozco... no se atreverá á pestañear. Y, una vez conseguido, ya verá V. Antes de un año seré la mano derecha del director. Quien dirigirá el Banco será Nils Krogstad y no Torvaldo Helmer.

NORA.—Jamás sucederá tal cosa.

KROGSTAD.—¿Querría V. acaso?...

NORA.—Ahora tengo valor.

KROGSTAD.—¡Oh! No me asusta V. Una dama distinguida y delicada como V...

NORA.—¡Ya verá V., ya verá!

KROGSTAD.—¿Bajo el hielo acaso? ¿En el abismo humedo, frío y sombrío? Y volver á la superficie en la primavera, desfigurada, desconocida, sin cabello...

NORA.—No me asusta V.

KROGSTAD.—Ni V. á mí. No se hacen esas cosas, señora. ¿Y á qué, además? De todos modos, lo tengo en el bolsillo.

NORA.—Cuando yo no exista...

KROGSTAD.—Olvida V. que entonces estará en mis manos su memoria.

(*Nora lo mira perpleja.*)

KROGSTAD.—Con que ya está V. advertida. ¡Nada de bobadas! Cuando Helmer reciba mi carta, espero su contestación. Y acuérdesse V. bien de que su marido es quien me obliga á dar este paso. He ahí lo que no le perdonaré nunca. Adiós, señora.

(*Váse.*)

NORA. (*Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.*)—Se fué. No le enviará la carta. ¡No,

no, es imposible! (*Abre la puerta más cada vez.*) ¿Qué es esto? Se ha detenido. Reflexiona. ¿Iría á...?

(*Oyese caer una carta en el buzón, y después los pasos de Krogstad, cuyo ruido va extinguiéndose conforme baja la escalera.*)

NORA. (*Reprime un grito y vuelve corriendo hasta el velador. Un momento de silencio.*)—¿Está en el buzón! (*Torna sigilosamente á la puerta de la antecámara.*) ¡Está ahí!... ¡Torvaldo, Torvaldo... nos hemos perdido!

CRISTINA. (*Entrando con el traje por la puerta de la izquierda.*)—No he podido hacer más. ¿Quieres probártelo?

NORA. (*Bajo, con voz ahogada.*)—Cristina, ven aquí.

CRISTINA. (*Tirando el vestido en el sofá.*)—¿Qué tienes? Pareces completamente trastornada.

NORA.—Ven aquí. ¿Ves esa carta? ¿Ahí, al través de la abertura del buzón?

CRISTINA.—Sí, veo perfectamente.

NORA.—Esa carta es de Krogstad.

CRISTINA.—¡Nora!... ¿Fué Krogstad quien te prestó ese dinero?

NORA.—Sí. Y ahora lo sabrá todo Torvaldo.

CRISTINA.—Créeme, Nora, es lo mejor para vosotros dos.

NORA.—Es que no lo sabes todo; he puesto una firma falsa.

CRISTINA.—¡Gran Dios!... ¿Qué dices?

NORA.—¡Ahora oye una cosa, Cristina! Oye lo que voy á decirte: es menester que me sirvas de testigo.

CRISTINA.—¿Testigo de qué? ¡Di!

NORA.—Si yo me volviese loca... y bien puede llegar ese caso...

CRISTINA.—¡Nora!

NORA.—O si me sucediese cualquier otra cosa... y no estuviese aquí para...

CRISTINA.—¡Nora, Nora, estás fuera de ti!

NORA.—Si hubiese entonces alguien que quisiese echar toda la culpa sobre sí... ¿comprendes?

CRISTINA.—Sí, ¿pero cómo puedes creer...?

NORA.—En ese caso debes declarar que es falso, Cristina. No estoy fuera de mí; estoy en mi sano juicio, y te digo: Ninguna otra persona lo supo; obré sola, absolutamente sola. Acuérdate bien de esto.

CRISTINA.—Bien, me acordaré. Pero aún no comprendo...

NORA.—¡Ah! ¿Cómo has de comprender? Es que va á obrarse un prodigio.

CRISTINA.—¿Un prodigio?

NORA.—Sí, un prodigio. ¡Pero es tan terrible!... Cristina, es menester que no suceda tal cosa; no quiero, á ningún precio.

CRISTINA.—Voy á hablar con Krogstad ahora mismo.

NORA.—No vayas á verlo: lo pasarías mal.

CRISTINA.—Hubo un tiempo en que hubiese hecho todo lo de este mundo por agradarme.

NORA.—¿El?

CRISTINA.—¿Dónde vive?

NORA.—¿Y qué sé yo?... Digo, sí. (*Se registra el bolsillo.*) Aquí tienes su tarjeta. ¡Pero la carta!

HELMER. (*Llamando á la puerta que comunica con sus habitaciones.*)—¡Nora!

NORA.—(*Lanzando un grito de angustia.*)—¿Qué ocurre? ¿Qué me quieres?

HELMER.—¡Vamos, vamos! no tengas miedo. No podemos entrar; has cerrado la puerta. ¿Te estarás probando el vestido?

NORA.—Sí, sí, estoy probándomelo. Tan guapa como voy á estar, Torvaldo...

CRISTINA.—(*Después de mirar la tarjeta.*)—Vive muy cerca de aquí, ahí en la esquina.

NORA.—Sí, pero ¿á qué? Estamos perdidos. La carta está en el buzón.

CRISTINA.—¿Y tiene la llave tu marido?

NORA.—Siempre.

CRISTINA.—Krogstad puede reclamar la carta antes de que sea leída; puede inventar un pretexto cualquiera.

NORA.—Pero es justamente la hora en que Torvaldo acostumbra á...

CRISTINA.—Entre tanto, ve á su cuarto. Yo vuelvo todo lo antes posible.

(*Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.*)

NORA. (*Acercándose á la puerta de Helmer, abriéndola y mirando.*)—¡Torvaldo!

HELMER. (*Desde dentro.*)—¡Bueno! al fin se puede entrar. Ven, Rank, vamos á ver... (*Apareciendo.*) Pero ¿en qué quedamos?

NORA.—¿Qué, querido Torvaldo?

HELMER.—Rank me había preparado para asistir á una gran exhibición del traje.

RANK (*Presentándose.*)—Así lo había

comprendido, pero parece que me he engañado.

NORA.—De medio á medio. Hasta mañana nadie me verá con todas mis galas.

HELMER.—Pero, querida Nora, ¡qué mala cara tienes! ¿Es que te has fatigado ensayando el baile?

NORA.—No, no he ensayado aún una sola vez.

HELMER.—Pues no habrá más remedio.

NORA.—Sí, Torvaldo, es indispensable. Pero no puedo dar un paso sin ti. Lo he olvidado todo.

HELMER.—Bien, nos pondremos á ello.

NORA.—¿Sí, verdad? Al fin vas á ocuparte de mí, Torvaldo. ¿Me lo prometes? Estoy tan intranquila. Esa reunión... ¡Nada de negocios esta noche, nada de letras! ¿Eh? ¿quieres?

HELMER.—Te lo prometo. Esta noche estoy por completo á tu disposición... atolondradilla. ¡Ah, es verdad! antes tengo que ver una cosa.

(*Se dirige hacia la puerta del vestíbulo.*)

NORA.—¿Qué vas á hacer?

HELMER.—A ver nada más si han venido cartas.

NORA.—No, Torvaldo, no vayas.

HELMER.—¿Por qué?

NORA.—Te lo suplico, Torvaldo... no hay.

HELMER.—Déjame ver.

(*Da un paso hacia la puerta. Nora se sienta al piano y empieza á tocar la tarantela.*)

HELMER.—¡Ah!

NORA.—No podré bailar mañana, si no ensayo hoy contigo.

HELMER. (*Acercándose á ella.*) — ¿De veras tienes tanto miedo, Norita?

NORA.—¡Ay sí! ¡terrible! Vamos á ensayar ahora mismo; todavía tenemos tiempo antes de ponernos á la mesa. Siéntate ahí, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos como acostumbres.

HELMER.—Puesto que lo deseas, andando.

(*Se sienta al piano.*)

NORA. (*Abre una caja; saca una pandereta y un chal de varios colores; se envuelve en un abrir y cerrar de ojos; de un brinco se planta en medio de la habitación y exclama*):—¡Ea! ¡toca! Voy á bailar.

(*Helmer toca; Nora baila; Rank permanece detrás de Helmer, siguiéndola con la vista.*)

HELMER. (*Tocando.*)—Despacio, despacio.

NORA.—Imposible.

HELMER.—Menos precipitación.

NORA.—Es precisamente lo que hace falta.

HELMER.—¡Quiá, eso no va bien!

NORA. (*Riendo y agitando la pandereta*)—¿Qué te decía yo?

RANK. — Permíteme sentarme al piano.

HELMER. (*Levantándose.*) — Con alma y vida, así podré dirigirla mejor.

(*Rank se sienta al piano y toca. Nora baila de una manera más desatentada cada vez. Helmer, colocado cerca de la*

chimenea, le dirige de vez en cuando una observación que ella parece no oír. Se le suelta el pelo, cayéndole por la espalda; no lo nota y sigue bailando. Entra Cristina.)

CRISTINA. (*Deteniéndose confusa.*)— ¡Oh!...

NORA.—Me coges en plena locura, Cristina.

HELMER.—Pero querida Nora, bailas como si te fuese en ello la vida.

NORA.—Y así es.

HELMER.—Para, Rank. Es un furor. Que pares, te digo.

(*Calla el piano y Nora se detiene de repente.*)

HELMER. (*A Nora.*)—No lo hubiera creído nunca: has olvidado todo lo que te enseñé.

NORA. (*Tirando lejos de sí la pandereta.*)—Ya lo ves.

HELMER.—Vamos, necesitas mucha dirección.

NORA.—Ya ves si la necesito. Tú me guiarás hasta el fin. ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELMER.—Puedes confiar.

NORA.—Ni hoy ni mañana debes pensar más que en mí, no has de abrir cartas ni... el buzón.

HELMER.—¡Bueno! otra vez el temor de ese hombre.

NORA.—¡Pues bien, sí! Algo de eso hay también.

HELMER.—Nora, te lo conozco en la cara; allí hay de fijo una carta suya.

NORA.—No sé; lo creo; pero ahora no hay que leer esas cosas. Que no se

interponga ninguna sombra entre nosotros hasta que todo haya acabado.

RANK. (*Aparte á Helmer.*)—No conviene contrariarla.

HELMER. (*Pasándole el brazo por la cintura.*)—Vaya, niña, se hará lo que tú quieres. Pero mañana, después que bailes...

NORA.—Quedarás en libertad.

LA DONCELLA. (*Desde la puerta de la derecha.*)—La señorita está servida.

NORA.—Trae Champaña, Elena.

LA DONCELLA.—Sí, señora.

(*Vase.*)

HELMER.—¡Hola, hola! Va á haber *gaudeamus*, á lo que parece.

NORA.—Fiesta y festín hasta mañana. (*Gritando á la doncella.*)—Y unas pocas almendras, Elena, ó, más bien, muchas; una vez no es todos los días.

HELMER. (*Cogiéndole las manos.*)—Vamos, vamos, así me gusta. No hay que ponerse loca de miedo. Hay que volver á ser como siempre, mi alondrita canora.

NORA.—Sí, Torvaldo, sí. Pero anda ahí dentro mientras; y V. también, Doctor. Tú, Cristina, me ayudarás á arreglarme el pelo.

RANK. (*Aparte á Helmer, dirigiéndose al comedor.*)—¿Y qué?... todo esto... ¿presagia... algo de particular?

HELMER.—Ni por asomo, amigo mío. No es más que esa pueril angustia de que te he hablado.

(*Vanse por la derecha.*)

NORA.—¿Qué?

CRISTINA.—Marchó al campo.

NORA.—Te lo he leído en la cara.

CRISTINA.—Vuelve mañana por la noche; le he dejado cuatro letras.

NORA.—No hubieras debido hacerlo. No hay que tratar de impedir nada. En el fondo, es un goce esperar el terror.

CRISTINA.—¿Qué esperas?

NORA.—¡Oh! tú no comprenderías. Vete con ellos. En seguida iré yo.

NORA. (*Permanece inmóvil un momento como para recogerse; luego mira el reloj.*)—Las cinco. De aquí á media noche, siete horas. Después veinticuatro horas hasta la media noche inmediata. Entonces se habrá bailado la tarentela. ¿Veinticuatro y siete? Tengo treinta y una horas de vida.

HELMER. (*En la puerta de la derecha.*)—Pero ¿qué es de la alondrita?

NORA. (*Arrojándose en sus brazos.*)—¡Aquí la tienes!

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los muebles—mesa, asientos y sofá—han sido trasladados al medio de la estancia. La puerta de la antecámara está abierta. Se oye música de baile procedente del piso superior.

(*Cristina, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Trata de leer, pero no parece poder fijar su pensamiento. A ratos dirige una mirada á la puerta y escucha atentamente.*)

CRISTINA. (*Mirando su reloj.*)—No viene. Ya es pasada la hora, sin embargo. Con tal que... (*Vuelve á escuchar.*) ¡Ah, es él! (*Va á la antecámara y abre suavemente la puerta exterior; se oye*

subir con sigilo la escalera. En voz baja):

—Entre V., estoy sola.

KROGSTAD. (*En la puerta.*)—He recibido una carta de V. ¿Qué quiere decir esto?

CRISTINA.—Tengo necesidad absoluta de hablarle.

KROGSTAD.—¿Sí? Y la entrevista, ¿ha de ser aquí necesariamente?

CRISTINA.—No podía recibir á V. en mi alojamiento: no tengo puerta especial. Venga V.; estaremos solos. Los Helmer están de baile en el segundo piso.

KROGSTAD. (*Entrando.*)—¡Oiga, oiga! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿Pero es de veras?

CRISTINA.—¿Qué tiene de particular?

KROGSTAD.—Nada.

CRISTINA.—Vamos á ver, Krogstad, tenemos que hablar.

KROGSTAD.—¿Nosotros dos? ¿Qué podremos decirnos aún?

CRISTINA.—Muchas cosas.

KROGSTAD.—No lo hubiera creído.

CRISTINA.—Es que V. no me ha comprendido bien nunca.

KROGSTAD.—El caso no tenía mucho que comprender; esas cosas se ven todos los días: una mujer sin corazón despide á un hombre cuando se presenta un partido más ventajoso.

CRISTINA.—¿Me cree V., pues, falta de corazón en absoluto? ¿Cree V. también que no me costó nada el rompimiento?

KROGSTAD.—Sin duda.

CRISTINA.—¿Ha creído V. eso realmente, Krogstad?

KROGSTAD.—Si no era así, ¿por qué me escribió V. como lo hizo?

CRISTINA.—No podía obrar de otro modo. Decidida á romper, debía arrancar de su corazón de V. todo lo que sintiese por mí.

KROGSTAD. (*Frotándose las manos.*)—¡Ah! ¡Eso es!... Y todo por una cuestión de dinero.

CRISTINA.—No debe V. olvidar que yo tenía entonces que sostener una madre y dos hermanos pequeños. No podíamos esperar á V.; V. no tenía entonces más que esperanzas tan remotas...

KROGSTAD.—Aun suponiendo que fuese así, V. no tenía el derecho de rechazarme por otro.

CRISTINA.—No sé. Muchas veces me lo he preguntado.

KROGSTAD. (*Bajando la voz.*)—Cuando la perdí á V., fué lo mismo que si me hubiese faltado el suelo. Míreme; soy como un náufrago asido á una tabla.

CRISTINA.—Quizá no está lejos la salvación.

KROGSTAD.—La tenía ya, y V. ha venido á quitármela.

CRISTINA.—Yo he sido extraña á eso, Krogstad. Hasta hoy no he sabido que á quien iba á sustituir en el Banco era á V.

KROGSTAD.—Lo creo, puesto que me lo dice. Pero ahora que lo sabe, ¿no renunciará V. el puesto?

CRISTINA.—No; á V. no le serviría de nada.

KROGSTAD.—¡Ah, bah!... Yo, en su lugar de V., lo haría de todos modos.

CRISTINA.—Yo he aprendido á obrar

juiciosamente. Me lo han enseñado la vida y la dura necesidad.

KROGSTAD.—Pues á mí la vida me ha enseñado á no fiarme de palabras.

CRISTINA.—En eso le ha dado á V. una sabia lección. ¿Pero en las acciones se fiará, sin embargo?

KROGSTAD.—¿Qué quiere V. decir?

CRISTINA.—V., según dice, es un náufrago asido á una tabla.

KROGSTAD.—Tengo buenas razones para hablar así.

CRISTINA.—Yo también soy un náufrago asido á una tabla: no tengo nadie á quien consagrarme, nadie que necesite de mí.

KROGSTAD.—V. lo ha querido.

CRISTINA.—No estaba en mi mano elegir.

KROGSTAD.—¿A dónde quiere V. venir á parar?

CRISTINA.—¿Qué le parece á V., Krogstad, si esos dos náufragos se tendiesen la mano?

KROGSTAD.—¿Qué dice V.?

CRISTINA.—¿No vale más juntarse en la misma tabla?

KROGSTAD.—¡Cristina!

CRISTINA.—¿Cuál cree V. que es el motivo que me ha traído á esta ciudad?

KROGSTAD.—¿Habría V. pensado en mí?

CRISTINA.—Necesito trabajar para poder soportar la existencia. Todos los días de la vida, hasta donde alcanzan mis recuerdos, los he pasado trabajando. Era mi mayor y mi única alegría. Ahora me veo sola en el mundo, siento un abandono, un vacío horrible. No pensar una más que en sí misma destruye todo el atractivo del trabajo. Vamos, Krogstad, cuénteme V. por quién y por qué trabajar.

KROGSTAD.—No creo á V.: eso no es más que orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.

CRISTINA.—¿Me ha conocido V. jamás exaltada?

KROGSTAD.—¿Sería V. capaz de veras de hacer lo que dice? ¿Conoce V. todo mi pasado?

CRISTINA.—Sí.

KROGSTAD.—Conoce V. mi reputación, lo que se dice de mí.

CRISTINA.—Si le he comprendido bien hace poco, V. cree que yo hubiera podido salvarlo.

KROGSTAD.—Estoy seguro.

CRISTINA.—¿No se puede reparar todo?

KROGSTAD.—¡Cristina! ¿Ha pensado V. bien lo que dice? Sí, lo veo en su cara. ¿De modo que tendría el valor...?

ENRIQUE IBSEN.

(Se continuará.)

RETRATO DE UN HUMILDE

El pesado carruaje del tranvía que enlaza la estación de Montparnasse con el Arco de la Estrella va á arrancar. En aquella tarde áspera y fría de Febrero, ya no queda libre en el interior más que el penúltimo sitio del fondo á la izquierda; sitio estrecho, apenas visible entre una enorme artesana que leva un saco de cuero negro sobre sus gruesas rodillas, y un viejo condecorado con la roseta, sin duda un antiguo oficial, cuyo rostro teñido por la bilis, los ojos de un azul duro y la boca amarga, indican bastante bien lo que se llama un culo de mal asiento, el mismo que de seguro será quien primero pronuncie la frase: «Pero, qué, ¿no andamos?» Y precisamente á la segunda vez que la dice con voz acre, detiéndose de nuevo el coche, que ya había echado á andar. Precipítase dentro de él un hombre bajo y rechoncho, disparado más bien que empujado por el conductor. Con una mano se agarra á las correas del techo, mientras con la otra sostiene una bolsa repleta de libros y verdosa de puro usada. Por entre rodillas con que choca, piés que pisa y paraguas que derriba, rueda hasta donde se hallan el viejo y la artesana. Con un «dispensen ustedes» (al cual ninguno se digna responder), toma asiento entre esos dos temibles vecinos. El primero le da un codazo seco y duro, la segunda le rebasa con sus formas. «Con perdón de V.—dice el recién venido á la izquierda—«con perdón de V.»—repite á la derecha;—y el carruaje resbala al trote de sus dos caballos de color gris de hierro, por ese bulevard de artistas, de pequeños rentistas y de obreros, que ostenta en sus innumerables prenderías un millar de grabados y bustos representando al primer Emperador. ¡Oh cruel ironía de las glorias que se acaban!

Sin embargo, bien ó mal, se ha instalado el hombre de la bolsa y abre ésta, en el último período de uso. Saca de allí una treintena de hojas de papel dobladas por la mitad y por un lado. Del bolsillo de su gabán, ribeteado toscamente con trencilla en las bocamangas y lleno de mugre el cuello, saca un lápiz y se echa un poco atrás el sombrero de copa, un sombrero de satén tan fatigado de resortes como raído de tela. Lleva los cabellos bastante largos y una barba inculta. Sus pesadas botas están salpicadas de barro, el pantalón tiene rodilleras y su corbata negra se hace ya trizas alrededor de un cuello postizo de papel que imita mal el lienzo. Las manchas de una de sus manos revelan el uso reciente del portaplumas; y cuando vuelve una por una las hojas de papel sobre las cuales traza su lápiz signos cabalísticos, las miradas de los curiosos del tranvía pueden leer las palabras: *Institución Vanaboste, Versión latina*. El hombre de la bolsa es un profesor; y de la variedad más melancólica dentro de la docta especie, un profesor libre.

El profesor libre no tiene más que cincuenta y dos años. Se le echarían sesenta, tantas son en toda su persona las huellas que manifiesta de su vida, formada por completo de un continuo é irresistible agotamiento. Y si no, júzguese por

esto poco. Esta mañana se levantó á las cinco, sin hacer ruido, para no despertar á su mujer. Se ha acicalado á oscuras, con el único jarro de agua, el único jabón y el único peine que hay en la casa. Antes de la seis se dirigió á pié, por economía, desde la avenida de los Gobelinos, donde habita, hasta un colegio de la calle de la Vieille-Estrapade. Desde las seis á las siete y media ha tomado las lecciones y revisado las tareas de castigo á varios alumnos que siguen el curso en el Liceo de Luis el Grande. A las ocho se sentaba en una de las aulas de la Institución Vanaboste, recién trasladada, desde que ha crecido en importancia, á un hotel de la calle de la Montaña de Santa Genoveva, «entre patio y jardín», dicen los prospectos, sin especificar que ese jardín consiste en un cuadro de terreno como un moquero de grande, donde brotan tres acacias enfermas y donde nunca penetra el sol, por lo altas que son las casas medianeras. Por único desayuno ha tomado el profesor, entre esas dos sesiones, una rosquilla de cinco céntimos masculada mientras corría á lo largo de los tristes paredones del Panteón. Hasta las diez no volvió á casa. En ella explicó á cuatro alumnos, dos á dos, hasta las doce y media. Son las tres; y desde el almuerzo ha tenido tiempo para dar otra clase en

la escuela de Santa Cecilia, colegio de señoritas donde su edad le ha hecho ser admitido. Con otras cinco lecciones, tres antes de comer y dos después de la comida, concluirá la jornada.

El coche anda, se para, arranca, va retrasando la marcha, se detiene y vuelve á arrancar de nuevo. El lápiz del profesor continúa corriendo por las márgenes de las cuartillas, trazando allí letras: *cs*, que significa *contrasentido*, y *ffr*, que quiere decir *faltas de francés*, y *fs*, que indica *falso sentido*, y *fo* (los innumerables *fo*), que expresan *faltas de ortografía*. Y mientras corrige esas cuartillas, el viejo galeote de la enseñanza libre piensa en la lección particular á domicilio que va á tener. Su antiguo colega del colegio Vanaboste, Claudio Larcher, el escritor tan conocido hoy, le ha proporcionado una lección en casa de una señora rusa, de tránsito en París, una hora cuatro veces por semana, para un niño demasiado pálido, muy dulce, á quien sólo hay que enseñarle á leer y escribir al dictado; ¡y por esta hora dan treinta francos! Nunca se ha visto pagado así el profesor, y acaricia un ensueño: aprovechar la ocasión para ahorrar algún dinerillo y realizar á la postre su deseo de veintisiete años de matrimonio, que consiste en ir quince días á la costa con su

mujer. Nunca ha podido. ¡Son tan pesadas sus cargas, que ha tenido siempre que trabajar mucho! Rechazado en la Escuela normal, á los diez y nueve años se hizo pasante por prepararse para la licenciatura. Una vez licenciado, se casó con la hija de uno de sus colegas; y en seguida hubo que pagar los muebles, criar el primer hijo, luego el segundo, después el tercero, más tarde el cuarto. Hoy sus dos hijas mayores están casadas, la una con un comerciante y la otra con un abogado, dos antiguos discípulos. Como no ha habido dote que darlas, el padre asegura á cada una de ellas, por contrato, mil francos anuales, total, dos mil francos. De los dos muchachos, el uno ha salido este año de Saint-Cyr, y el padre le pasa también mil francos anuales; la madre es quien le ha decidido á esta pensión, para que no haya injusticia. No sé dónde, hay en provincias una anciana tía, que se moriría de hambre sin los trescientos francos que la manda, y ha recogido en su casa á la madre de su mujer. Todo esto cuesta mucho, y el profesor no recibe, por término medio, más paga que cuatro francos por una hora á domicilio, algunas veces tres, otras cinco, con menos frecuencia seis, y rara, rarísimamente, siete. La lección del ruso es como una herencia inesperada; tan-

to más, cuanto que el enlace del tranvía de Montparnasse le permite ir á casa de su alumno y volver de ella, por sesenta céntimos, sin perder demasiado tiempo, gracias al sistema de los carriles que, evitando las sacudidas, permite escribir en el carruaje. Por eso se nota una agradable sonrisa en el excelente «señor H₂O», como le llaman los Vanabroste, burlándose de su incuria personal, con el nombre de la fórmula química del agua. Poco se preocupa de que sus dos vecinos le espachurren á quien más pueda, y que los demás viajeros miren con desprecio ó con mofa á él, su sombrero, su bolsa y sus cuartillas. Ve con el pensamiento un rinconcito de playa normanda, con arreglo á los periódicos ilustrados por dibujantes que nunca han salido de París. Ve el Océano, y ve á la «mama» (su

mujer), sentada sobre las conchas al borde de las olas (*Purpureum mare*, como dice su querido Virgilio). Y cuando el tranvía para en el Arco, después de haber cruzado el Sena y subido al paso la áspera y larga avenida de Marceau, va saltando con aire vivaracho hasta la puerta del hotel, alquilado con muebles, calle de Bel-Respiro, donde habita la gran señora rusa madre de Andresito. Se olvida de limpiarse las suelas debajo de la marquesina, y el portero delibrea que acaba de anunciarle con dos campanadas, como á los proveedores, dice á un lacayo entretenido en el pabellón:

—Este gana el dinero como quiere, sin hacer nada; y ni siquiera es para tomar un simón y venir así limpio... ¡Anda, viejo avariento!

¡Ah! ¡Pobre hombre!

PABLO BOURGET.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

V

Actividad de los preparativos.—Estatuas en Honduras y en Méjico.—Sigue discutiéndose la naturaleza de Colón y su barba.—Hechos.—Publicaciones de la Academia de la Historia: *Pleitos de Colón*, *Bibliografía colombina*.—Importancia que tienen.—Declara el rey Don Fernando por qué fué depuesto Colón en el virreinato.—Encíclica de Su Santidad León XIII.—Celebración religiosa del centenario.—Apertura de la Exposición Italo-Americana en Génova.—Atractivos.—Recuerdos españoles.—El huevo de Colón.—Medalla.—Empiezan nuestras fiestas con el aniversario de la salida de las carabelas.—Huelva.—Palos.—La Rábida.—Concurrencia de buques extranjeros.—Salva universal.—Gloria á los valerosos navegantes.

Tocando al fin el período de preparación de fiestas, llegan noticias de la actividad con que por todas partes se procura ganar el tiempo perdido proyectando lo mejor, con perjuicio de lo bueno. El Gobierno de la República de Honduras ha decidido erigir otro monumento á Colón, razonando el decreto del Presidente, general D. Ponciano Leiva, que si deben las distintas nacionalidades del Nuevo Mundo gratitud al hombre que dió origen común á su historia, Honduras se la debe especialmente por haber visitado sus costas en el cuarto y último de los viajes de descubrimiento. El decreto, expedido en Comayagua, dispone, por tanto, que en la ciudad

de Trujillo, en el centro de un parque costado por el Gobierno, se coloque estatua de bronce, de seis piés de altura, sobre pedestal de granito, de dimensiones proporcionadas, con inscripción que diga: *La República de Honduras á Cristóbal Colón, 1492—1892*. El monumento se inaugurará el 12 de Octubre próximo, con asistencia de las autoridades.

En Méjico se descubrirá el mismo día, declarado de antemano fiesta nacional, una segunda estatua de bronce del Almirante, más artística, según parece, que la fundida en París y regalada á la ciudad en 1877 por el patrio D. Antonio Escandón. Pasan á quince mil los objetos que se están en-

cajonando con destino á la Exposición de Madrid, donde han de dar idea exacta de la civilización indiana.

Italia ha reavivado la controversia antigua de la naturaleza del navegante, visto el opúsculo del Sr. de Uhagon. Mientras en Saona se aplaude, considerando definitiva la demostración documental, en Génova se niega importancia al testimonio de los que declararon ante el Tribunal de las órdenes militares, y más esta opinión que la primera tiene adeptos en otras ciudades (1).

Curiosa discusión de otra especie han sostenido estos días en París M. E. Ramon (2) y M. R. Darzens (3), primeramente en averiguación de si existe ó no retrato auténtico de Cristóbal Colón, y, por consecuencia, si, dado que lo haya, deberá estar representada la efigie con barba ó sin ella. Origen de la polémica ha sido el actor que en el espectáculo titulado *La Vieille Amérique reconstituée*, de que hemos dado cuenta (4), hace las veces de descubridor del Mundo Nuevo, apareciendo diariamente á vista del público emulando con Jaime *el Barbudo*. Consultado el arquitecto-director M. Colibert por uno de los periodistas *interviewers*, manifestó no haber dado *exequatur* al apéndice varonil en la cara del referido actor, porque en algún retrato lo tuviera

el famoso ligur, pues que todas las pinturas son dudosas. Fundaba su adopción capilar en la idea de que dejaría de afeitarse Colón desde el momento en que dió la vela en Palos y no volvería á hacer uso de la navaja hasta regresar á España, lo mismo que todos los hombres á bordo, tanto por comodidad como por no perder el tiempo, razones que entonces se habían tenido presentes para tolerar, y aun prevenir, que los marineros no se raparan en viajes largos. Siendo así, en el momento de avistar la isla Guanahaní, que es el que la escena representa, el Almirante de las Indias tenía que empezar á serlo tal como la Naturaleza le dotó, sin supresiones artificiales.

No está mal pensado: hay seguridad de no haber sido Colón barbilampiño, y nada le había de impedir, á no ser el uso ó la costumbre (de que en la mar, alejado de la sociedad ceremoniosa, podía prescindir), la disposición libérrima de bienes tan raíces.

Si otro *reporter* se hubiera tomado la molestia de hacer semejante pregunta al pintor M. Jacquard, por la barba de capuchino con que figuró á D. Cristóbal en la hora de la muerte (1), acaso respondiera que, durante la enfermedad, forzosamente había descuidado los perfiles de la persona, dejando á los cabellos crecer sin medida. Cabe en lo posible.

Aun en lo ordinario se sabe, por testimonio del cronista Fernández de Oviedo, que una vez, en la isla Espa-

(1) Cesare de Lollis: *Fanfulla della Domenica*; Roma, 10 Luglio.

(2) *Le Courrier*, 4 Juin, 1892.

(3) *Le Figaro, supplément littéraire*, 2 Juillet, 1892.

(4) En la reseña crítica del mes de Junio.

(1) Reseña crítica del mes de Mayo.

ñola, molestado Colón por las pesquisas que hacía el enviado de los Reyes, Juan de Aguado, *dejó crecer la barba y vistióse de pardo como fraile*, mas refiriéndolo como suceso anormal; como el mismo cronista, sin discrepar de los otros coetáneos, bosqueja el retrato físico del Almirante con la cara limpia, y asimismo están representados el rey D. Fernando, el Gran Capitán, los personajes de cuenta de la corte, es razonable admitir que en pintura, si se hizo, como en los actos de la vida, les imitara el Almirante. Punto es éste que no habrá dejado de estudiar el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán en su libro de *Los retratos de Colón*, que no tardará en salir á luz.

Llegamos á los hechos. La Academia de la Historia acaba de publicar, como contribución de su Instituto en la solemnidad del centenario, una de las obras permanentes, de utilidad incontestable; uno de los tomos de la *Colección de documentos inéditos de Indias*, cuya serie continúa, dedicado exclusivamente á las piezas de autos incoados á petición de los Almirantes de las Indias.

Los pleitos que sostuvo contra la corona D. Diego Colón han servido para conocer muchas circunstancias de la vida y viajes de su padre D. Cristóbal, así por los documentos que exhibió, comenzando por las capitulaciones de Santa Fe, las cédulas de mercedes y privilegios de los Reyes, las escrituras de institución de mayorazgo, testamento y codicilo, cuya autenticidad hubo de examinar ante todo el tribu-

nal, como por las declaraciones de los testigos en abono de las probanzas.

De estas últimas publicó D. Martín Fernández de Navarrete en la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, un extracto que amplió el que suscribe en el libro titulado *Colón y Pinzón*, habiendo examinado las piezas originales del proceso. Posteriormente se trajeron éstas á Madrid desde el Archivo de Indias, y, vista su importancia, decidió la Academia darlas á luz íntegramente, satisfaciendo una verdadera necesidad.

Hacen saber los referidos autos que, relevado D. Cristóbal Colón en el gobierno de las nuevas tierras occidentales, y ocurrido su fallecimiento, pretendió sucederle D. Diego Colón por derecho propio, teniéndose por visorrey de todas las islas y tierra firme descubiertas y por descubrir, con facultades equivalentes á la soberanía efectiva por allá, si bien reconocía la nominal de los reyes de Castilla. Examinado el asunto ante el Consejo, no hubo de parecer tan claro como lo entendía el pretendiente, é hizo declaración de lo que le pertenecía y debía pertenecer por virtud de las capitulaciones antes del descubrimiento firmadas en Santa Fe. El interesado no se conformó con la interpretación, iniciando el pleito el año 1508, vuelto el rey D. Fernando de Nápoles.

Seguidas las diligencias, recayó sentencia en Mayo de 1511, declarando pertenecer al Almirante D. Diego Colón y á sus sucesores por siempre jamás, la gobernación y administración

de justicia en las tierras descubiertas por su padre, con título de visorrey. La sentencia fué aprobada y mandada cumplir por provisión ejecutoria, mas como en el ínterin se hubieran ido extendiendo las exploraciones y conquistas en el Nuevo Mundo, pareció á D. Diego poco lo que le acordaban, y suplicó de la dicha sentencia en el concepto de que todo lo descubierto hasta entonces y lo que en adelante se descubriera, debíase á la industria de Don Cristóbal Colón, que enseñó el camino.

Con tal fundamento, formuló un memorial de agravios con cuarenta y dos capítulos y extremos tales, que obligaron á significarle ser el Rey y la Reina los señores naturales de las Indias, y no el Almirante, como D. Diego creía. No obstante, los pedimentos, réplicas y suplicaciones con que continuaba tenazmente el pleito eran en tanto número, y las gestiones privadas de tal naturaleza, que el cronista bufón del Emperador, Francesillo de Zúñiga, las hizo proverbiales diciendo de los insistentes cortesanos; *escribe más que Colón*.

Acabada la vida del pleiteante, su viuda, doña María de Toledo, que firmaba *la desdichada virreyna*, siguió con mejor tacto las diligencias, considerándola mucho el Emperador. Convino en la designación de respetables jueces árbitros que transigieron las diferencias, pero sin concluir el litigio, porque D. Luis Colón, tercer Almirante se llamó engañado, hallando recursos curiales con los que, lo mismo que su padre, entretuvo los años de su existencia accidentada y novelesca.

Como murió sin sucesión legítima, los que se creían con derecho al título y rentas dieron que hacer á los tribunales no menos que hasta el año de 1796, dilatando por espacio de casi tres siglos los procesos en que, por mala ventura del descubridor de las Indias occidentales, fué llevado y traído su nombre en plumas de ganso. El último de los abogados, D. Gaspar de Jovellanos, que tuvo la suerte de dar fin á los autos, asegurando el título de duque de Veragua á la casa que ahora lo disfruta, escribía:

«No fué menos funesta á la gloria de Colón la conducta de sus descendientes. Olvidados unos del gran nombre que debían conservar, dados otros á oscurecerle con una conducta tenebrosa y disipada, y divididos los demás en eternas discordias, sólo atentos á robarse el fruto de los trabajos de aquel grande hombre, apenas pudo alguno disfrutarle con tranquilidad. Multiplicadas demandas, artículos innumerables, recíprocos insultos y recriminaciones, injurias, perjurios, suplantaciones y todo cuanto ha podido inventar la codicia litigiosa y la superchería curial en menoscabo de la verdad, tanto se puso en obra para destruir el orden de una sucesión tan sabiamente dispuesta y tan claramente señalada por el fundador.»

El tomo primero de pleitos que se da ahora al público empieza con las reclamaciones de D. Diego Colón que promovieron examen de los privilegios del primer Almirante, la iniciación de los autos, la sentencia pronunciada en Se-

villa en 1515 y la segunda en Burgos el año siguiente, poniendo á prueba el derecho del pretendiente á la gobernación del Darién.

Concéntrase el interés histórico en las probanzas, porque declaran como testigos, en gran número, capitanes, pilotos y marineros de los que acompañaron á D. Cristóbal Colón en sus cuatro viajes, con sujeción á los interrogatorios formulados por las dos partes á fin de acreditar la extensión que descubrió en la Tierra-firme. Dejando á un lado los intereses disputados en el pleito, es nueva, en el dicho del adelantado D. Bartolomé, hermano del Almirante, la declaración de que «este testigo andubo con Don Cristobal Colón solicitando con el Rey e la Reyna, e que al tiempo que lo solicitaban facian burla del dicho Almirante e deste testigo diciendo *que querian descubrir otro mundo nuevo*».

La expresión acredita que todavía el año 1512, en que se escribió, estaba D. Bartolomé tan persuadido como D. Cristóbal de haber llegado á la India verdadera; creencia de que participaban los otros marineros, pues afirman que en el cuarto viaje fueron con el Almirante en busca de la *Especería* por la costa de Tierra-firme, *que es Asia*.

Pormenores de no menos curiosidad se aprenden en los testimonios de Rodrigo de Bastida, Andrés de Morales, Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Pedro de Terreros, los Porrás, los Niños y otros.

Se recomienda preferentemente á la

atención en este tomo, por muchos conceptos, la carta dirigida por el rey D. Fernando á D. Diego Colón, con fecha 23 de Febrero de 1512, respondiendo á una de tantas querellas. «Para que las cosas vayan como conviene á mi servicio y á vuestro provecho y honra—dice—no debeis poner os en esas preeminencias de poca sustancia, diciendo que el Comendador Mayor lo hacia, porque vos sabeis muy bien que cuando la Reyna, que santa gloria haya, e yo, lo enviamos por gobernador á esa isla, e a causa del mal recaudo que vuestro padre se dió en ese cargo que vos agora teneis, estaba toda alzada y perdida y sin ningun provecho, y por eso fué necesario darle al Comendador Mayor el cargo absoluto para remediarla, porque no había otro remedio ninguno ni habia caso para que se pudiera dar ninguna orden ni concierto desde acá, por las causas susodichas, y tambien porque no tenía yo noticia ni informacion ninguna de las cosas desa isla para poderlas proveer. Agora que, gracias á nuestro Señor, las cosas de esas partes las entiendo yo como las de Castilla, y están de manera que se pueden poner en orden y concierto, para que nuestro Señor sea servido y nuestras rentas acrescentadas, los vecinos y naturales desa isla deben estar como vasallos y no como esclavos, segun los tuvieron en tiempos pasados, y por esto he de mandar proveer las cosas como viere que convengan al servicio de nuestro Señor e nuestro e bien de la tierra, y si vos quereis pensar en ello, esto es

vuestra honra y salud de vuestra alma y acrescentamiento de vuestra hacienda y seguridad de vuestro estado... Mucho vos ruego y encargo que de aquí adelante obreis de manera que sea excusado mandaros escribir yo cartas como esta, porque, por cierto, por el amor que á vuestra persona tengo y por la crianza que en mi casa recibistes, deseo vuestro acrescentamiento y haceros mercedes.»

La Academia de la Historia asimismo, si bien esta vez por comisión y encargo de la Junta directiva del centenario, ha formado é impreso otra de las obras permanentes, la *Bibliografía Colombina*, que compone un volumen en folio de 630 páginas, sin comprender las de preliminares. Divídese en ocho secciones que son: I. Índice de reales cédulas, provisiones, títulos, asientos, memoriales y otros documentos relativos á Cristóbal Colón y sus descendientes.—II. Escritos de Cristóbal Colón.—III. Obras que tratan de su vida y viajes.—IV. Referencias.—V. Bibliografías, enciclopedias, diccionarios históricos, biográficos y geográficos que le han dedicado artículos.—VI. Obras literarias en prosa y verso inspiradas en asuntos de su vida.—VII. Obras artísticas, retratos, cuadros, monumentos.—VIII. Centenario.

La sección primera, bastante por sí sola para dar importancia á la obra, toda vez que abarca y condensa la historia documental, es decir, la verdadera historia del descubridor de las Indias, describe 1.395 piezas, la tercera parte inéditas, con indicación del

paradero de cada una y del libro ó libros en que se han reproducido las publicadas. Juntamente con las otras siete secciones alcanza una suma muy próxima á 5.000 artículos, sin pretensión de anunciar los que existen esparcidos en las bibliotecas de ambos mundos, antes con presunción de que muchos, singularmente monografías y estudios destinados á revistas, periódicos y papeles de existencia efímera, habrán escapado á la diligencia de los encargados de buscarlos en circunstancias tan premiosas de tiempo y lugar. Solamente la sección poética que, al decir del conde Roselly de Lorgues, no exceden en España de media docena de composiciones, arroja un total de 315, contados poemas como los de Campoamor y Verdaguer; dramas cual el de Rodríguez Rubí; odas de Quintana y Baralt; romances del duque de Rivas, sonetos y epigramas olvidados entre las hojas de los siglos XVI y XVII, habiéndolos firmados por Quevedo, Maluenda, el príncipe de Squilace, Miguel de Barrios, Solórzano, Salas Barbadillo, Sobrario, Stella, Lope de Vega, y testimonios del estro popular anónimo, incluso los pliegos de aleluyas á cinco céntimos en que, ayudando el buril, se enseña á la infancia.

Rinde la imparcial historia
al gran Cristóbal Colón
timbre de eterna memoria.

Relativamente al retrato, 130 se apuntan para gusto de todos, con armadura, hábito de San Francisco, manto ducal, pieles, golilla, cabello largo y corto, bigote y perilla, nariz

aguileña ó respingada, sombrero de tres picos, y adherentes tales como globos, cartas, guiones, astrolabios, espadas, ballestillas, huevos, cadenas, indios é indias... En semejantes menudencias no se detenía *El Sacristán de Vieja Rúa* en los tiempos en que regía las Españas desde la celda de El Escorial D. Felipe el Prudente; satisfaciale la sátira ingeniosa, escribiendo:

« Aunque á todos ha causado
Espanto y admiración
El mundo que halló Colón,
A mí nunca me ha admirado;
Porque, ¿quién ¡malicia es!
Descubriera un mundo entero
Con un mundo de dinero,
Sino sólo un genovés? »

Con las dos obras de *Bibliografía* y de *Pleitos*, dadas á la estampa por la Academia de la Historia, á que todavía se unirá una tercera, la compilación de los escritos del primer Almirante de las Indias, España habrá satisfecho la deuda que con él tenía erigiéndole monumento imperecedero más grandioso que los de bronce y piedra, dándolo á conocer á las edades futuras con sus cualidades de excelencia rara y sus flaquezas de miseria ordinaria mundanal; acopiando los materiales que se necesitaban para llenar el cuadro de su vida en el período de 1491 á 1506. Ya dentro de él, no serán lícitas ciertas fantasías que alcanzaron boga; cualquiera que lo desee podrá separar lo novelesco de lo real y efectivo y juzgar con razón la que asiste á la conseja del buen hombre, peregrinante de corte en corte con un mundo nue-

vecito y dorado bajo el brazo, que nadie quería, hasta que España lo aceptó para pagar con grillos y mísera muerte la generosidad del donador. Esto no impedirá á los amantes de lo legendario acariciar sus tipos; al contrario, les facilitará la *Bibliografía* noticias de muchísimos autores cortesanos, imitadores ó simples copiantes de Lamartine, de Irving y de Roselly, trinidad poético-colombina de envidiable renombre.

A la realidad pertenece ya asimismo la Encíclica de Su Santidad León XIII, impacientemente esperada (1). Los admiradores del conde Roselly de Lorgues, postulador de la causa de beatificación de Cristóbal Colón, esperaban que en el documento se insinuaría este resultado por vía excepcional, glorificando al héroe de dos mundos con el título de Embajador de Dios (2), mientras en Francia mismo dudaban otros que en el gran navegante se descubran las condiciones de los bienaventurados (3). Su Santidad declara por de pronto que la principal idea que dirigió el espíritu de Colón en su empresa fué la de abrir un camino al Evangelio á través de nuevas tierras y de nuevos mares, y que para celebrar dignamente las fiestas del centenario conviene añadir lo santo de la religión al esplendor de las funciones civiles. Deci-

(1) Dada en Roma, junto á San Pedro, el XVI día de Julio del año MDCCCXCII.

(2) M. Charles Buet: *Le Gaulois*; París, 14 Juillet, 1892.

(3) Hoja impresa en París, firmada *Un Catholique du bon vieux temps*.

de por ello que el 12 de Octubre ó el primer domingo siguiente, se celebre una solemne Misa de la Santísima Trinidad en todas las iglesias, catedrales y colegiadas de España, de Italia y de las dos Américas, invitando á las demás naciones á hacer lo propio.

Las festividades civiles han comenzado en Italia el 10 de Julio, día de San Cristóbal, con apertura de la Exposición Italo-Americana preparada en Génova. Asistieron á la inauguración SS. AA. los duques de Génova; el ministro de Obras públicas en representación del Gobierno; los senadores y diputados de Liguria y gran concurrencia atraída, tanto por la Exposición en sí, como por los accesorios agradables; grandes espectáculos, regatas, carreras de caballos, concurso de tiro al blanco, conciertos, acuario, jardines, fuentes luminosas.

Hubo, como es de rigor, discursos oficiales en que se hizo el elogio del héroe motivo de la fiesta, banquete de gala en el municipio, recepción, visitas, que realzó la presencia en el puerto de la escuadra de acorazados, y plácemes á la hermosa ciudad que con sus propios recursos, sin auxilio del Gobierno ha sabido ofrecer tan gallarda muestra de prosperidad.

Un arco grandioso da acceso al salón de recibo, desde el que se pasa á las galerías. En la del trabajo funcionan las máquinas; en la americana, productos de aquel mundo, con ejemplares de la fauna y la flora, trajes, pieles y objetos varios llaman la atención; en la de marina y guerra figuran mode-

los de galeras y naves antiguas; en la de bellas artes, cuadros y esculturas que atestiguan ser siempre Italia sobresaliente.

Dos lugares hay privilegiados: uno dentro del recinto general que es de exposición de las misiones católicas: corona la entrada la estatua de Cristóbal Colón en actitud de plantar la cruz en la tierra nuevamente hallada, y hay ordenadas colecciones de armas, utensilios, trajes y manufacturas de los indios. El otro lugar, externo, el *Palazzo Bianco*, que perteneció á la duquesa de Galliera, contiene objetos del arte antiguo de gran valor y curiosidad. Como recuerdos españoles son de citar la espada que regaló el rey Felipe III á uno de los Dorias; el retrato de Ambrosio Spínola, obra de Rubens; otro del gran duque de Alba, por Ticiano, y una virgen de Murillo.

En toda Exposición se encuentra alguna novedad ingeniosa que condensa y fija la memoria; ese algo es en Génova un huevo: *el huevo de Colón*. Figura la mesa una plataforma de 500 metros cuadrados, y en el centro se eleva el ovoide en pie, midiendo 25 metros de altura y unos 18 de mayor diámetro. Interiormente tiene cuatro pisos decorados con gusto, en los que han pintado escenas de la vida de Colón los artistas Rizzola, Calosso y Pedroni, y pueden contener 600 personas necesitadas de refacción, porque es el huevo, con la *mesa y mantel* (toldo) de 3.000 metros de lona, un comedero muy concurrido. *¿Qué pájaro ó qué pez será el Sr. Quarone, que lo ha puesto?*

Por recuerdo oficial se ha acuñado medalla, presentando en el anverso grupo de figuras que simbolizan á Génova, introduciendo á América para ofrecer sus productos á Europa; la leyenda *Esposizione Italo-americana, Anno 1892*. En el reverso efigie y nombre de *Cristoforo Colombo*.

Visitaron la Exposición el domingo 17 de Julio, 14.624 personas.

Acá se eligió por principio de alegrías el 3 de Agosto, aniversario cuadringentésimo de la salida de las carabelas, aunque bien pudiera asegurarse que con muy distinto sentimiento las vieron marchar las gentes del puerto de Palos, cuando principio tuvo la epopeya del descubrimiento.

El telégrafo ha propalado en el momento las impresiones de los espectadores, refiriendo la recepción hecha en el departamento de Cádiz al ministro de Marina, representante del Gobierno en los festejos; su visita y reconocimiento de la histórica nao *Santa María*, que responde á lo que se esperaba del celo de los ingenieros y operarios del arsenal de la Carraca; la bajada de ésta á la bahía de Cádiz, remolcada por el buque insignia del mismo Ministro; la travesía hasta Huelva, escoltada por cruceros de todas las naciones; por último, la salida á la mar desde el puerto de Palos el día memorable, dando motivo á manifestación sin ejemplo.

Abrió la aurora una mañana que más que de verano parecía de Noviembre; los horizontes foscas, el cielo cubierto de nubes espesas y de mal cariz, como dicen los marinos; sentíase el

peso de la neblina fría, y todo presagiaba un desencanto á los que, sin dormir, salían del baile para tomar puesto disputado en los vapores. A la primera claridad se oyó el ruido de las cadenas de las anclas que los buques levaban; rompió la marcha el *Legazpi*, de la insignia del Ministro, siguióle la *Santa María* remolcada, y al aparecer el sol entre cortinas se izaron en la altura de la Rábida las banderas de todas las naciones americanas, saludándolas las baterías en tierra, y en la mar la primera, la capitana de Colón con sus lombardas. Formóse prontamente la escuadra internacional de cruceros, saliendo majestuosamente por la barra en dirección á la doble línea en que estaban los acorazados. Llegando á la cabeza, la *Santa María* desplegó las velas en que estaba pintado el signo de la redención, y volvió á disparar las lombardas y falconetes, á cuya señal los enormes bajeles del siglo XIX, engalanados, con la gente en las vergas, al tiempo que saludaban con vivas á España, tocando sus músicas la marcha real, lo hacían con la potente artillería de tiro rápido, añadiendo al velo de la atmósfera las columnas del humo de la pólvora.

Por espacio de tres cuartos de hora, la armada excepcional de 35 naves, argentinas, austriacas, británicas, de los Estados Unidos, francesas, holandesas, mejicanas y portuguesas, dieron escolta de honor al bajel del siglo xv, por el mismo rumbo que siguió Colón; después, con aviso convenido, hicieron todos contramarcha, y al volver á

Huelva la que arbolaba el estandarte antiguo de Castilla, volvieron á atronar el aire con saludo de despedida los acorazados.

El sol quiso tomar parte en la fiesta: en un principio asomaba á ratos entre los nubarrones, enviando sus rayos sobre alguno de los buques, que agradecía el favor mostrando sorprendentes efectos de luz. A las nueve de la mañana la recibieron todos por igual, despejándose la atmósfera y acabando la función con espléndida serenidad.

Iba entre los vapores destinados á los curiosos el *Pielago*, que la Compañía Trasatlántica había puesto galantemente á disposición del Ministro, y que éste destinó á las señoras, obsequiándolas como se merecían. El buque de la insignia respondía á los Almirantes extranjeros tocando el himno de sus respectivas naciones, y como no estuviera previsto el caso de aquel *Pielago*, tripulado por las sirenas, preguntaron al Ministro qué había de tocar la música. La marcha de Cádiz—dijo.—Y al oirla agitaron los pañuelos las damas, y prorrumpieron en vivas tan ruidosos y entusiastas, que más de un viejo curtido sintió húmedos los ojos.

En resumen, resultó la ceremonia grandiosa, solemne, magnífica, conmovedora.

Por la noche hubo iluminación en el puerto, de excelente efecto; banquetes parciales, músicas y alegrías. El día siguiente suntuosa función religiosa, baile en el Círculo Mercantil, con otras diversiones, cuya descripción han he-

cho los periódicos, singularmente la del banquete ofrecido por el ministro de Marina, en nombre del Gobierno de S. M., á las escuadras extranjeras.

Para esto vinieron desde Cádiz en el vapor *Pielago* los Almirantes y jefes, tomando asiento en las mesas del hotel Colón, dispuestas para más de 300 cubiertos. El golpe de vista que ofrecían los uniformes alternados; la corrección de los brindis, pocos y buenos; el baile que la ciudad preparó por fin de fiesta, darán larga ocupación al cronista que los narre.

Incidente digno de mención especial. Supo el ministro de Marina que en Palos reside una descendiente de Francisco Pinzón, el menor de los tres hermanos, y habiendo cambiado con ella algunas frases, la presentó á los comandantes extranjeros. Representa unos diez y ocho años, es alta, esbelta, trigueña de color, la boca grande, ojos entre verde y azul, muy vivos, fisonomía abierta y simpática; se expresa con mucha facilidad, sin encogimiento, aunque aquellos señores la hacían muchas preguntas, y no faltaba alferez de navío que por lo bajo la soltara andanadas de piropos.

Dos días después, el Ministro le envió con persona de su Estado Mayor un pliego, y como el portador manifestara que la memoria estaba destinada á costear el traje de novia el día que lo vistiera, leída la misiva en presencia del padre, pobre vecino de la villa, dijo á la Pinzona (así la llaman): «Guarda ese papel, que vale más que el dinero».

D. José María de Beránger comunicó al alcalde de Huelva otra disposición que, como la anterior, fué unánimemente aplaudida. En recuerdo del centenario, honrando la memoria de los insignes capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, dos buques de guerra de la armada se nombrarán *Martín Alonso Pinzón* y *Vicente Yáñez Pinzón*. S. M. la Reina, con acuerdo del Consejo de ministros y á propuesta del de Marina, lo ha dispuesto por mayor galardón.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

DÍA Y NOCHE

(DE SHAKESPEARE)

Miran acá y allá, durante el día,
 Mis ojos, aunque abiertos, distraídos;
 Ciérrolos, en tinieblas van perdidos,
 Y entonces ve más claro el alma mía.

¡Oh! si es tu sombra el resplandor que guía
 Entre el horror nocturno mis sentidos,
 En plena luz los velos recogidos,
 ¡Cómo tu realidad deslumbraría!

¡Ah! ¡Si hallarte lograrse mi deseo
 Viva, en todo el fulgor de tu hermosura,
 Que á mi apagada vista así se ofrece!

El día es noche, porque no te veo,
 Y aurora es para mí la noche oscura
 Porque en sueños tu imagen resplandece.

M. CARO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Las últimas elecciones inglesas.—Caracteres capitales de la lucha.—Influencia personal de Gladstone.—Resultados singularísimos de la elección.—Incierta mayoría.—Renor de los parnellistas.—Rigidez puritana del grande anciano.—Sus tropiezos con varios repúblicos.—La venganza póstuma de Parnell.—La inseguridad de los diputados jornaleros.—Necesidad imprescindible de aplazar la cuestión irlandesa é ir á la cuestión electoral.—Opinión de Labouchère.—Sucesos europeos.—Los Consejos provinciales en Francia.—El período constituyente de Bélgica.—Bismarck y Caprivi.—Tardío liberalismo de aquél.—Conclusión.

I

Pocas veces tan reñidas, mejor dijéramos, nunca tan reñidas las elecciones inglesas. Y ha sucedido así, porque pocas veces tan hondamente dividido el pueblo inglés en dos bandos irreconciliables. Antes había un fondo común de inteligencia entre todos los ingleses en todas las elecciones. Ahora, con excepción de lo ritual, el respeto á las leyes fundamentales y el culto á la reina Victoria, no queda ninguno. Cuando el jefe de la situación en sus lucubraciones es osado á decir que las gentes del Ulster apelarán á la guerra civil para libertarse de sus conciudadanos católicos y que no importa ganen los liberales en las elecciones, pues el Senado se halla resuelto á interponer su veto, cuando el jefe de una situación esgrime tal estilo de club y demagogia, inútil creemos encarecer hasta dónde habrá llegado la irritación de los ánimos y la explosión de reconcentradas cóleras. Así no ha parecido aquello un comicio de tranquilos electores; ha parecido un verdadero campo de batalla. El entusiasmo de los suyos ha podido costar á Gladstone un ojo de la cara. En ciertos parajes de Inglaterra se manifiesta el regocijo popular, echando migas de pan al rostro del festejado. Una señora creyó de su deber levantar

los objetos echados á la proporción debida con el entusiasmo sentido, y le arrojó á su jefe una grande hogaza, que por un favor de la estrella de éste no le dejó tuerto.

El grande hombre inglés debe decir de las últimas elecciones lo que César decía de su batalla de Munda, cuando lo adoloraron con tan extremas angustias y le dieron tan terrible susto los postreros republicanos de la Bética, dirigidos por generales tan excelsos como los hijos de su rival Pompeyo: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.»

Con efecto, nunca el grande hombre se ha presentado en batalla tan excepcional. Sus fuerzas se han crecido y su poder moral se ha centuplicado con verse ya cerca de la eternidad y de la historia. Su mismo principio teórico de absoluta justicia le guía, como una estrella espiritual, que le inundará de celestiales resplandores. Ha visto que no formaban los celtas de la hermosa Erin un cuerpo de nacionalidad y un alma con los sajones de su Escocia, con los normandos de su Inglaterra, con los celtas mismos del país de Gales; y ha querido, por un acto de reparación justísima, que la nacionalidad se forme y que reciba un soplo creador del espíritu divino como el insuflado por Dios á nuestro primer

padre allá en el Paraíso. Para esto ante ninguna calumnia se ha detenido, ante ninguna. Por sus mejores amigos abandonado; puesto en ridículo cruelmente y mofadísimo en pesados sarcasmos y en sucias caricaturas; delatado como un enemigo de la nación á quien ha servido y glorificado por todo extremo, Gladstone corre tras la victoria con un ardor juvenil digno del héroe á quien llamara el poeta por antonomasia, Aquiles de los piés ligeros, y con una elocuencia que significa y engrandece con sus viriles acentos á toda la humanidad, prosperada siempre que un ideal viene á encarnarse dentro de la realidad y se cumple un término de la eterna justicia.

¡Cómo ha en sus años el grande hombre seguido su increíble apostolado liberal! ¡Con qué fuerza extraordinaria se ha empeñado en este grandioso trance supremo de su épica historia! Cuando se piensa cuánto el cerebro arde á la llama interior, y los nervios vibran á una electricidad misteriosa, y los músculos toman tensión grande, y las fuerzas se malgastan, y las frases que man al pronunciar un discurso, admírase uno de que, cumplidos los ochenta y cuatro años, pueda un hombre solo intentar lucha intelectual tan titánica y llover sobre las cabezas de tantos auditorios di-

versos las encendidas lenguas de una campaña oratoria, para la cual se necesita más robustez y más valor y más arresto que para una guerra.

II

Sólo conociendo toda la repulsión que sienten los ingleses al estatuto de un Parlamento separado en Irlanda, estima uno la inmensa influencia que Gladstone sobre su patria ejerce. Si no tuviera el *Home rule* en su programa, se lleva de calle todos los electores. Bien puede asegurarse con firmeza que sólo él quería entre los ingleses netos tal cosa de verdad. Hay dos sentimientos muy arraigados en una parte de la sociedad inglesa: el afecto de admiración á su grande hombre y el afecto de odio á la postrera obra de éste. Aparte dos ó tres pensadores, los ingleses, idos hasta la concesión del Parlamento irlandés, van porque los lleva Gladstone y nada más. Verdad es que la Irlanda no se ha dado mucha traza en el arte de ganar sus ánimos y sus votos á las gentes británicas.

Divididos en fracciones irreconciliables; pagados muchos de un

parnellismo póstumo semejante al sebastianismo de los antiguos portugueses; ingratos casi todos con el grande hombre que les quitó la Iglesia anglicana y que se inclinó á oír sus quejas y sus lamentos; cayendo en estériles motines á cada paso y perpetrando crímenes como el atentado de Fenix-Park, el pueblo irlandés, si merece justicia, no merece admiración y cariño en esta su desordenadísima cruzada por el derecho y por la libertad. Pero de todo lo adverso ha prescindido el extraordinario tribuno inglés que defiende á Irlanda, y todo lo ha descontado en sus intuitivos sublimes cálculos, con tal de unir esta isla moralmente á la patria. El resultado ha sido tener los liberales pocos votos más que los conservadores y unionistas reunidos.

No podía contarse con triunfo mayor, dadas las fuerzas sumadas en contra y las resistencias universales á la fundación del nuevo Parlamento. Cuando el semi-republicano Chamberlain se une á los torys por huir de los irlandeses, y el cuáquero Brighth, cuyo hermano, el orador inspiradísimo y célebre, llegó hasta pedir una República como la grande República sajona del Nuevo Mundo, suprimiendo, no solamente la Monarquía, la Cámara de los Lores, hoy está con quien pugna por conservar á esta Cámara de patri-

cios un veto perdido hasta por la corona, bien puede asegurarse que la corriente nacional tiene un empuje irresistible. Y á esto se han unido las divisiones entre los mismos irlandeses en guerra civil, siempre dentro de sí, amén de las candidaturas jornaleras y socialistas, que han preferido en su estolidez incurable servir á los conservadores que servir á los liberales. Si con todo esto, con la división dentro de sus legiones propias, con sus predilectos amigos en poder del contrario, con un afecto tan poderoso como el sentimiento nacional inglés en contra, Gladstone ha contrastado los ministeriales, teniéndolos en equilibrio, pero en equilibrio inestable, ¡ah!, es porque goza de inmenso influjo en su tiempo y en su patria.

La Cámara futura se presenta, pues, muy enigmática. Lo único indicado por ella es que la nación se halla dividida en dos fuerzas iguales y contrarias. Si logra Salisbury arrancarle al enemigo algún grupo, gobernará cierto tiempo; y si respectivamente logra cosa parecida Gladstone, se impondrá por ley de necesidad á la Corona y á las Cámaras. Propónese con propósito firme Salisbury constreñirle á que detalle su proyecto de Parlamento irlandés, en la esperanza de que tal detallación le arranque muchos vo-

tos y los acerque á su hueste. Pero el sublime león radical tiene demasiada ciencia y demasiada experiencia para dejar caer de su boca el programa detallado, escuchando los maleficios y halagos de la zorrata. Mientras no esté la Cámara constituida ninguna obligación le puede constreñir á un proyecto de ley, que sólo debe formularse quizá tras nueva consulta del pueblo. ¡Curiosa é interesante situación la de Inglaterra! Dios continuará iluminando la grande alma que brilla, como el sol en su ocaso, con esplendores increíbles sobre los confines de la muerte.

III

Consideremos el resultado ya sabido de las elecciones inglesas. En el extraño método, connatural á las originalidades británicas, las cuales dan á todo allí un sello y carácter especialísimos, tárdase mucho tiempo en saber el resultado general de una elección, y dase margen así á noticias inconexas y cálculos marrados. Cuando entre las elecciones de los campesinos y las elecciones de los ciudadanos media larguísimo espacio, nada tan lógico y natural como que los dia-

rios de cada partido publiquen los informes más inexactos, y oculten muchas veces la verdad como hábil estratagema permitida en todas las guerras. Así, durante muchos días, llegóse á creer que triunfaran los ministeriales; y tarde, muy tarde, nos enteramos de que, habiéndose todos en varios incidentes de la campaña formidable atribuídose la victoria, no había en realidad triunfado nadie. Se conoce á ciencia cierta que la mayoría no está con el gobierno Salisbury; mas tampoco está con el gobierno Gladstone. Así la mayoría sabe todo aquello que no quiere, más ignora lo que quiere. Por una serie de consuetudinarios cambios en la opinión, regulares y sucesivos como los cambios en las estaciones, los partidos se suceden ahora con una gran regularidad en Inglaterra; y no existe quien haya durado en el poder, lo que á principios del siglo corriente y á principios del reinado de Victoria algunos partidos ingleses duraran. El partido conservador había vivido cerca de seis años y se necesitaba que subsiguiera á este lustro ya otro lustro liberal; tanto más necesario, cuanto que toca en el término de su carrera el astro de primera magnitud en aquellos horizontes, el espíritu sublime de Gladstone. Así, había una gran corriente de los es-

piritus á reunirse por cualquier camino en el centro de una negación, y á impedir por cualquier medio el amortizamiento de la dirección suprema en aquellos que la disfrutaran muchos años contra la renovación periódica y regular considerada por los ingleses como muy saludables.

Pero á esta tendencia de una gran parte del cuerpo electoral se oponía con fuerza lo supremo de las circunstancias por que atraviesa el pueblo inglés y lo grave de las cuestiones y problemas que han surgido al movimiento combinado y paralelo de las ideas con los hechos. La cuestión de Irlanda se anteponía y sobreponía en tal estado de los ánimos á todas las cuestiones, como, en cualquier nacionalidad, por fuerte que parezca, todo cede, todo, el paso siempre á la integridad y á la independencia nacional. Para comprender cuánto se ha recrudecido esta cuestión y se ha enconado entre los ingleses, basta considerar que la inconsciente lengua vulgar, tan acertada por los juicios colectivos, ha dado en llamar unionistas á los enemigos y separatistas á los amigos del régimen autonómico en Irlanda. Por esto no debe maravillarnos la táctica empleada en tan formidable combate por Salisbury, táctica consistente de antiguo en halagar desde las supersticiones

torys más arraigadas, como la intervención inglesa en todos los asuntos internacionales y como el restablecimiento de los poderes y de las prerrogativas del Senado hasta las tendencias más socialistas, como ciertas propensiones á los tres ochos del partido jornalero, con tal que todos sin distinción de procedencias y de dogmas llegaran á juntarse dentro de una común y universal negación al Parlamento irlandés, proyectado por la mayoría de los radicales y repulsivo á la mayoría de los ingleses. Así, pocas veces han tenido más probabilidades de triunfo los continuadores del antiguo partido tory, como más probabilidades de rota los continuadores del antiguo partido wigh que en las últimas elecciones.

IV

Y sin embargo, la costumbre de ir en alternativas sucediéndose los gobiernos ha prevalecido sobre todos los restantes hábitos ó principios, y ha llevado al radicalismo su increíble victoria. Pocas veces una mayoría se ha mantenido tan compacta en período tan largo; como esa mayoría de Salisbury, compuesta por dos factores tan discordes

como el antiguo elemento patricio-tory junto con la disidencia de Gladstone, en la cual disidencia, como hay duques empingorotados, Hartington por ejemplo, hay radicales casi republicanos, el cuáquero Brighth y el gran sabio de subido color progresista, mi eximio amigo Lubbosch. Juntos han vivido en el Congreso recién disuelto; juntos se han presentado ante los comicios recién reunidos. Su coalición ha se transformado en una especie de convivencia consustancial y perdurable. Nada tomaron los radicales tan á pechos como derrotar á los desertores de su doctrina; y nada les ha resultado tan mal, pues casi todos vuelven á la Cámara, preferidos por los conservadores á sus viejos correligionarios con tal de arrancar á Gladstone y los suyos el placer olímpico de una venganza ruidosa. Y después de haber estado juntos en el Congreso disuelto, y juntos en el comicio último, apercíbense á estar juntos en el Congreso y en el comicio futuros. Su junta, por esta firme voluntad entre los juntados, va tomando el carácter y el aspecto de una verdadera cohesión orgánica, fuerte y compacta y vívida. Cuando existe un cuerpo de tal magnitud y fuerza en política suele atraer á los cuerpos que, siendo mayores, se hallan expuestos por sus discordias y oposiciones internas á una des-

composición, capaz de concluir transmutándolos de suma orgánica en múltiples aerolitos dispersos y propensos á englobarse dentro de otro sistema solar.

Y hay otra particularidad en la minoría representada por Salisbury ahora con otra fuerza en su poderosa oposición. Toda ella pertenece á la metrópoli de tan vasto Imperio, á la Inglaterra propiamente dicha. Por motivos como los que determinan en la gente irlandesa hoy la reunión y suma suyas con Gladstone, reúnen y súmanse con él también los escoceses de antigua raíz y hasta los clásicos celtas del país de Gales. A nadie se le olvida que la vieja Iglesia, conocida con el nombre de anglicana, tan jerárquica y litúrgica de suyo como la Iglesia nuestra, vivió desde sus comienzos luchando con dos fuerzas contrarias, de un lado con los católicos de Irlanda y de otro lado con los presbiterianos de Escocia. Esta lucha entre la religión de los presbiterianos y la dinastía de los Estuardos trajo la República un tiempo y el triunfo de las cabezas redondas, más teólogos que políticos, y más devotos de una conciencia libre que de una democracia igualitaria. Pues bien, todos aquellos incidentes de luchas religiosas concluyeron por una sobreposición del pueblo y del gobierno

inglés á los pueblos de Gales, Irlanda y Escocia, que trajo el anglicanismo religioso tiránicamente sobrepuesto por un decreto del Estado á las Iglesias puritanas y católicas, todas ellas nacionales, por ende preferidas en cada cual de los pueblos sometidos, según pedía su educación y su fe respectivas, á la Iglesia de los vencedores. El presbiterianismo prevaleció en Escocia bajo la Iglesia de los anglicanos, como el catolicismo en Irlanda bajo la misma Iglesia. Dado el espíritu sintético y generalizador de Gladstone, dada su lógica un tanto al modo latino, así como quitó á Irlanda su Iglesia oficial anglicana, también le quitara por extensión de su credo político á Escocia esta Iglesia verdaderamente burocrática. Y he ahí lo que requiere del próximo Parlamento de región, como requiere la otra conforme con ella, el país de Gales, mayor amplitud en su Gobierno local.

V

A los representantes de la región escocesa y á los representantes del país de Gales, únense dentro de la mayoría los irlandeses nacionalistas y católicos. Pero no divulgo un se-

creto, ni digo cosa que no sea sabida universalmente, si declaro poco disciplinables á los irlandeses y poco dados á la unión interior, no digamos con los liberales de Inglaterra, consigo mismos. La división entre parnellistas y antiparnellistas ha sobrevivido al hombre que la produjo y toma todos los aspectos de una guerra civil perdurable. En estos días, teniendo la viuda de Parnell una de las llaves que guardan el tesoro nacional de su partido, se ha negado á meterla en la cerradura de aquella colectiva caja, si los otros conllaveros, entre los cuales hay enemigos de Parnell, no se comprometen, bajo palabra de honor, á desistir en la muerte del jefe de todo aquello que no hubiera hecho él en vida. Y los últimos años de Parnell se consumieron en el odio al primero de los ingleses. El puritanismo de Gladstone, tan en armoniosa consonancia con su ortodoxia metodista, cual llegó á privarle del concurso de Dilke, partidario tan valioso y tan útil, también llegó á privarle del concurso de Parnell, formidable aliado.

Una de las altas cualidades, que yo advierto en el extraordinario estadista inglés, la mayor sin duda, es aquella complejidad, que permite al árbol de su vida inmortal arraigar en el terruño patrio las raíces y luego extender la sombra

benéfica de su bella copa por toda la tierra y por toda la humanidad. Gladstone es á un tiempo, sin duda por los elementos complejos que componen su grande carácter y su grande inteligencia, cosmopolita y patriota. Pues la misma rigidez casi cuáquera que le llevó á privarse de Dilke, le llevó á privarse de Parnell. Dilke, más frío y más razonador, lo ha perdonado; apasionadísimo Parnell, como todos los hombres muy reconcentrados, no ha podido perdonárselo. Y al formular su voluntad extrema, y al escribir su testamento sacro, no ha tenido más que una sugestión casi exclusiva; el odio á Gladstone, cuyas manos le arrancaron al impulso de añejos escrúpulos llamados hipocresía en el vocabulario parnellista, de las sienes, en la hora del triunfo, la corona de Irlanda, que se había forjado para sí en colosal combate de Titanes.

Cuando, al sentir en los estertores de su agonía llegar la muerte, se llevaba las manos á su cabeza y la encontraba desceñida de aquel nimbo litúrgico, con el que la creyera para siempre unida, y más sobre su almohada de piedra en el sepulcro, debía por fuerza el rey descoronado maldecir á quien le despojara de ella, entregando como un vínculo esta maldición al resto de sus sucesores y herederos fieles.

Así, la mujer predilecta por cuyo amor todo lo sacrificara en el mundo, hasta la gloria póstuma, con la natural ceguera producida por sus dolores inenarrables, abrazada como fiel Artemisa en su viudez al mausoleo de la historia, busca desolada por todas partes y entre todo el mundo, al empuje de una obsesión hipnótica, tomada por ella en sus arrebatos, como cumplimiento de un deber estoico, lo único capaz de satisfacer los manes del difunto y apagar las penas del propio corazón, una terrible venganza.

VI

¿Qué puede aguardar Gladstone de mayoría, donde hay un grupo, como los parnellistas, empeñado en seguirlo para matarlo? Pues junto á los parnellistas hay otro grupo, no menos infiel y no menos peligroso: el grupo inspirado en sistema tan indeciso como el sistema socialista, y que se llama grupo de los jornaleros. Con efecto, así como los unos tan sólo piensan en requerir venganza, los otros tan sólo piensan en requerir provecho. Y como á los irlandeses parnellistas les tiene sin cuidado el interés general, si la propia pasión satisfacen, les tiene

sin cuidado á los jornaleros Irlanda, si sacan al Parlamento la jornada de ocho horas. Y cual se irán los unos sin remedio con aquel que les prometa venganza del jefe radical, se irán los otros sin remedio con aquel que les prometa tasa del trabajo diario.

Y á esto se unirán las disidencias y contradicciones irreductibles dentro de cada político grupo. Los ingleses de la mayoría querrán una ley para Irlanda todo lo menos autónoma posible dentro de las líneas naturales al concepto de autonomía, y los irlandeses, al revés, querrán una ley de autonomía confinante con la separación mutua y el apartamiento definitivo entre los dos fragmentos de la corona imperial. Pedirán gobiernos locales parecidos á los cantones helvéticos; pedirán su Parlamento casi soberano; hasta pedirán el mando de una policía con armas, quien constituya en el fondo su verdadero ejército permanente separado del ejército inglés y á servicio de Irlanda. En el Parlamento imperial no querrán más participación que aquella indispensable á ocultar bajo aparente unidad la real separación. Si el ilustre anciano da una ley á los irlandeses grata, desavendrarse por fuerza de los britanos del partido. Y si da una ley por la cual puedan pasar los britanos, desavendrarse de

los irlandeses. Así, nada tan precario como la vida que le aguarda, nada tan endeble como el gobierno que constituya.

Por eso la verdadera salida estaría en aplazar la cuestión irlandesa é ir derechamente á la cuestión electoral. El comicio, hoy estatuido, hase mostrado en dos grupos iguales roto, al resolver la consulta última. Un tribunal tan dividido no puede prometer sentencias firmes y definitivas. Cuando los magistrados de un tribunal se dividen así, piden las leyes y las costumbres fórmula como la siguiente: «á más señores». Pues á más electores hay que ir en Inglaterra. No impera el sufragio universal allí; pero precisa reconocer que se halla la nación en los límites fronterizos á tan indispensable reforma democrática. Por esas extravagancias inglesas, antes recordadas, no sucede allí lo que sucede, por ejemplo, en España, donde cada ciudadano español mayor de edad tiene un voto, sucede que tiene un voto quien tiene una casa en propiedad ó en arriendo. Y como hay muchos que tienen muchas casas, esos pueden dar su voto en las diversas localidades donde sus casas radican. Y con la facilidad grandísima de comunicación que traen los ferrocarriles, y con los enormes y largos espacios puestos en Inglaterra entre los varios

períodos de la elección, hay quien puede votar muchas veces, y se necesita destruir esa desigualdad irritante para ir al principio latino de un hombre un voto que coronaría el movimiento democrático de Inglaterra.

VII

Así nada tan lógico y tan saludable como aplazar la cuestión irlandesa y proponer la cuestión electoral. Con un Parlamento como el que han enviado los últimos comicios al palacio de Westminster, no pueden gobernar los conservadores. Y cuando aparecen Parlamentos así, divididos y subdivididos en moléculas, incapaces de generar un gobierno, suspensos en equilibrio inestable por dos fuerzas contrarias, no queda otro remedio, sino disolverlo y apelar al país legal, aumentado por la natural adición del mayor número posible de electores. En estos tiempos democráticos la primera fuerza moral está en el sufragio de todos los ciudadanos. Hay que buscar el sufragio, éste tan autorizado y legalizador, para que resuelva y formule y dicte la nueva Constitución de Irlanda.

Con esta opinión mía coincide la

opinión de un demócrata, no transigente y conservador como yo, radicalísimo y avanzado: la opinión del insigne Labouchère. El acaba de proponer con sumo sentido y plausible oportunidad lo propuesto por mí: el aplazamiento de las cuestiones irlandesas subseguido por una inmediata orientación hacia el sufragio universal. No hay otro medio. De los comicios, tal como están organizados ahora, no puede salir una respuesta clara y terminante al problema pavoroso de Irlanda, pues hay que buscar otros comicios. Del Parlamento que hay ahora, no puede brotar un gobierno duradero. Pues hay que buscar otro Parlamento capaz de generar el gobierno. Así el problema se presenta con esta natural claridad y precisa resolverlo en consecuencia. No puede mantenerse la estabilidad ante Cámara donde tiene mayoría la reforma; pero no puede intentarse la reforma de ningún modo ante Cámara cuyos factores capitales no están acordes en los términos y en los límites de la proyectada y apercibida reforma. El ministerio radical aparecerá fuerte, dirigiéndose hacia el sufragio popular, en que todos los radicales andan acordes; mas aparecerá debilísimo, si quiere dirigirse hacia el Parlamento autónomo irlandés que divide y separa los radicales en mo-

léculas de facilísima disipación á cualquier viento. Decidiéndose los radicales por el sufragio universal ahora, la cuestión política no será de fondo, en que la mayoría se atomiza con seguridad; será de método, en que adquirirá la mayoría una cohesión incontrastable, asimilándose quizá de nuevo el grupo avanzado, que hoy está unido con Salisbury. Lo pide así ahora el más vulgar sentido y lo necesita el humano progreso.

VIII

Poco espacio nos han dejado las importantísimas elecciones inglesas para historiar los demás hechos capitales europeos con ellas coincidentes. Pero como no haya ninguno de estos hechos superior á las elecciones por su interés general, resérvoles en mi Crónica el puesto mismo alcanzado por ellos en la opinión. Otras elecciones hanse por los franceses en los últimos días verificado, las elecciones para los consejos departamentales de provincia, y nadie ha vuelto á ellas hoy su atención, por saberse de antemano cómo, con el arraigo conseguido por la República últimamente, no había lugar á recelos acerca de la salida y del resultado en estos combates

políticos. El partido republicano gobernante gana innumerables puestos y la reacción habrá de retroceder confusa por necesidad ante un veredicto ya inapelable de la conciencia y de la voluntad nacional. Tras veintidós años de intensísimos deseos por este lisonjero logro, se quita uno cierto peso del alma, sabiendo cómo no están ya en litigio entre los franceses ninguno de los tres capitales principios á que nosotros hemos consagrado nuestra existencia, ni la libertad, ni la democracia, ni la República.

No sucede así en Bélgica. Empeñados muchos de sus hombres públicos en creerse á raíz del año 30, niéganse con locas resistencias al sufragio universal, término del remplazo indispensable de la clase media por una democracia trabajadora, ordenada, pacífica, legal. A semejante motivo se han roto en fracciones liberales y católicos. Entre éstos el verdadero jefe por su inteligencia y por su historia de partido tan viejo y numeroso quiere á toda costa el sufragio universal, en la seguridad completa de que deberá servir á la Iglesia, mientras el jefe nominal de la situación, el presidente del Consejo de Ministros, no lo quiere, cuando ejerce únicamente por delegación del supradicho poder y autoridad sobre los suyos. Algo parecido entre los libera-

les. Mientras el antiguo jefe, aquel tan estimado de la Europa contemporánea, después de haber en cien ocasiones varias servido al progreso, rechaza hoy su fórmula definitiva, el derecho de sufragio para todos; el estadista, que ha de sucederle por fuerza en su altísimo cargo, Jansón, proclama el nuevo principio y lo defiende con intenso entusiasmo que no excluye una constancia tan deliberada como firme. La coincidencia en punto como éste, capitalísimo, de fracciones contrarias, puede traer una coalición extraña de los creyentes por diversas razones en el mismo dogma, teniendo que llamarse por tal causa entre sí los enemigos amigos, y los amigos enemigos. A pesar del poco calor que hace allá en la húmeda Bélgica, el verano ha suspendido los dos Cuerpos Colegisladores, y las cuestiones de tal importancia no volverán á reproducirse hasta muy entrado el otoño. Puesto que dispone de tiempo el ilustre Frere Orbán para ello, bien podría recogerse dentro de sí mismo, y considerando cómo arrolla la democracia todo cuanto se opone á su triunfal carrera, decidirse á un principio bien cerca de triunfar en la nación del privilegio, en Inglaterra, con lo que remataría de manera dichosísima, como Gladstone, su larga y gloriosa historia.

La debilidad incurable de que van adoleciendo las monarquías contemporáneas, se nota con observar cómo ninguno de los reyes jóvenes alcanza el poder y autoridad que alcanzaron sus inmediatos predecesores. Y para que no pierda otro, ahí está demostrándolo á diario el joven emperador de Alemania. Caprivi por un lado, Bismarck por otro, Waldersee también por su parte se dan en las tinieblas tales porrazos, que van á rēcaer en las espaldas maltrechas de su Emperador, y arman escándalos, de los cuales únicamente sale su Emperador disminuido. La inquina del nuevo mediocre Canciller al antiguo célebre y férreo, se patentiza en el proyecto sometido al Emperador de armar un proceso á Bismarck, en el cual perdería tanto Alemania por la condena muy problemática, como por la probable absolución. Cuando el vasallo de Carlos V, Mauricio de Sajonia, que había vencido en Inspruck á este invencible y omnipotente César, le pisaba los talones, como se resistiese á prenderlo y sus amigos le persuadían á que lo prendiese, contestóles con esta frase histórica: «¿Dónde tengo yo jaula para meter un pájaro tan grande?» ¿Dónde tiene cárcel Caprivi para un prisionero como Bismarck? ¿No teme le coja entre dos puertas la posteridad y le trate por su trato al hace-

dor de la unidad alemana, como el Centenario universalmente celebrado ahora por ambos mundos recuerda que trataran al hacedor del descubrimiento de América Bobadilla y Aguado y Ovando, cuya pena capital no han podido remitir en la humana historia ni siquiera la proclamación y reconocimiento unánimes en el último, de méritos extraordinarios?

Precisa dejar al grande hombre por completo en su retiro, infligiéndole sólo aquel castigo que más puede hoy apenarle y consumirle: su apartamiento del Gobierno. Cosa es dura para un monarca semiabsoluto ver que se subleva, invocando el título de su genio natural y nativo contra un Emperador que invoca el título de su derecho hereditario y divino. Pero á estas hemos llegado por el progreso de los tiempos y el movimiento de las ideas, al escribir su voluntad última, el siglo XIX y dictar su testamento sacro. Los pueblos conservan la monarquía por utilidad, por no sentirse preparados á la República ellos mismos; y los grandes hombres sirven á los reyes, primero por creer que sirven así á los pueblos y después por creer que se sirven mejor á sí mismos. Pero francamente, cualquiera que sean los méritos por Bismarck ostentados, y no pueden regateársele de modo alguno en

justicia, las complacencias serviles que tuviera con los de arriba y las arrogancias soberbias que tuviera con los de abajo merecían una pena tan grande como la que han á su persona y nombre infligido los implacables decretos de la Providencia.

Sus apelaciones al pueblo en estas angustias, recuerdan las apelaciones de Napoleón en el año 14 y 15 á la independencia nacional cuando las irrupciones de su Imperio en todos los Estados circunvecinos acabaron por llevarle una irrupción de todos los Estados circunvecinos en su Imperio. No puede comprenderse cómo, después de haber ido á las Cámaras, cual si fuesen las Cámaras un cuartel cualquiera, con sus espuelas en las botas y su látigo en las manos, ahora diga lo dicho en Jena sobre la necesidad imprescindible de que haya un Parlamento y

una prensa libres en Alemania; no puede comprenderse cómo, después de haber fomentado una guerra perpetua y complacido al ciego factor militar en Alemania, quedándose con Metz y Estrasburgo, manzana perdurable de discordia, concluya por decir aquello mismo, de que tanto se burlaran sus reptiles en la prensa germánica y hasta sus embajadores en las cortes europeas, cuando lo dijo mi discurso del 88: que no habría en tiempos futuros próximos sino guerras de defensa y en tiempos futuros más remotos no habría ninguna guerra. ¡Cuánto mayor que Bismarck el sublime Gladstone, volviendo al Gobierno por la voluntad libérrima de un pueblo libre, y presentándose á Europa como una esperanza de los oprimidos y como una promesa de paz universal! Sólo Dios es grande y sólo la libertad es inmortal.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

A propósito de Colón.—Italia en el siglo xv, por Orti y Brull.—Novelitas, por Octavio Picón.—Puntos de Vista, por Nicolás Heredia.—Diario de un testigo de la guerra de Africa, por Alarcón:

En estas últimas semanas, consagradas por completo al centenario del descubrimiento de América, la mayor parte de los escritores españoles se ha dedicado á comentar, ensalzándola ó deprimiéndola, en prosa y en verso, la vida del descubridor de América. En cuanto ha llegado el momento de celebrar la memoria del gran navegante, hase sentido acometida de ardor bélico innumerable falange de historiadores (muchos de ellos de ocasión), y, á decir verdad, tanto han removido las fuentes históricas, que á estas fechas no sabemos si el Almirante nació en Génova ó en Saona, si fué él el héroe de la famosa expedición de Palos, ó lo fué algún desconocido grumete de la *Santa María*, si mereció las cadenas con que le aherrojó Bobadi-

lla, ó si es realmente acreedor á las alabanzas que le tributan los pueblos.

De todos modos, es lo cierto que Colón ha sido tan poco afortunado en vida como en muerte. En vida, á excepción del sublime momento en que vió desde su barco (que tampoco sabemos si debe llamarse nao ó carabela) la tierra soñada por su fantasía, todo lo demás de su existencia fué tristezas, angustias, quebrantos y persecuciones. En vez de los ofrecimientos hechos antes del descubrimiento, encontró cadenas, hierros en vez de palmas, en vez de riquezas olvido y abandono... Ni siquiera logró dar nombre á la tierra por él descubierta.

Muerto, la desgracia le ha perseguido con la misma saña con que le afligió cuando vivo; y en esta épo-

ca de su apoteosis, cuando el antiguo y el nuevo continente se disponían á tributarle honores casi divinos, los sabios han encontrado ocasión para arrojar al gran marino piedras tamañas como el puño. Y sin embargo, la gloria de Colón es inatacable. Fuera bueno ó malo, santo ó protervo, modelo de gobernantes ó incapaz para el mando, conociérase ó no en épocas remotas la existencia de América, aunque fuese como fué obra de una providencial casualidad su descubrimiento, todo ello importa poco; lo que le coloca en el número de los héroes más ilustres es su constancia inalterable, su tenacidad sublime que Dios premió otorgándole un mundo que no buscaba. Sobre todas las grandezas está la grandeza de la voluntad, y en este respecto la gloria de Colón no tiene rival ni en lo antiguo ni en lo moderno.

Pero echo de ver que me aparto del asunto de estos renglones. Decía que con motivo del centenario de Colón han llovido sobre su memoria libros, conferencias, discursos, artículos y versos, con tal profusión, que entre semejante fárrago de obras, insulsas las unas, atinadas las otras y muy pocas inspiradas, apenas si se acierta á entrever alguno que otro libro merecedor de ocupar la atención de los lectores.

*
* *

Excepción es de lo dicho la obra del Sr. Orti y Brull, titulada *Italia en el siglo XV*. Este interesante libro tiene, además de su importancia real y positiva, un valor relativo muy digno de tomarse en cuenta. Es evidente que, salvas rarísimas excepciones, apenas si se publica en España obra alguna de carácter científico. Los sabios oficiales se contentan con dar á la stampa algún librito de texto, casi siempre traducido, sin preocuparse gran cosa en aumentar su fama, no siempre merecida. De aplaudir es, por consiguiente, el esfuerzo de aquellos escritores que, ajenos á toda idea de lucro, y no obstante el desvío con que aquí se miran todas las publicaciones serias, emprenden trabajo tan importante como el realizado por el Sr. Orti y Brull.

Italia en el siglo XV presenta, en forma interesante y amena y con imparcialidad suma, el cuadro histórico de aquella centuria tan fecunda en incidentes dramáticos y sucesos trascendentales y que fué además aurora de la cultura europea de los siglos modernos. No se contenta el autor con narrar los hechos históricos: aspira á algo más; propónese presentar de una manera sintética y viva toda la existencia de la Italia del Renacimiento, su política, sus costumbres, su arte, sin olvidar la influencia del medio ambiente ni

omitir las circunstancias de tiempo y lugar que influjo tan poderoso y directo ejercen siempre sobre la conducta de los hombres.

Capítulos hay en este libro como aquel en que se narra la última noche del Imperio de Oriente, en que el autor llega á alcanzar esa severidad de estilo, ese modo de decir grave y melancólico que más parece propio del cincel que de la pluma. No es solamente esta hermosa página lo que merece aplausos en la historia de la *Italia en el siglo XV*; otras muchas pudieran citarse como muestra de las dotes que como historiador tiene el Sr. Orti y Brull; dotes que no quedan desvirtuadas por algunos lunares que ya en otra ocasión hube de notar.

Como resumen de mis opiniones sobre este libro, repetiré aquí estas palabras no ha mucho escritas por mí con idéntico motivo. «La obra del Sr. Orti y Brull honra á la literatura española contemporánea, tanto por la riqueza de datos que contiene, como por la severa é imparcial crítica con que están juzgados los hechos, como, finalmente, por los encantos de la narración siempre animada y llena de interés.

El estilo severo y grave no decae jamás, y el lenguaje, claro y correcto, apenas si muestra algún ligero descuido fácil de cometer en obras de cierta extensión... Seguro

estoy de que cuantos han leído este notable libro esperan con impaciencia la publicación de la segunda parte, anunciada por el autor.

*
* *

El pesimismo es el carácter distintivo de nuestra literatura. Desde el articulejo de periódico hasta el novelón trascendental, todo se vuelve, como la comida de Don Quijote, duelos y quebrantos. Las mujeres son neurósicas, los hombres desequilibrados, la acción una historia médico-legal ó un caso de locura ó de obstetricia y el desenlace, casi sin excepciones, el suicidio. La sociedad que este arte desolado y sombrío nos presenta, seméjase á un hospital enorme, á un manicomio colosal ó á un presidio suelto. Su lectura produce á veces nauseas, á veces amargura, disgusto siempre. Ni un rayo de luz, ni un reflejo de alegría: todo sombras y angustias y horrores.

No hay para qué citar nombres; tan generalmente constante es el carácter pesimista en la literatura novelesca, que apenas si pueden citarse contados escritores libres de aquel negro contagio.

Entre los nuestros, uno de los pocos que no se han dejado conta-

minar de la epidemia, es el autor de *Dulce y sabrosa*, D. Jacinto Octavio Picón.

No contempla la realidad de un modo exclusivo; no fija solamente su vista lo malo y en lo feo, como es uso y costumbre en los escritores modernos, sino que abarca lo que hay de hermoso y de deforme en la vida, y sabe presentar en el íntimo maridaje con que en el mundo aparecen, la virtud y el pecado, la desesperación y la esperanza, los dos principios fundamentales que al decir de los filósofos están siempre en íntima y continua lucha.

Su criterio respecto del mundo se encierra en las siguientes palabras, que pone en boca de uno de los personajes de sus *Novelitas*, colección de cuentos recién publicada y motivo de estos renglones: «La naturaleza, siempre sabia, produce la belleza por contrastes. El sol hace brillar, como si fueran de plata fundida, los bordes de la más atezada nube; en el fondo de la sima más espantable no faltan nunca granos de arena, relucientes como piedras preciosas, y la más enfurecida ola es la que arroja á la playa mayor número de nacaradas conchas.»

En todo el libro último del señor Picón se ve perfectamente marcada esta manera justa y sintética de entender la realidad.

El asunto que sirve de tema á

cada una de estas *Novelitas* es siempre sencillo; nada de intrigas complicadas, nada de crímenes espantosos, ni de tremendas catástrofes, ni de pasiones epilépticas; unos amores vulgares, una historia de las que á todas horas oímos, le basta al Sr. Picón para cautivar al lector y para recrearle durante unos cuantos minutos, merced principalmente á su arte para narrar, á la pureza y distinción de su estilo, y á la corrección y limpieza de su lenguaje.

Porque es de advertir que, en punto á estas cualidades, el autor de las *Novelitas* no tiene nada que envidiar á los más celebrados autores contemporáneos.

Si la falta de espacio y tiempo no lo impidiera, de buena gana procuraría analizar detenidamente alguno, siquiera, de estos preciosos cuentos, en los que hay mucho que admirar y no poco que aprender. No dejaré, sin embargo, de citar, como modelo de ternura y de elevación de sentimientos, la narración que lleva el título de «Un sabio», en la cual echo de ver algo de la delicadeza de Breete Harte; el cuento titulado «La monja impía», que abunda en la gracia maligna de nuestros buenos escritores del siglo xvi, aunque con marcado dejo de descreimiento, y en la novelita «Confesiones», parecida, salvo las diferen-

cias de tiempo, á un cuento de Boccaccio.

No obstante lo dicho, algo hay que pudiera tacharse en esta linda colección. Me refiero al espíritu materialista y antirreligioso que en casi todos los cuentos es fácil apreciar. La moral del escritor resulta en todos ellos supeditada á la belleza. La Venus griega, espléndidamente desnuda, se hace perdonar de buen grado su desenvoltura y sus adulterios. Juzga del mundo de manera parecida á la que empleaban los jueces de Friné. He aquí lo que del placer y el amor piensa el señor Picón, si bien estas palabras que cito las pone en labios de una mujer galante:

«La limosna y el amor deben ser otorgados sin tardanza ni demora. Y, sobre todo, el tiempo que permanecemos privados de cariño es perdido para el placer, como para la salvación el que dejamos trascurrir sin ejecutar obras de misericordia y caridad.»

Otros muchos ejemplos pudieran citarse de la misma refinada sensualidad.

En lo tocante á ideas religiosas, el Sr. Picón es notoriamente injusto. Ni la verdadera religión es la que practica Teresa (en el *Caso de conciencia*), ni la doctrina católica aconseja lo que su confesor dice á la devota joven, ni el aire zumbón

con que el autor satiriza las cosas santas es propio de la serenidad del arte, ajeno por completo á los donaires motinescos.

En suma: las *Novelitas* del señor Picón, aparte su tendencia sensualista y nada religiosa, son de una labor tan primorosa y delicada, poseen tal encanto y con tanta elegancia, no reñida con la sencillez, están escritas, que no es posible dejarlas de la mano una vez comenzadas. Yo las he leído de un tirón.

*
* *

Es grato cuando pensamos en nuestra rica Antilla, considerar que el arte literario, que allí cuenta con nombres tan notables como el de la incomparable Avellaneda, el de Heredia Zenea y otros poetas ó prosistas notables, tiene actualmente continuadores dignos de alabanza y encomio. Digo esto después de leer la colección de artículos que ha publicado recientemente D. Nicolás Heredia, autor de varios trabajos publicados en la prensa cubana, particularmente de Matanzas.

El Sr. Heredia, aunque tiene títulos sobrados para aspirar al nombre de crítico, se contenta con el más modesto de *impresionista*. «Desconfío—dice—de mis propias opi-

niones, aun siendo, como son, hijas de una sinceridad que nunca me abandona.» Modestia laudable, pero que tiene para la crítica un gravísimo inconveniente. El que duda de la verdad de sus juicios no influye gran cosa sobre el juicio de los otros, y hace poco amable la belleza de una obra de arte el crítico que empieza por desconfiar de sus apreciaciones. El arte, como la religión, necesita de hombres apasionados que defiendan entusiásticamente sus ideales. Los tibios, los vacilantes, los desconfiados, como el personaje de Tirso, pierden la gloria que merecen.

Además, la teoría del punto de vista en que el autor apoya sus observaciones, es ocasionada á error. El don de juzgar supone la cualidad de abarcar el objeto en todos sus detalles y en su conjunto. El que se contenta con ver los casos sólo desde las asperezas de su mordacidad ó de su bilis, ó desde las nebulosidades de un espíritu preocupado, no puede ni debe aspirar al nombre de crítico: en el primer caso es un bufón maldiciente, en el segundo un ciego metido á guía. La mejor crítica es la que supone mayor ausencia de toda influencia subjetiva.

Creo, sin embargo, que lo que escribe el Sr. Heredia por vía de prólogo de su obra, es más bien hijo del deseo de no pasar plaza de

pedante que resultado de una convicción fundada. Esta opinión mía la confirma la seguridad y el convencimiento que reflejan todos los artículos de la colección titulada *Puntos de vista*.

No son estudios detenidos, empedrados de enojosa erudición y salpicados de nombres exóticos y citas rimbombantes; son más bien ligeras semblanzas, escritas con gallarda facilidad y compendio de observaciones atinadas, de frases curiosas y exactas, y de rápidas pero exactas reflexiones, más sobrosas que todo el tráfigo pueril de apotegmas con que escritores faltos de meollo embuten sus soporíferos artículos.

Excesivamente severo me parece el relativo al *Diccionario*. En dicho artículo, el autor se deja llevar de esa influencia injusta, especie de moda antiautoritaria que nos obliga á gritar á todos contra la corporación de la calle de Valverde. Tarea, por otra parte, fácil, hecha en la forma analítica que es uso y costumbre. El mejor diccionario del mundo dará pasto para burlas de mordaces críticos, pues sabido es que nada es más difícil que definir, y cualquier diccionario tiene que contener millares de definiciones. Cuando éstas recaen sobre objetos vulgares, la dificultad llega á un grado insuperable. Y la prueba de ello es que hay muchos que, con más ó

menos gracia, se burlan de lo que el diccionario dice; pero á nadie se le ha ocurrido, que yo sepa, sustituir con definiciones propias las asendereadas del diccionario.

Más justos y dignos de todo elogio me parecen los trabajos de crítica que tienen por objeto el estudio de Campoamor, Fernández y González, *La Terre*, *El cuarto poder*, *Le Rêve* y *L'Immortel*. El autor manifiesta en ellos que sabe pasar de la superficie de las obras, llegando muchas veces á la medula y condensando en una frase ó en un epíteto un juicio exacto del autor á quien estudia.

El artículo *Siluetas cubanas* merece también ser leído por cuantas personas se interesan en el estudio de la literatura antillana.

En resumen: el Sr. Heredia es un verdadero crítico, dotado de exquisito gusto y capaz de expresar en pocas líneas y en forma correcta, juicios y opiniones sorprendentes unos y otros por su precisión y originalidad.

*
* *

¿Quién no conoce el inimitable libro de Alarcón, titulado *Diario de un testigo de la guerra de Africa*? Hay en él tanto patriotismo, tantas

bellezas, un ambiente tan noble y tan elevado, que es imposible leerlo sin sentirnos libres por algunos instantes de todas las pequeñeces y ruindades que amargan la vida. Historia es esa que debe leer la juventud española tan propensa hoy al escepticismo y tan inclinada á costumbres y aficiones completamente exóticas en nuestra patria.

No es cosa de hacer aquí análisis de un libro que todo el mundo conoce; basta con recordar que es una narración viva y conmovedora de uno de los hechos más gloriosos de la historia contemporánea, una especie de epopeya en que hay héroes que pueden competir con los de Grecia y episodios que parecen reproducción exacta de los cantados en nuestros antiguos romances.

Alarcón escribió su libro á la vista de los hechos que refiere, así es que las páginas de su historia conservan al través del tiempo la misma verdad y despiertan en el lector idéntica emoción que si los acontecimientos referidos acabasen de ocurrir. Se asiste con el pensamiento á aquellos épicos combates, óyese el ruido de la lucha y síguese, con el corazón agitado por la impaciencia, los incidentes de aquella guerra que podrá ser censurada desde el punto de vista político, pero que tuvo la ventaja indisputable de devolver á nuestro pueblo la confianza en su

propio vigor, confianza tan necesaria á las naciones, que sin ella de nada sirven las más altas cualidades.

Elogios merecen los editores de la *Colección de escritores castellanos* por haber aumentado el número de

sus publicaciones con un libro que une á bellezas literarias de primer orden la cualidad del más entusiasta patriotismo, virtud tal vez la más saliente de nuestro pueblo y base acaso única para la futura regeneración de España.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

Á ALFREDO TENNYSON

(DE N. W. LONGFELLOW.)

Vengo á tocar tu lanza con la mía,
 ¡Poeta!, no cual retador sañudo
 Golpeaba en la liza adverso escudo,
 Antes en homenaje á tu maestría.

¡Príncipe de la inglesa poesía!
 Mi admiración por ti, callar no pudo
 Cual en prisión de hielo arroyo mudo,
 Y á tu divino canto aplauso envía.

No entre la orgía de cantores vienes
 Que, aullando, al Numen hacen torpe injuria,
 ¡Oh, tú, del corazón dulce cronista!

El frondoso laurel honró tus sienes,
 Y porque al Arte das tu amor y culto,
 Nuestro culto y amor son tu conquista.

M. A. CARO.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Eduardo el Guapo</i> , por Víctor Cherbuliez.	5
<i>Las miserias de un dios en el siglo XIX</i> , (conclusión) por E. Caro.	37
<i>Memorias de Enrique Heine acerca de su juventud</i> , escritas por él mismo.	73
<i>Enrique Ibsen</i> , por L. Passarge.	121
<i>Casa de muñecas</i> , drama en tres actos, por Enrique Ibsen.	131
<i>Retrato de un humilde</i> , por Pablo Bourget.	171
<i>Reseña crítica del Centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.	175
<i>Día y noche</i> (soneto), por M. Caro.	185
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Catelar.	186
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.	200
<i>A Alfredo Tennyson</i> (soneto), por M. Caro.	207

